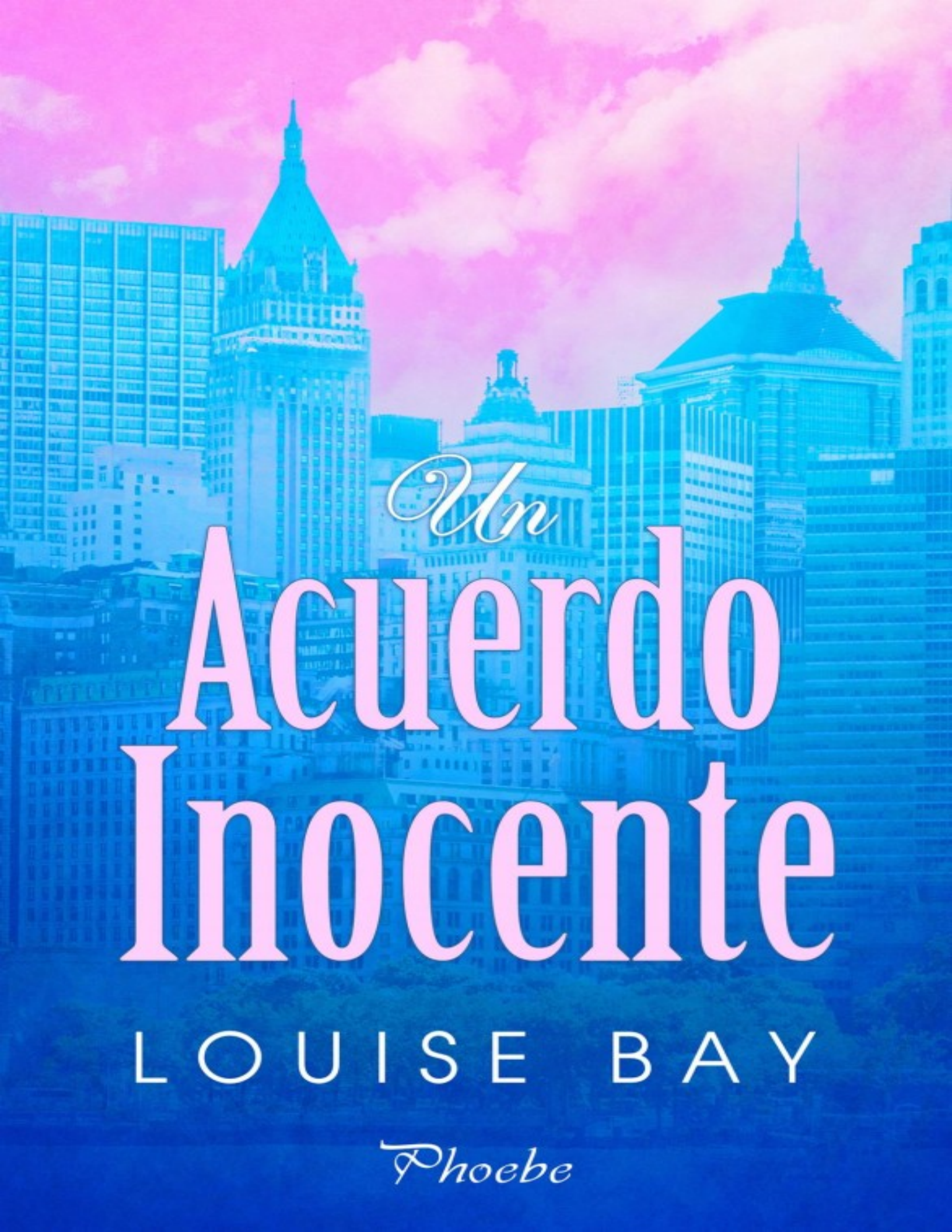

Un
Acuerdo
Inocente
LOUISE BAY
Phoebe

Un Acuerdo Inocente

LOUISE BAY

Un Acuerdo Inocente

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: The Deal Maker
Primera edición: septiembre de 2026

Copyright © 2026 by Louise Bay
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y The Whalen Agency, Ltd.
© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S.L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-78-3
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía de cubierta: Freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Epílogo

Agradecimientos

1

Lucy

Mi hermana, Katherine, tiene justo el aspecto que debe tener una prometida. Locamente feliz, perdidamente enamorada y perfecta en todos los demás aspectos. La perfección no es nada nuevo para Katherine, pero ahora además está comprometida. Con el hombre perfecto, por supuesto.

—No me puedo creer que aún no hayas conocido al padrino de Ed —dice Katherine, guardando el aplicador de rímel en el tubo—. Hunter te va a encantar.

Sin duda, Hunter será perfecto. Igual que Ed, mi futuro cuñado. Ed procede de una buena familia de Boston cuyos orígenes se remontan al menos a quince generaciones. Se dedica a «las finanzas» —sea eso lo que sea—, igual que su padre. A él y a Katherine les encanta vestirse a juego con ropa de Ralph Lauren y, por supuesto, nunca discuten. Su futuro estará lleno de hijos perfectos que sacarán notas perfectas, y todos vivirán las vidas perfectas que mi madre previó cuando nació Katherine. Según ella, las primeras palabras de Katherine fueron «Por favor». Nunca se queja ni se enfada ni se irrita. Cuenta la leyenda que Katherine salió del útero serena y tranquila, como si ya tuviera la sabiduría suficiente como para saber que llorar no iba a servirle de nada con nuestra madre.

Por el contrario, a mi madre le gusta contar que a mí ya se me oía llorar en su vientre antes de que me sacaran por cesárea, lo que, indudablemente, estuvo muy lejos de ser un comienzo perfecto. Siempre he sido Cochino y Katherine, Snoopy; la Bestia y Katherine, la Bella. Elizabeth Bennet y Katherine, Jane Bennet.

—Lucy —me llama mi madre desde el pie de la escalera—. Ya es hora de que bajéis las dos. No quiero que hagas que tu hermana

llegue tarde.

—¡Señora Jones! —exclama mi padre—. ¿Dónde está mi corbata?

Mi madre insiste en que cualquiera que no la conozca desde hace un par de décadas la llame «señora Jones» y a mi padre le gusta tomarle el pelo con eso. Al menos, eso creo. Mi madre está obsesionada con Jane Austen y convencida de que vive en una novela de la época de la Regencia. No me sorprendería que mi padre y ella tuvieran unos trajes de época escondidos en el fondo del armario que se ponen en privado cuando Katherine y yo no estamos por allí —y al pensar eso quiero lavarme el cerebro con jabón—. Nuestra madre veía la adaptación de *Orgullo y prejuicio* —la protagonizada por Colin Firth— una y otra vez mientras estaba embarazada de Katherine. Según mi padre, fue entonces cuando se afianzó su obsesión por Jane Austen en general y por *Orgullo y prejuicio* en particular. Al menos no nos llamaron Lizzy y Jane. Katherine es demasiado guapa para llamarse Jane.

La cojo la mano mientras ella se afana en arreglarse el lazo perfecto del pelo, y bajamos las escaleras.

—Estás preciosa. —Lleva un vestido de tafetán rosa pastel con unos zapatos de tacón de Ferragamo a juego. Parece una muñeca.

—Tú también. —Katherine sonríe y me estrecha la mano—
. No sé si ya habrá llegado, pero le he dicho a Ed que se asegure de presentarte a Hunter enseguida. Al fin y al cabo, tenéis que conoceros para organizar la despedida conjunta de soltero y soltera.

Oculto mi creciente temor tras una sonrisa cortés. Como dama de honor, me encargo de todos los preparativos. El problema es que quiero que la fiesta —o, para ser más exactos, el evento previo a la boda que durará todo el fin de semana— sea tan perfecta como la propia Katherine, y no estoy muy convencida de que eso pueda suceder conmigo al mando. Me preocupa olvidarme de algo fundamental, como las reservas en los restaurantes o la banda con la leyenda «FUTURA NOVIA», o provocar algún tipo de caos. Eso es lo que todo el mundo esperará de mí. Tengo que recordarme a mí misma que ya no soy esa niña desaliñada que tropezaba tras mi esbelta y elegante hermana por los pasillos del colegio. He crecido. Me he mudado a Nueva York, he renovado mi armario y he

mejorado mis habilidades organizativas. Pero cada vez que regreso a Massachusetts para visitar a mi familia, parece que retrocedo en el tiempo. Me convierto en la chica que solía ser en lugar de en la mujer que soy ahora.

Al llegar al final de las escaleras, aparece Ed con un chico al que no reconozco. A Ed se le iluminan los ojos al clavar la vista en mi preciosa hermana.

—Katherine, estás guapísima —dice.

—Absolutamente impresionante —aprueba el desconocido.

—Tú también, Lucy —añade Ed, y yo sonrío ante su cumplido forzado.

Echo un vistazo al desconocido, esperando recibir el cumplido de rigor, pero él está mirando por encima del hombro hacia lo que ocurre en el jardín, en lugar de volver la vista hacia mí. Bueno, al menos no está fingiendo.

—Este es Hunter —presenta Katherine.

Es un poco más alto que Ed y tiene el pelo negro azabache, que lleva peinado hacia atrás como si acabara de pasarse los dedos por él. A pesar de sus hombros muy anchos, el traje azul le queda como un guante y la camisa blanca hace que su rostro parezca el de alguien que acaba de llegar de unas vacaciones de dos semanas en Aruba. Es guapo —de eso no cabe duda—, pero estoy decidida a dejar su aspecto en lo más recóndito de mi mente. Solo necesito su ayuda y su colaboración para la fiesta. Mientras consiga eso, no me importa qué aspecto tenga.

—Justo estábamos hablando de cómo vais a organizar Lucy y tú nuestra despedida. —Katherine saluda a Ed con un beso en la mejilla al llegar al pie de las escaleras, y Hunter le da a Katherine un abrazo discreto—. Quizá podáis quedar los dos después de la fiesta o, incluso, cuando regreséis a la ciudad. Hunter vive en Nueva York, igual que tú, Lucy.

Entrecierro los ojos, sintiendo de repente cierta desconfianza. ¿Por qué le importa tanto a Katherine que nos veamos? ¿Acaso no confía en mí para organizar una despedida estupenda? Katherine siempre ha estado de mi lado, defendiéndome, diciéndole a mi madre que no sea tan dura conmigo, diciéndome a mí que soy tan

guapa como ella. Pero quizá no lo cree de verdad. Quizá piense que soy incapaz de organizar un evento para ella.

Bueno, pronto se dará cuenta de que está equivocada. Igual que todos los que me conocieron de pequeña y siguen dudando de mí hasta hoy en día. Voy a demostrarles a todos que se equivocan.

Katherine y Ed se dirigen al jardín y nos dejan solos a Hunter y a mí. Le tiendo la mano para estrechársela.

—Soy la hermana de Katherine, Lucy. —Le dedico mi mejor sonrisa de Massachusetts. Esa que habla de casas de madera, brisa marina y una pizca de la seguridad de los Kennedy.

Pero no corresponde al gesto. Está claro que la madre de Hunter no era una fanática de Austen cuando estaba embarazada. Probablemente vio el brillo en los ojos de su hijo cuando nació y decidió su nombre. Hunter significa cazador, y él me está mirando como si quisiera dispararme.

—Lucy —dice, estrechándome la mano con el ceño fruncido.

—¿Tienes alguna idea para la fiesta? —le pregunto cuando seguimos a Katherine y a Ed al jardín. El día es deslumbrante y yo saco las gafas de sol del bolsillo—. Tenemos que hacer que sea absolutamente increíble. Son una pareja estupenda, ¿verdad?

—¿Qué? —espeta Hunter. Su tono me provoca una punzada de vergüenza. ¿Qué he dicho?

—La fiesta —digo, con un poco más de vacilación—. Me preguntaba si tenías alguna idea. Creo que Katherine y Ed quieren que sea en Massachusetts, en la playa, pero, aparte de eso, tenemos libertad absoluta.

Él responde con un gruñido y no dice nada más.

Me vuelvo para ver si me ha oído, pero es como si ni siquiera estuviera allí. Como si fuera invisible.

Está claro que no tiene ningún interés en escucharme ni en organizar la fiesta. Capullo.

Bueno, él no va a echar a perder mi oportunidad de reinventarme públicamente. Todo el mundo va a ver que soy la hermana perfecta de Katherine Jones, y Hunter no va a estropear mi nueva reputación.

—¡Lucy! —me llama mi madre desde el otro lado del jardín. Dejo plantado a Hunter y me dirijo hacia donde está esperándome con

cara de preocupación—. ¡Lucy! ¿Dónde está esa chica?

—Aquí mismo, mamá. Estás preciosa. —Lleva un traje pantalón azul claro. Se vuelve y examina mi atuendo—. Oh, al final te has decantado por el amarillo limón.

Extiendo la falda a los lados, pellizcándola con la punta de los dedos, y espero un cumplido que nunca llega.

—Es bonito, ¿verdad?

Suspira.

—No pasa nada. Quiero que lleves estas bandejas a la mesa donde está el champán.

Bajo la vista

—Pero se me podría manchar el vestido. —Mis padres estaban deseando celebrar la fiesta de compromiso en su precioso jardín. Por culpa del mal tiempo Ed y Katherine han tenido que esperar cinco meses desde que se comprometieron para la celebración oficial, pero al menos mi madre está contenta. Además, eso significa que solo quedan dos meses para la boda. Massachusetts y yo vamos a volver a vernos. A pesar de estar relativamente cerca, no vengo mucho. Katherine suele ir a Nueva York con Ed cuando él tiene asuntos que atender en la ciudad, así que puedo verla sin tener que ir a casa. Mis amigos del colegio y yo no nos mantuvimos en contacto, así que no tengo muchos motivos para regresar.

—Ponte un delantal. Venga. Los invitados van a llegar en cualquier momento.

Quizá debería ir a cambiarme rápido y ponerme algo más adecuado para cargar con el equipo de catering. Todos los amigos del colegio de Katherine estarán aquí pronto, junto con los amigos de mis padres, que me conocen desde que nací, y no quiero recibirlos con este aspecto desaliñado. Es justo la impresión contraria a la que intento dar. Ya no soy la hermana pequeña que solía ir a todas partes en monopatín, con unas zapatillas ajadas y una camiseta de Nirvana que me quedaba enorme. Soy una neoyorquina seria y sofisticada. Vale, no soy banquera. Pero soy asistente jurídica. Y eso es un trabajo serio.

—¡Lucy! —me regaña mi madre—. Venga, ve a llevar esas bandejas. Dejo caer los hombros al darme cuenta de que no tengo

tiempo para cambiarme.

Justo cuando estoy a punto de coger la enorme pila de bandejas de plata, Ed me frena.

—Ya lo hacemos nosotros —dice.

Me vuelvo y me encuentro cara a cara con Hunter. Sigue con expresión asesina y no dice nada, pero al menos coge las bandejas y las lleva al otro lado del jardín.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—Te he dicho que te dieras prisa —se queja—. Ahora el pobre Ed tiene que hacer de mula de carga.

—En lugar de que lo haga yo, que soy la auténtica mula, ¿no? —No espero la respuesta de mi madre porque, de todos modos, seguro que será poner los ojos en blanco de nuevo. Ya he tenido suficiente. Necesito un par de minutos para recomponerme antes de que lleguen los invitados. Me dirijo al baño e intento recuperar mi sonrisa de Massachusetts.

2

HUNTER

Tampoco es que no me alegre por mi mejor amigo. Me he desplazado desde Nueva York hasta aquí para asistir a su fiesta de compromiso, ¿no?

—¿Me pones otro chupito? —le pido al camarero. Estoy evitando a todo el mundo. No conozco a los amigos de Ed de su ciudad natal, y el único que tenemos en común está trabajando en Hong Kong. Entablar una charla trivial con un montón de gente que no conozco es mi idea del infierno. Y todo el mundo está tan alegre de cojones. No puedo soportar más comentarios del tipo *«Qué pareja tan adorable»* y *«Sus hijos van a ser guapísimos».* Todo eso no hace más que recordarme de forma desoladora que mi futuro está en juego mientras esta fiesta sigue su curso.

El camarero me pasa la botella de tequila. Desenrosco el tapón y me sirvo una generosa cantidad en el vaso bajo en el que me dieron uno de los cócteles temáticos. Quizá fuera el Algo prestado… No, ese era el de fresa. Estaba buenísimo. A lo mejor fue el Lanza el ramo. No, ese era de limón. Ah, no, ya sé, sin duda fue el En lo bueno y en lo malo. Ese tenía un toque picante.

Probablemente debería haber pedido una copa limpia, pero la verdad es que ni siquiera noto el sabor del alcohol al tragarlo. Solo quiero desconectar de la realidad durante una hora más o menos, hasta que pueda irme al hotel a dormir, para luego regresar a la ciudad y hacer mi trabajo. Y el de Ed. Ya se nota que no está tan concentrado como suele estarlo. Juraría que se ha pasado toda la semana organizando la luna de miel.

—Hola —dice Katherine al acercarse a la barra, del brazo de Ed.

—Al parecer has encontrado el bar, tío —comenta Ed.

—¿Qué puedo a decir? No hay nada como el aire del mar y un trago de tequila.

—¿Y qué te ha parecido Lucy? —pregunta él.

Katherine le da un golpecito juguetón en el brazo.

—¡Tienes que ser más sutil!

Tengo la sensación de que se me escapa algo.

—¿Ha habido química entre vosotros dos?

Katherine pone los ojos en blanco y me quita una pelusa invisible de la chaqueta, como siempre hace. Es raro… Yo nunca veo nada en mi ropa, pero Katherine siempre encuentra algo.

—Solo queremos que la organización de la fiesta vaya sobre ruedas —dice Katherine con una sonrisa.

—Así será —respondo.

—No queremos acabar en un club de *striptease* en Las Vegas — dice Ed.

Katherine suelta una risa un poco histérica.

—No, ni hablar de clubes de *striptease*. Sabes que queremos quedarnos en Massachusetts, ¿verdad?

—Claro —digo, intentando recordar si tomé alguna nota cuando Katherine me llamó poco después de que Ed le pidiera matrimonio.

—Y va a ser algo conjunto. Así que tú y Lucy trabajaréis juntos y os encargaréis de la planificación y los preparativos. Va a ser superdivertido, ¿verdad?

Asiento le doy otro trago al tequila.

—Lucy —repito—. Divertidísimo.

Al otro lado del jardín, la madre de Katherine parece estar echándoles un sermón a un pequeño grupo de invitados. ¿Están embelesados? ¿Son rehenes? Es difícil saberlo desde esta distancia. Curiosamente, creo oírla decir algo sobre alguien que es rico y busca esposa. Sacude las manos en el aire para subrayar sus palabras y luego se ríe. De lo que sea que esté diciendo.

Vuelvo la vista hacia una mujer que se abalanza hacia nosotros con los puños apretados y el ceño fruncido.

—Mamá ha empezado a leer *Orgullo y prejuicio,* Katherine — dice con la mandíbula tensa.

Sin duda me han presentado a esta mujer. Creo que es la hermana, con la que tengo que organizar la despedida, pero estoy un poco aturdido por el tequila y tengo el cerebro atascado en melaza. No recuerdo haber pensado que la hermana de Katherine estuviera buena hace una hora más o menos, cuando nos han presentado, pero esta mujer es preciosa. Tiene unos enormes ojos verdes y brillantes, y un pelo tan lustroso que me pregunto si se habrá puesto mantequilla, aceite o algo así. ¿Se hace eso? Y sus pechos son hipnóticos. Estoy convencido de que no lleva sujetador y, sin embargo, son turgentes, redondos y… Joder. Puede que esté un poco borracho, pero no he bebido tanto tequila como para no darme cuenta de que estoy mirando fijamente el pecho de la cuñada de mi mejor amigo. Al menos llevo gafas de sol, así que espero que nadie se haya dado cuenta.

—No podemos hacer nada —responde Katherine—. Ya sabes cómo se pone después de tomarse un combinado de vino blanco.

—No puedes echarle la culpa al vino. Solo necesita un público para ponerse a dar la tabarra con Austen. —La guapa suspira—. Esa copa de vino solo significa que papá va a tener suerte esta noche.

—¡Qué asco! —dicen Katherine y Ed al unísono.

Estudio a la feliz pareja. Son básicamente la misma persona, pero de sexos opuestos. Los van siempre bien peinados y tienen una sonrisa perpetua en los labios. A los dos les gusta el yoga y el puñetero kimchi. Apuesto a que ninguno de los dos ha ido nunca al trabajo con resaca al día siguiente de una gran noche de fiesta. Son unos santurrones. Así son Katherine y Ed.

Siempre he sabido que Ed es así. Fue una de las razones por las que acepté asociarme con él. Sabía que podía confiar en que siempre iba a ser sincero: el tío es incapaz de mentir. Pero desde que se comprometió con Katherine las cosas han cambiado; sus prioridades han cambiado. No para de hablar de la boda y de lo que él y Katherine tienen planeado para esto y lo otro. Y me alegro por él, pero me gustaba saber que estaba al cien por cien comprometido con el negocio. Yo lo estoy. Tengo que estarlo. No puedo permitirme otro fracaso empresarial en mi balance. No voy a permitir que eso ocurra.

—Espero que no se ponga a hablarles a tus padres de todo lo relacionado con Austen —le dice Katherine a Ed, estirándole la solapa con la palma de la mano—. No se da cuenta de que imitar a la señora Bennet no queda nada bien.

—¿Qué va a decir? —pregunta Ed—. ¡*Orgullo y prejuicio* es la mejor obra de Jane Austen!

Quizá esté más borracho de lo que pensaba, pero no tengo ni idea de qué está pasando. ¿Por qué estamos hablando de Jane Austen?

La mujer de los pechos generosos, que sin duda debe de ser la hermana de Katherine, le hace un gesto con la mano a Ed para que se calle.

—No pienso permitirte eso. Todos los que no han leído los libros piensan que *Orgullo y prejuicio* es la mejor obra de Austen, cuando no lo es en absoluto —Ed intenta intervenir, pero Lucy no está dispuesta a escucharlo—. Y no, ni siquiera la miniserie protagonizada por Colin Firth justifica no haber leído los libros.

Katherine resopla al oír hablar de la miniserie.

—Trescientos veintisiete minutos…

—Que nos obligara a ver esa adaptación tantas veces fue casi traumático —dice Lucy—. La odio. La única razón por la que se me dan tan bien las matemáticas es porque hacía cálculos mentales mientras me obligaban a verla. Lizzy Bennet es una cazafortunas y Darcy es un idiota pomposo. No, el mejor libro de Austen es, obviamente, *Persuasión.* El capitán Wentworth es un guaperas devoto.

—¿Capitán? ¿Escribió sobre navegación? —pregunto.

Lucy pone los ojos en blanco, pero no responde. Solo intentaba participar en la conversación.

Seguramente se pasa el día en las bibliotecas y tiene diecinueve gatos en casa. Le doy un sorbo a mi copa. De todos modos, no hace falta que participe en este debate.

—*Persuasión* no pasa de moda, y Wentworth es un auténtico macho alfa. No es un chico malcriado con un palo metido en el culo —explica Lucy—. Está claro que Wentworth sabe qué hacer con Anne cuando por fin consigue desnudarla.

Casi me atraganto con mi bebida cuando Lucy dice «desnudarla» y el calor me invade las mejillas, como a un adolescente al que pillan hojeando un catálogo de ropa interior.

—«Nunca he amado a nadie más que a ti» —dicen Katherine y Lucy al unísono.

Estoy totalmente perdido. Le echo un vistazo a Ed, pero él les está sonriendo a las dos mujeres como si estuviera viendo una película de esas que se ruedan solo para televisión. Dejo la copa sobre la mesa alta. Quizá haya bebido de más.

—Va a citar a Austen durante de toda la fiesta —dice Katherine—. Y Ed no es el señor Bingley. —Se vuelve hacia Ed—. Si solo ganas cuatro mil al año, no me casaré contigo. — Ed y ella se echan a reír, pero yo estoy totalmente confundido.

Me subo las gafas de sol a la coronilla y miro de reojo a Lucy.

—¿Quién demonios es el señor Bingley? —susurro.

Ella suspira.

—El mejor amigo del protagonista de *Orgullo y prejuicio,* que se enamora de la hermana de la protagonista. Mi madre estaba decidida a que Katherine encontrara a su Bingley.

—Parecen personajes secundarios. ¿No deberían ser el héroe y la heroína si todo el mundo está tan obsesionado con ellos?

—¡Imposible! —exclama Lucy, como si acabara de sugerir que lanzáramos hormigas rojas en lugar de confeti en la boda— . Jane y Bingley son perfectos. Impecables. Igual que Katherine y Ed. Los personajes principales deben tener defectos; si no, no son lo bastante interesantes como para mantener la atención del lector. —Me mira fijamente, como si de verdad quisiera asegurarse de que la entiendo—. En fin, nuestra madre cree que Katherine es la Jane perfecta de *Orgullo y prejuicio* y que Ed, aquí presente, es el mejor amigo rico que le va a permitir mantener el nivel de vida al que le gustaría acostumbrarse.

—¿Quiere que Katherine se case por dinero? —pregunto—. ¿Es decir, la anima a ser una cazafortunas?

Lucy se queda paralizada un momento.

—Jane y Lizzy se casaron por amor. —Su tono es firme—. Pero casualmente sus maridos eran la hostia de ricos.

—Quizá tú seas el señor Darcy —dice Katherine, sonriéndome.

Sé que se me escapa algo, porque Lucy le da a Katherine un fuerte codazo en las costillas.

—No seas gilipollas.

—Y tú que decías que yo no era sutil —murmura Ed.

Nos interrumpe alguien a quien no me han presentado. Katherine y Ed se van con la mujer y me dejan solo con Lucy.

—Estás borracho —dice ella.

Me encojo de hombros.

—Y tú eres preciosa.

Ella no responde y se queda mirando cómo Ed y Katherine atraviesan el césped.

Normalmente, decirle a una mujer que es guapa cambia las reglas del juego. No digo que todas las mujeres se derritan al oír algo así, pero sueles ganártelas un poco. Y no es mentira: Lucy es, sin duda alguna, guapa. Tiene unas cuantas pecas en la nariz y ojos verdes con reflejos ámbar. Lleva el pelo sobre los hombros y se le ha enganchado a los botones de su vestido, como un hilo de agua entre sus pechos. Joder. Mi erección despierta en mis pantalones. Me incorporo de la mesa donde estaba apoyado y trastabillo. Lucy vuelve la cabeza de golpe.

—Estás muy borracho. ¿No crees que deberías irte al hotel? —Sus ojos reflejan pánico.

—Estoy bien —le digo—. Quizá debería tomarme un vaso de agua.

—Quizá debería llamarte a un taxi.

—No pienso marcharme —le espeto—. Ed es mi mejor amigo. No me voy a ninguna parte.

—Sí, mucho mejor quédate aquí y cáete de bruces. Quizá puedas meterle mano a su tía abuela Mildred. Eso sería perfecto.

—Eres una estirada —rezongo.

—Qué gracioso. Y yo que pensaba que era guapa.

Siento una oleada de náuseas y me agarro a la mesa.

—Creo que quizá… —Me quedo quieto, preguntándome si voy a tener que sentarme en el césped para no caerme.

Lucy coge el móvil.

—¿Dónde te alojas? ¿En el Harbor Inn? —Asiento, incapaz de llevarle la contraria. Tengo el estómago revuelto y la gente de la fiesta ha empezado a pasear frente a mí. Esa última copa de tequila me ha sentado fatal—. Venga. Me encargaré de que cojas el Uber.

Me agarra del brazo y yo no me opongo. No puedo. Está claro que estoy demasiado borracho para una fiesta diurna como esta. Debería haberme puesto un límite de dos copas. Lucy huele a pétalos de rosa y a algo que no acabo de identificar. De alguna manera, eso me calma un poco el estómago, y conseguimos llegar hasta la entrada de la casa sin que me caiga de culo.

—Tengo que avisar a Ed —digo.

—Le diré que has tenido que irte.

—Es mi mejor amigo. —Es más que eso. Es el tipo que me salvó de una carrera sin futuro detrás de un escritorio, trabajando para otra persona. Es mi socio.

—Vale —replica Lucy—. Me aseguraré de decirle que es tu mejor amigo. —Lucy habla con el conductor del Uber, que acaba de llegar, y ayuda a entrar. La oigo gritar—: ¿Doscientos dólares? No se va a poner a vomitar. —De repente, se deja caer en el asiento de al lado —. Me debes una por esto, Hunter. Vas a dejarme hacer lo que quiera en la despedida, ¿me oyes? —No sé qué está pasando, pero me limito a asentir. El Uber se pone en marcha para recorrer el circuito de obstáculos desde la casa de los padres de Katherine hasta la posada. Juro por Dios que de camino hasta aquí no había baches del tamaño del Vesubio ni curvas como si estuviéramos compitiendo en el Gran Premio de Mónaco. Lucy se echa sobre mí y baja la ventanilla. Le acaricio el pelo mientras se estira sobre mi regazo. Es tan suave y sedoso como parece—. Hunter —espeta Lucy —. No me toques. —Levanto las manos al darme cuenta de que no debe de apetecerle que la acaricie como a un perro. Ha sido una buena idea marcharme de la fiesta. Lo que no sé es por qué Lucy ha venido conmigo—. Si vas a vomitar, por favor, hazlo por la ventanilla. Ni de coña voy a pagar los doscientos dólares de la limpieza.

Abro la boca para responder, pero Lucy me coge de la mejilla y me lleva la cabeza hacia la ventanilla.

—¡No voy a vomitar! —exclamo—. Solo quería decir eso.

Lucy niega con la cabeza, pero retira la mano de mi cara.

—Los hombres sois unos críos.

—No necesito que me mimen —digo—. No tenías por qué venir conmigo en el coche.

—Eh, perdóname si me preocupa mi valoración en Uber. He tardado meses en recuperarla después de… Da igual. No voy a dejar que me la estropees.

Justo cuando estoy a punto de preguntarle qué ha pasado con su valoración en Uber, llegamos al hotel.

—Siento que hayas tenido que irte de la fiesta.

—Al menos ya sabemos que definitivamente no eres el señor Darcy —dice mientras salgo a trompicones del Uber. Literalmente, me empuja fuera del coche con los pies y da un portazo detrás de mí.

Observo cómo el coche da la vuelta en el camino de entrada y regresa en dirección a la fiesta. Cuando se incorpora a la carretera principal, Lucy se gira y nuestras miradas se cruzan. Algo me golpea en el pecho, como una bola rápida directa al corazón.

3

LUCY

Nunca se lo perdonaré a Hunter. Me he perdido el discurso de Ed sobre lo mucho que quería a mi hermana, y regresé a la fiesta justo cuando mi madre estaba llorando porque decía que la Academia debería haber cambiado las normas para que Colin Firth ganara un Óscar por su interpretación de Darcy. Si hubiera estado allí, la situación nunca habría llegado al punto de las lágrimas. Y por si fuera poco, aunque no he debido de estar fuera más de veinte minutos, mi madre se las ha arreglado, no sé cómo, para salir de la aflicción provocada por Colin y: a) se ha dado cuenta de que me he ido de la fiesta, y b) me ha reprendido por no preocuparme por la felicidad de mi hermana ni por la de nadie más que por la mía propia. Lo único que he hecho ha sido intentar evitar que la fiesta se echara a perder y, sin embargo, de alguna manera, el problema soy yo. Espero que Hunter no tenga el descaro de aparecer en el *brunch*.

Estaba llevando una bandeja de fruta a la mesa cuando un taxi se ha detenido delante de la casa de mis padres. Seguro que Hunter se pasará todo el día durmiendo y que en el Harbor Inn tendrán que derribar la puerta para sacarlo cuando se le pase de la hora de salida.

Pero ¡oh, sorpresa!, es Hunter quien sale del taxi, con gafas de sol y un conjunto pijo de pantalones cortos y polo que deja al descubierto sus piernas bronceadas y un poco de vello en el pecho. Es como el hermano más guapo y menos de fiar de Ed.

Pero no puedo odiar a Ed como odio a Hunter.

—Ahí está —dice Katherine, emocionada, cuando ve a Hunter subir por el sendero—. Me alegro mucho de que os llevéis bien.

Esbozo una amplia sonrisa. De ninguna manera voy a dejar que Katherine se entere de que creo que Hunter es un capullo. Estaba en la fiesta de compromiso de su mejor amigo. Si no podía controlar el alcohol, no debería haber bebido. Pero quiero que Katherine piense que Hunter y yo nos llevamos de maravilla. Así se convencerá de que la fiesta va a salir a la perfección… A menos que consiga convencerla de que celebremos la despedida de soltero y la despedida de soltera por separado. A ver, ¿a quién se le ocurre celebrar una fiesta conjunta?

—Estaba pensando en la despedida de soltera —le digo a Katherine—. Ya sabes que los mejores *spas* están en Nueva York. Puedo preguntarle a Amanda, porque seguro que nos consigue una oferta estupenda en algún sitio increíble. Y entonces podríamos ir a…

Katherine niega con la cabeza antes incluso de que pueda terminar la frase.

—Ed quiere ir a pescar. Ni de coña va a aceptar lo de Nueva York.

Veo mi oportunidad y me lanzo de cabeza.

—Bueno, él podría celebrar su despedida de soltero aquí, en Massachusetts, y nosotras podríamos ir a Nueva York. Así las celebraríamos el mismo fin de semana y todo eso, para que no paséis demasiado tiempo separados. De esa forma, tú tendrías tu fiesta perfecta y Ed tendría la suya.

—Mi despedida de soltera ideal es una fiesta conjunta con Ed en una casa grande a orillas del mar. Ya nos imagino a todos envueltos en mantas, asando malvaviscos en la playa antes de acostarnos… —Esboza una discreta sonrisa—. Me parece tan romántico estar allí con todos nuestros amigos… Y muchos de ellos son parejas. Tiene sentido hacerlo juntos.

—Pero vais a pasar toda vuestra vida juntos.

Katherine se encoge de hombros.

—Claro. Porque nos gusta pasar el rato juntos. Casarme con Ed no es una elección entre la libertad y la monotonía. Me voy a casar con él porque la vida es mejor a su lado. Y eso incluye las fiestas.

Suspiro. Tengo muchísimas ganas de organizarle a Katherine una despedida de soltera perfecta, y si eso significa una fiesta conjunta,

eso es lo que voy a tener que ofrecerle; y voy a tener que meterme de lleno en los preparativos con ese capullo de Hunter. Bueno, me debe una por lo de anoche. Va a tener que aceptar lo que yo quiero para que sea todo perfecto. A mi lista mental le añado una hoguera en la playa, mantas y malvaviscos. Y eso es solo el principio.

—Pues eso es lo que tendrás —afirmo.

—Sé que conseguir una casa tan grande para todos nosotros será todo un reto, sobre todo teniendo en cuenta lo avanzada que está la temporada —comenta Katherine—. La gente reserva las casas del Cabo con un año de antelación.

Se me revuelve el estómago. Ya he preguntado por ahí. La combinación del número de personas que somos, la necesidad de estar en la playa y el hecho de que sea una despedida de soltera hace que nadie quiera alquilarnos nada.

—Ya se me ocurrirá algo. —Tiene que ocurrírseme.

Katherine me mira y sus grandes ojos de cervatilla me hacen sentir como si tuviera su corazón en mis manos.

—Gracias, Lucy. Confío en ti. —Mi madre la llama y ella desaparece en la cocina.

No sé si la creo. La gente le dice a Katherine cosas como «Tengo fe en ti» todo el tiempo. Ella es la de confianza. La guapa. La que se las arregla para que todo salga bien. Yo no soy esa hermana. Y aunque Katherine siempre me defiende cuando mis padres hacen comentarios sobre que ella es … más capaz, a veces me pregunto si de verdad lo piensa. Tengo que corresponder a la confianza que ha depositado en mí y conseguirle la casa perfecta en la playa. Quizá tenga que ir al Cabo a buscar un alquiler en persona, algo que no aparezca en ninguna de las páginas web.

Solo tengo que encontrar un sitio.

Le echo un vistazo a Hunter. Es el primero en sentarse a la mesa del *brunch* y mi padre no tarda en acomodarse junto a él. Hunter lleva las gafas de sol puestas, a pesar de que hoy no hace mucho sol y de que estamos bajo un toldo. Está siendo grosero. O quizá esté ocultando sus ojos enrojecidos e hinchados después de todo el alcohol que se tomó ayer. Quizá debería hacer que buscar casa fuera

su problema. Solo quedan unas semanas. Tenemos que cerrar algo. Pero ya he buscado y no he encontrado nada.

Llaman a mi padre para que entre y deja a Hunter solo.

—Hunter —le digo—. ¿Podemos hablar un momento? — Mi voz suena muy cantarina, como si no pensara que es un capullo. Es tan típico que me emparejen con un tipo como Hunter para organizar la fiesta conjunta… ¿Por qué no me ha tocado tener un poco de suerte por una vez? ¿Por qué Hunter no podía ser un macho alfa dispuesto a todo para que la despedida de soltero de su mejor amigo fuera todo un éxito? Se levanta, se mete las manos en los bolsillos y da la vuelta a la mesa. Lo llevo hasta el borde del césped, bien lejos de las puertas del porche y de cualquiera que pudiera escucharnos. Cuando nos detenemos, me quedo un segundo en silencio, esperando a que Hunter diga algo. Lo miro, dándole la oportunidad de disculparse por haberse emborrachado y haberse descuidado ayer, de darme las gracias por haberlo llevado a su hotel. En cambio, se queda ahí plantado, en silencio, con los ojos ocultos tras sus malditas gafas de sol—. ¿En serio?

—¿En serio qué?

—No sé, ¿tanto te cuesta tanto darme las gracias por asegurarme de que llegaras sano y salvo al hotel? ¿O por llamarte un Uber?

Él gruñe.

—Dios mío. Muchísimas gracias por pulsar tres botones en tu *app*. Si me das tu teléfono, te hago un Bizum. —El sarcasmo rezuma de cada sílaba que pronuncia.

—Me perdí el discurso de Ed, capullo.

—De nada —responde él.

—No quería perdérmelo. Quería oírle decir lo mucho que quiere a mi hermana y…

—Por Dios, si hablas con Ed cualquier día, te dirá lo mucho que quiere a Katherine. Y, de todos modos, seguro que puedes entrar en el Instagram de cualquiera de las amigas de Katherine y verlo repetido desde todos los ángulos.

Lo miro con los ojos entrecerrados. No le falta razón. Esta mañana he echado un vistazo al Instagram de Suzy Wong y pude oír perfectamente el discurso de Ed entre sus sollozos ahogados.

—Me habría gustado estar ahí, disfrutar del momento. Quizá a ti te guste estar completamente borracho en todos los momentos importantes de la vida, pero yo prefiero estar presente. —No hace falta que sepa que mi madre me regañó por ser una egoísta.

—¿Así que me has hecho venir hasta aquí para regañarme? —pregunta—. Pues, genial, me considero regañado. ¿Puedo volver ya junto a mi taza de café? —Da un paso atrás, hacia la mesa y yo le agarro de la camisa.

—Aún no he terminado.

Baja la vista hacia donde le estoy tirando de la camiseta.

—¿Ahora vamos a tener una pelea de verdad? O sea, ¿hay un ring? ¿Hay gente haciendo apuestas?

—Lo siento —murmuro, dejando caer el trozo de tela arrugado. ¿Por qué me estoy disculpando?—. Mira, tú no me caes bien, yo no te caigo bien, y me parece estupendo, pero tenemos que organizar la fiesta y tenemos que hacer que sea perfecta. Ed y Katherine no se merecen menos. —Joder, yo tampoco me merezco menos. Si de verdad consigo sacarlo adelante, quizá mi madre me deje un poco en paz. Y si no lo consigo solo será la prueba más de que soy la decepción sin remedio que ella siempre ha creído.

Hunter no responde. No se mueve. Es posible que se haya quedado dormido de pie.

—¿Y? —dice al fin.

—Ah, qué bien, todavía estás despierto —le espeto—. Y tenemos que trabajar juntos para asegurarnos de que el fin de semana sea perfecto y tal y como ellos quieren y que tengan lo que los dos se merecen.

—Le diré a mi asistente que se ponga en contacto contigo. —Se da media vuelta de nuevo para marcharse.

—No te molestes —respondo.

Se detiene y se vuelve hacia mí.

—¿Qué más quieres de mí?

—Bueno, ya que me lo preguntas, quiero que me busques una casa de diez dormitorios y diez baños en Cape Cod para dentro de tres semanas, en la que quepa un grupo de nuestro tamaño. Tiene que estar justo en la playa y ser superlujosa.

—Entendido —dice, y me da la espalda

—Hunter —le espeto—. Vuelve aquí. —Voy tras él—. Hunter.

—¿Qué? —dice mientras regresa a zancadas a la mesa—. Ya me has dicho lo quieres. Ya te diré lo que encuentro. Ahora necesito tomarme un café y que me dejes en paz.

Me freno en seco y lo dejo marchar. No tiene ningún sentido que siga persiguiéndolo. Es imposible que me vaya a ayudar. Estoy sola.

4

HUNTER

A menudo me salto la comida. O estoy llamando a alguien o reunido. Mi asistente me deja una ensalada en el escritorio, y a veces ni siquiera tengo tiempo de mirarla y mucho menos de comerla antes de que la mayoría de la gente se vaya a casa. No noto el hambre. Estoy demasiado ocupado. Demasiado absorto en hacer que Portis Investments sea un éxito. Siempre he sido una persona centrada, pero ver cómo fracasa un negocio y estar al timón mientras se hunde te hace concentrarte aún más. Si puedo aportar algo, prefiero hacerlo antes que ponerme a la cola para comprar un sándwich de pastrami con pan de centeno.

Pero hoy la reunión ha terminado temprano, en la oficina no paran de decir lo bonito que está el día y mi asistente me ha mandado salir a buscar la comida. Ha insistido en que era su forma de cuidar de mi salud mental.

Quizá tenga razón. Aunque me siento un poco culpable por no haber devuelto las diez llamadas que tengo en la lista, me hace bien estar al aire libre, a la luz del día. Hay gente por todas partes, corriendo en todas direcciones. Otros están sentados en los muretes o en los escalones, a la sombra. Está claro que no tienen tiempo para recorrer las cinco manzanas hasta el parque, pero quieren estar al aire libre. Los taxis tocan el claxon. El tráfico está paralizado. Todo parece tan… normal. Pero yo no suelo verlo: llego a la oficina cuando aún está oscuro y, en las seis últimas semanas no he salido antes de medianoche más de dos veces. Resulta irónico que en esas dos ocasiones fuera por culpa de Ed y Katherine. Primero, quedé a cenar con la feliz pareja cuando vinieron a Nueva York hace un mes. Después tuve que coger un vuelo a Boston para asistir a la fiesta de

compromiso el viernes. Los preparativos de su compromiso y su boda nos están distrayendo tanto a mí como a Ed. Y quien va a salir perjudicado es Portis Investments. No podemos estar los dos desconectados mentalmente al mismo tiempo. Alguien tiene que mantenernos a flote.

Me dirijo a mi tienda de bocadillos favorita, Stranger than Fiction. Cada bocadillo lleva el nombre de algo relacionado con los libros. Está pensado para turistas, pero que me perdone Holden Caulfield —el de *El guardián entre el centeno,* que no pedía otra cosa en todo Manhattan—, porque a mí también me pierde un sándwich de queso suizo con batido de malta. No es gran cosa, pero la leche malteada aporta muchas vitaminas.

Me pongo en la cola, que llega hasta la puerta, y miro el móvil para ver qué tengo pendiente en el correo.

El primero es de Ed. El asunto dice «Lo siento, tío», lo que nunca es buena señal. Echo un vistazo rápido al correo y hago todo lo posible por no soltar un taco ni darle un puñetazo a la pared más cercana. No va a venir a la cena con FMCH mañana, aunque sabe lo importante que es. Conseguir un cliente como FMCH podría suponer un aumento del treinta por ciento en nuestros ingresos del año que viene. ¿En qué está pensando? Miro el correo con más detenimiento. Tiene una cita para probar el menú de la boda. Lo vuelvo a leer para asegurarme de que no estoy alucinando. No puede ser verdad que vaya a perderse la oportunidad de sentarse con los responsables de FMCH para comerse un puto pollo.

Hasta ahora, no le he dicho nada a Ed de que creo que ha perdido la concentración. Pero esto ha ido demasiado lejos. No puedo llamarlo ahora mismo porque estoy demasiado alterado, así que inspiro hondo para tranquilizarme y le echo un vistazo a la cola. Algo o alguien está tardando mucho.

Abro un correo de un viejo amigo de la universidad, Jack. Proviene de una familia adinerada de Nueva York y tiene una casa preciosa en Martha's Vineyard, donde me alojé un verano cuando estaba en la universidad. Conoce bien la zona, así que le envié un correo para preguntarle si sabía de algún sitio bueno para celebrar la fiesta. Le pedí a mi asistente que buscara en todas las páginas web

habituales, pero todo está completo o sin más no es lo bastante grande.

Justo cuando estoy abriendo el correo, oigo una voz aguda junto a mí.

—¿No deberías estar buscando una casa en la playa en lugar de estar tomando el sol un martes cualquiera?

Alzo la vista y me encuentro cara a cara con Lucy.

Gimo para mis adentros. Creía que me había librado de ella en Boston.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Trabajo en ese edificio. —Señala el edificio acristalado que está al lado del de Portis Investments.

Claro que sí.

—He venido a buscar un bocadillo. Mátame si quieres — replico.

—Con mucho gusto, pero no tengo pistola. —Se encoge de hombros—. Y, además, el naranja presidiario no me queda bien.

—Supongo que eso también es culpa mía.

Me mira como si estuviera sopesando lo difícil que le resultaría estrangularme.

—¿Has encontrado algún sitio? —pregunta, suavizando un poco el tono—. La fiesta de despedida de soltero y soltera conjunta es dentro de tres semanas. Necesitamos un sitio donde alojarnos, y Katherine se ha empeñado en una casa en la playa en Cape Cod. No podemos decepcionarla.

—No podemos seguir llamándola «la despedida de soltero y soltera conjunta». Es demasiado largo.

—Llámalo como te dé la gana siempre y cuando encuentres una casa. —Esta mujer me odia y no entiendo qué problema tiene conmigo. Vale, quizá estaba un poco borracho la primera vez que nos vimos y con un poco de resaca la segunda, pero tampoco es como si me hubiera emborrachado a propósito para cabrearla. ¿Por qué se lo toma como algo personal?

—He estado hablando con un par de contactos para ver si puedo encontrar algo.

—No me importa lo que estés haciendo. Quiero resultados. No hace falta que me pongas al día: lo que quiero son resultados

concretos. —Se me crispan un poco las comisuras de la boca. Se parece un poco a mí cuando reviso el trabajo de la gente y me dan todos los antecedentes y me cuentan lo que han investigado hecho cuando lo único que quiero saber es la conclusión—. ¡Quiero una casa! —Ha alzado la voz y la gente que está haciendo cola empieza a mirarnos de reojo mientras mantenemos nuestro pequeño *téte-à-téte*.

—Gritarme no va a hacer que los anuncios inmobiliarios aparezcan por arte de magia. —Vuelvo a mirar mi móvil para ver si el correo de Jack dice algo que haga que Lucy me deje en paz.

Lucy sigue hablándome sin parar mientras leo la respuesta de Jack. La casa de su familia, bla, bla, bla, acaba de comprar una vivienda como inversión… bla, bla, bla… y hay un enlace.

—¿Me estás escuchando siquiera? —espeta Lucy.

—No. Estoy intentando leer un correo sobre el alquiler para la puñetera fiesta previa a la boda. —Entrecierro los ojos para mirar la pantalla. Las fotos de la página web son preciosas, y está en Martha's Vineyard. No es el Cabo, pero está bastante cerca. Vuelvo al correo de Jack para asegurarme de que está disponible. La acaban de reformar y no la habían puesto en alquiler hasta la semana pasada, por eso está libre para el fin de semana que necesitamos. Me ha tocado la puta lotería.

—Claro que sí —dice Lucy—. Pero en serio, deja de ver ESPN o lo que sea que estés haciendo en el móvil y ponte a buscar una solución. Tenemos que resolverlo.

Gruño. ¿Por qué sigue quejándose? No voy a decirle que acabo de dar con una solución a nuestro problema con el alquiler de la casa. Que se preocupe un poco más.

Dejo caer la mano en la que sostengo el móvil y miro a Lucy. Por un momento, me quedo atónito. Había olvidado lo absolutamente hipnóticos que son sus ojos. Lleva un poco más de maquillaje que cuando la vi este fin de semana y está espectacular. La recorro de arriba abajo con la vista: lleva un vestido ceñido y tacones altos, y el pelo recogido en uno de esos peinados que la hacen parecer una estrella de cine de los años cuarenta.

Algo se me remueve en el pecho y noto un rubor que me sube por el cuello. ¿Cómo es posible que me sonroje solo por mirar a una mujer? Sobre todo a una mujer tan pesada como Lucy. ¿Le hace pasar un mal rato a todo el mundo así, o es que reserva toda su mala leche para mí? Por un segundo, me imagino agarrándola de la muñeca, empujándola contra la pared junto a la tienda de bocadillos y besándola solo para que deje de hablar.

—¡Hunter! —dice, arrancándome del curso de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunto, irritado por su sarcasmo, irritado por el correo de Ed, irritado por llevar veinte minutos haciendo cola para conseguir un puto bocadillo.

—No tienes remedio —dice ella—. Te doy cuarenta y ocho horas para que encuentres la mejor casa de playa de Cape Cod. No me importa cuánto tengas que pagar ni a quién tengas que matar. Hazlo y ya está. —Se da la vuelta y se marcha; sus tacones repiquetean en el suelo como si me estuvieran diciendo: hazlo. Hazlo. Hazlo. Hazlo. ¡Hazlo!

¿Se da cuenta de con quién está hablando? Dirijo una empresa con treinta empleados e invierto en activos por valor de más de trescientos millones de dólares. No acepto órdenes de nadie.

La cola empieza a avanzar, pero he perdido el apetito. Todo me resulta abrumador. No solo tengo que asumir ahora la falta de apoyo de Ed a Portis, además de mis propias responsabilidades, sino que también debo organizar una fiesta. No es así como me imaginaba que iba a ser el año.

5

Lucy

Me estoy mordiendo frenéticamente el borde de la uña del pulgar y dando golpecitos con el pie en el suelo del bar donde estoy ahogando mis penas. Es que no sé cómo le voy a decir a Katherine que no hemos encontrado ninguna casa en Cape Cod. Por supuesto, Katherine lo entenderá porque ella es así. Comprensiva. Dulce. Cariñosa. Pero, sea cual sea su reacción, me voy a sentir como la hermana pequeña que no tiene arreglo y que, comparada con ella, no hace nada bien.

—¿Qué tal algo en los Hamptons? —sugiere Charlotte. Charlotte y yo somos amigas desde que teníamos tres años. Me ha acompañado en cada diente que se me ha caído y en cada desengaño amoroso. Me conocía cuando era un desastre que no dejaba de perder los libros del colegio y que siempre llevaba la camiseta manchada, y me conoce ahora, cuando soy toda hojas de cálculo y zapatos de salón de charol. Charlotte conoce todas las versiones de mí y, lo que es más importante, las acepta todas. Sabe que ya no soy la misma adolescente desaliñada que solía ser, esa que mi madre sigue creyendo que soy. Igual que yo sé que ella ya no es una *belieber*. Los tiempos cambian—. Es que allí hay muchísimo más donde elegir.

—Ya sabes que me encantan los Hamptons, pero Katherine quiere estar en Cape Cod. Creo que lo más importante es estar en Massachusetts. Aparte de estar con Ed. —Suspiro y echo la cabeza hacia atrás—. Podríamos buscar un hotel, supongo, pero ninguno de los lujosos tiene suficientes habitaciones; ya lo he comprobado. Y aunque las tuvieran, las habitaciones con vistas al mar para un grupo de nuestro tamaño tendrían un coste prohibitivo.

—Katherine lo entenderá dadas las circunstancias —dice Charlotte —. Al fin y al cabo, ha sido una decisión de última hora.

Ed y Katherine llevan juntos toda la vida, pero Ed quería que su negocio estuviera más consolidado antes de dar el «sí, quiero» porque sabía que Katherine quiere tener hijos nada más casarse. Él prefería tener estabilidad económica antes de formar una familia. En cuanto se sintió preparado, las cosas empezaron a marchar a toda velocidad. Me alegro por ellos, me alegro de que se sientan preparados para esta nueva etapa de sus vidas. Solo desearía que nos hubieran dado a todos un poco más de tiempo para organizarnos.

—Tienes razón —acepto—. Katherine lo entenderá. Pero esa no es la cuestión. Me apetecía darle lo que ella quiere. Es una persona tan buena, que hace tanto por los demás… Se merece una despedida increíble antes de casarse. —Charlotte arquea una ceja—. ¿Qué? —pregunto a la defensiva—. Es la verdad.

—Quizá esa sea parte de la razón por la que quieres organizar la despedida de soltera perfecta. Pero no es la única razón.

Me encojo de hombros.

—Pues demándame por querer que la gente vea que he madurado.

—¿Va a estar tu madre?

Asiento.

—Solo para la cena del sábado. No se va a quedar a dormir. Lo mismo ocurre con mi tía y sus dos hijas. —Charlotte arruga la nariz. Conoció a mis primas hace años, pero no han cambiado nada. Son unas *snobs* terribles, siempre dispuestas a mirar por encima del hombro a cualquiera al que no consideren lo bastante bueno—. Los únicos que se quedarán en casa son Katherine y Ed, tres amigas de Katherine de la universidad con sus novios, el padrino, otros dos amigos de Ed y yo.

—Eso es mucha gente.

—Lo sé. Y seguimos sin tener dónde quedarnos. Se suponía que el padrino iba a encontrar una solución. Le he dado de plazo hasta la hora de comer de hoy, pero no he sabido nada de él, a pesar de que le he enviado al menos diecinueve mensajes.

Charlotte se ríe. Aunque estoy furiosa con Hunter por no responderme, sonrío. Probablemente me he pasado un poco con el aluvión de mensajes.

—¿Y qué tal el *glamping*? —sugiere Charlotte—. Ya sabes, uno de esos campings glamurosos. ¿Crees que le gustaría la idea?

La despedida de soltera me tiene tan ocupada la mente que cuando echo un vistazo al otro lado del bar juraría que veo a Hunter. Me vuelvo hacia Charlotte.

—No estoy segura de que a Katherine le entusiasme, pero se lo tomaría con calma —respondo—. Pero no quiero que Katherine tenga que tolerar su despedida de soltera. Quiero que la disfrute.

—Pero si es imposible, es imposible —dice Charlotte, justo cuando el chico que creía que era Hunter se vuelve hacia mí y nuestras miradas se cruzan.

Es Hunter.

Hunter, que ha pasado del plazo que le di para encontrar una casa en la playa y que ha ignorado todas y cada una de mis diecinueve peticiones de información. Por lo que parece, estaba demasiado ocupado planeando su noche de fiesta en el bar.

—No me lo puedo creer —mascullo, furiosa.

—¿Qué? —pregunta Charlotte.

—Es el padrino borracho, el que se supone que tiene que encontrarme una casa en la playa.

—¿Dónde? —pregunta ella—. ¿Es el guapo?

—No es guapo. —Es mentira, pero en este preciso momento, aunque se pareciera a un hijo de Colin Firth y Matthew Macfadyen, me darían ganas de arrancarle la cara de un tirón.

Me levanto y Charlotte me tira de la mano.

—No, Lucy. Siéntate. No vayas por ahí.

—Claro que voy a ir por ahí —digo; aprieto los puños y miro a mi alrededor en busca de un arma adecuada—. No puedo quedarme aquí sentada y dejar que se salga con la suya… con… con no encontrarme una casa en la playa. —Suspiro, intentando contener la ira que ha empezado a hervir en mis venas—. «No hay nadie tan capaz como yo». Es mi castigo.

—¿Estás citando *Persuasión*? Sé razonable —dice Charlotte—

. Tú misma acabas de decir que encontrar una casa en la playa era imposible.

El corazón me late con fuerza en el pecho y estoy lista para la pelea. ¿Cómo se atreve a salir a divertirse cuando ni siquiera ha cumplido con sus obligaciones básicas como padrino de boda? Por lo que yo sé, ni siquiera ha hecho el más mínimo esfuerzo para cumplir con su parte

—No pienso tratarlo con tanto respeto. Así es como se les malcría.

Charlotte suelta un gruñido y me agarra de la mano. Sabe que, si estoy tergiversando citas de *La abadía de Northanger* es que voy en serio. Me libro de su mano y me dirijo dando pisotones hacia donde Hunter está charlando alegremente con sus amigos.

—¡Caballero, es muy grosero por su parte entretenerse socializando! —suelto al acercarme a la mesa. Es como si se me hubieran roto todos los diques de contención porque no tengo ni idea de por qué estoy hablando como si estuviera en una adaptación de Jane Austen, igual que mi madre suele hacer cuando intenta impresionar a alguien.

Hunter se vuelve hacia mí con una expresión de total desconcierto. De repente, se me quitan las ganas de pelear. Me doy cuenta de que todo su grupo me está mirando y me siento cohibida. Estos hombres son mayores que Hunter y no parece que hayan salido a divertirse. El ambiente es más formal.

Soy una idiota. Esto es un asunto de negocios.

Me gustaría retroceder diez segundos y volver al momento en el que Charlotte me tiraba de la mano.

Entonces Hunter se echa a reír.

—Esta es la futura cuñada de Ed. Me alegro mucho de verte, Lucy. —Se muestra muy formal y profesional, aunque no se ha puesto a imitar a Darcy. Se vuelve hacia el grupo de cinco hombres —. Estamos organizando juntos la despedida de soltera y de soltero conjunta. —Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos, instándome a que acceda a lo que va a pedirme—. ¿Puedo llamarte mañana por la mañana?

Esbozo una sonrisa perfecta y asiento.

—Claro, Hunter. Es un placer conocerlos. —Sin darme cuenta, hago una pequeña reverencia inexplicable antes de alejarme de la mesa y regreso junto a Charlotte, derrotada y humillada. ¿Quiénes eran esos tipos? ¿Y por qué estoy tan fuera de mí?—. Necesito un trago —digo.

—Me lo imaginaba. Acabo de pedir dos tequilas porque la vergüenza ajena que siento es tan fuerte que ahora mismo preferiría que se me tragara la tierra.

—«La gente enfadada no siempre es sabia» —digo con un suspiro —. Austen tenía razón. —Me tapo la boca con la mano. Quiero retirar cada sílaba—. Charlotte, me he vuelto completamente loca. —Ella asiente como si le acabara de decir que tengo pie de atleta. Se muestra muy comprensiva y empática, pero no quiere acercarse demasiado a mí—. ¿Me estoy convirtiendo en mi madre? —pregunto. Me he transformado en Elizabeth Bennet hace un momento, aunque sin esos ojos tan bonitos. Creo que mi madre debe de habérmelo transmitido en su ADN o algo así. Charlotte se encoge de hombros de una forma que, para mi gusto, se parece demasiado a un «quizás»—. Tengo que dejar de abordar a la gente en lugares públicos. Y cuando digo «gente», me refiero a Hunter. A partir de ahora, prometo gritarle solo en privado. Y —añado ante la mirada fulminante de Charlotte—, en lugar de gritar, voy a bajar el tono hasta un grito susurrado.

—Yo diría que eso es un verdadero crecimiento personal. — Ladea la cabeza—. Al menos desde tu punto de partida, aunque no deberías quedarte ahí. Podrías pensar que a él le está costando tanto como a ti encontrar un sitio. Quizá haya evitado responder a tus mensajes porque…, bueno, en primer lugar, porque son muchísimos, y en segundo lugar, porque tal vez no quiera decepcionarte.

Pienso en Hunter, borracho en la fiesta de compromiso.

—No creo que a Hunter le importe un comino decepcionarme. Pero eso no significa que pueda gritarle en público.

—Por la sencilla razón de que no parece surtir ningún efecto, salvo…

—¿Mi propia humillación? —sugiero.

Charlotte levanta uno de los chupitos que acaban de ponernos delante.

—El que se pica…

6

HUNTER

Me acomodo en la mesa de Gardinier, mi restaurante favorito del Midtown, y me permito relajarme por primera vez en una semana. La comida con Ed va a r bien. Voy a poner las cartas sobre la mesa. Le voy a decir que estoy cabreado porque canceló la reunión con FMCH solo unos días antes de que se celebrara. Le voy a decir que no me importa hacer su trabajo mientras él está ocupado con los preparativos de la boda, pero que no voy a poder hacerlo siempre porque es insostenible. Siento que estoy a un paso de perder la cabeza en cualquier momento del día. Si cree que casarse significa que las cosas van a seguir así, más le vale hablar ahora o callarse para siempre. Porque si las cosas no cambian, me voy. Tendremos que cerrar Portis Investments, y yo me buscaré un trabajo. La alternativa es volverme loco y que Portis vaya a la quiebra. Pero no voy a permitir que ocurra ninguna de esas dos cosas.

Pero al menos no he perdido del todo la cabeza. Todavía no. Ese «honor» se lo lleva la hermana de la novia, que está completamente desquiciada.

No estoy seguro, pero creo que Lucy me llamó «Caballero» delante de los socios de FMCH anoche. No sé si intentaba ser educada, pero parecía estar muy tensa. Casi como en la época victoriana. Como si estuviera teniendo alguna clase de… episodio o algo así. ¿Me había localizado en el bar? No, no he respondido a sus mensajes, pero he estado ocupado intentando hacer el trabajo de Ed además del mío. ¿Me está acosando? Me la encontré frente a Stranger than Fiction y luego en el bar. Nunca me la había encontrado antes, y ahora ya van dos veces en una semana. No tiene sentido. Sé que trabajamos en oficinas contiguas, pero son

demasiadas coincidencias para mi gusto. ¿Sabe Ed en qué familia se va a meter? Quizá Katherine sea igual que Lucy, pero lo disimula mejor. Tal vez se lo comente a Ed. Lo añadiré a mi larga lista de «cosas que tratar con mi mejor amigo».

Miro hacia la puerta, con el móvil en la mano, casi esperando que Ed cancele la comida y ponga como excusa una emergencia relacionada con la boda. Cuando lo veo atravesar las puertas dobles suspiro, aliviado.

No ha cancelado la cita.

Le estoy dando demasiadas vueltas; Ed sigue siendo mi mejor amigo y mi socio.

Y entonces veo a Katherine entrar por la puerta detrás de él, seguida de mi némesis de esta semana: Lucy.

Genial. Se suponía que iba a ser una comida tranquila entre dos amigos para hablar de negocios, en lugar de otra ocasión para comentar, celebrar y conmemorar la boda de Ed y Katherine.

Ed me saluda, todo sonrisas.

—Katherine venía conmigo y había quedado con Lucy para comer. Lo más lógico es que quedáramos los cuatro.

¿Lo más lógico para quién? ¿Para alguien que no conoce a Lucy?

—Quería hablar contigo de un par de cosas sobre Portis — le digo.

—Claro. Podemos hablar de negocios, ¿verdad, cariño? —le pregunta a Katherine. Ella pone los ojos en blanco, como si lo único que hiciéramos fuera hablar de negocios. Ojalá fuera así— . Venga, cariño. Tenemos que repasar algunos temas. Creo. ¿No es así? —La mirada de Ed pasa de mí a su futura esposa.

Lucy apenas me echa un vistazo cuando nos saludamos con un gruñido. Ed y Katherine se sientan frente a la mesa, y a Lucy la meten a la fuerza a mi lado.

Perfecto. Perfecto de cojones.

Pedimos las bebidas, y Katherine y Lucy hablan de la comida y de los cócteles, mencionando de vez en cuando nombres que nunca he oído, mientras yo me limito a mirar fijamente la carta. He perdido el apetito. Preferiría estar en la oficina antes que aquí sentado, escuchando a Lucy y a su hermana hablar de tonterías.

—¿Va todo bien? —me pregunta Ed.

Alzo la vista hacia Ed y luego me vuelvo hacia Katherine. Así, delante de todo el mundo, no puedo tener con él la charla que quería.

—Claro —respondo, con la cabeza hundida de nuevo en la carta. Me pregunto si podría inventarme una urgencia en el trabajo y regresar a la oficina. Esto es lo último que me apetecía hacer a la hora de comer. Literalmente, si me pidieras que hiciera una lista de todas las cosas que quería hacer hoy, comer con Lucy estaría justo al final, después de «consumirme en llamas en el infierno».

—¿Estás seguro? —insiste Ed.

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo? —contesto.

—Pareces estresado.

—Estoy muy liado —digo. Aunque no es mi intención que se note, percibo el resentimiento en mi voz.

—Mira, siento lo de la reunión con FMCH. —Asiento, pero ni siquiera soy capaz de mirarlo a la cara.

—Katherine estaba enferma y no podía ir a la cata. No quería estar a un vuelo de distancia mientras ella no se encontraba bien.

Siento las extremidades pesadas, como si me estuviera hundiendo en el suelo. Ahora mismo lo único que le preocupa es Katherine. ¿Y qué pasará cuando empiecen a tener hijos? Los niños son, básicamente, máquinas de gérmenes. No pasará ni una semana sin que alguien de esa casa esté enfermo. Probablemente no volveré a ver a Ed después de la boda.

—Lo siento. —No era mi intención que sonara tan robótico al salir de mi boca.

—Aunque tiene buena pinta. La reunión con FMCH, quiero decir.

Asiento una vez más; la camarera se acerca para tomarnos nota y Katherine y Lucy son las primeras. Le preguntan por todos y cada uno de los platos de la carta, y yo estoy a punto de coger el tenedor de ensaladas y apuñalar a Lucy en el corazón cuando por fin se decide por la ensalada César de pollo, la misma que Katherine. ¿Cómo lo han hecho tan difícil?

Ed y yo pedimos la hamburguesa de *wagyu*. Como era de esperar. Era como si lo supiéramos desde el momento en que abrimos la

carta. Igual que Lucy sabía que iba a pedir la ensalada César con pollo en cuanto la abrió, pero tuvo que fingir durante un rato que barajaba otras opciones.

—Ah, también quería un cóctel sin alcohol de flor de saúco —dice Katherine.

—Voy a decírselo a la camarera —se ofrece Ed. Se levanta y le da un beso en la cabeza a Katherine, como si le fuera a costar mucho estar lejos de ella durante un minuto y medio. Se dirige hacia la zona de servicio.

—¿O quizá debería pedir el cóctel sin alcohol de Bellini? —pregunta Katherine, como si Lucy o yo supiéramos qué es lo que quiere. Katherine se levanta y se va tras Ed, y nos deja a Lucy y a mí uno al lado del otro, solos.

—No me has contestado los mensajes —suelta con sarcasmo, con una mueca en la comisura de los labios.

—¿A cuál de los trescientos cincuenta mensajes quieres que te responda primero? —le respondo con la misma ironía, y murmuro entre dientes—: ¿Crees que Katherine de verdad quería el cóctel sin alcohol Bellini, o es que no le apetecía separarse de Ed ni un solo segundo?

—Cualquiera de los dos me vale —responde ella—. Están enamorados. Me parece muy bonito que quieran estar juntos todo el tiempo. —Suspira.

Los dos tenemos la vista clavada en Ed y Katherine, que están junto a la barra echándole un vistazo a la carta de bebidas. Ed tiene el brazo alrededor de la cintura de Katherine, y ella, la cabeza apoyada en el brazo de Ed. Es como si sintieran la necesidad de estar físicamente unidos el uno al otro en todo momento.

—¿Qué quieres de mí? —digo con un suspiro de agotamiento—. Me has acosado y hostigado delante de posibles clientes, y ahora te comportas como si fueras tú la parte agraviada.

—Te salvé de hacer el ridículo en la fiesta de compromiso llevándote al hotel. Me aseguré de que no vomitaras en el taxi. Y cuando me di cuenta de que estabas celebrando una reunión de negocios importante en el bar la otra noche, me fui. Tampoco veo que me des las gracias por nada de eso.

—¿Darte las gracias? —digo; le dedico una sonrisa a Ed cuando se vuelve hacia mí—. ¿Por qué? ¿Por comportarte como una psicópata desquiciada cada vez que te veo?

Lucy gruñe y se deja caer hacia atrás en la silla.

—Qué dramático eres. Por el amor de Dios. Lo único que quiero es organizarle a mi hermana la despedida de soltera perfecta, y tú te comportas como si el problema fuera yo. Puede que a ti no te importe un comino tu amigo, pero no me culpes por preocuparme por mi hermana. Y todas tus quejas no nos han llevado a ninguna parte. Seguimos sin tener dónde quedarnos y sin perspectivas de encontrar nada. Faltan poco más de dos semanas para la despedida.

—¡Te equivocas! —exclamo con aire de suficiencia.

—Vale, dos semanas y un día, capullo pedante.

—Te equivocas, sí que tenemos un sitio donde pasar el fin de semana, arpía desventurada.

Lucy me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Arpía desventurada? ¿Arpía desventurada? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? Llámame cabrona. Llámame psicópata desquiciada, pero ¿arpía desventurada? —Suelta otro gemido y, por alguna razón, me recorre los muslos y me llega hasta la entrepierna —. Patético.

—Tienes razón. Psicópata desquiciada era más acertado. La cuestión es que tenemos un sitio donde quedarnos. He conseguido un alquiler de viernes a lunes en Cape Cod. Bueno, más o menos.

Lucy me mira con recelo.

—¿Qué quieres decir con «más o menos»?

—¿Te fijas en eso en lugar de en que he conseguido una casa para todo el grupo para el fin de semana, a pie de playa? Claro, tú solo te fijas en que he dicho que estaba «más o menos» en Cape Cod.

—Sí, bueno, para Katherine es muy importante que sea en Cape Cod. Así que, si no está ahí, no va a valer. ¿Dónde se supone que está esa casa?

Ed y Katherine regresan a la mesa cogidos de la mano, sonriéndose el uno al otro. Son ridículos.

—Te lo diré la próxima vez que nos veamos —digo apretando los dientes.

Lucy parece a punto de levantarse de la silla, de tanta frustración que siente. Una parte de mí disfruta un poco jugando con ella.

—Te he enviado diecinueve mensajes pidiéndote novedades y me has ignorado. He hecho todo lo posible para que quedáramos, pero no he recibido respuesta. La celebración es dentro de dos semanas. Tenemos que vernos y organizarlo todo.

Lucy se queda en silencio cuando Katherine y Ed se acercan a la mesa.

—¿Sabéis cuál es una de las mejores cosas de la fiesta conjunta? —pregunta Katherine. Extiende las manos para coger la mía y la de Lucy—. Es ver cómo los dos vais forjando una relación y os hacéis amigos. Me hace muy feliz.

—En serio —dice Ed—. De camino aquí comentábamos que fue un detalle por parte de Lucy acompañarte al hotel después de la fiesta de compromiso. Es genial que os llevéis tan bien. Sabes que para mí siempre has sido como de la familia, Hunter. Y Lucy va a ser parte de la familia de verdad. Es estupendo que podamos pasar el rato todos juntos.

—¡Es perfecto! —exclama Katherine—. No quiero tener que preocuparme nunca más por a quién invitar a qué eventos. Sobre todo cuando estamos aquí, en Nueva York.

Lucy me da un golpecito juguetón en el brazo.

—Somos una gran familia feliz.

—Y, en serio, no dudéis en hablar de negocios —añade—. Al menos de vez en cuando. De hecho, incluso ahora mismo. Lucy y yo podemos charlar entre nosotras si vosotros tenéis algo que comentar. —Ed me mira expectante, pero esto no es una comida de negocios. Ya no. Así que tampoco es que podamos hablar de verdad —. Entiendo lo importante que es el trabajo para los dos —dice Katherine. ¿De verdad lo entiende? Porque si así fuera, ¿estaría aquí? Además yo iba a hablarle a Ed sobre su concentración, o más bien sobre su falta de ella, así que tampoco es como si pudiera sacar el tema ahora. O quizá, si le digo algo, Katherine entenderá la situación y animará a Ed a concentrarse en el negocio…

—Vale —digo, con tono cauteloso—. Tenemos mucho entre manos, como ya sabes. Todos estamos trabajando muchas horas, pero seguimos adelante como podemos. Tenemos que empezar a automatizar algunos de nuestros procesos administrativos, y eso requiere muchos recursos.

—¿Qué? —pregunta Lucy. Me cuesta un gran esfuerzo no poner los ojos en blanco ante la interrupción—. ¿Procesos administrativos como el análisis de riesgos y cosas así?

Me lo pienso un momento. ¿Debería hablar de esto delante de Lucy? ¿Por qué le interesa tanto?

—Sí, eso y algunas de las cuestiones financieras. Estaría bien que estuviera automatizado, pero hacerlo lleva tiempo…

—Puedes contratar a empresas de consultoría para que se encarguen de ello. Eso es lo que hicimos en nuestra empresa. Se especializan en cada sector. Tuve que investigarlo porque automaticé todos los acuerdos de confidencialidad. Nadie lo había hecho antes porque todos se centraban en los documentos importantes, pero, en realidad, nos ha ahorrado muchísimo tiempo, ya que los usamos con mucha frecuencia. Te aseguro que la inversión merece la pena. —Asiente con entusiasmo y, por un momento, me pregunto si se ha apoderado de ella un ser humano en pleno uso de sus facultades, en lugar de la psicópata desquiciada en la que los dos coincidimos que suele convertirse.

—Exacto —digo hacia Ed—. Eso es lo que no paro de decirte. Aunque sean documentos breves, ahorran tiempo…

—Y hoy en día resulta más profesional —me interrumpe Lucy—. Si no automatizas procesos como el análisis de riesgos mientras tus competidores sí lo hacen, estás malgastando dinero.

—Exacto —digo, balbuceando en señal de acuerdo—. Es una inversión que merece la pena hacer.

—Suena bien —dice Katherine.

Ed suspira como si no pudiera pensar en eso en ese preciso momento.

—Quizá podamos estudiar la posibilidad de contratar a una consultora para que se encargue de ello. Ahora mismo estamos muy desbordados.

Ya lo sé.

—Y si seguimos creciendo, la cosa solo va a ir a peor — replico.

Lucy asiente como si estuviera totalmente de mi lado, y eso me aterra y me llena de gratitud a partes iguales.

—Puedo daros el nombre de la empresa con la que trabajamos — ofrece—. Íbamos a quedar para repasar algunos detalles de la organización de la despedida de soltero y soltera, ¿verdad, Hunter? Entonces podré darte más información.

—Me parece bien —digo, intentando que no se note que lo último que quiero hacer es quedar con Lucy.

—¿Me puedes recordar cuándo dijiste que iba a ser eso? ¿Era esta noche? Sé que estás deseando organizarlo todo.

—Bueno, ya he hecho lo más difícil y he encontrado la casa de playa perfecta —le digo—. No creo que tengamos que prepararnos en exceso.

—¡Perfecto! —exclama Lucy—. Eso es lo mejor de Hunter. Tiene tanta seguridad en sí mismo… Esta noche me paso por tu casa para planificarlo todo y ver fotos detalladas de esa casa de playa perfecta. Va a ser fantástico. —Coge el móvil—. ¿Me das tu dirección?

Joder. Estoy en un brete. No puedo negarme a darle mi dirección; parecería sospechoso, porque los dos estamos siguiendo el juego de que nos llevamos como si fuéramos grandes amigos. Pero si le doy mi dirección, se plantará en mi puerta exigiendo esto, lo otro y lo de más allá. Si Ed no estuviera aquí, le daría una dirección falsa, quizá en algún lugar perdido del Bronx, para que tuviera un buen trayecto muy largo en metro en el que reflexionar sobre sus actos. Pero, dado que Ed ya se ha quedado en mi casa alguna vez, no hay forma de que pueda salirme con la mía.

Debería haberle enviado un mensaje y haberle dicho que ya había encontrado el sitio. Si lo hubiera hecho, probablemente no habría insistido en que teníamos que vernos. Es culpa mía, por estúpido que parezca. De hecho, si lo hubiera hecho, probablemente no habría irrumpido en el bar y no nos habría dejado en ridículo a los dos. O a ella misma, sobre todo. Puedo admitir que me he portado como un capullo, aunque nunca lo confesaré en voz alta. Pero ella ha sido… una arpía desventurada.

—Vivo en el doscientos veintidós de Lexington. Puedes pasarte hoy a las ocho y lo resolveremos todo.

Me merezco mi destino, sea cual sea.

7

Lucy

Son las ocho menos cinco cuando pulso el timbre del piso de Hunter. Para cuando llegue a su puerta, serán las ocho, así que, técnicamente, no me habré adelantado a la hora.

Se oye un crujido de estática y, a continuación, Hunter habla por el interfono.

—Has llegado pronto, cómo no…

—Técnicamente, no voy a… —La puerta se desbloquea con un zumbido. Sostengo la caja Bankers Box en equilibrio sobre mi rodilla y abro la puerta. Podría haberse ofrecido a bajar a ayudarme…

Llego a su puerta y le doy un golpecito con el pie, ya que no quiero soltar la caja. Hunter ya está hablando cuando abre la puerta de golpe.

—¿Pero qué demonios, Lucy? ¿Por qué le estás dando patadas a mi…? —Ve que tengo las manos ocupadas y, al instante, los dos nos damos cuenta en silencio de lo rápido que ha sacado conclusiones. Conclusiones erróneas.

—Añádelo a la lista —digo.

—¿A la… qué?

—La lista que tienes de quejas sobre mí. Seguro que las estás apuntando en algún sitio.

Se apoya en el marco de la puerta y cruza los tobillos, como si ni por un momento se le hubiera ocurrido quitarme la pesada caja de las manos.

—Te olvidas de que conozco a tus padres. Conozco a tu hermana. Incluso conozco a tu tía abuela Mildred. Todos parecen tan… normales. ¿Qué te ha pasado? ¿Te caíste de cabeza de pequeña?

¿Te cambiaron de cuna al nacer? ¿Eres una dirigente suprema alienígena atrapada en un traje de piel humana?

Hay algo en sus bromas que me hace sentir como si me hubiera metido la mano en el pecho y me hubiera arrancado el corazón. Hunter puede ser muchas cosas —muchas cosas molestas—, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que es cruel.

Le echo un vistazo a la caja que tengo en los brazos y me doy cuenta de que esto no tiene sentido. No tengo fuerzas para seguir así y ni siquiera me molesto en decirle que la tía abuela Mildred es familia de Ed, no mía. Nunca voy a ser como mi hermana. Nunca voy a tener una vida perfecta, nunca voy a ser un dechado de virtudes allá donde vaya. Por muy organizada, puntual o centrada que esté, siempre seré solo yo. La otra hermana Jones.

Suspiro y me vuelvo hacia los ascensores. Ya estoy harta. No tengo fuerzas para discutir con alguien a quien no le importa nada. Al menos, esta noche no.

—Lucy —me llama Hunter. Ni siquiera me atrevo a responder—. Lucy —repite, siguiéndome fuera del piso—. Mira, lo siento. Me he pasado. Entremos de una vez. —Me coge la caja—. ¿Qué demonios hay aquí dentro?

—No importa —digo.

—Sí que importa.

Tengo los brazos cansados de cargar con la caja, me empieza a doler la espalda y daría cualquier cosa por quitarme los tacones. Pero lo peor de todo es lo cansada que está mi alma por intentar demostrar mi valía constantemente.

—Me voy a casa —digo—. Me rindo.

Hunter se pone la pesada caja bajo el brazo como si fuera un periódico, me agarra de la muñeca sin apretar y me lleva hasta su piso. Si tuviera fuerzas, le regañaría por intento de secuestro.

—Entra y tómate al menos una copa. —Su voz es suave, como si estuviera preocupado por mí. Probablemente piense que los últimos hilos de mi cordura se han roto por fin. Y tal vez no se equivoque. No me resisto cuando me lleva por el pasillo porque ya no tengo ánimos para hacerlo—. Vale, podemos ponerla ahí. —Su tono ha cambiado. No es tan ácido como de costumbre. Es como si se

hubiera dado cuenta de que ha ido demasiado lejos—. Siéntate aquí en el sofá, para que puedas ver la tele. —Frunzo el ceño. No estoy aquí para ver Netflix y relajarme. Tenemos que hacer planes. Pero no me opongo cuando me guía hasta el sitio que me ha asignado en el sofá. Un momento después, me pone en las manos un vaso frío de limonada—. Pensaba que podríamos empezar por la casa. ¿Te parece bien? —El tono de su voz es el que suelen usar las personas que trabajan con gente mayor: paciente pero cauteloso. Me encojo de hombros y le doy un sorbo a la limonada. Quizá el azúcar me anime un poco. ¿A quién quiero engañar? Nada va a animarme. Hunter se sienta a mi lado y apunta con el mando a distancia a la pantalla fijada a la pared—. Todo se ve mejor en una pantalla grande.

La tele cobra vida con imágenes de la casa más bonita que he visto en mi vida. Está erigida sobre un lecho de hortensias blancas, con dos frontones gemelos, un amplio porche que rodea toda la casa, buhardillas y una torreta redondeada, y se parece más a la finca de los Kennedy que a una acogedora casa de playa. Pero las tejas grises y los marcos de las ventanas, de un blanco inmaculado, le dan un aire… acogedor.

Le echo un vistazo a Hunter. ¿Se trata de una broma muy elaborada? No puede ser que haya conseguido esta casa. Es imposible. Entonces recuerdo su advertencia sobre la ubicación. Entrecierro los ojos, recelosa.

—¿Está disponible? —pregunto.

—Sí. No quería arriesgarme a perderla, así que ya he pagado el depósito.

—¿De esta casa? —digo, señalando con el dedo hacia la pantalla —. No te refieres a la casa de invitados de esta mansión, sino a esta casa, ¿no?

—Sí —responde él—. A esta casa.

—¿Dónde está el truco? —pregunto—. Porque no lo he visto mientras buscaba. Bueno, quizá no estaba buscando en el rango de precios adecuado, porque debe de costar unos cien mil dólares por el fin de semana. No creo que podamos permitírnoslo.

Hunter se encoge de hombros.

—Está controlado.

—Has dicho que no estaba en Cape Cod. Entonces, ¿dónde está? ¿En Maine? ¿En Canadá? —Es imposible que haya conseguido esta casa con tan poca antelación en ningún sitio cerca de Cape Cod. No es posible y ya está. Tiene que haber una trampa enorme.

Suspira y se pasa las manos por el pelo.

—No te enfades —me advierte.

Me preparo mentalmente y rezo en silencio para que la casa esté en algún lugar cercano a Cape Cod.

—No me voy a enfadar. ¿Dónde está?

—En Martha's Vineyard.

Me levanto de un salto como si alguien me hubiera metido un atizador al rojo vivo por el trasero.

—Esta casa… —Me quedo paralizada un insftante y luego me acerco a la pantalla y señalo con el dedo la preciosa imagen que aparece en ella—. Esta casa de aquí está en Martha's Vineyard. —Él asiente, presa del pánico, con los ojos muy abiertos, como si estuviera esperando a que le dé un puñetazo en la cara—. ¿Y está disponible para el fin de semana que necesitamos y entra dentro del presupuesto? —Asiente de nuevo y a mí me da vueltas la cabeza. ¿Qué otras condiciones había? Tenía que estar en Cape Cod, pero Martha's Vineyard es aún mejor. Tenía que ser lo bastante grande, y este sitio podría albergar a una orquesta sinfónica. Y tenía que estar en la playa. Ahí debe de estar el truco—. ¿A qué distancia está de la playa? —Coge el mando a distancia y cambia a otra imagen. Muestra una vista lateral de la casa, con dunas de arena sedosa, espigado barrón y el espumoso oleaje del Atlántico. Tiene que estar bromeando. Si yo hubiera diseñado una casa para nuestro fin de semana, no se me habría ocurrido una mejor. Me alejo de la pantalla para contemplar la imagen al completo—. ¿Tienes más fotos? —No dice nada, solo pulsa el mando a distancia de nuevo. La imagen cambia a una foto del porche, con vistas al mar. Suelo de caoba, la bandera estadounidense y un columpio, todo ello rodeado de hortensias blancas. Es lo más bonito que he visto en mi vida. Me desplomo en el sofá y me tapo la cara con las manos. No puedo contener la oleada de emociones que me inundan en este momento.

Esta casa es más que perfecta. Es más de lo que Katherine o cualquiera de sus amigos podrían esperar—. Si esto es una broma, te voy a matar. —Mi voz se quiebra al pronunciar la amenaza.

—Dios mío, Lucy, ¿estás bien? —pregunta Hunter. El sofá se hunde cuando se acerca más a mí. Me pone una mano en el brazo con un poco de torpeza.

—No me lo puedo creer —digo, volviéndome para mirarlo. La preocupación inunda sus ojos, de un azul brillante, y no aparta la vista—. Gracias —murmuro con voz suave—. No sabes lo que esto significa para mí.

Coge mi vaso de la mesa y me lo pone en la mano. Le doy un pequeño sorbo y empiezo a sentirme un poco mejor. La energía va invadiendo mis extremidades y me cuesta menos respirar. Es como si me estuviera recuperando de una prueba de resistencia, como si hubiera estado abandonada en una isla y por fin me hubieran rescatado, o como si acabara de cruzar la línea de meta tras una carrera de veintiséis millas. Es alivio, gratitud y puro agotamiento, todo mezclado en uno.

—¿Te vale Martha's Vineyard? —pregunta, esperanzado.

—Por supuesto —respondo, dejando el vaso sobre la mesa de centro—. Es mejor que Cape Cod. Llegar hasta allí es toda una aventura. Es más exclusivo. Más memorable. —Y entonces me doy cuenta de que toda mi planificación se ha centrado en Cape Cod y no en Martha's Vineyard. Tendré que volver a empezar desde cero. No podemos perder el tiempo yendo y viniendo en el ferry.

—He pensado en plantearnos alquilar un helicóptero para ahorrar tiempo, si eso supone un problema —dice.

Clavo la vista en Hunter. Lo dice totalmente en serio. Lo ha pensado bien. Se preocupa. Y me hace mucha ilusión no tener que cargar yo sola con el peso de organizar este fin de semana.

—Vaya —suspiro—. Sin duda deberíamos planteárnoslo. Y lo de pescar… Supongo que se puede pescar por allí, ¿no?

Hunter se encoge de hombros.

—He tenido una semana de locos. Aún no he concretado todos los detalles. —Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios—. Pero creo que podremos solucionarlo.

—Sí, seguro, aunque tengas que pedir que te recojan en barco desde Hyannis.

—Claro.

—Claro —respondo. Nos miramos a los ojos durante un segundo. No sé cómo expresarle lo agradecida que estoy. Lo aliviada que me siento.

—No me había dado cuenta de lo importante que es esto para ti —dice, como si ahora todo encajara en su mente.

—Es muy importante —digo.

Asiente con determinación.

—Va a salir genial. —Se me hace un nudo en la garganta. Empiezo a creer de verdad que lo será. Él le echa un vistazo al archivador—. ¿Quieres decirme qué hay dentro de la caja? — pregunta—. Me preocupa un poco que lleves ahí todo el equipo necesario para asesinarme y deshacerte de las pruebas.

No puedo evitar sonreír ante su comentario. Me parece que hace mucho tiempo que no sonrío de verdad al pensar en esta boda, aunque estemos hablando de que yo soy una asesina.

—No estoy segura de que nada de eso sea relevante ahora.

—¿Porque has cambiado de opinión sobre mi inminente asesinato? —Entrecierro los ojos como si estuviera sopesando si seguir adelante con mi intención de matarlo.

—Son sobre todo cosas relacionadas con Cape Cod. Creo que deberíamos centrarnos en las actividades en Martha's Vineyard.

—Pero ¿qué hay exactamente aquí dentro?

Abro la tapa para mostrarle los papeles, las copias impresas y los folletos que he ido acumulando desde que Ed y Katherine se comprometieron.

—Ideas para la despedida de soltera. Y he creado una hoja de cálculo para llevar un control de los gastos. —Le tiendo una copia—. Te lo he impreso todo, pero puedo enviarte el archivo por si quieres hacer uno aparte para los chicos. Tal y como yo lo veo, algunos de nuestros gastos serán por separado: los chicos os vais a pescar, por ejemplo, mientras nosotras hacemos otras cosas. El resto de los gastos serán compartidos y se repartirán a partes iguales. Como el alquiler de la casa y esas cosas.

—Yo me encargo de la casa —dice Hunter.

Me quedo completamente inmóvil y me olvido por completo de la caja que tengo en el regazo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo pagaré la casa. No hace falta incluirlo en la hoja de cálculo.

—¿Lo dice en serio? —Katherine no me ha comentado nada de que Hunter fuera rico. Estoy segura de que lo habría mencionado si lo fuera—. No puedes hacerlo. Repartiremos el gasto entre todos.

Hunter niega con la cabeza.

—Ed es mi mejor amigo. Quiero hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estoy seguro. —Me mira fijamente, como si quisiera hacerme una pregunta. Antes de que pueda decir nada más, suena su móvil e interrumpe el momento. Silencia la llamada y vuelve a mirarme.

—¿Qué ibas a decir? —le pregunto con tono desafiante.

Su móvil vuelve a sonar y esta vez rechaza la llamada sin siquiera mirar la pantalla. Probablemente sea una de las muchas chicas que buscan su atención. Lo ignora y parpadea, y sus largas pestañas le rozan la mejilla.

—Sé que es tu hermana y todo eso. —Mira la caja de archivo—. Pero esto es muy importante para ti. No lo entiendo.

Desvío la mirada, un poco molesta ante la idea de que una mujer lo llame a estas horas de la noche. Y es absurdo: no tengo ningún derecho sobre este chico.

—Es mi hermana. La quiero. Siempre hemos estado muy unidas. Solo quiero hacerlo tan bien como lo haría ella si fuera mi despedida de soltera.

—¿Eso es todo? Me da la sensación de que hay más. —Pasa la vista de mis ojos a mis labios, y de repente me siento acalorada, cohibida. Necesito un poco de aire. Hunter está socavando mis defensas. Pero ¿por qué? ¿Y por qué demonios tiene que estar tan guapo mientras lo hace?

—Eso es todo —contesto—. Solo quiero que todo sea perfecto. Igual que Katherine.

—¿Crees que tu hermana es perfecta? —pregunta.

—Claro que es perfecta. Ya la conoces.

Hunter se encoge de hombros.

—Supongo que no es mi tipo.

A todo el mundo le encanta Katherine. No había ni un solo chico en nuestro instituto que no estuviera completamente enamorado de ella. Todos querían ser sus amigos. Katherine podría haber abusado de la popularidad de la que gozaba, podría haberse vuelto cruel y desagradable con los chicos que no tenían tanta suerte en cuanto a aspecto físico y popularidad, pero, por supuesto, no lo hizo. Katherine siguió siendo dulce y amable durante toda la turbulenta adolescencia y a lo largo de toda la universidad. No pasó por una etapa de «patito feo» ni tampoco por una de rebeldía. Siempre ha sido ella misma, y ella misma es perfecta.

Suelto una risa burlona.

—Claro. Por supuesto que Katherine no es tu tipo —digo con sarcasmo—. También rechazarías a una modelo de Victoria's Secret, ¿eh?

—Depende —responde—. Puede ser.

Pongo los ojos en blanco, todavía con curiosidad por saber quién ha llamado a Hunter. Dos veces.

—No hace falta que me mientas para que me sienta mejor.

—No estoy mintiendo. Entiendo que quieras a tu hermana, pero ella no es perfecta. Nadie lo es.

—Nadie excepto Katherine —lo corrijo. Hunter ladea la cabeza con una expresión en el rostro que parece decir *«¿En serio?».*

—¿Qué? —pregunto.

—¿De verdad crees que tu hermana es perfecta? ¿Que es la única persona en este planeta que no tiene ni un solo defecto?

—No sé si es la única. Pero, vamos, ya la conoces…

—Sí, y cada vez que la veo me quita una pelusa de la chaqueta, y eso me saca de quicio.

Me tapo la boca con la mano como si acabara de confesar el asesinato de Kennedy, pero Hunter se limita a rebuscar en mi caja como si me acabara de dar la previsión meteorológica.

—No puedes encontrar irritante a Katherine —digo cuando recupero la capacidad de hablar.

—Te equivocas. Puedo encontrar irritante a cualquiera. Las dos me habéis parecido irritantes a la hora de comer, cuando no os decidíais, aunque apuesto a que sabíais nada más abrir la carta que ibais a tomar la ensalada César con pollo.

—¿Te molesta que alguien no pida rápido? ¿Cuántas citas has dejado plantadas por eso?

Suspira.

—No tengo tiempo para salir con nadie. —Su móvil vuelve a sonar, justo en el momento perfecto para tacharlo de mentiroso. Arqueo las cejas, retándolo a que me repita que no está saliendo con nadie. Hunter tiene poco más de treinta años, es alto, tiene un buen trabajo y está rodeado de millones de mujeres guapas y solteras. Y…, bueno, no se puede negar que está buenísimo. ¿Que no sale con nadie? Lo dudo mucho. Me acerca el móvil para que pueda ver la pantalla—. Es mi madre. —No digo nada. No tiene por qué fingir que no sale con nadie por mi culpa. Y me da igual que lo llame su madre o Verónica, la del culo de infarto—. ¿Qué es esto? —Saca una imagen que imprimí de la página web de la revista *New England Home.* Es una selección de mantas tejidas en colores de temporada.

—Katherine quiere hacer una hoguera en la playa, envolverse en una manta y asar malvaviscos.

—Sí, ¿y qué es esto? —pregunta, sacudiendo la imagen como si fuera una prueba irrefutable.

—Mantas que pensaba comprar para la playa.

—¿Vas a comprar mantas específicas? ¿No puedes usar las que hay en casa? ¿O quizá pedirle a la gente que lleve las suyas propias?

—Pero entonces puede que los colores no combinen. —No responde, pero me mira como si estuviera examinando una pieza de un museo.

—¿Crees que Katherin quiere que los colores de las mantas hagan juego?

—No que hagan juego, sino que combinen bien. Si no, las fotos que hagamos no… No serán…

—No digas «perfectas» —protesta Hunter—. Porque, si lo haces, te voy a coger en brazos y te voy a llevar al hospital más cercano

para que te hagan una evaluación psiquiátrica.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué dramático eres.

—¿Yo? —dice; saca más papeles de la caja y los deja caer sobre la mesa de centro—. ¿Yo soy el dramático? ¿Cuánto tiempo llevas organizando esta fiesta?

—¿Qué? —respondo a la defensiva—. Tampoco tanto… — Me mira fijamente, retándome a que confiese—. Solo unas semanas —digo en voz baja. Si nadie puede oírme, técnicamente no es mentir.

—Mentirosa —dice él.

—¿Qué? Solo son unas semanas.

—¿Qué marca de malvaviscos has elegido? —pregunta. Pero no espera a que le responda—. No niegues que lo has investigado.

—Negación plausible —replico—. ¿Por qué iba a elegir la marca si no sé qué habrá disponible en la tienda?

—No vas a comprarlos aquí —dice. Me da la sensación de que se ha metido en mi cabeza y me ha leído el pensamiento. Tiene razón. Nunca dejaría al azar un detalle tan importante. No digo nada, porque ¿para qué? Solo me dirá que soy una mentirosa. Y tendría razón. Pero es raro. Nunca me habían llamado la atención por mi atención al detalle. Y desde luego, nunca se habían burlado de mí por ello. Más bien al contrario. Al crecer a la sombra de Katherine, siempre me veían como la desordenada, la que nunca estaba preparada, la que nunca acertaba, frente a Katherine, siempre preparada y siempre perfecta—. ¿Te comportas así solo porque es la despedida de soltera de Katherine, o eres así siempre? —Se ríe entre dientes— . No contestes a eso. Ya sé cuál es la respuesta. Apuesto a que fuiste la razón por la que la cola en Stranger than Fiction se atascó el otro día. Primero tuviste que decidir qué pedir, y luego apuesto a que tuvieron que preparártelo especialmente.

Suspiro. No he venido aquí para que me pongan en evidencia. Eso ya lo hago yo sola con bastante facilidad. Tenemos la casa. El resto lo puedo hacer yo sola. Katherine no dijo nada de que tuviéramos que hacerlo juntos.

—¿Por qué no organizas la cena de la noche que lleguemos? Yo me encargo del sábado —sugiero—. Puedes encargarte del

transporte de los chicos. Yo me ocuparé del nuestro, del de las chicas. Así no tendremos que planificarlo juntos y podrás librarte de mí. —Esbozo una sonrisa forzada, me levanto y guardo los papeles que he dejado sobre la mesa de nuevo en la caja.

—Estás loca. No estaba intentando ser un capullo.

—No hace falta que lo intentes —replico, y cierro la tapa de la caja. Ya no hay rastro de rebeldía en mi tono. Ni siquiera me molesto en ofenderme.

—Lo siento —dice él, cogiendo la caja—. No era una crítica.

—Claro. —Hunter no ha dejado de lanzarme una avalancha de insultos y críticas desde que nos conocimos. Y ya estoy harta. Se ha pasado un poco de la raya. El agotamiento que sentía al llegar me invade de nuevo como una ola—. Gracias por organizar lo de la casa. Es preciosa.

—¿Estás segura de que quieres irte? Podemos planificar juntos las comidas y el transporte. No hace falta separarnos por sexos, sobre todo porque muchos de los invitados son parejas que viajan juntas.

—Podemos coordinarnos por correo.

Algo parpadea en la tele y los dos nos volvemos para mirar. Es una llamada de FaceTime. De alguna manera, su móvil se ha conectado con la tele. Hunter coge el teléfono, pero los dos hemos visto que no es su madre quien llama, sino una mujer llamada Debbie, que tiene los labios rojos y un escote del tamaño y la profundidad del Gran Cañón.

Tal y como pensaba: Hunter es un mujeriego. Y un mentiroso. Y le viene de perlas que yo me encargue de todo el trabajo pesado mientras él se lleva los méritos por haber conseguido la casa. Para ser justos, hay que reconocer que es una casa muy bonita. Al fin y al cabo, eso era todo lo que necesitaba de él. El resto lo puedo hacer yo sola mientras Hunter se dedica a lo que sea que esté haciendo con Debbie.

—Deberías contestar. —Señalo con la cabeza hacia la pantalla—. Parece que tu madre tiene muchas ganas de charlar.

—Esa no es mi madre, boba. Es mi tía abuela Deborah — dice entre risas. Ni siquiera él se cree que me vaya a tragar eso. Siento la necesidad de darme una ducha. Dios sabe qué habré cogido estando

en su piso tanto tiempo. Me dirijo hacia la puerta y Hunter me sigue, llevando mi caja—. Te la bajaré y te la meteré en el taxi. —Está intentando ser amable, pero a pesar de haber encontrado la casa de Vineyard, ya he visto cómo es.

—No hace falta. —Estiro la mano para cogerla, pero antes de que llegue a hacerlo, suena mi móvil y lo saco del bolsillo. Es Katherine.

—Hola, Katherine —respondo—. Estoy con Hunter, organizando la fiesta del fin de semana.

Ella da un gritito de alegría. Sonrío ante el entusiasmo de mi hermana.

—¿Y os lleváis bien? —pregunta.

—Por supuesto. Somos uña y carne —contesto. Hunter arquea las cejas en una acusación silenciosa.

—No sabes lo feliz que me hace eso —dice Katherine—. Cuando Ed y yo tengamos hijos, vais a ser los mejores tíos del mundo. —Me pregunto qué pensaría Katherine si supiera que, a veces, Hunter la encuentra irritante—. Vale, pues llámame más tarde. Podemos ponernos al día cuando vuelvas a casa.

—Claro que sí —acepto—. Y no te preocupes. Todo va a salir perfecto. —Hunter niega con la cabeza de forma inquietante. Cuelgo el teléfono tras hablar con Katherine y vuelvo a coger mi caja—. ¿Por qué no firmamos una tregua? Al menos delante de mi hermana y de Ed. Pongámonos de acuerdo en que, para hacer felices a las personas más importantes de nuestras vidas, podemos fingir que nos llevamos bien.

—Claro, Lucy —aprueba, y no consigo descifrar su tono. Quizá sea sincero, pero da igual si está fingiendo o no. No quiero que Katherine se preocupe pensando que Hunter y yo nos llevamos como el perro y el gato. Ella quiere que nos llevemos bien, así que eso es lo que va a conseguir. Aunque tengamos que fingirlo. Suelta la caja y me abre la puerta de su casa. Me dirijo de nuevo hacia el ascensor y echo un vistazo hacia el piso de Hunter. Se ha cruzado de brazos y está apoyado en el marco de la puerta, mirándome. La camiseta que lleva pone de relieve sus brazos musculosos, y no me había dado cuenta de que los vaqueros le quedaran así de bajos en las caderas. Es casi obsceno. Se ve diferente a como estaba en

Massachusetts. No es el tipo de «Colin Firth ha tenido un hijo con Matthew Macfadyen», pero no está mal—. Gracias por meterme en un Uber en la fiesta de compromiso —me dice en voz alta—. Podría haber hecho el ridículo.

—No hay de qué —respondo casi a voz en grito. Es un poco tarde para darme las gracias por eso. Solo lo ha hecho porque sabe que esta vez se ha pasado de la raya. Pero me da igual: voy a hacer todo lo posible por fingir que todo va bien con él. Es obvio que es importante para Katherine.

8

LUCY

Katherine me coge la mano con entusiasmo mientras seguimos a nuestra madre a la tienda de vestidos de novia. Todavía no he visto su vestido y tengo muchas ganas. Sí, eso significa que he tenido que salir de Manhattan y regresar a Massachusetts, pero Katherine tenía muchas ganas de que estuviera aquí. Y también voy a probarme mi vestido de dama de honor.

—Espero de verdad que te guste —dice Katherine—. Tanto mi vestido como el tuyo.

—Estoy segura de que me encantarán los dos. Tienes un gusto fantástico.

—Lo que opine ella no importa —replica mi madre, irritada—. Es un vestido precioso y pareces una novia de cuento de hadas. Y los vestidos de las damas de honor están bien.

Katherine y yo nos miramos. Mi madre parece un poco más tensa de lo habitual.

El aire acondicionado de la tienda está a una temperatura gélida, así que rebusco en mi enorme bolso hasta encontrar mi cárdigan rosa favorito, que compré hace tres años en Zara y que todavía me encanta. Una de las dependientas nos acompaña a mi madre y a mí a una sala de espera y nos ofrece champán, mientras que otra se lleva a Katherine para que se cambie de ropa.

—¿Cómo van los preparativos de la despedida de soltera? —pregunta mi madre.

—Bien —respondo. Ahora que ya tenemos la casa organizada, ha sido fácil planificarlo todo en torno a ella. He encargado que nos lleven leña, por si acaso no hay suficiente madera seca a la deriva para encender una hoguera en la playa. Tengo galletas Graham y

malvaviscos para hacer *s'mores* en la playa, y una fuente de *fondue* de chocolate para picar de vez en cuando durante el fin de semana. Tras intercambiar unos cuantos mensajes con Hunter, hemos reservado mesa en un restaurante para el viernes por la noche, cuando se unirán a nosotros algunos familiares, y hemos contratado a un chef privado para que vaya a la casa el sábado por la noche. Tenemos vuelos directos reservados al aeropuerto de Martha's Vineyard, así que la llamativa idea de Hunter de ir en helicóptero no ha sido necesaria.

Hunter y yo nos hemos tratado con mucha cortesía en esos mensajes. Y, la verdad, él se ha mostrado bastante receptivo. Nuestra tregua se mantiene.

—Espero que no resulte de mal gusto —comenta, removiéndose en su asiento, a mi lado.

—No va a ser de mal gusto, mamá —respondo—. Es Martha's Vineyard. Es imposible que algo resulte hortera en Martha's Vineyard.

—Seguro que encontrarías la manera. Katherine y tú tenéis ideas muy diferentes de cómo debe ser una despedida de soltera.

—No, no es así —respondo. Si tuviera que organizar mi propia despedida de soltera, quizá no habría elegido Martha's Vineyard, pero no hay nada de este fin de semana que no me haga ilusión. Y, de todos modos, me he centrado por completo en darle a Katherine el fin de semana que ella quiere. Cualquier idea contradictoria que pudiéramos haber tenido, la he dejado a un lado.

—Me dijo que tú querías que fuéramos todas a Nueva York.

—Solo dije que tenían los mejores *spas,* por si acaso era eso lo que ella quería. Fue solo porque nos estaba costando mucho encontrar una casa de alquiler para el fin de semana.

Ella pone los ojos en blanco, como si estuviera exagerando lo difícil que ha sido encontrar el lugar.

—Estamos a principios de junio.

—Exacto, y todo está reservado con meses de antelación.

—No te vas a llevar ese cárdigan, ¿verdad?

—No lo sé —respondo—. ¿Por qué? —Me pone una cara que parece decir «¿De verdad tengo que contestar?»—. Es un color muy

bonito.

—Pero ha visto días mejores. Ya que estás por aquí, deberías ir a ver a Felicity. Tiene unas prendas de punto en color lavanda preciosas para la temporada de primavera-verano. —Felicity es una de las amigas de mi madre. Es la dueña de una *boutique* de ropa que lleva su nombre, cerca de la casa donde crecimos. Por muy bien que me caiga Felicity y admire que lleve tanto tiempo al frente de su propio negocio, ni loca me pondría nada de lo que vende en su tienda. Mi madre debe de haber notado el escepticismo en mi mirada porque añade—: Pregúntale a tu hermana. Esta semana se ha comprado ahí un precioso jersey de manga corta. —Se me revuelve el estómago ante la posibilidad de que mi hermosa y perfecta hermana haya comprado algo en Felicity's. La ropa de esa tienda está dirigida a mujeres de más de cincuenta años. Puede que Katherine esté a punto de casarse, pero no tiene que renunciar por completo a su juventud, ¿verdad?

Por suerte, la conversación se ve interrumpida cuando Katherine sale del probador.

Ya me había enviado fotos antes, pero nada podría haberme preparado para verla con ese vestido de color blanco roto y el velo. Se parece a las princesas de cuento de hadas de las que nos disfrazábamos cuando éramos pequeñas. Solo que más guapa y mil veces más sofisticada. Me levanto de un salto, incapaz de evitar que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Estás increíble —digo sin aliento—. Perfecta.

Me sonríe.

—Me encanta.

—Es normal que le encante. Es absolutamente perfecto.

—Espero que a Ed le guste.

—A Ed le parecería que pareces una diosa si llevaras unas botas de pesca —replico—. Se va a volver loco cuando te vea con esto puesto.

Katherine sonríe, con expresión radiante.

—¿Crees que el escote es demasiado pronunciado, mamá? —Ni siquiera se le ve una pizca de escote. ¿Por qué piensa que es demasiado pronunciado?

Mi madre niega con la cabeza.

—Ahora no, ya lo han subido un poco. Estás preciosa.

El corpiño es de satén liso sin tirantes, con una falda fruncida en la cintura.

—¿Te has puesto los zapatos? —le pregunto.

Katherine asoma la punta del pie.

—Sí, siempre hacen las pruebas con los zapatos puestos.

—Con esos podrás bailar —apruebo. No tienen demasiadas tiras y el tacón no es demasiado alto. Menos mal, porque Ed no llega al metro ochenta.

—Espero que sí.

—¿No has ensayado? —le pregunto—. Deberías ponértelos por casa.

—No digas tonterías —protesta mi madre—. No quiere estropearlos antes del gran día.

—Tiene razón, mamá. Debería ir acostumbrándome a ellos. No son los zapatos más incómodos del mundo, pero si me los pongo por casa, quizá me ayude a pasar ese día de pie. —Mi madre chasca la lengua, pero no discute—. ¿Y qué te parece el velo? —me pregunta Katherine—. ¿Crees que debería elegir uno más largo?

—Ni hablar —interrumpe mi madre—. La longitud aceptable es hasta la punta de los dedos.

—Tienes razón —murmura Katherine.

—Me gusta cómo te has recogido el pelo, con el velo por encima.

Katherine esboza una amplia sonrisa.

—A mí también. Es un poco diferente, pero me gusta. —Le echa un vistazo a mi madre—. A mamá no le hace mucha gracia.

—Katherine tiene un pelo precioso. Creo que debería lucirlo.

—Tendrás mucho tiempo para lucirlo. Hay un montón de eventos antes de la boda. No todo el mundo estará en todos, pero podrás llevar el pelo suelto todo lo que quieras.

Katherine asiente.

—Sí. Tienes razón.

Mi madre suspira más fuerte de lo necesario.

—No puedes evitar imponer tus opiniones a todo el mundo, Lucy. Deberías dejar que Katherine tome sus propias decisiones.

Katherine y yo nos miramos con complicidad. Mi madre es, como mínimo, una hipócrita.

—Estoy de acuerdo con Lucy —dice Katherine—. Quiero llevar el pelo recogido ese día.

Ella suelta un pequeño bufido.

—Claro que sí.

Una de las dependientas se acerca y empieza a hacerle a Katherine un montón de preguntas.

—¿Y ya has pensado en qué ponerte para los días previos a la boda? —me pregunta mi madre—. No puedes dejarlo para el último momento y esperar encontrar algo decente.

—Mamá, yo no dejo las cosas para el último momento — replico. La verdad es que aún no he decidido qué voy a ponerme. Tengo varias opciones, pero todavía no he comprado nada. Aunque eso no lo voy a admitir delante de mi madre. Ella se lo tomará como una prueba de que soy tan poco fiable y voluble como siempre.

—Solo asegúrate de no ponerte ese cárdigan —me dice, señalándolo con la cabeza.

Katherine confirma su elección de velo y le dice a la modista que le gustan el escote y el largo. Hay una pequeña discusión sobre la cremallera y, a continuación, Katherine regresa al probador.

Una de las dependientas asoma la cabeza desde la esquina y me hace señas para que entre en la zona de probadores, donde está colgado mi vestido de dama de honor. Es un bonito vestido azul claro con hombros al aire. Es discreto y elegante, igual que mi hermana.

Me cambio con rapidez y me sorprende gratamente lo bien que me queda y lo bien que le sienta el azul a mi tono de piel. Me preocupaba un poco parecer pálida, pero, por supuesto, Katherine ha elegido el tono perfecto. Me vuelvo hacia un lado y luego hacia el otro, intentando verme desde todos los ángulos.

—Sal ya —me dice Katherine desde la zona de sofás—. Estoy deseando verte.

La dependienta me lleva un par de zapatos de tacón plateados que me quedan como un guante. Me siento como la princesa de la

reina de las hadas que es Katherine. Es como retroceder un cuarto de siglo y volver a jugar a disfrazarnos.

Me acerco a la zona de descanso y miro a Katherine y a mi madre. Katherine y yo nos sonreímos.

—Es un color precioso —digo.

—Me alegro mucho de que te guste —responde Katherine, con los ojos muy abiertos y expresión de felicidad—. Estás preciosa.

Mi madre hace una mueca.

—¿No le queda un poco ceñido? —le pregunta a la modista. Luego se vuelve hacia mí—. Quizá deberías elegir una talla más.

Echo un vistazo hacia abajo. No me queda ceñido. Me miro en el espejo y no veo que la tela tire o se arrugue en ningún sitio. —No, te queda perfecto —aprueba Katherine.

—Es cuestión de gustos —dice la modista—. Pero está cortado al bies, así que no está pensado para quedar holgado. Yo diría que le queda perfecto.

Mi madre arquea las cejas, pero no dice nada más. La emoción que he sentido al verme por primera vez se va desvaneciendo. Al menos a la modista y a Katherine les gusta, aunque a veces me preocupa que el apoyo de mi hermana no sea más que su forma de intentar protegerme de las críticas más duras de mi madre.

Katherine se levanta y regresamos juntas a los probadores.

—Estás muy guapa —me dice cuando entro para cambiarme—. No le hagas caso a mamá. Ya sabes cómo es.

—Lo sé. Quiere que sea como tú. Por desgracia para las dos, no lo he conseguido.

—A mí también me critica —comenta ella—. Pero es cierto que tanto como a ti no.

—Supongo —digo, abriendo la cortina—. Solo tengo que ignorarlo. Pero es difícil. Es la voz que oigo en mi cabeza. Dios sabe lo que va a decir sobre la cena de la despedida de soltera.

Katherine se ríe.

—Ah, pues entonces no tienes que preocuparte por ella. Ya sabes cómo se pone cuando tiene público. Tiene que montar todo un espectáculo para aparentar que somos la familia perfecta.

—Claro. Pero todos sabemos que no lo somos.

—¿Sabes lo que creo? —pregunta Katherine—. Su forma de criarnos ha sido un magnífico manual de cómo no se debe educar a dos niñas. Cuando nos toque a nosotras, tendremos que aceptar las diferencias de nuestras hijas.

—Y dejar que crezcan y cambien —insisto—. Ya no soy la chica despistada que era a los quince años.

—Claro —aprueba ella—. Tienes un trabajo estupendo, un piso estupendo y eres una amiga y una hermana increíble. — *Pero no soy la hija perfecta—.* ¿Has vuelto a ver a Hunter desde que fuiste a su piso? —pregunta con expresión pícara.

Niego con la cabeza.

—Solo nos hemos estado mandando mensajes.

—Es un chico estupendo, ya lo sabes. Es el mejor amigo de Ed. Es muy leal y nos apoya mucho con esta boda y con nuestra relación.

—¿Tiene que apoyar vuestra relación? —le pregunto. Recuerdo lo que dijo Hunter sobre que Katherine no es perfecta y que a veces le resulta irritante. Me pregunto hasta qué punto la apoya en realidad. Me da la impresión de que Katherine no es precisamente su persona favorita. Aunque tampoco es que vaya a decirle nada a ella.

—Ayuda que tus amigos te apoyen, ¿no? —pregunta ella—. Al menos para las chicas. La verdad es que no entiendo muy bien cómo funciona eso con los chicos. Sé que Ed cree que Hunter lo ha hecho genial echándole una mano cuando Ed estaba liado con los preparativos de la boda y cosas así. — Hunter me da la impresión de ser un tipo centrado. Cuando nos conocimos… no estaba centrado en la despedida de soltero. Pero encontró la casa y responde a mis mensajes nada más enviárselos. Si además ha estado haciendo el trabajo de Ed, eso debe suponerle cierta presión. Quizá he sido un poco dura con él. Se ha mostrado bastante colaborador desde aquel día en su piso. Esa fue la última vez que lo vi, de hecho. Fue tan… amable conmigo—. Es un buen chico —continúa Katherine—. Y… muy guapo, ¿no crees?

—Si te gusta esa clase de tíos… —respondo.

—¿Y a ti te gusta? —pregunta Katherine.

Por un momento, me pregunto si me lo pregunta porque Hunter haya dicho algo. Pero no parece propio de él. De todos modos, me

odia.

—No es mi tipo —contesto.

Katherine arruga la nariz.

—¿En serio? Tiene un cuerpazo que… —Se le iluminan los ojos.

—¡Katherine! —le reprendo—. Te vas a casar dentro de un par de meses.

—Pero no soy ciega. Hunter es un tío guapo con un cuerpo estupendo. No sé cómo lo hace, porque es un auténtico adicto al trabajo. Quizás levanta pesas durante las reuniones o hace ejercicio en una cinta de andar en su despacho. O tal vez no duerme.

—Parece más probable —reflexiono—. Tampoco descartaría que fuera un vampiro.

—¿Porque es guapísimo? —pregunta Katherine, esperanzada.

No quiero desilusionarla y decirle que probablemente esté deseando hacerme una herida en el cuello.

—No está nada mal —admito. Estoy segura de que Debbie está de acuerdo conmigo.

Katherine abre mucho los ojos.

—Lo sabía. Entre vosotros dos hay química. Ya lo vi en nuestra fiesta de compromiso.

Pongo los ojos en blanco, pero no le llevo la contraria. ¿Para qué? Si pensar que Hunter y yo tenemos química hace feliz a Katherine, entonces se merece quedarse en su burbuja. Solo nosotros dos tenemos que saber que nuestra «química» era pura y auténtica hostilidad hasta hace poco. Eso ya es agua pasada. Hemos entrado oficialmente en nuestra etapa de tregua.

9

HUNTER

Odio admitirlo, pero que Lucy haya sido tan organizada con todo lo relacionado con este fin de semana me ha animado a esforzarme un poco más de lo que lo habría hecho si no me hubiera estado presionando cada segundo de las dos últimas semanas y media.

La verdad es que hemos conseguido trabajar juntos como equipo. Y, a decir verdad, ella me ha dejado las tareas más fáciles y se ha encargado sola de gran parte del trabajo pesado. Yo hice la reserva para esta noche, pero fue ella quien encontró el restaurante. Yo he organizado la salida de pesca del sábado, pero el resto del fin de semana ha sido obra de Lucy. Como me ha recordado en sus mensajes, que me envía casi cada hora.

He salido temprano del trabajo para coger un vuelo desde Nueva York. Mientras llevo la maleta hacia la puerta de embarque del aeropuerto Logan de Boston, la primera persona que veo es a Lucy, que me mira directamente, un poco apartada del grupo.

—Llegas tarde —me espeta, como si estuviera en mi mano hacer que el vuelo desde LaGuardia aterrizara un poco antes. Creía que habíamos hecho las paces—. ¿Has traído las pelucas?

Hago una mueca de dolor y siento un nudo en el estómago porque sé que la he fastidiado. He dejado para muy tarde el pedido de las pelucas para la sorpresa de Lucy, que se va a disfrazar de Uma Thurman en *Pulp Fiction.* No las habría recibido a tiempo para llevármelas, pero he pedido que las envíen a la casa y he pagado un suplemento por el envío urgente. No estoy del todo segura de si las recibiremos, así que no quiero decírselo a Lucy y darle falsas esperanzas.

—Lo siento.

—¿Estás de broma? Tenías como mucho dos tareas. Una de ellas era traer las pelucas.

—Lo siento muchísimo.

—Ahora vamos a ir todos vestidos con pantalones cortos y camisas blancas para la hoguera de la segunda noche, y no va a quedar bien, joder. Sin las pelucas no nos vamos a parecer a Uma. —Aprieta los puños y se queda mirando al techo, como si le costara toda su fuerza de voluntad no darme un puñetazo en la cara—. Sabía que no podía confiar en ti.

—Por Dios, Lucy, lo siento, ¿vale? He tenido muchos problemas en el trabajo. Las cosas no siempre pueden salir perfectas. No puedes poner el listón tan alto y esperar que todo el mundo lo salte con pértiga. La gente va a meter la pata en algún momento.

—No, eres tú el que la vas a cagar. Siempre la cagas.

Siento que sus palabras me atraviesan como flechas que me perforan el pecho. Ya no puedo mantener la calma.

—Igual que tú, que siempre eres una bruja demoníaca. No sé cómo tú y Katherine podéis compartir el mismo ADN. Eres una…

—Oye —interviene Katherine, interrumpiéndonos. Lucy se queda paralizada, mirándome fijamente. Su expresión es de pánico absoluto. Es como si la hubieran pillado en territorio enemigo y estuvieran a punto de dispararle. Es difícil no sentir lástima por ella. Su pecho empieza a agitarse y doy un paso hacia ella, preocupado por si está hiperventilando. Katherine llega junto a nosotros—. ¿Va todo bien?

Está claro que no va todo bien. Estamos en medio de una discusión tremenda. Estoy a punto de dar media vuelta y regresar pitando a Manhattan. Lucy está teniendo un ataque o algo así. Este no es precisamente el comienzo perfecto para el fin de semana.

—Todo va de maravilla —dice Lucy; se vuelve y le sonríe a su hermana como si no pasara nada. Le echo un vistazo, preguntándome si se ha vuelto loca o si solo está esperando el momento oportuno para arrancarme el corazón antes de embarcar.

—¿Estás segura? —pregunta Katherine—. Porque parecía que os ibais a arrancar la cabeza el uno al otro. Quiero que seáis amigos.

No quiero cabrear a Katherine. Puede que a veces me saque de quicio, pero mi mejor amigo la quiere, y esto no va de mí. Estoy a punto de hablar, de poner una excusa, pero justo cuando abro la boca, Lucy, sin venir a cuento, me pasa el brazo por la cintura.

Me quedo paralizado, preguntándome si va a apuñalarme por la espalda. Literalmente.

—No tienes por qué preocuparte. No hemos dicho nada porque aún no ha pasado mucho tiempo, pero las cosas han dado un giro, un… giro romántico entre nosotros, y solo me ha decepcionado que Hunter no haya podido venir en el vuelo anterior para que pudiéramos pasar un rato juntos antes de que empezara la fiesta.

La mirada de Katherine va de mí a Lucy y viceversa. No sé qué expresión tengo en la cara, pero estoy demasiado atónito como para moverme. ¿Pero qué leches está pasando? ¿Y por qué Lucy sigue tocándome?

Katherine esboza una amplia sonrisa y junta las manos.

—Dios mío. Espera a que se lo cuente a Ed. Sabía que vosotros dos erais perfectos el uno para el otro. —Se dispone a marcharse, pero Lucy la coge del brazo y la detiene.

—No se lo digas, Katherine. Por favor. Queremos que esto se quede entre nosotros por ahora. No queremos sentirnos presionados, ¿sabes?

A Katherine se le ensombrece un poco el rostro.

—Vale, pero ya sabes que os apoyo al cien por cien. Los dos sois… luchadores y, sinceramente, también dos de las personas más bondadosas que he conocido nunca. Sé que todo esto va a salir bien. Vamos a ser una familia de verdad, no solo una familia elegida.

Me retracto de todo lo que he dicho sobre lo molesta que es Katherine. No es más que una chica dulce y sensata que quiere lo mejor para su hermana y para el mejor amigo de su futuro marido. Pero también se le ha ido la cabeza si de verdad cree que Lucy y yo estamos juntos.

Se encoge de hombros y se lleva un dedo a la boca.

—Haré todo lo posible por guardarte el secreto. —Se da media vuelta y regresa con el grupo de amigos que esperan a que se abra la puerta cinco.

Yo sigo sin moverme, y Lucy tampoco lo hace. Su mano sigue rodeándome la cintura.

—¡Ay! —dice Lucy con una sonrisa forzada—. Lo siento. Me ha entrado el pánico cuando nos ha visto discutiendo.

—¿Así que le has dicho que estamos… saliendo? ¿Te ha parecido que esa era la respuesta más obvia? ¿No podías decirle la verdad sin más y explicarle que se me habían olvidado las pelucas?

—No quiero que piense que no nos llevamos bien. Quiere que seamos amigos. Ya lo sabes.

—Pues haberle dicho que me estabas contando un chiste. O que me estabas entreteniendo con una anécdota de tu viaje al aeropuerto o algo así…

Suspira y echa la cabeza hacia atrás.

—No se me da bien improvisar. Katherine está tan obsesionada con que nos llevemos bien que no para de decirme lo increíble que eres: que eres esto y lo otro, y que eres guapísimo.

—¿Te dice que soy guapo? Qué raro. Está a punto de casarse con mi mejor amigo.

Lucy retira la mano de mi cintura y gruñe.

—No te creas tan importante. No quiere decir que le parezcas atractivo…

—Pero acabas de…

—Solo lo comenta porque quiere que me parezcas atractivo a mí.

—Estoy algo más que confundido.

—Si por Katherine fuera, los cuatro celebraríamos una boda doble.

Doy medio paso atrás para apartarme de Lucy, como si fuera a quemarme si me acerco demasiado.

—Pero eso no va a pasar, ¿verdad?

—No —sisea—. Por supuesto que no. Nos odiamos. Pero ahora, este fin de semana, vamos a fingir que salimos juntos.

—¿Qué? —balbuceo.

Katherine levanta la vista y nos hace señas para que nos acerquemos. Lucy esboza la sonrisa más falsa que he visto en mi vida y levanta el pulgar.

—¿Acabas de hacerle un gesto de con el pulgar hacia arriba a tu hermana? ¿Eres un hombre de sesenta años?

Lucy suelta una risita como si le acabara de contar el chiste más divertido del mundo. Está claro que está fingiendo para que la gente piense que somos adorables.

—No pienso decirle a Katherine que le he mentido sobre nosotros —responde entre dientes—. Se le rompería el corazón. Quiero que pase el mejor fin de semana de su vida, así que solo tendremos que fingir que nos gustamos durante dos días. No va a ser tan difícil. Tampoco es como si tuviéramos que compartir habitación o hacer grandes demostraciones públicas de afecto. Le he dicho que queremos mantenerlo en secreto. Si se supone que es un secreto, no podemos actuar como si estuviéramos saliendo de verdad.

—Así que vamos a fingir que no estamos saliendo, cuando en realidad no es así, pero fingiendo que estamos saliendo para que tu hermana esté contenta?

—Sí —dice Lucy alegremente, como si no fuera para tanto—
. Vamos. —Señala con la barbilla hacia el grupo. A medida que nos acercamos, veo a Katherine hablando animadamente con todo el mundo.

Ed se separa de ellos para darme un abrazo.

—He oído que el padrino y la dama de honor ya están liados. Buena elección —dice.

Me da un vuelco el corazón. ¿Es demasiado tarde para fingir un grave caso de intoxicación alimentaria? Quizás podría romperme una pierna. Estoy seguro de que Lucy me ayudaría con eso si se lo pidiera.

—Ed lee en mí como si fuera un libro abierto —explica Katherine —. Lo siento mucho, pero cuando me lo ha preguntado, se me ha escapado todo. Es que estoy muy emocionada…

¿Cómo he pasado de que me gritaran a fingir que salgo con la mujer que tengo al lado, a la que, en el fondo, odio? Tenemos que decirles la verdad.

El compromiso de Ed y Katherine ha sido una pesadilla para mí desde que se anunció.

Antes de que pueda apartar a Lucy, se abre la puerta y todo el mundo forma una fila para embarcar.

Esto no se ha acabado. Tenemos que decirles la verdad antes de que aterricemos en Martha's Vineyard. No voy a poder fingir que estoy interesado en Lucy, de ninguna manera. Todo el mundo se daría cuenta al instante. Menos mal que no permiten armas en los controles de seguridad del aeropuerto, porque si ahora mismo tuviera acceso a algo con lo que pudiera hacerle mucho daño a Lucy, no estoy seguro de que pudiera contenerme.

Solo quiero morirme. O matarla. Ahora mismo. Cualquiera de las dos opciones sería mejor que fingir que salgo con Lucy Jones.

10

Lucy

Todo lo que ha pasado en este viaje hasta ahora es insoportable. No me puedo creer que le haya dicho a Katherine que Hunter y yo estamos juntos. ¿En qué estaba pensando? Y luego todo el mundo ha armado un gran alboroto para cambiar de asiento y que pudiéramos sentarnos juntos. Hasta juraría que Katherine le ha chistado a Ed para poder escuchar lo que hablábamos Hunter y yo. Pero la cosa es que ninguno de los dos sabía qué decir.

El trayecto desde el aeropuerto de Martha's Vineyard parece que va a durar cuatro horas y media. Nuestro grupo va repartido en dos todoterrenos, y nuestro conductor nos ha asegurado que tardaríamos menos de quince minutos. Nuestro conductor es un mentiroso.

Nos desviamos de la carretera y atravesamos unas verjas en las que hay un cartel con el nombre «Gableview». Intento no dejar demasiado claro que estoy estirando el cuello para ver la casa. Vale, las fotos que me enseñó Hunter eran increíbles, pero él nunca ha estado ahí. Puede que todo fuera un montaje. Pero cuando el camino de entrada gira a la izquierda, se me escapa un grito ahogado.

La casa es aún más bonita que en las fotos. Me vuelvo hacia Hunter, pero está absorto en su móvil. Le doy un codazo y señalo la casa con la cabeza. Entrecierra los ojos, como si no entendiera lo que intento decirle. Así que, de forma exagerada, le hago un gran gesto de «Me gusta» con el pulgar.

Se ríe entre dientes, y ni siquiera yo puedo evitar sonreír ante lo ridícula que estoy siendo.

—Ay, es preciosa, Lucy —dice Katherine—. ¿Cómo la has encontrado?

—No he sido yo —reconozco—. No puedo atribuirme el mérito. Hunter conocía a alguien que conocía a alguien.

—Jack Alden —apunta Hunter, como si se supusiera que todos supiéramos quién es Jack.

—¿Esta es la casa de Jack? —pregunta Ed. Supongo que Ed sí lo sabe.

—Más o menos. Su familia tiene una casa en la misma parcela de terreno que sí utilizan. Esta solo es una inversión inmobiliaria.

El coche se detiene frente a la preciosa casa de dos plantas que parece sacada de un plató de cine. El revestimiento blanco y el tejado de tejas grises hacen que la edificación se funda con el inmenso cielo que la cubre. Las hortensias blancas rodean el porche delantero, tal y como aparecían en las fotos: abundantes y suaves, en contraste con las líneas nítidas de la arquitectura. Una bandera estadounidense ondea al viento en el lateral de la casa. Casi no me atrevo a entrar, por si se rompe el encanto.

—Creo que no voy a querer marcharme nunca —suspira Katherine. Yo no lo habría dicho mejor.

Ed es el primero en subir los escalones que llevan al porche y a la puerta principal.

—¿Tenemos las habitaciones asignadas? —pregunta—. ¿O cada uno elige la suya?

Hunter se ríe entre dientes. No acabo de entender por qué.

—Ya he asignado las habitaciones —respondo—. Ed y Hunter están en el segundo dormitorio de invitados, en la tercera planta. Luego tenemos…

Katherine me interrumpe.

—Sé que Ed y Hunter iban a compartir habitación, y que tú y yo también, pero como ahora Hunter y tú sois pareja… ¡Vosotros dos podéis compartir una, y Ed y yo también! — Sonríe, radiante, y por el rabillo del ojo veo a Hunter negando con la cabeza. Está claro que no quiero compartir habitación con él. Pero no se me ocurre ninguna excusa. La sugerencia de Katherine me ha puesto en un brete. Esto no es lo que había planeado—. Cualquier otra cosa sería absurda. Y

ahora odio dormir sin Ed. De hecho, hace un par de meses, cuando se quedó a pasar la noche en Nueva York, no pegué ojo sin él. —Siento un peso en el estómago. No tengo escapatoria—. Y eso significa que vosotros podréis pasar un poco más de tiempo juntos —sonríe Katherine.

Correspondo a su gesto.

—Claro. Si eso es lo que quieres, Katherine…

Katherine da un gritito.

—Gracias. Esto es absolutamente increíble. Tengo muchas ganas de que llegue este fin de semana. Organizar la boda ha sido muy estresante. Me vendrá bien desconectar y relajarme.

Mi sonrisa fingida se convierte en una auténtica al ver a Katherine tan feliz. De todos modos, tampoco es que vayamos a pasar mucho tiempo en nuestras habitaciones. Solo estaremos ahí para dormir, y Hunter y yo somos lo bastante maduros como para que funcione. O eso espero. Al menos sé que yo soy lo bastante madura como para que funcione.

Hunter me sigue hasta la habitación que nos han asignado, cargando con nuestro equipaje.

—Ya sabes que solo vamos a quedarnos dos noches — comenta, y deja mi maleta grande junto a la cama. La habitación está decorada en tonos azules claros y blancos, y tiene vistas al mar. En una de las paredes hay una cama con dosel, con una muselina blanca envuelta alrededor del armazón que se ondula suavemente con la brisa del ventilador de techo. Es como algo sacado de un cuento de hadas—. ¿Qué tienes ahí dentro? — espeta Hunter, estropeando el momento. Ojalá no tuviera que compartir esta habitación con él.

—Hay espacio de sobra para un cadáver —respondo.

—Me da igual —contesta Hunter con la respuesta más patética que me ha dado nunca—. ¿Te has parado a pensar en lo que esto significa? Tú y yo vamos a estar en un espacio reducido durante más de cuarenta y ocho horas. ¿Por qué demonios has dicho que sí?

—No te he oído poner ninguna objeción.

—Esperaba que pusieras alguna excusa. Como que nuestra relación aún no había avanzado tanto o algo así. A la mayoría de los

tíos nos da igual dónde dormimos. Son las mujeres las que les dan tanta importancia a esas cosas.

—Al menos no estás generalizando —digo; abro la cremallera de la bolsa que está en el suelo.

—¿Quieres que te la suba a la cama? —pregunta.

—¡Uf, no, gracias! Esa maleta ha pasado por el aeropuerto. No puedes ponerla sobre esa preciosa ropa de cama.

—Solo intentaba ayudar —protesta Hunter.

Suspiro, agotada, en parte por la expectación que me genera este viaje y en parte por darme cuenta de que voy a tener que dedicar tiempo y fuerzas a discutir con Hunter cuando lo único que quiero es asegurarme de que Katherine pase el mejor fin de semana de su vida.

—Bueno, pues aquí estamos y tendremos que sacarle el máximo partido. Yo me quedo con el sofá. —El sofá azul marino y blanco no es grande, pero si cojo los cojines y los pongo en el suelo, me las arreglaré.

—O podríamos fingir una pelea y yo podría dormir abajo —repone él.

—¡No! No puedes hacer eso. Katherine se enfadaría.

Hunter niega con la cabeza.

—Y eso no puede pasar, ¿verdad?

—Esta es su despedida de soltera, por si se te ha olvidado. La va a recordar como uno de los mejores momentos de su vida.

—Pues nada, sin presión —dice Hunter—. Me voy al baño.

—Yo voy a por algo de beber.

—Adelante, haz lo que quieras.

Probablemente lo dice al pie de la letra. Sin duda, cree que ahora mismo me merezco una buena conmoción cerebral. Pero tiene que saber que yo no he elegido compartir un dormitorio con él. Ni aquí ni nunca.

Bajo las escaleras de puntillas y echo un vistazo a la cocina. Me han traído un pedido enorme de comida a primera hora y me han dicho que la empleada doméstica lo guardaría. Más vale que aproveche el tiempo para comprobar que ha llegado todo. Mientras hago un inventario mental de la nevera, Katherine baja.

—¿Tu habitación está bien? —le pregunto.

—Ay, Lucy, es genial. Y has dejado unos bombones junto a la cama…

Ha sido el ama de llaves, tal y como le pedí.

—De hecho, tengo por aquí unas gominolas para Ed. —El ama de llaves me llamó para decirme que las chucherías estaban en las encimeras de la despensa. Solo tengo que encontrar la despensa.

—Eres tan amable y detallista… —comenta Katherine. Su elogio me sienta de maravilla, como calentarse las manos frías frente al fuego.

—Solo quiero que te lo pases bien. —Abro una puerta y me encuentro con la despensa; en ese momento llaman a la puerta y se me revuelve el estómago. Espero que no sea mi madre, que llega antes de tiempo. No estoy para nada preparada para recibirla. Quiero darme una ducha. Quizá tomarme un chupito de tequila. Pero aún faltan horas para que llegue. No puede ser ella.

Atravieso la cocina y abro la puerta principal. Es el repartidor. Hay dos cajas apiladas junto a él en el porche. Me tiende la tableta para que firme la recogida.

Le echo un vistazo a Katherine. ¿Sabrá ella de qué va todo esto? Tiene la cabeza metida en la nevera y no me presta ninguna atención.

El conductor regresa a su furgoneta y yo salgo al porche para examinar los paquetes. Las dos cajas están dirigidas a Hunter Bain.

Intrigada, vuelvo a subir las escaleras. Hunter ya debe de haber salido del baño. Me detengo en la puerta de nuestra habitación. ¿Debería entrar sin más? ¿Y si todavía está en el baño? ¿Y si está desnudo? Mi traicionero estómago da un vuelco ante esa idea. No hay duda de que Hunter es, objetivamente, atractivo. Pero eso no significa que a mí me resulte atractivo. Asiento, como dándome la razón a mí misma, y giro el pomo.

Y entro justo en el momento en que se abre la puerta del baño, de donde sale una nube de vapor, y Hunter aparece envuelto en ella.

Lleva una pequeña toalla blanca alrededor de la cintura. Aparte de eso, está completamente desnudo.

Suelto un chillido y me tapo los ojos. La risita de Hunter me saca de quicio.

—¿Te estás riendo de mí? —le pregunto, con las manos aún sobre la cara.

—¿Me estoy riendo de que hayas gritado al verme? Sí, sí que me estoy riendo. Porque es absurdo.

—Estás desnudo. No me lo esperaba.

—Acabo de salir de la ducha.

—Pensaba que estabas… haciendo otra cosa. No he sabía que te estabas duchando. Y tampoco me había dado cuenta de que ibas a andar desnudo por la habitación; si no, te habría dado más tiempo.

—Perfecto. Bueno, para que lo sepas, tengo toda la intención de andar desnudo por aquí todo el tiempo, así que quizá deberías buscarte otra habitación.

Me desplomo en el sofá e intento concentrarme en el mar. Estoy abrumada.

—No puedo estar discutiendo contigo así todo el fin de semana —digo, sin apartar la mirada del horizonte. A mis espaldas, oigo la cremallera de una maleta y el ruido de una toalla mojada al caer al suelo.

—Pues deja de discutir conmigo —replica Hunter.

—Tengo que cambiarme y preparar los canapés. Luego vendrá mi madre con mi tía y nuestras dos primas tan pesadas. Es que… No puedo.

La adrenalina que ha estado corriendo por mi cuerpo desde esta mañana se está desvaneciendo. Estoy cansada. Muy muy cansada.

—Pues deja de discutir, Lucy. Ni siquiera sé por qué estás tan enfadada conmigo. Quizá estés enfadada con todo el mundo.

—Te has olvidado de las pelucas…

—Cierto. Y nadie se ha muerto. Todo el mundo se lo ha pasado bien en el avión, y a Ed le seguirá pareciendo genial que mañana por la noche os vistáis todos como Uma Thurman.

Supongo que eso es cierto.

—Las pelucas habrían sido el toque perfecto. Pero tienes razón. He exagerado. Es que últimamente estoy muy tensa con todo esto. Me he desquitado contigo y lo siento. De verdad que lo siento. —El

sofá se mueve a mi lado y giro la cabeza de golpe. Hunter está sentado junto a mí. Le echo un vistazo rápido para asegurarme de que no se le ve nada que no deba verse. Lleva un polo azul marino y unos pantalones cortos de color caqui, y todavía tiene el pelo un poco húmedo por la ducha. Se le riza por todas partes y, cuando lo miro, intenta domar los mechones rebeldes con los dedos—. Ya te has vestido.

—Te perdono. Cuéntame lo de tus primas.

—Son unas pesadas y son nuestras primas. No hay mucho más que decir.

Hunter se ríe, y esbozo una sonrisa sin querer al oír lo cálido que es ese sonido.

—¿Así que a Katherine le caen bien, pero contigo son unas pesadas?

Niego con la cabeza.

—No. Son unas pesadas con las dos. Pero nuestra tía está aquí, y a ella y a mi padre les molestaría que no las invitáramos.

—Así que lo único que supera la felicidad de Katherine… es la de tu madre —resuelve con aire de sabelotodo. Vuelvo a sentir ese suave empujón contra mi armadura. Es como si intentara comprenderme. No estoy segura de merecerme otra cosa que su odio.

—Solo quiero que todo el mundo sea feliz.

—Eh, eso no es del todo cierto… No creo que te importe un comino si yo soy feliz o no.

—No te conozco —protesto.

—Bueno, Lucy, te guste o no, este fin de semana vas a tener que conocerme. —Me da una palmadita en la pierna—. Venga. Firmemos otra tregua y disfrutemos de este fin de semana. Nunca se sabe, a lo mejor compartir habitación conmigo te resulta divertido. Puede que incluso acabemos haciéndonos amigos. —Arqueo las cejas y él se ríe. Esa sensación cálida en el estómago vuelve a despertarse—. Bueno, mientras no sea yo el cadáver que lleves a la vuelta en esa maleta, lo consideraré un triunfo. Voy a bajar para dejaros a solas y que podáis… hacer lo que sea que las chicas se pasan horas haciendo antes de salir por la noche.

—Eso me recuerda algo —digo—. Me han traído unas cajas mientras estaba abajo. Todas están dirigidas a ti.

—Ah, genial. Me preocupaba que las muñecas hinchables no llegaran a tiempo. Uf. —Se pasa la mano por la frente de forma exagerada, como si acabara de esquivar un desastre.

—¿Qué? —pregunto, muy consciente de no gritar a pesar de que las alarmas no dejan de sonar en mi cabeza.

—¿Te supone un problema? —dice él.

—Eso es…

—Tranquila, es broma —me interrumpe, sonriendo.

Antes de que pueda balbucear una respuesta, sale de nuestro dormitorio y me deja sola. La habitación parece diez veces más grande sin Hunter Bain aquí dentro. Pero también mucho más… vacía.

Hasta que llevo un buen rato en la ducha, no me doy cuenta de que no ha llegado a decirme qué hay en esas cajas.

11

HUNTER

A los chicos nos han asignado la sala de juegos como lugar de encuentro y, al parecer, las chicas se quedan con el resto de la casa. Pero tenemos una mesa de billar, una barra y una máquina de *pinball* retro, así que diría que hemos salido ganando.

Las cervezas han llegado bien frías, y me las he arreglado para desembalar todo lo que había pedido antes de que empezaran a llegar los chicos. Choco mi botella contra la de Ed y le doy un trago. Le paso una cerveza a Fisher, el único que ha llegado de momento aparte de nosotros.

—Lucy y tú —comenta Ed—. Sinceramente, eso no me lo esperaba.

—Yo tampoco, hermano —respondo—. Yo tampoco.

—Pero está buenísima —interviene Fisher.

Asiento, sin querer decir demasiado. De todos modos, no puedo negar que Lucy está buenísima. Lo está. También está tensa siempre y es una pesada. Pero sé que está así por culpa de este fin de semana. Es obvio que le ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo, y para ella es muy importante que Katherine se lo pase bien. No puedo culparla por eso. No se está comportando como una bruja malvada porque sea egoísta y egocéntrica: se está centrando en una sola cosa, hasta el punto de dejar de lado la amabilidad. Si fuera un chico, probablemente me lo tomaría a la ligera. ¿En qué me convierte eso? En un capullo. Al menos se ha disculpado.

—¿Cuándo empezó todo? —pregunta Ed.

Suspiro. La verdad es que no me apetece nada empezar a hablar de mi no relación.

—¿Vamos a quedarnos aquí sentados hablando de nuestros sentimientos?

—No, pero estamos hablando de la hermana de Katherine. Tu historial con las mujeres no es precisamente tu mejor baza.

—Pero mi culo sí que lo es, ¿verdad? —Me doy la vuelta y les enseño el trasero a Ed, Fisher y George, que acaba de unirse a nosotros.

—Lo digo en serio, Hunter —replica Ed—. No le tomes el pelo.

—No voy a hacerlo. —Tampoco es que pueda odiarme más de lo que ya lo hace—. Y no vamos a anunciar nuestro compromiso a corto plazo. Así que, si pudieras hacer todo lo posible por gestionar las expectativas de tu prometida al respecto, te lo agradecería.

Ed hace una mueca.

—No puedo prometerte nada. Lo único que le he oído desde que hemos llegado es lo genial que es que los cuatro podamos hacer cosas juntos. Lo genial que será que nuestros hijos crezcan juntos.

—¿Qué? —intento que mi tono no delate la histeria que siento—. ¿Hijos? Por Dios, tío. Si solo llevamos saliendo como una semana.

—¿Y ya sois pareja en exclusiva? —pregunta Fisher—. Eso ha sido rápido.

Me encojo de hombros.

—No pasa nada. De todas formas, tampoco tengo mucho tiempo para salir con gente. —Al menos, eso es cierto.

—Pero debe de gustarte mucho —indaga Fisher; Ed asiente con entusiasmo detrás de él.

—Claro. ¿Os apetece una partida de billar?

—¿Qué te gusta de ella? —pregunta Ed.

Me llevo la mano a la nuca. No se me da muy bien mentir. Se me nota la verdad en la cara, digan lo que digan mis palabras.

—No lo sé —respondo—. Como dice Fisher, está buenísima. Y es cariñosa y tiene buen corazón. —Nada de eso es mentira. Muchas veces roza lo demoníaco porque se preocupa mucho por su hermana —. Y me gusta que no sea siempre…. —Quiero decir esto sin ofender a Katherine. Me cae bien Katherine. Es simpática y Ed la quiere. Parece buena para mi amigo. Todo eso está bien. Pero Katherine da la impresión de estar siempre feliz, como si la vida

fuera siempre un camino de rosas. Pero la vida no es así—. Es auténtica, ¿sabes? Tienes que ganarte a pulso sus sonrisas.

Ed suelta una risa entrecortada.

—Sí, eso es cierto.

Se oyen voces en el pasillo y el resto de los invitados a la despedida de soltero aparecen en la sala de juegos. La gente se pone a charlar, y Ed y Fisher aceptan jugar al billar. Apuesto a que Lucy está estresada por tenerlo todo listo antes de que lleguen su madre y el resto de su familia para pasar la noche. Quizá debería salir un momento a ver cómo está…

Me la encuentro en la cocina, con un delantal puesto y colocando cosas en bandejas. Me echa un vistazo.

—Debería haber contratado a un servicio de *catering* para que se encargara de esto.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué necesitas?

—Solo tienes que untar esta salsa de tomate en las tostadas y ponerles una aceituna. Yo me encargo de los *blinis*. —Me pasa el cuchillo que ha estado usando y cruzamos la mirada cuando nuestros dedos se rozan.

Me pongo manos a la obra, sacando la mezcla de tomate del bol mientras Lucy va de un lado a otro por la cocina. Es como si estuviéramos en una *escape room* y el tiempo se nos estuviera acabando.

—Estoy seguro de que a la gente le habría bastado con unas patatas fritas y un par de salsas —digo—. No hacía falta tomarse tantas molestias.

Lucy resopla.

—Ya conoces a mi madre, ¿no? Al menos solo estaremos aquí unos cuarenta y cinco minutos antes de que vengan a recogernos.

—Sin duda, todo sigue un horario muy estricto. —Lucy me mira, decepcionada—. No es una crítica. Sé que solo intentas tener contento a todo el mundo.

—Exacto. Y teniendo en cuenta que mi madre va a estar por aquí esta noche, no es una tarea fácil.

Suena el timbre y Lucy da un respingo evidente.

—¡Katherine! —grita, y Katherine baja corriendo las escaleras como si estuviera esperando a que la llamaran.

—¿Es mamá? —pregunta al llegar abajo.

—Mierda. —Lucy baja la vista hacia el delantal y se lo quita rápidamente—. Estás guapísima —le dice a Katherine.

—Tú también —responde Katherine, y van juntas a la puerta principal.

—Queridas —saluda una mujer mayor vestida de azul marino. —Me alegro mucho de poder celebrar por fin una de vuestras próximas bodas.

Esta debe de ser la tía. La madre de Katherine y Lucy es la siguiente en entrar por la puerta y saluda a sus hijas, seguida de dos mujeres más jóvenes —las primas pesadas, sin duda—. Todos se saludan en una avalancha de abrazos y besos al aire. Todo parece muy cordial. Quizá sea porque sé que Lucy está estresada, pero hay algo en esa escena que no me parece del todo auténtico.

—Ah, pensaba que ya estarías lista para recibirnos — comenta la madre de Lucy, mirándola de arriba abajo—. ¿Necesitas más tiempo para arreglarte?

—Eh… Es que estaba preparando unos aperitivos y unas bebidas —responde Lucy, visiblemente nerviosa.

—Bueno, pues déjanos encargarnos de eso mientras tú vas a cambiarte para la cena —ofrece su madre—. No nos importa ensuciarnos las manos, ¿verdad, Gracie?

No estoy segura de si la madre de Lucy sabe que Lucy ya se ha cambiado para cenar y solo está dando la lata, o si de verdad es tan insensible como para no darse cuenta de cómo sus palabras afectan al estado de ánimo de Lucy.

—Mamá —protesta Katherine—, Lucy está guapísima. No hace falta que se cambie.

—¡Lo siento, cariño! Si eso es lo que quieres ponerte, está bien. Es solo que siempre he sido un poco cautelosa con el amarillo limón, eso es todo.

Lucy se desanima visiblemente.

—Puedo cambiarme. De todos modos, no estaba muy segura de este conjunto.

—A mí me parece precioso —apunta Katherine, y eso hace que me caiga aún mejor. Me gusta que sea tan protectora con Lucy. No recuerdo mucho de la madre de Katherine de la fiesta de compromiso, pero me sorprende que sea tan crítica con una hija que se esfuerza tanto por hacernos felices a todos.

Lucy se acerca rápidamente a mí.

—¿Te importa si voy a cambiarme y te dejo solo con esto? —susurra.

—No hace falta que te cambies —digo, sin apartar la vista de los canapés para poder salir de esta cocina lo antes posible— . Es un vestido bonito.

—Pero es amarillo. Se me había olvidado lo mucho que mi madre odia el amarillo.

—Te queda bien. —Tenso la mandíbula, porque Lucy es una mujer adulta a la que le queda genial el amarillo, y su madre debería darse cuenta de eso.

Ella inspira hondo.

—Gracias, Hunter. Solo tardaré unos minutos.

—¿Nos servimos algo de beber? —propone la señora Jones. Quizá sea cosa mía, o quizá esté siendo cruel, pero incluso esa pregunta me ha parecido una crítica.

Lucy regresa a la cocina y empieza a sacar botellas de champán de la nevera.

—Yo me encargo de eso —le digo—. Ve a cambiarte si quieres.

—Gracias, Hunter. Te debo una —suspira.

Nunca la había oído hablar con tanta vulnerabilidad como ahora. Siento la necesidad de decirles a la señora Jones y a su grupo que se sirvan lo que quieran de beber mientras yo me retiro a la sala de juegos. Pero no voy a hacerlo porque con eso solo le ocasionaría más estrés a Lucy.

Ya se han acabado todos los canapés. Cojo un plato en cada mano antes de dirigirme hacia los invitados.

—Katherine, ¿puedes abrirme la puerta? ¿Las bebidas están en el porche?

—Gran idea, Hunter —responde Katherine—. Mamá, ¿te acuerdas de Hunter, de la fiesta?

La señora Jones se gira y me dedica una sonrisa encantadora.

—Ah, eres el socio de Ed. Sí, claro que me acuerdo de ti.

—Se las ha arreglado para conseguirnos la casa para el fin de semana.

—Es una propiedad preciosa —dice la señora Jones, y me pone la mano sobre el brazo—. Ha sido muy amable por tu parte hacer esto por Ed y Katherine.

—Yo me he encargado de la parte fácil —explico—. Lucy ha hecho todo lo demás. Lo ha planeado todo a la perfección.

La señora Jones ladea la cabeza, como diciendo «Bueno, todo no».

—Se sentirá mejor cuando lleve otro color —dice, sin hacer caso en absoluto a lo que he dicho sobre los esfuerzos de Lucy.

Por suerte para mí, Ed y el resto de los invitados a la despedida de soltero se unen a nosotros.

Empiezo a servir champán y una de las primas se ofrece a ayudarme.

—Puedo ser tu ayudante. Me llamo Genny. ¿Eres amigo de Ed?

—Sí. Somos socios. Y amigos. Nos conocemos desde siempre —respondo, tendiéndole una copa de champán a la madre de Genny.

—¿Pero vives en Nueva York? —insiste.

—Así es —contesto, y sirvo la siguiente copa.

—Yo voy mucho a Nueva York por trabajo. Quizá deberíamos darnos los teléfonos y tomar algo algún día.

El corazón me va a mil por hora en el pecho. Se está insinuando. Aparte de que no me interesa —en absoluto—, se supone que estoy saliendo con su prima. Solo que ella no lo sabe. ¿Debería decírselo? Bueno, a la mierda, todos los demás de la casa ya están en el ajo.

—La verdad es que estoy saliendo con Lucy —comento.

—¿En serio? —se asombra.

—¿Lo sabías? —le pregunta Genny a su hermana—. Está saliendo con Lucy.

No estoy muy seguro de por qué lo dice así.

—¿Lucy no sigue siendo virgen? —replica su hermana—. Nadie sale con Lucy.

Se me pone la carne de gallina y tenso la mandíbula. Lucy tenía razón, sus primas son unas petardas.

Les dedico mi sonrisa más falsa de todas. Cuando termino de servirle champán a todo el mundo, me disculpo para ir a ver cómo está Lucy.

Entro en el dormitorio, pero está a oscuras. Lucy está sentada en la cama, envuelta en las sombras. Se ha cambiado y lleva un vestido blanco. Está mirando por la ventana.

—Oye, ¿estás bien? —Entro en la habitación y cierro la puerta.

—Creo que me estoy poniendo enferma.

No creo que esté enferma. Más bien está harta de que su propia familia se porte tan mal con ella.

—Tenías razón. Tus primas son unas capullas.

—Sí.

Quiero añadir que su madre tampoco es mucho mejor, pero no hace falta que se lo diga.

—Les he dicho que estamos saliendo —anuncio.

Lucy vuelve la cabeza de golpe.

—¿A quién se lo has dicho?

—A tus primas. Una de ellas me ha ofrecido salir a tomar una copa y se lo he contado.

Ella suspira.

—Mejor no me cuentes lo que han respondido.

Sabe, incluso sin que yo se lo diga, que sus primas se han portado fatal al enterarse de la noticia, y eso me parte un poco el corazón.

—Estás muy guapa. Y no hacía falta que te cambiaras.

Se pone de pie, pero noto que le cuesta, como si le pesara… ¿la opinión que los demás tienen de ella? ¿Sus propias expectativas? No sé qué es, pero desde aquí puedo sentir que eso no le pega nada.

—Gracias. Es más fácil ponerse un vestido blanco que quedarme con el amarillo y aguantar los comentarios maliciosos de mi madre toda la noche.

Cuando conocí a Lucy, si alguien me hubiera dicho que hacía algo para tener una vida más fácil, no le habría creído. Daba por hecho que hacía todo lo que estaba en su mano para complicarse la vida a sí misma y a todos los que la rodeaban. Ahora veo que ella no es así. Creo que solo es alguien que intenta desesperadamente evitar las críticas de las personas a las que quiere.

—¿Quieres que le diga a la gente que no te encuentras bien? Quizás te venga bien acostarte ya. —No sé por qué, pero noto cómo se me calienta la nuca cuando la imagino en la cama. Quizá sea porque compartimos habitación.

—Ni se me ocurriría decepcionar así a Katherine —replica. Coge su bolso y se acerca a mí, que sigo junto a la puerta—. Gracias. —Su mano se desliza sobre mi brazo y nuestras miradas se cruzan. Deja caer la mano, pero yo la cojo entre las mías.

—Vamos. Asegúrate de sentarte al lado de Katherine o de alguna de sus amigas. Mantente alejado de… —No termino la frase. ¿Qué voy a decir? ¿«Mantente alejada de tu propia madre»? Aunque eso es lo que quiero decir. ¿Quién iba a imaginar que iba a sentirme tan protector con una mujer con la que ni siquiera salgo de verdad?

No puedo negarlo, mi primera impresión de Lucy ha cambiado. Tampoco digo que estemos de acuerdo en todo, pero ahora la entiendo mejor. Y cuanto más la voy conociendo, más cosas veo: su lealtad hacia su hermana; la forma en que aguanta las críticas de su madre y del resto de la familia; la forma en que antepone a los demás a sí misma.

Todo ello la convierte en alguien… extraordinario.

12

Lucy

Cojo un paquete de malvaviscos, brochetas de bambú, chocolate y galletas Graham de la despensa y lo meto todo en mi bolso.

Cuento de verdad con que Hunter se encargue de la parte del fuego de nuestra fiesta. Sé hacer *s'mores,* pero el fuego me supera.

—Lucy —me llama Katherine—. ¿Dónde te has metido? ¿Estás lista?

—Estoy aquí —respondo. Nos encontramos en la puerta de la despensa—. Estoy cogiendo algo para picar en la playa. Abro el bolso y Katherine asoma la cabeza al interior.

—¿*S'mores*? Eres la mejor hermanita del mundo.

—Esta noche el listón está muy bajo —replico, y las dos nos echamos a reír a carcajadas.

Durante toda la cena, nuestras primas se han dedicado a lanzarse pullas unas a otras. Katherine y yo nos hemos sentado en el extremo opuesto de la mesa, lejos de ellas, de mi madre y de nuestra tía, y gracias a eso hemos pasado una velada estupenda. Al menos en dos ocasiones, Genny, la mayor de las primas, se ha levantado de un salto de la mesa porque Gretchen había dicho algo desagradable.

En nuestro lado de la mesa no ha habido más que cariño, buena comida y demasiado vino. Ahora que nuestras familiares se han ido, me siento un poco menos tensa. Los tres martinis que me he tomado sin duda ayudan.

—¿Qué hacéis vosotras dos en la despensa? —Ed aparece de la nada.

—¡Ya estás aquí! —chilla Katherine y le echa los brazos al cuello a Ed —. Vamos a hacer *s'mores* en la playa. ¿Puedes encender una hoguera?

—Ya me encargo yo de eso —interviene Hunter. Su voz me hace sentir un pequeño cosquilleo en el pecho. Sin duda, porque no he tenido que darle la lata trescientas veces para que se encargara de la hoguera.

Todos nos dirigimos a la playa. Los hombres discuten sobre la mejor forma de encender un fuego, mientras que las mujeres del grupo eligen las mantas de la cesta que he dejado allí antes. No nos metemos en el proceso de encender el fuego, y que conste que no es porque no podamos hacerlo, a pesar de no tener ni pizca de experiencia. No, lo observamos porque no hay mejor espectáculo en Netflix. Ver a estos chicos intentando demostrar su dominio discutiendo sobre cómo colocar los troncos es ridículo y divertidísimo, y yo estoy aquí para disfrutarlo al máximo.

Cuando por fin arde la hoguera, las llamas titilantes le dan al ambiente un toque mágico. Todo el mundo sonríe y se ríe mientras voy repartiendo brochetas y malvaviscos. Y a nadie le importa ni lo más mínimo que le haya entrado arena en la bolsa de malvaviscos.

—¿Me has guardado uno? —pregunta Hunter; se acerca y se sienta a mi lado.

Le tiendo una brocheta con dos malvaviscos.

—Preparado y listo para la hoguera.

Me llevo las rodillas al pecho y extiendo el pincho; las llamas lamen el azúcar como si estuvieran hambrientas.

Hunter está sentado tan cerca que nos tocamos. Está con las piernas cruzadas, con la rodilla metida debajo de las mías. Su hombro roza el mío.

Le echo un vistazo, lanzándole una mirada que dice «Te estás tomando esto de ser pareja muy en serio», pero él se limita a sonreír.

Fisher saca una guitarra de Dios sabe dónde y empieza a tocar los acordes de una canción que no consigo identificar y se pone a cantar.

Todo el mundo está aturdido por el alcohol y la brisa marina. Me siento tan a gusto, tan libre, tan relajada… Por primera vez desde que hemos llegado, puedo desconectar un poco. No tengo que

aguantar las pullas de mis primas ni de mi madre. No tengo que pelearme con Hunter.

El malvavisco se queda pegajoso y dorado por fuera. Pongo un trozo de chocolate sobre una galleta Graham, el malvavisco entre el chocolate y otra galleta, y lo desengancho del pincho. Le doy un nueve con dos a la ejecución, si se me permite decirlo.

—Está impresionante —dice Hunter.

—Gracias por valorar mi destreza con los *s'mores*. Es el resultado de toda una vida dedicada a mi arte.

Él se ríe entre dientes y le ofrezco el dulce.

—¿Quieres que nos los intercambiemos? —digo, haciendo ademán de coger su brocheta.

—Claro. —No sé por qué, pero me gusta que haya aceptado. Me gusta que no me guarde rencor. Que acepte mi ofrenda de paz. Quizá haya hecho un pequeño agujero en mi armadura y vea algo que le pueda gustar.

Desvío la mirada del fuego y de su malvavisco sin asar hacia Hunter, que está dándole un mordisco al *s'more.* No me había fijado antes en lo bonitos que son sus dientes. En lo grande que es su boca. En lo masculinas que son sus manos. Reprimo un escalofrío y vuelvo a centrarme en mi brocheta.

Me pongo manos a la obra para prepararme mi propio *s'more* con la misma destreza de siempre. Hay muchas cosas en las que no soy buena —como vestirme de amarillo—, pero sé preparar un *s'more* como si lo hubiera inventado yo misma.

Hundo los dientes en él y cierro los ojos de golpe. Qué delicia… Cuando vuelvo a abrirlos veo que Hunter me está mirando.

—Parece que lo estás disfrutando —bromea.

—¿Qué le voy a hacer? Hago los mejores *s'mores* del mundo.

Se echa hacia mí y, por un momento, creo que va a robarme el dulce, pero en lugar de eso me pasa el pulgar por debajo del labio inferior y me lo muestra. Tiene un enorme trozo de malvavisco pegado.

—Toma —dice.

Debo de haberme puesto roja como un tomate. ¿Quiere que le lama el pulgar? Entrecierra los ojos, como si me estuviera retando.

Abro un poco la boca y él desliza el pulgar dentro. Por dentro me derrito como si fuera azúcar al cerrar los labios alrededor de él. El corazón me late con fuerza en el pecho y los ojos de Hunter brillan intensamente.

Fisher empieza a tocar otra melodía, y el cambio de *tempo* rompe el hechizo que había entre Hunter y yo. Volvemos la vista hacia el fuego como si nos hubieran pillado a los dos haciendo algo que no debíamos.

Hunter está marcando el ritmo con el pie al son de la nueva canción de Fisher y, de repente, empieza a cantarla con él. La letra habla de azúcar, especias y todo lo bueno. Hunter tiene una buena voz —grave y ronca— y las vibraciones se propagan entre nosotros. Fisher rasguea más fuerte mientras él y Hunter cantan sobre Sally Cinnamon. No es una canción que haya oído antes. Hunter se vuelve hacia mí y yo le dedico una sonrisa. Él sonríe y me pasa la mano por la espalda. Antes se tocaban los codos y las rodillas; partes de nuestros cuerpos que entraban en contacto casi por accidente. Pero esto no es un accidente. Hunter me está tocando como si fuera mi amigo, como si fuera mi novio. Pero no dejo de sonreír. Su mano grande y cálida recorre mi espalda, manteniéndome firme.

La canción termina y nos miramos el uno al otro. Si fuera otro momento —si fuéramos otras personas, no puedo evitar pensar—,él me besaría ahora mismo. Me pega a él y dejo que mi cuerpo se derrita contra el suyo, como si estuviéramos acostumbrados a hacer cosas así. Como si nos conociéramos desde hace mucho. Como si fuera mi novio. Me da un beso en la cabeza y las chispas del fuego salen disparadas como pequeñas estrellas fugaces. ¿Estamos actuando? ¿Está llevando su papel de mi novio de mentira al siguiente nivel?

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja, para que solo yo pueda oírlo. Fisher ha guardado la guitarra y, alrededor del fuego, se escuchan pequeñas conversaciones en voz baja.

—Sí —digo, apartándome de él para sentarme erguida.

Coge una manta de la cesta y me la envuelve alrededor de los hombros.

—Por cierto, qué bien combinan las mantas. —Me dedica una sonrisa, y ni siquiera puedo enfadarme con él. Quizá me haya vuelto insensible a los insultos por haber pasado la tarde con mis primas. O quizá es porque sé que no lo dice con mala intención. Quizá incluso sea un cumplido. Él entiende que es importante para mí y lo acepta. Al darme cuenta de ello, siento cómo el calor se extiende por mi pecho.

—Gracias por la manta. —Su mirada se posa en mis labios y luego vuelve a mis ojos—. No sabía que supieras cantar.

Se ríe entre dientes.

—En realidad, no sé cantar. Es que me gusta esa canción.

—Nunca la había oído antes.

—Es poco conocida. —Asiente—. Es de los ochenta, de un grupo británico que nunca triunfó en Estados Unidos. Fisher es británico, así que supongo que tiene sentido que la conozca.

—¿Te gusta la música británica? —le pregunto. Hemos pasado mucho tiempo enviándonos mensajes estas últimas semanas. Bueno, yo he pasado mucho tiempo enviándole mensajes estas últimas semanas, y él empezó a responderme en algún momento. También hemos pasado mucho tiempo discutiendo. Pero no conozco muy bien a Hunter. Y me gustaría conocerlo mejor.

—En parte, supongo. Mi padre era un gran fan de los Beatles. —Su expresión cambia un poco, y no consigo descifrarla, pero me hace extender la mano y rodearle el brazo.

Su mirada se posa en mi mano y luego vuelve a mi cara.

—¿Estás muy unido a ellos? ¿A tus padres?

Se encoge de hombros.

—Sí. No. Quizás.

Suelto una risita. Conozco esa sensación.

—La vida es complicada —apostillo.

—Y ese vestido amarillo te quedaba muy bien.

Le suelto el brazo y dibujo un pequeño círculo en la arena entre nosotros.

—En realidad, el amarillo no es mi color. Creo que hay que ser una maldita reina de belleza para lucirlo. No sé ni por qué lo intento.

Con esmero, Hunter dibuja su propio círculo, superponiendo los bordes con los del mío, como un diagrama de Venn.

—Estabas genial.

Alzo la vista hacia él y nuestras miradas se cruzan. Hay una parte de mí que quiere restarle importancia a su cumplido, hacer como si fuera una broma, pero no lo hago. Me doy cuenta de que es sincero.

—Gracias.

—Es la verdad. Supongo que estarías guapísima con cualquier cosa, pero el amarillo limón resalta las motas ámbar de tus ojos.

Me sonrojo, y no tiene nada que ver con el fuego. Nadie está prestando atención a lo que dice Hunter sobre mis ojos o sobre cómo me queda el amarillo. Pero ahí está él, diciéndolo de todos modos; siendo amable conmigo, a pesar de que yo a veces no soy tan amable con él. No se parece en nada a cómo me lo imaginaba cuando lo conocí. No se parece en nada al hombre que yo creía que era.

Es mucho más que eso.

13

HUNTER

No sé qué tiene el aire del mar, pero me relaja. De verdad que debería plantearme buscar un sitio en los Hamptons para el próximo verano. Entre los turistas y la humedad, los fines de semana de verano en Nueva York pueden resultar agobiantes. Al final acabo yendo a la oficina porque no hay nada más que hacer. Quizá necesite más brisa marina en mi vida. Apago la luz del baño y abro la puerta del dormitorio. La luz de la mesilla de noche está encendida y las cortinas corridas. Pero la cama está vacía.

—¿Lucy? —pregunto.

—Estoy aquí —responde en un susurro.

Ha hecho la cama delante del sofá y está arropada con la manta de la cama.

—Ah, no. De eso nada. Levántate del suelo.

—No estoy en el suelo. He quitado los cojines del sofá.

—Sí, bueno, da igual. No vas a quedarte ahí —¿Qué se le ha pasado por la cabeza? Como si fuera a dejar que durmiera en el suelo.

—Es culpa mía que compartamos habitación. He sido yo quien le ha dicho a Katherine que estábamos saliendo. No pasa nada. Probablemente voy a dormir mejor que nunca.

—Lucy, levántate ahora mismo y métete en la cama.

—¡No! Estoy bien aquí. —Se tapa hasta el cuello con la manta, como si fuera un escudo.

—No, no estás bien. Levántate. —Es la mujer más testaruda que he conocido en mi vida. No hace ningún gesto que indique que va a obedecerme, así que me agacho y la cojo en brazos. Se retuerce, intentando escapar, pero no es rival para mí, y la tiro sobre la cama

—. Vas a dormir en la cama. Si crees que dos adultos no pueden compartir la cama sin desnudarse, yo me quedaré encantado con el sofá. —Le echo un vistazo al pequeño sofá y me lo replanteo—. Estaré bien en el suelo.

Lucy se incorpora en la cama hasta quedar sentada.

—No puedes dormir en el suelo. —Aprieta los labios hasta formar una línea fina—. Tendremos que compartirla. —Me hace un hueco—. Pero necesitamos una pared de almohadas.

Me río entre dientes.

—¿Crees que no voy a poder resistirme a ti?

Ella no me mira, y yo disfruto un poco de su vergüenza. Sin duda, hemos estado coqueteando en la playa. Cuando no está tan tensa, intentando que todo sea perfecto, es divertida, guapa y… sensible. Es todo lo que yo no habría dicho para describir a Lucy cuando la conocí. Además, hace unos *s'mores* increíbles. Me pregunto si todavía le sabe a chocolate la boca…

¿Qué? ¿De dónde ha salido ese pensamiento?

—Tú ayúdame y listo —ordena, esquivando mi mirada.

En silencio, colocamos unas almohadas en el centro de la cama y luego nos metemos bajo las sábanas.

—¿Estás bien ahí? —le pregunto con tono dramático.

—Qué tonto eres —responde ella.

Tiro de la almohada que hay en la cabecera y la lanzo detrás de mí para poder ver a Lucy. Está tumbada de cara a mí. No pone ninguna objeción.

—Quizá sí lo sea —respondo.

—Lo del fuego ha salido bien. Tal y como quería Katherine.

—Tal y como quería Katherine —repito. Pero ¿qué quería ella?

¿Disfrutar esta noche? Seguro que no todo gira en torno a Katherine.

—Mañana hay sesión de pesca. Para vosotros, al menos.

—Claro —contesto, y me doy cuenta de que no me he traído las pastillas para el mareo—. Mierda.

Lucy se apoya en las manos para incorporarse.

—¿Qué? ¿Te has olvidado de confirmarlo o algo así?

Niego con la cabeza.

—No me he traído las pastillas para el mareo.

—¿Te mareas? —pregunta.

—Sí, no se me da bien viajar en barco.

Se ríe entre dientes, y suena tan joven, tan despreocupada y tan íntima que lo noto en la entrepierna. Es como si esta versión de Lucy fuera la auténtica. A la que no le importa lo que piensen los demás. La que puede ser ella misma. Esta es la que me gusta. Y me gusta de verdad.

—¿Por qué puñetas has organizado una excursión de pesca para este fin de semana si te mareas?

—¿Tú qué crees?

Se encoge de hombros y se deja caer de nuevo sobre la cama.

—Supongo que porque a Ed le gusta mucho pescar.

—Exacto. Todos hacemos cosas que no queremos hacer por las personas a las que queremos. —Abre mucho los ojos—. Pero hay un límite. O debería haberlo. No tienes por qué renunciar a ti misma para hacer felices a los demás. Hay una línea que no se debe traspasar.

Si echo la vista atrás soy consciente de que me hice cargo del negocio de mi padre porque sabía que eso lo haría feliz, que se sentiría orgulloso de mí. Y seguí adelante, seguí intentando reavivar el negocio cuando debería haber declarado su muerte meses antes. No lo hice porque quería hacer feliz a mi padre. No volveré a cometer el mismo error. No me había dado cuenta hasta este momento de que mi mayor error fue no ver dónde estaba el límite. En aquel entonces no sabía que tenía que buscarlo, pero la experiencia me enseñó una dura lección que no voy a olvidar pronto.

—¿Una línea?

—Una línea entre hacer feliz a alguien a quien quieres y sacrificarlo todo para conseguirlo.

Lucy parpadea; y vuelve a parpadear.

—¿Crees que cruzo esa línea?

Me encojo de hombros.

—Creo que quieres a tu hermana. Quieres que este fin de semana sea perfecto y lo entiendo. Pero creo que Katherine estará contenta

de estar con sus amigos y su familia. No creo que le importen las mantas de colores que no combinen.

Ella suspira.

—Sí. Quizá.

Reprimo una sonrisa.

—¿Quizás? —Casi puedo ver cómo le da vueltas a la cabeza—. Quizás te quede bien el amarillo, aunque tu madre no opine lo mismo.

Tiene un aspecto tan fresco y abierto que tengo que contenerme para no acercarme y acariciarle la cara. Se la ve tan cálida y relajada…

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Junta las manos cuidadosamente bajo la cara.

—Claro —acepto.

—¿La que sea? —Esboza una sonrisa, una sonrisa pícara que ilumina esos ojos verdes.

—La que sea.

—¿Y me dirás la verdad?

—Sí —respondo antes de que pueda poner en duda la idea de ser totalmente sincero con la mujer que tengo al lado.

—¿Te gusta Katherine?

Ha lanzado una granada por encima de la pared de cojines, y los dos estamos esperando a que explote.

—¿Me estás preguntando si me gusta tu hermana? — pregunto para ganar tiempo.

—Has prometido decirme la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. —Su tono no es el insistente e indignado al que me he acostumbrado en los días previos a esta escapada de fin de semana juntos. Es juguetón y sin segundas intenciones.

—Sí, me gusta Katherine. —Me mira fijamente, sabiendo que hay algo más.

—Pero… —insiste con dulzura.

—Me cae muy bien tu hermana. Es muy simpática y le va muy bien a Ed. —Abre mucho los ojos, instándome a dar más detalles—. Si te soy sincero, me da igual con quién se case Ed. Solo quiero

asegurarme de que tanto él como yo estamos igualmente comprometidos con el futuro de Portis.

—¿Crees que casarse con Katherine significará que estará menos comprometido en el futuro?

Gruño y me doy la vuelta para quedarme boca arriba.

—Por favor, no se lo cuentes a ninguno de los dos. No quiero meterme en ese lío.

—Parece que sí que tienes que meterte en ese lío —dice ella—. Si crees que Katherine está…

—Esto no tiene que ver con Katherine —la interrumpo—. Como he dicho, daría igual con quién se casara. Es un gran cambio en la vida, y los grandes cambios suelen alterar las prioridades.

—Y te preocupa que las prioridades de Ed cambien. —Me encojo de hombros—. Entonces, ¿no es que estés celoso? ¿No te preocupa el fin de las noches de chicos tal y como las conoces?

Me vuelvo hacia ella

—Por Dios, no, no estoy celoso. ¿Esta noche te ha parecido que estaba celoso?

Se le sonrojan las mejillas, pero no responde a la pregunta.

—Entonces, te preocupa que vaya a fastidiar el negocio. ¿Que cometa errores y cosas así? ¿O que se tome demasiado tiempo libre?

Inspiro hondo.

—Quizá. En el pasado formé parte de un negocio que fracasó. No quiero que otro se hunda bajo mi responsabilidad.

Parece sorprendida por mi confesión.

—Ed siempre parece muy dedicado a su trabajo.

Sonrío al ver cómo lo defiende.

—Sí. Es solo que, desde que empezaron los preparativos de la boda, he tenido que echar una mano. Y luego, si tienen hijos pronto…

—No querrás quedarte solo al mando de todo.

Es cierto. Me metí en esto porque quería hacer negocios con Ed. No quiero llevar el negocio yo solo.

—No quiero ser injusto…

—Deberías hablar con él —propone—. Es tu amigo, y quizá se dé cuenta de que no ha estado a la altura. Quizá cambie de actitud.

—Mmm. Es fácil decirlo. Pero es como la caja de Pandora. Una vez abierta, ya no se puede volver a cerrar. Si le digo que me preocupa que no esté comprometido al cien por cien, eso podría minar nuestra relación.

—Pero ya está minando vuestra relación —me contradice—
. Te estás comiendo solo el problema y no lo estás compartiendo.

Tiene razón, pero hay algo en decírselo a Ed que no me gusta. Por ahora, lo estoy manejando yo. Él tiene muchas cosas entre manos. No pasa nada. El negocio va bien. Pero no quiero que esto siga así para siempre.

—No quiero decirle nada todavía.

—¿Quieres que se lo comente a Katherine?

—¡No! —le espeto—. Me lo has prometido.

Ella no me responde con su habitual sarcasmo. Ni siquiera se mueve.

—He prometido que no lo haría, y no lo haré —dice con mucha delicadeza.

La creo. Suelto el aire, sintiéndome mejor tras compartir mis preocupaciones con ella.

—Gracias —respondo. Ella asiente—. Que duermas bien, Lucy Jones.

Me dedica una sonrisa tímida que me parece una victoria, y cierro los ojos. Repaso la velada en mi mente como si fuera una película. La hoguera. Los *s'mores*. La manta.

Lucy. Lucy. Lucy.

Su boca rodeando mi pulgar. Mis labios sobre su suave cabello, que olía a brisa marina y a humo de leña. La sensación de su cuerpo entre mis brazos mientras la cogía en volandas y la acostaba en la cama.

Abro los ojos y la veo mirándome fijamente.

—Hola —le digo.

—Hola —responde ella.

—Estaba pensando en esta noche.

—Yo también —dice.

—¿Te lo has pasado bien?

—Demasiado. —Pero cierra los ojos antes de que pueda preguntarle qué fue lo que más le ha gustado de la noche… y si han sido las mismas cosas que a mí.

14

Lucy

Cuando me despierto, el corazón me late con fuerza contra las costillas al recordar dónde estoy y con quién comparto la cama. Pero Hunter no está a mi lado. Me dirijo en puntillas al baño, y tampoco está allí.

Se habrá ido a pescar.

Claro. Se ha ido temprano. No he oído nada, y eso que suelo tener el sueño ligero. Miro el reloj: son las siete y media. Es hora de preparar el desayuno.

Me pongo una sudadera y estoy a punto de bajar las escaleras cuando casi tropiezo con las dos cajas que le llegaron ayer a Hunter. Las ha dejado justo al lado de la puerta. Encima hay una nota garabateada, firmada por Hunter, en la que me dice que las cajas son para mí.

Estoy muy confundida. Le pregunté qué había en las cajas, pero no me respondió. ¿Por qué querrá que las abra ahora?

Cojo la primera y enseguida me doy cuenta de lo que hay dentro: las pelucas.

Le di un montón la lata por haberse olvidado de ellas, y ya había hecho los arreglos necesarios para que las trajeran aquí. ¿Por qué no me lo dijo? Sonrío para mis adentros, compruebo que haya el número correcto de pelucas y luego bajo las escaleras. Tengo que preparar el desayuno antes de que la gente se despierte.

Al llegar abajo oigo a alguien moviéndose por ahí y dejo escapar un pequeño gruñido. Quería ser la primera de nosotras, las chicas, en levantarme para poder poner la mesa y dejarlo todo bonito.

Pero cuando doblo la esquina hacia la cocina, Katherine está junto a la encimera, mirando su móvil, con una taza de café delante. Se

vuelve, me ve y se le iluminan los ojos.

—¡Buenos días! Llevo despierta desde que Ed se ha ido a pescar. No he podido volver a dormirme. Estoy demasiado emocionada por poder pasar todo el día en este lugar tan bonito. No podrías haber elegido nada mejor.

Le doy un abrazo.

—Me alegro mucho de que seas feliz. Pero no puedo atribuirme ningún mérito por la casa ni por la ubicación. Todo ha sido cosa de Hunter. —A Katherine le brillan los ojos. Al instante, me arrepiento de haber mencionado su nombre. Me sirvo una taza de café y enciendo el horno, como si no me hubiera dado cuenta de que Katherine está deseando hablar de Hunter.

—Parecéis muy a gusto juntos —deja caer Katherine. No es una pregunta y no requiere respuesta. Voy a la nevera y saco algo de fruta para preparar la ensalada—. ¿Os sentís a gusto? —pregunta Katherine, al darse cuenta de su error al no haberme hecho una pregunta directa.

Saco una tabla de cortar y empiezo a preparar la piña.

—Aún es pronto. Muy pronto y no va nada en serio. Él está ocupado con Portis. Yo estoy ocupada con mi trabajo. Probablemente se acabará el próximo miércoles…

—No digas eso. Sería perfecto que pudiéramos salir los cuatro.

—Tienes que dejar de obsesionarte con lo del cuarteto. Hunter y yo coincidimos por casualidad para organizar este fin de semana. Si no fuera por eso, ni siquiera nos conoceríamos.

—Eso no es cierto —protesta ella—. Tú eres mi hermana y él es el mejor amigo de Ed. Los dos formáis parte de nuestras vidas para siempre. —Le sonrío. Por mucho que yo quiera que todo sea perfecto para ella, Katherine desea mi felicidad con la misma intensidad. ¿Era eso lo que Hunter quería decir anoche? ¿Cree que lo dejo todo por Katherine y que ella no lo valora?— . Es muy guapo…

—Ya me lo has dicho —le recuerdo.

Pone los ojos en blanco y se baja del taburete.

—¿Quieres que te eche una mano?

—No. Voy a meter los cruasanes cuando el horno esté caliente y luego pondré la mesa. Ya tengo las magdalenas, pero creo que

algunos querrán huevos…

—Si quieren huevos, que se los hagan ellos mismos — responde Katherine—. Tú no eres el chef contratado. —¿Ve Hunter este lado de Katherine? ¿El lado protector? ¿El lado que no quiere que yo haga tantas cosas?

—Estoy deseando que llegue el chef esta noche —respondo.

—Y yo también. Y hoy, durante el día, solo quiero pasear por la playa, recoger conchas y quizá ir un rato de compras después de comer, con un cóctel.

—Perfecto —respondo—. Solo para que lo sepas, he traído un par de pistolas de pegamento y otros materiales de manualidades, además de algunas ideas de Pinterest para cosas que podríamos hacer con las conchas que recojamos.

Ella sonríe.

—Siempre vas preparada para todo. ¿Cuál es el plan? ¿Pegárnoslas en el culo?

—Si eso te mola, estoy aquí para apoyarte.

—¿Hunter es un poco pervertido? —pregunta—. Me da esa impresión.

Se me revuelve el estómago y estoy segura de que me he puesto roja como un tomate.

—¿Te da la impresión de que es un poco pervertido? ¿Qué significa eso? —Mi mente vuela hacia Hunter anoche, en la cama, a mi lado. La forma en que su camiseta se ceñía a su cuerpo como si le quedara una talla pequeña. El vello que asomaba por el cuello. Me pregunto cómo sentiría su piel contra la mía.

Caliente. Dura. Áspera.

—¿Sabes? —dice ella—. Me imagino que en la cama debe de ser bastante dominante.

—¿Has estado fantaseando con eso? —río.

—¡Basta! No, pero no era virgen cuando conocí a Ed. He tenido otros amantes.

—¿Amantes? —pregunto—. ¿Te refieres a novios?

—Novios con los que me acosté. —Katherine tuvo exactamente dos «amantes» antes de Ed, y uno de ellos fue un rollo de una noche.

—¿Y los que eran como Hunter eran un poco pervertidos? —pregunto.

—Tampoco estoy diciendo que me haya acostado con alguien como Hunter. Es solo que… ¿Lo es?

Me río de nuevo.

—No lo sé. Todavía no nos hemos acostado. —No sé por qué lo digo, se me escapa sin más. Quizá la línea entre lo que es real y lo que es falso se ha difuminado y ahora estoy diciendo la verdad.

No nos hemos acostado. Todavía.

Todavía.

Todavía.

La palabra retumba en mi cabeza.

—¡¿En serio?! —chilla Katherine—. ¿Y por qué leches no lo habéis hecho?

Podría haber dado el paso anoche. Estábamos los dos tumbados uno al lado del otro, casi desnudos. Pero ni siquiera lo intentó. Quizá no le gusto. Aunque creo que sí. Al menos, a veces le gusto.

Me encojo de hombros.

—No hay ninguna razón en concreto.

—Bueno, no es por falta de química. Porque anoche, alrededor de la hoguera, todos vimos que había de sobra. Me sorprende que vosotros dos no os hayáis incendiado. —Me muerdo los labios para no sonreír. Sí, yo también había notado algo de esa química. Pero él no dio el paso—. Y vais a compartir cama. Quizá esta noche… ¿Tienes condones?

Gruño.

—Katherine, por favor, no le cuentes nada de esto a Ed. Sé que a Hunter no le gustaría que todos estuviéramos hablando de…

—¿De por qué vosotros dos aún no os habéis acostado?

—Nos lo estamos tomando con calma. ¡Está siendo muy respetuoso! —digo, medio en broma, medio en serio.

Ella niega con la cabeza.

—Más le vale que esta noche sea menos respetuoso.

Unos pasos en las escaleras interrumpen nuestra conversación, y me llevo el dedo a los labios. No quiero de ninguna manera que mi

vida sexual —o la falta de ella— sea tema de conversación mientras tomamos la ensalada de frutas.

Después del desayuno, nos duchamos y nos dirigimos a la playa. Nuestro tramo de arena no es privado, pero no hay mucha gente por ahí, solo alguna que otra persona paseando a su perro o corriendo. La brisa evita que haga demasiado calor, pero no hay ni una nube en el cielo.

Nos ponemos a buscar en la playa conchas de todos los tamaños. Cuando les enseño mis ideas de Pinterest, todas se entusiasman mucho. El entusiasmo sube un peldaño cuando sugiero tomar una mimosa a media mañana para acompañar nuestras pistolas de pegamento.

He traído unas tarjetas para pegar conchas, junto con papel de seda y un poco de cordel para el que aún no tengo un uso concreto. De momento.

—¿A que es precioso? —pregunta Katherine mientras paseamos por la orilla; está mirando hacia el horizonte y me detengo a su lado.

—Es un lugar precioso.

—Prométeme que podremos seguir haciendo cosas como esta cuando me haya casado…

Le paso el brazo por la cintura.

—¿A qué te refieres? ¿Cosas como buscar conchas en la playa?

—Solo quiero decir que pasemos tiempo juntas. No quiero que sea como con mamá cuando la vemos. Como si lo hiciéramos por inercia y solo estuviéramos allí porque tenemos que estar. No quiero que nos distanciemos.

La abrazo con más fuerza.

—No nos vamos a distanciar.

—Pero me voy a casar y probablemente me quedaré embarazada pronto, y todo el mundo dice que una cambia después de tener hijos. Sigo queriendo ser tu hermana. Quiero salir contigo, tomarme unas copas a mediodía y hablar de chicos y esas cosas. —Las palabras salen a borbotones, como si hubiera abierto la puerta de un armario lleno de trastos acumulados durante una década que ha estado intentando ocultar.

—Yo seguiré siendo tu hermana —la tranquilizo.

—Pero si tu relación con Hunter se pone seria, quizá os caséis el próximo verano, y entonces las dos seguiremos la misma trayectoria.

Intento no agobiarme ante la idea de casarme con Hunter en cualquier momento, pero sobre todo dentro de un año.

—No hace falta que sigamos el mismo camino para ser hermanas.

—Sabes que me voy a convertir en una pesada con el bebé, y vas a odiar venir a visitarme. Y con un bebé pegado a mi pecho, no voy a poder ir a Nueva York tan a menudo.

—Ya encontraremos una nueva normalidad —digo, intentando serenarla.

—Pero no quiero que nuestra nueva normalidad consista en que nunca te vea. Tú odias ir a Boston porque tienes que ver a mamá, y si yo no puedo ir a Nueva York por culpa de los bebés, las cosas se van a complicar.

Pienso en lo que dijo Hunter anoche sobre mi madre, sobre complacer a la gente y sobre los límites que no hay que traspasar.

—Yo también quiero que sigamos siendo siempre la misma clase de hermanas, Katherine. Puedo visitarte en Boston sin ver a mamá. —Katherine se aparta y me mira como si no hubiera oído bien lo que he dicho—. No tengo por qué verla cada vez que voy a Boston.

—¿De verdad vendrías a Boston y no la verías? Ella…

—¿Explotaría? —sugiero.

—Quizá. O te echaría un hechizo o algo así. —Se queda en silencio un momento, con la vista clavada en el mar—. Hunter te sienta bien, si de repente estás dispuesta a plantarle cara.

—¿Por qué crees que tiene algo que ver con Hunter?

—Bueno, ¿no es así? ¿Qué más ha cambiado?

Puede que Katherine tenga razón. La conversación que tuvimos anoche sobre los límites que hay que marcar no ha dejado de darme vueltas en la cabeza desde entonces. ¿Por qué me paso todo el tiempo sacrificándome por mi madre a costa de mi propia felicidad?

—Quizá solo necesite averiguar exactamente qué haría ella. De todos modos, tiene más sentido quedarme en tu casa. Tienes una habitación de invitados más bonita, y tú eres…

Katherine suspira.

—Ed quiere mudarse.

—¿Mudarse?

—Más cerca de la ciudad. Quiere llegar al trabajo más rápido y tener acceso al aeropuerto para ir a Nueva York. Dice que no quiere perder tiempo en los desplazamientos cuando tengamos hijos, o no podrá verlos durante la semana. Podríamos permitirnos algo bonito cerca de buenos colegios, y…

—Ay, Dios, Katherine. ¿Por qué no me has contado nada de esto?

Ella niega con la cabeza.

—Mamá se va a enfadar muchísimo porque nos vamos de Duxbury. Ya está hablando de que podrá venir a cuidar de los niños.

—¿Y tú qué opinas?

—Estoy asustada. Pero también ilusionada. Siempre he querido vivir en Somerville. Es más animado que donde vivimos ahora, que donde crecimos. Estoy preparada para algo diferente. Estoy preparada para darles a mis hijos una vida diferente a la que tuvimos nosotras. Creo que es bueno que los niños crezcan rodeados de esa vida.

Abrazo fuerte a mi hermana. Todo está cambiando.

—Tienes razón. Mamá se va a poner como loca.

Katherine suspira otra vez.

—Lo sé. Pero con Ed de mi lado, no me importa. —Estoy muy orgullosa de Katherine. Creo que jamás he hecho a propósito algo que supiera que nuestra madre no iba a aprobar. Solo pensar en ir a Boston y quedarme con Katherine me da náuseas. Hay algo en mí que es como un interruptor de seguridad que corta el circuito si alguna vez intento hacer algo que no se ajuste a los deseos de mi madre—. Probablemente intentará convencerte de que regreses a Massachusetts —dice Katherine.

—Si lo hace, vas a tener que ayudarme a plantarle cara —mascullo—. No quiero irme de Nueva York.

—No voy a dejar que te vayas de Nueva York. Tu carrera está ahí. Tus amigos están ahí. Hunter está ahí. —Se ríe. Sabe que está haciendo el tonto, pero, aun así, tiene razón. Tengo una vida en Nueva York. Ahora que Katherine se va de Duxbury y ya no estará tan cerca de nuestros padres, es posible que mi madre empiece a fijarse en mi situación, pero lo último que quiero es marcharme de

Nueva York. Es que no se me ocurre nada peor que regresar a Boston. Entonces, ¿por qué me da tanto miedo la posibilidad de hablarlo? Puedo responder enseguida «Eso nunca va a pasar, mamá» rápido. O, al menos, así debería ser. Si supiera poner límites, como dijo Hunter anoche, no estaría perdiendo el tiempo pensando en que mi madre va a presionarme para que me mude de nuevo a Massachusetts. Pero nunca he visto esos límites, nunca los he buscado. Nunca he sido capaz de justificar anteponerme a mí misma o mis necesidades a mi madre o a sus necesidades. Sin embargo, pensar en irme de Nueva York hace que ese límite se ilumine con un neón resplandeciente.

De ninguna manera podría marcharme de Nueva York.

Jamás.

15

HUNTER

No hay una sola cosa que tenga que ver con la pesca que me resulte agradable. Para empezar, el puto barco es un problema. A pesar de haberme tomado las pastillas para el mareo que me ha dado Ed, no me encuentro muy bien. Tengo el estómago revuelto desde que he pisado el embarcadero. Y luego está el hedor a pescado. ¿Por qué se supone que esto es relajante? Lo único que huelo es a pescado, y lo único que veo son cadáveres con los ojos vidriosos mientras el horizonte baila como si estuviéramos en Coachella. Una pasada.

Echo un vistazo hacia la playa. Juro que estoy a punto de tirarme al agua desde el barco y nadar hasta la orilla. Me tienta muchísimo. Me pregunto qué habrá organizado Lucy para las chicas esta mañana. Anoche, mientras hablaba con ella, sentía que las cosas estaban muy abiertas entre nosotros. Como si, a pesar de nuestra pared de almohadas no hubiera entre nosotros ninguna de esas barreras emocionales que suelen existir entre las parejas al principio de una relación. Quizá sea porque en realidad no estamos saliendo, pero no creo que sea eso. Creo que es porque Lucy no puede ocultar sus sentimientos. Y saber quién es de verdad en lo más profundo de su ser me hace sentir como si yo también pudiera mostrarle todo. No creo haber tenido nunca algo así con nadie. Quizá por eso me contuve y no me lancé por encima de la pared de almohadas que nos separaba para besarla. No creo haber practicado nunca sexo combinado con intimidad emocional, y no sé adónde nos llevaría eso.

Algo empieza a tirar de mi caña, interrumpiendo mis pensamientos. Suspiro y lo ignoro. La verdad es que no quiero pescar ningún pez. Es asqueroso. Que esas malditas cosas sigan

nadando a sus anchas, disfrutando de la vida, y vamos a tomarnos una cerveza. Esa es mi filosofía sobre la pesca, pero a nadie le interesa porque todos se lo están pasando en grande. Ed ya ha pescado dos lubinas pequeñas. Una tuvo que devolverla al agua. La otra era grande y está en el cubo que tengo detrás.

—Oye, Hunter. ¿Han picado? —Ed señala con la cabeza hacia mi sedal, que cuelga de la popa de la barca.

—Ah —digo, como si me acabara de dar cuenta—. ¿Quizás?

Se acerca Brice, el guía de pesca.

—¿Puedes subirla tú? ¿O necesitas una mano?

Aunque no me gusta pescar, lo he hecho lo suficiente como para saber cómo sacar un pez del agua. Me pongo manos a la obra, levantando la caña y manteniendo la tensión mientras enrollo el sedal. Por el tirón, me doy cuenta de que va a ser uno grande. El pez sale a la superficie y vuelve a sumergirse, pero me da tiempo a vislumbrarlo; es una lubina rayada.

—Parece una vaca y da la misma sensación —digo.

—¿Una vaca? —pregunta Ed.

—Una lubina rayada de más de veinticinco libras —responde Brice —. Sabes de peces, hijo. —Brice coge una de las redes más grandes y la coloca sobre la borda. Yo tiro de la caña. El pez se retuerce en el sedal, intentando liberarse, pero mi cerebro está programado para hacer esto. Pesqué mi primer pez a los cinco años. No voy a dejar escapar a este cabrón. Es uno grande, y quiero poder decirle a mi padre que lo he pescado antes de soltarlo. Vuelvo a tirar; Brice ya tiene la red preparada. Enrollo el sedal como un loco y lo saco del agua. Brice lo recoge con la red—. Es un buen pez. Hacía tiempo que no veía a un turista sacar uno tan grande.

Brice se pone manos a la obra para sacarlo de la red y colocarlo en la báscula. Calculo que debe de pesar al menos trece kilos.

—¿Es un lenguado? —pregunta Ed—. ¿Habías pescado antes?

Me encojo de hombros.

—Un poco. Con mi padre, cuando era pequeño.

—No lo sabía. La verdad es que pensaba que te daba un poco de asco.

No voy a decirle a Ed que me alegraría no volver a coger una caña de pescar en toda mi vida. No quiero que se sienta mal; está claro que se está divirtiendo, y ese es el objetivo de este fin de semana, ¿no?

Brad se pone a gritar.

—¡He pillado uno! Es fuerte.

Brice deja mi lubina retorciéndose en la cubierta del barco y la atención de todos se centra en Brad.

Debería devolver el pez al mar, pero no me importaría pesarlo primero.

Brad pierde lo que fuera que se le había enganchado en el sedal, y Brice regresa junto a mí. Al menos, desde luego, parece lo bastante grande.

—Debe de pesar unos quince kilos —comenta mientras lo coloca en la báscula. Observo cómo se estabiliza la aguja de la báscula. Dieciséis kilos. Mi mayor captura hasta la fecha. Reprimo una sonrisa. No debería sentirme tan satisfecho—. Coge este bicho y te haré una foto —propone Brice.

¿Por qué no? Siempre puedo borrarla. Quizá a Lucy le apetezca verla. Le paso el móvil y cojo el pez. Su tacto —su olor— me recuerda los veranos que pasé en el barco con mi padre.

Lo sostengo y miro a la cámara.

—Podemos comérnoslo esta noche —dice Ed—. Gran captura, Hunter.

—No. Tenemos un chef contratado para esta noche. —Echo un vistazo al reloj. Han pasado poco más de cinco minutos desde que lo cogí—. Será mejor que se lo devuelva al mar.

—Si vas a hacerlo, hazlo ya —dice Brice.

Lanzo la lubina por la borda del barco y observo cómo cobra vida al caer al agua. Apuesto a que pensaba que no iba a tener una segunda oportunidad. Espero que sobreviva.

Antes de que pueda echarme atrás, le escribo un mensaje a mi padre y le envío la foto en la que salgo con la lubina. Hace unos meses que no hablamos. Esto le alegrará el día.

A regañadientes, vuelvo a ocupar mi sitio junto a Ed.

—Eres impredecible —comenta Ed—. Primero sales en secreto con Lucy y ahora eres pescador.

No puedo evitar sonreír.

—No es ningún misterio. Solía ir a pescar con mi padre cuando era niño. Hace años que no lo hago. —Salíamos todos los fines de semana. Me encantaban esos fines de semana, a solas con mi padre. Tenía muchas ganas de crecer para ser como él. Por eso estudié Finanzas en la universidad. Quería hacerme cargo del negocio familiar. Quería convertirme en el hombre que él era.

Y entonces todo cambió.

—¿Has hablado con él últimamente? —pregunta Ed.

—¿Con mi padre? Claro. Hace unas semanas. —Es mentira. Pero una pequeña.

—No me refiero a eso. ¿Has hablado con él sobre el negocio?

Contemplo el mar.

—No. ¿Para qué? O bien sabía que el negocio iba a la quiebra y me dejó hacerme cargo de un barco que se hundía, o bien no lo sabía, lo que lo convierte en un idiota. En cualquier caso, no tiene ningún sentido hablar con él sobre ello. —Mi padre se jubiló por fin cinco años después de que yo me graduara en la universidad. Había pasado esos cinco años aprendiendo el negocio de arriba abajo… o eso creía. Conocía a los clientes. Entendía los requisitos normativos. Estaba preparado.

Pero no era así. Mi padre había mantenido en secreto los resultados financieros de la empresa. Me había contado algunas cosas, pero no llegó a darme suficiente información como para hacerme una idea completa. No puedo evitar pensar que fue a propósito. Tenía que saber que Bain Insurance se encontraba en una situación financiera desesperada. El contrato de alquiler de nuestras oficinas era demasiado caro y estaba redactado de forma tan estricta que era imposible rescindirlo, mudarnos o subarrendar. Los sueldos de muchas de las personas que llevaban allí mucho más tiempo que yo estaban enormemente inflados, pero poseían un gran conocimiento de los entresijos de la empresa, por lo que era imposible despedirlos. Y no llegaban nuevos clientes.

Hice todo lo que pude para salvar el negocio. Era un caso perdido.

—Pero quizá tenga una explicación…

—Ha tenido tiempo de sobra para dármela. Han pasado casi seis años desde que nos acogimos a la ley de Quiebras.

Pasé mucho tiempo culpándome a mí mismo. Mi padre había dirigido Bain Insurance durante la mayor parte de su vida profesional y había proporcionado a nuestra familia mucha estabilidad. Teníamos una casa de vacaciones junto al lago. Una vivienda en uno de los barrios residenciales más bonitos de Filadelfia. Nunca nos faltó de nada. Era una vida idílica. Una que yo quería replicar para mi propia familia.

—Quizá le dé vergüenza.

—¿Y por eso está bien que su hijo cargue con la culpa?

—Nadie cree que la quiebra de Bain tuviera nada que ver contigo.

Suelto una risa cínica.

—Claro que sí. Todos analizan la situación y ven que Brian Bain dirigió un negocio próspero toda su vida y que, al cabo de un par de años después de que su hijo tomara las riendas, todo se esfumó. Y él ha sido un cobarde todos estos años y nunca le ha dejado las cosas claras a nadie.

—Pero las razones por las que entró en concurso de acreedores se debieron a las decisiones que tomó tu padre.

Me encojo de hombros.

—Nadie lo ve así.

—Yo sí lo veo así.

—Porque te lo he contado, eres mi amigo y me crees.

—Entonces, ¿por qué no se lo cuentas a los demás?

—¿Y dejar en ridículo a mi padre?

Ya fue bastante duro darme cuenta poco a poco de que no era el hombre que yo creía que era. En los primeros meses, cuando me hice cargo del negocio, solía ir a la ciudad y almorzábamos juntos o dábamos un paseo. Pero sus visitas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. Quizá fuera porque se estaba haciendo mayor. Quizá tan solo se aburría. O quizá veía en mis ojos la decepción total y absoluta. En primer lugar, porque no había construido el negocio próspero que yo creía que tenía. Pero también porque me lo había cedido y, al hacerlo, me había colgado una losa al cuello. Estaba

condenado al fracaso. Había empezado con entusiasmo y lleno de energía, y para cuando cerré las puertas de Bain Insurance, estaba destrozado. Había perdido la confianza en mí mismo, y cualquiera que pudiera ofrecerme un trabajo en Boston había dejado de atender mis llamadas. Era un fracasado.

—No sé por qué sigues protegiéndolo —dice Ed.

—No lo hago. Él sabe lo que pasó.

—¿Pero lo sabe de verdad?

—Si no lo sabe, es un hombre de negocios aún peor de lo que yo creía.

Ed niega con la cabeza. Entiendo que esté enfadado por mí. Pero no va a convencerme de que hable con mi padre sobre eso.

—Lo que de verdad me cabrea —continúa Ed— es que una parte de ti piense que es culpa tuya. Y eso es una tontería.

Estoy harto de pescar. Quiero bajarme de este barco. ¿Qué hora es, por cierto?

—¿Estáis listos para recoger los sedales? —nos pregunta Brice. Agradezco la interrupción.

Solo quiero regresar a tierra firme. Y ver a Lucy. He sido un cobarde al no haberla besado todavía. De ninguna manera voy a seguir siendo un cobarde. Le diré que quiero besarla, y podré saber por su expresión si ella también quiere.

16

LUCY

Recorro con la mirada la mesa de la terraza, observando todas las conchas, la cartulina, los trocitos de cordel y las tijeras, y luego vuelvo la vista hacia mi creación, que tengo delante. He dispuesto las conchas sobre un trozo de cartulina negra de modo que formen un corazón. No sé si es por el contraste de los colores de las conchas con ese fondo tan inusual o porque brillan de lo relucientes que están, pero el resultado es impresionante. Soy prácticamente la puta Martha Stewart.

—Me encanta, Lucy —dice Katherine. El resto de las chicas exclaman «Oh» y «Ah» en señal de aprobación y admiran sus propias creaciones. Katherine ha hecho una campana de viento con sus conchas. Alison ha pegado las suyas en círculo sobre un fondo blanco. Luna ha dejado de lado su proyecto para prepararnos a todas el segundo cóctel del día—. ¿Se lo vas a regalar a Hunter? —pregunta.

Giro la cabeza bruscamente para comprobar si la he oído bien.

—Por supuesto que no. Voy a buscar un marco y lo colgaré en mi piso. En la cocina, tal vez.

—¿Hay sitio en tu cocina? —pregunta Luna, dejando una bandeja llena de *bellinis* sobre la mesa.

—Probablemente no. En el baño, entonces. O en mi dormitorio.

—Coge una copa —ofrece Luna—. Brindemos. — Dejamos a un lado lo que estábamos haciendo, cogemos una de las copas altas y nos colocamos en círculo para brindar—. Por Katherine y Ed —añade, alzando la copa.

Katherine sonríe, radiante, y noto una sensación de calidez en el estómago. Me alegra mucho verla tan feliz. Ha merecido la pena

todo el esfuerzo para organizar este fin de semana.

El ruido de los coches al aparcar delante de casa capta nuestra atención.

—Ay, Dios —digo—. Van a oler a pescado.

—Creo que se han duchado, se han cambiado y luego han salido a comer —aclara Katherine.

—Un poco más civilizado. Lo cual es sorprendente. —Pongo los ojos en blanco, pero luego recuerdo que se supone que estoy saliendo con Hunter, en lugar de convencerme a mí misma de que es repugnante.

Solo espero no sentir ese cosquilleo desconocido en el estómago cuando lo vea. No quiero enamorarme de un chico así. Y menos aún de uno con el que comparto la cama.

Las charlas de los chicos llenan el ambiente. Son ruidosos y están llenos de vida. Quizás el almuerzo incluyó un par de cervezas.

Cuando doblan la esquina de la casa y nos ven, prorrumpen en vítores, y no puedo evitar soltar una risita al ver cómo hacen el tonto.

Ed sube corriendo los escalones hacia Katherine y saca del círculo levantándola en volandas.

Hunter es el siguiente: sube los escalones de dos en dos y se abalanza hacia mí como si fuera a atravesarme. Doy un paso atrás para que no choque contra mí, pero él sigue avanzando, y yo me alejo de él y del grupo.

—Dime que me has echado de menos. —Me sonríe como si acabara de ganar la lotería.

—¿Qué? —pregunto, pero en mis labios aparece una sonrisa.

—Dime que has estado pensando en mí todo el día. —Su tono es arrogante, y una parte de mí quiere darle un puñetazo para que se le pase. La otra parte de mí nota cómo se me endurecen los pezones contra la camiseta.

Entrecierro los ojos. ¿Lo dice en serio? Estamos demasiado lejos del resto de nuestro grupo como para que nadie nos oiga.

—¿Pensando en ti?

Reduzco el paso y él se acerca todo lo que puede sin tocarme. Nuestros pies están uno contra otro, y él agacha la cabeza hasta que

su rostro queda a un centímetro del mío.

—Dímelo —exige con tono desafiante. El corazón empieza a latirme con fuerza y no consigo recuperar el aliento. El calor de su cuerpo me envuelve. Su sonrisa me hace sentir mareada. El aroma de su piel recién lavada inunda mis fosas nasales. Todo esto me abruma—. Dímelo —repite.

—Me has venido a la mente al pensar en cómo me has torturado al no decirme que tenías las pelucas. —Él sonríe y desliza la mano desde mi cadera hasta la parte baja de la espalda—. ¿Por qué no me lo dijiste? Sabías que estaba enfadada contigo.

—Creo que, en el fondo, te gusta estar enfadada conmigo. —Pongo los ojos en blanco. Como si a alguien le gustara enfadarse—. Yo sí he estado pensando en ti. —Me da un beso en la coronilla. ¿Se habrá dado un golpe en la cabeza ahí, en el barco, y habrá vuelto convencido de que estamos saliendo de verdad?

—¿Estás bien? ¿Cuántas cervezas te has tomado? —le pregunto.

—Quiero besarte —responde.

—Ah. —Estoy demasiado sorprendida como para pensar en una buena contestación.

—He estado pensando en cómo sabrás. En cómo será sentirte.

—Hunter —susurro.

—Lo digo en serio. De verdad.

Nuestras miradas se cruzan, y lo único que veo es a un hombre que sabe lo que quiere.

Decidido. Seguro de sí mismo y tremendamente sexy.

Le hago un ligero gesto con la cabeza. Es todo lo que necesita.

Me pasa la mano por el pelo y me mira los labios antes de agacharse y besarme. Mi mano se desliza tímidamente por debajo de su camiseta y casi gimo cuando mi palma toca su cálida piel. Abro un poco la boca y su lengua se desliza entre mis labios, con urgencia. Presionando. Posesiva.

Lo noto en las rodillas, en la base de la columna, entre las piernas: es un ligero cosquilleo. Deseo. Anhelo. Necesidad.

Es el mejor beso que me han dado nunca y quiero más.

Él debe de sentir lo mismo, porque me pega a él. No hay espacio entre nosotros. Nuestros cuerpos se estrechan con fuerza mientras

nos exploramos mutuamente. Una de sus manos desciende hasta mi trasero y hunde la otra en mi pelo.

Mis pensamientos empiezan a difuminarse y el sonido de las conversaciones de nuestros amigos se va desvaneciendo. Es como si alguien estuviera bajando el volumen de todo lo que no sea la sensación del cuerpo de Hunter contra el mío. Y esa se hace cada vez más fuerte más fuerte y más fuerte.

Vaya. Este chico se toma muy en serio los besos.

Un chillido detrás de Hunter nos interrumpe y nos separamos de un salto.

Hunter se da la vuelta y aparece Katherine, sonriendo como si fuera la novia más feliz del mundo en su despedida de soltera.

—Perdón por interrumpir —dice, antes de llevar a Ed a rastras junto a los demás.

Los vemos marcharse los dos, y voy a decir algo, pero antes de que pueda articular palabra, Hunter mete su pierna entre las mías y me acaricia la cara. Como si el primer beso no hubiera sido suficiente… Como si necesitara más.

La barba incipiente me roza la piel, y es como si fuera una cerilla que raspara contra la franja de encendido de una caja. Voy a estallar en llamas si sigue así.

Mis pezones se tensan contra el encaje de mi sujetador, nuestras respiraciones se entremezclan y su boca vuelve a posarse sobre la mía. Él gime, y ese sonido recorre mi cuerpo, haciendo que se me ponga la carne de gallina. Sus manos se deslizan por mi cuerpo, recorriendo el contorno de mis pechos, la curva de mi cintura. Quiero que nuestra ropa se desvanezca, que todo el mundo desaparezca y quedarme solo con su calor, este beso y el sonido de las olas.

Al final, se aparta y apoya la frente sobre la mía.

—Llevo todo el día queriendo hacer eso —suspira—. Bueno, desde anoche, en realidad.

Me muerdo los labios para no sonreír.

—Bueno, pues ya está. Ya me has besado.

—Y tú has correspondido. —Me río de nuestro tira y afloja, jugueteando con el cuello de su camiseta—. ¿Sabes qué me

gustaría? —pregunta.

—No me lo puedo ni imaginar. Ya me has sorprendido bastante hoy.

Se aparta un poco y apoya el brazo en el poste del porche que hay detrás de mí, de modo que sigue echado hacia mí.

—¿En serio? ¿No estabas pensando eso…?

—Vuelve a la parte en la que ibas a decirme lo que te gustaría.

Se ríe entre dientes.

—Ojalá estuviéramos aquí solo tú y yo. Solo por esta noche. Podríamos pasar el rato en el porche. Ver cómo rompen las olas. Tú podrías darme la lata por ser…, no sé…, yo. Yo haría como si nada. Y luego te sentaría en mi regazo y te besaría hasta el fin de los tiempos.

Tengo que apartar la vista y clavarla en el mar. La imagen que está describiendo es demasiado vívida. Demasiado tentadora como para poder mirarlo mientras la describe. Deslizo la mano por debajo de su camiseta y engancho los dedos en la cintura de sus pantalones.

—Eh —digo, dándole vueltas a la idea. Tampoco es que no haya pensado en Hunter de esta manera. De hecho, he pensado en él así muchas veces en las veinticuatro últimas horas, pero no me esperaba esto. Y menos tan pronto y de forma tan pública. Y aunque me gusta sentirme… conectada con él, estoy asustada—. Suena bien.

Él sonríe y da un paso atrás.

—Claro. Pero las obligaciones de la despedida deben tener prioridad.

De verdad quiero que Katherine pase el mejor fin de semana de su vida. Pero justo en este momento, ojalá pudiéramos poner en pausa «El programa de Katherine y Ed» y desaparecer, solo nosotros dos, para ver si podemos vivir la velada que Hunter acaba de describir.

17

HUNTER

Cojo una bandeja con bebidas del bar, ya que estaba tardando demasiado en llegar a nuestra mesa, y regreso con nuestro grupo.

—Aquí está Hunter Bain, la Lengua. —Ed cree que se le ha ocurrido el apodo más divertido del mundo, ¿y quién soy yo para aguarle la fiesta? Besar a Lucy Jones ha sido… Bueno, desde entonces no he podido dejar de sonreír. Todos cogen un chupito de tequila de la bandeja, y Ed levanta su botella para brindar con los chicos—. Ya sabes que ahora tienes que casarte con ella. — Tenso un poco la mandíbula. Sé que está bromeando, pero aun así, es demasiado. No quiero pensar en nada más que en este momento—. No hay forma de que podáis romper —continúa.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —dice Fisher, como si ya se hubiera decidido en comité que me voy a casar con Lucy Jones—. Está buenísima y parece que te mantiene alerta.

—Lo dice el soltero empedernido —respondo.

Fisher se limita a encogerse de hombros y a sonreírme.

—Haz lo que digo, no lo que hago.

—Tienes que dejar de adelantarte a los acontecimientos — le respondo a Ed. Si tan solo supiera que hoy ha sido nuestro primer paso hacia el terreno romántico y que hasta ahora todo había sido una farsa… ¿O quizá nada ha sido una farsa? Al menos lo que sentíamos…

—Pero lo digo en serio —replica Ed—. Somos una familia: tú, yo, Katherine y Lucy. —Hay una vulnerabilidad en su tono que me hace un nudo en la garganta—. No puedes estropearlo todo, Hunter. No quiero tener que elegir entre invitarte a ti o a Lucy a las fiestas y celebraciones.

—Ya lo has dicho —le recuerdo.

—Y lo digo en serio. Tienes que portarte bien.

Como para darle la razón, alguien me da un golpecito en el hombro. Cuando miro a mi alrededor, veo a una chica rubia muy guapa a mi lado, sonriendo.

—Me preguntaba si estás soltero y si quieres mi número — dice frunciendo la nariz de una forma que probablemente me habría parecido adorable hace unas cuarenta y ocho horas—. ¿Te conozco? ¿Eres famoso?

—Desde luego que no soy famoso. Y tampoco estoy soltero. Pero gracias por preguntar. —Se le ensombrece un poco el rostro, y no sé muy bien si es porque no soy famoso o porque no estoy soltero—. Pero tengo un par de amigos que están muy solteros, aunque tampoco son famosos. —Le echa un vistazo a nuestro grupo—. Fisher, te presento a…

—Lindsay —dice, olvidándose de mí al instante. Fisher se levanta y se van juntos a la barra.

No solo se trata de que tenga pareja oficialmente ni de que, extraoficialmente, no me interese Lindsay, sino que además soy un casamentero. Me siento bastante bien.

—A eso me refería… —se lamenta Ed—. Estás acostumbrado a espantarlas como moscas. Tienes que ponerte manos a la obra de verdad, porque si rompes con Lucy, lo que ya es totalmente inaceptable bajo cualquier circunstancia, está claro que no puedes engañarla.

—Entendido —respondo. Nunca he engañado a nadie. La verdad es que nunca he entendido a los hombres que engañan. Si quieres a otra mujer que no sea la que tienes, rompe con ella y quédate con la nueva. No hace falta ser un capullo.

—Considérate advertido —añade Ed.

Entiendo que esté preocupado. De verdad que sí. Si lo pienso un poco, yo también lo estoy. No quiero estropearlo todo y acabar viendo a Ed aún menos de lo que lo veo ahora. Si lo hubiera pensado con claridad, me habría mantenido alejado de Lucy, pero ya es demasiado tarde. Y, sinceramente, Lucy y yo hemos ido avanzando en esta dirección desde que nos vimos por primera vez.

No me atrajo de inmediato, pero sí me interesó desde el primer momento. Me llamó la atención, y eso dice mucho cuando, el noventa y nueve por ciento de las veces, toda mi atención se centra en el trabajo.

Hay un alboroto al otro lado de la barra. Cuando levanto la vista, veo a Katherine y al resto del grupo de la despedida de soltera dirigiéndose hacia nosotros. Katherine va hacia Ed, y cuando Lucy pasa a mi lado, la agarro de la mano y hago que se siente en mi regazo.

—¿Pensabas que podías pasar de largo sin más?

Me sonríe, con los ojos brillando a la luz de las velitas de la mesa.

—¿Por qué estoy sentada en tu regazo?

—¿Hay algún otro sitio en el que prefieras estar? —le pregunto.

Intenta no sonreír, pero se le da fatal. Las comisuras de sus labios se le mueven y sus ojos verdes brillan. Levanta la vista y echa una ojeada a la fiesta, pero nadie nos presta atención. Todos están absortos en sus propias conversaciones.

—¿No nos odiamos? —me susurra al oído.

—No sé tú, pero yo no te odio —le digo, sin apartar la mirada de la suya.

—Yo tampoco te odio. —Cierra los ojos con fuerza, como si le costara demasiado admitirlo.

Me río entre dientes.

—Estoy impresionado. —Deslizo las manos por sus piernas—. Esto no me desagrada tampoco. —Le recorro los labios con el pulgar—. Ni esto. —Deslizo los dedos desde su clavícula, entre sus pechos, hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo—. Nada de esto me desagrada.

Sus mejillas se tiñen de rosa.

—Pero se supone que deberíamos odiarnos…

Niego con la cabeza.

—Las cosas cambian. Cuando empiezas a adentrarte más allá de la superficie, ves cosas que antes no estaban ahí.

—¿Como qué?

—Como el amor que sientes por tu hermana. Lo mucho que deseas que tu madre te quiera.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—Mi madre me quiere.

—Claro. Pero te preocupa que no lo haga a menos que todo sea perfecto. —Me voy dando cuenta de ello mientras hablo. Todos los fragmentos sobre Lucy van encajando, y la mujer que es empieza a tomar forma. Solo quiere que la quieran y la acepten. Como todo el mundo. —Me mira como si fuera un perro que habla o algo así—. Y ahora veo más allá de tus reprimendas hacia mí —continúo—. La necesidad de controlarlo todo y a todo el mundo, el deseo de complacer a Katherine y a tu madre y… a todo el mundo.

—Hunter —dice ella, con voz tranquila y frágil. No sé si me está pidiendo que pare.

Alzo las manos.

—Estabas preciosa con ese vestido amarillo. Eres adorable. Amable. Generosa.

Apoya sus palmas contra las mías y entrelazamos los dedos. Se echa hacia delante y me da un beso en los labios. Es suave y ligero, y al instante me hace desear más. La quiero toda para mí. Se aparta, sin dejar de mirarme fijamente.

—No creo que nadie me haya visto nunca así —susurra—. Según tú, soy…

—¿Guapa? —sugiero—. ¿Abnegada? ¿Considerada?

—Iba a decir… que estoy bien.

Hay algo en la forma en que se describe a sí misma como solo «bien» que me llega directamente al corazón. Me dan ganas de cogerla en brazos y llevarla a algún lugar donde pueda protegerla de todo.

—Eres mucho más que alguien que está bien sin más, Lucy Jones.

Quizá pueda verla tal y como es, o al menos más de lo que jamás ha mostrado a nadie antes.

Tiene las mejillas sonrosadas y mira mi copa, que está sobre la mesa, como si estuviera contemplando un cuadro famoso o algo así.

—¿Qué estás bebiendo? —pregunta con voz cantarina.

—Tequila —digo, moviéndome en mi asiento—. Voy a buscarte una copa. ¿Qué te apetece?

Nuestras miradas se cruzan y no puedo evitar preguntarme cómo será en la cama.

Qué le gusta en la cama.

Quiero quedarme aquí mismo, así —dice, y me tiende la mano—. ¿Me das un sorbo?

Me acerco de nuevo a ella y la pego a mí.

—¿A ti? Por supuesto. Lo que sea. Cuando quieras. —Cojo el vaso y se lo pongo en la mano. La observo mientras saborea el líquido ámbar, sin poder apartar la mirada de su boca y de sus labios húmedos. Quiero lamer el tequila de cada centímetro del cuerpo de esta mujer.

Me devuelve el vaso.

Acaricio con los labios el mismo lugar del que ella ha bebido y le doy un trago. Vuelvo a dejar el vaso sobre la mesa y le doy un beso. Este podría ser el día más perfecto de mi vida.

18

Lucy

El chef ha preparado un festín con tanta comida del que, distraída como estaba, no me acuerdo de todo. Sí recuerdo que Hunter me miraba, tenía la mano en mi espalda y en mi pierna… Ya estamos todos en la playa, luciendo nuestros trajes al estilo Uma Thurman. Y me he comido un malvavisco de más. Ahora estoy aturdida por el alcohol, la brisa marina y el azúcar. Necesito tumbarme. Hunter cubre el fuego con arena y todos regresamos a la casa.

El corazón empieza a latirme con fuerza en el pecho. ¿Y ahora qué? Una parte de mí quiere llevar a Hunter arriba a rastras lo antes posible, desnudarlo y montarme encima de él. Pero otra parte de mí no quiere romper lo que se ha ido gestando entre nosotros estos últimos días. Es algo nuevo, frágil y precioso, y no quiero que todo se reduzca a sentirnos atraídos el uno por el otro. Aunque, sin duda, me siento muy atraída por él. ¿Cómo no iba a estarlo? Es perspicaz, amable y paciente. Además de tener unos abdominales duros como una roca y unos hombros que no puedo dejar de tocar, tan anchos y protectores… Pero me gusta este chico. Es más que lujuria. Aunque hay mucha lujuria. Si nos acostamos, ¿no va a cambiarlo todo?

Katherine y yo nos estamos dándonos un abrazo de buenas noches al pie de las escaleras y por el rabillo del ojo, veo a Hunter llenando dos vasos de agua. ¿Es una locura esperar que uno de esos vasos sea para mí? Me gusta la idea de que esté pensando en mí, cuidando de mí, asegurándose de que esté bien hidratada.

Katherine sube las escaleras y Hunter se acerca a mí con pasos sigilosos.

—He pensado que querrías agua.

Es como si me hubiera regalado una docena de rosas. Le sonrío.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

Se le mueve la comisura de los labios y me tiende un vaso.

—¿Quieres que te lo lleve arriba?

Normalmente, esta sería mi oportunidad para hacer una broma sobre que creo que puedo llevar un vaso de agua yo sola, o que mis pobres músculos femeninos apenas pueden con ello. Pero no lo hago.

—Claro. Gracias —respondo.

Me dedica una sonrisa amable y me hace un gesto para que vaya delante de él.

Cuando entramos en el dormitorio, deja los dos vasos de agua en nuestras respectivas mesillas de noche y luego se vuelve hacia mí.

—¿Quieres ir primero al baño?

Tenía la esperanza de que me volviera a besar.

—Claro —acepto, y entro en el baño para quitarme la peluca y ponerme el pijama. Si hubiera sabido que las cosas iban a tomar el giro que han tomado este fin de semana, quizá habría metido en la maleta algo más bonito. Algo un poco más sexy. Aunque tampoco es que tenga lencería sexy guardada por ahí en casa.

Me desmaquillo y me lavo los dientes lo más rápido posible, sin dejar de preguntarme qué estará haciendo Hunter. Quizá se haya quedado dormido.

Sonríe cuando regreso al dormitorio y, cuando paso junto a él, me da un tirón en los pantalones cortos.

—Qué monos.

Me acomodo en mi lado de la cama. La pared de almohadas sigue donde la dejamos. Pienso en desmontarla, pero decido no hacerlo. Todo lo que hay entre nosotros parece aún demasiado ambiguo. Nos hemos besado, nos hemos dicho que no nos odiamos, pero Hunter no ha dado el paso en cuanto nos hemos quedado a solas. Ni siquiera ha intentado volver a besarme.

Entra en el dormitorio, sin dejar de sonreírme. Se desliza entre las sábanas, parcialmente oculto por el muro de plumas que nos separa.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —pregunta, acomodándose para que los dos quedemos tumbados de lado, uno frente al otro.

Asiento, sin saber muy bien qué va a pasar ahora. ¿Vamos a charlar un rato?

—Sí, me lo he pasado genial.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

Si fuera capaz de arquear una sola ceja, eso sería lo que estaría haciendo ahora mismo.

—¿Lo que más me ha gustado?

—Sí. ¿Qué parte del día has disfrutado más?

¿Está buscando que lo halague? ¿Quiere que le diga lo mucho que he disfrutado de su beso? ¿Que lo que más me ha gustado ha sido sentarme en su regazo, con sus manos sobre mi cuerpo, y que nos hayamos confesado que, en realidad, no nos odiamos?

—No creo poder ordenar cuáles han sido mis momentos favoritos de hoy.

—Ah, ¿no? —sonríe. Su tono es burlón, y no entiendo por qué se está conteniendo—. Pues para mí ha sido besarte, sin duda. Y escuchar que no me odias también ha estado entre las mejores cosas de hoy.

Suelto una risita.

—No. No te odio. Bueno, al menos hoy no. ¿Quién sabe lo que nos deparará el mañana?

Me mira fijamente durante un segundo, como si quisiera decir algo más, pero parece que cambia de opinión.

—Sí, siempre hay tiempo para que me odies mañana. —Coge la almohada que está en lo alto de nuestra pared de almohadas y la lanza al suelo, detrás de él—. No creo que necesitemos esto. —Me da un vuelco el estómago mientras derriba el muro que nos separa —. Así está mejor —dice, deslizando la pierna hacia mi lado de la cama; sus dedos de los pies rozan los míos. En el momento del contacto, mil pensamientos inundan mi mente. No quiero precipitarme. No quiero que este chico me haga daño. No quiero tener que lidiar con las consecuencias de no saber cómo gestionar las reuniones familiares cuando Hunter y yo, inevitablemente, rompamos. Retiro la pierna, y él se da cuenta de lo que estoy pensando—. Es mucho, lo sé. Sus expectativas. Todos los vínculos que nos unen. Todo podría salir muy mal.

—Sí —asiento—. Es mucho.

—Tampoco es que no quiera que las cosas… vayan más allá. Sí que quiero. Eres preciosa y… me gustas. Creo que me muestras una faceta tuya que poca gente tiene la suerte de ver…

—O quizá tú ves una faceta mía que poca gente puede ver.

—¿Te refieres a que llevo puestas mis gafas de Lucy Jones?

Me río.

—Quizá.

—Me siento como si estuviéramos conectados en un plano que ni siquiera sabía que existía. —Me doy la vuelta y me tumbo de espaldas porque lo que está diciendo es demasiado. Y no se trata de que piense que no esté diciendo la verdad, sino de que entiendo perfectamente lo que quiere decir. Él me entiende. Y yo lo entiendo a él. Mentalmente. Físicamente. Emocionalmente. No hay mucha gente que me conozca mejor que yo misma, que vea lo bueno que hay en mí después de haber pasado por tantas muestras de lo malo.

—Al menos mañana te librarás de mí. Este fin de semana habrá terminado. Habremos cumplido con nuestro papel y podremos marcharnos hacia el atardecer sabiendo que tu mejor amigo y mi hermana han disfrutado de la despedida de soltero y de soltera que querían.

—Y tú te librarás de mí, que soy tan poco fiable. Que me olvido de las pelucas y las pastillas para el mareo. Que no ayudo a organizar la compra o las bebidas. No puedes confiar en mí, y ahora ya no tendrás por qué hacerlo.

Su tono es jovial, como si estuviera siguiéndome el juego, pero hay algo subyacente que hace pensar que me está haciendo una pregunta.

—No creo que seas poco fiable —le digo. No responde.

—¿Así es como te ves a ti mismo? —le pregunto.

—Quizá. A veces. Pero es que he estado muy ocupado estas últimas semanas, con Ed tan centrado en la boda.

—Sí —respondo—. No me había dado cuenta de que estabas asumiendo más carga de la habitual. Es solo que… Yo no quería estropearle la fiesta a Katherine, y tú estabas intentando no

estropear las cosas en el negocio. Las motivaciones de los dos eran puras. ¿Sabes?

Asiente.

—Voy a echar de menos que me riñas.

—Podría grabarte algo. Para que puedas escuchar cómo te echo la bronca cuando quieras.

Arquea las cejas.

—Suena un poco pervertido.

Pongo los ojos en blanco.

—Si lo que te gusta es lo pervertido, mejor que tú y yo nos quedáramos solo en los besos.

Él sonríe.

—Hay demasiado en juego, ¿verdad?

Suspiro. Era fácil dejarse llevar por el coqueteo y ese cuerpo escultural, pero si dejo que mi cabeza se imponga a mis hormonas, tiene toda la razón. Hay demasiado que perder. Demasiado caos en potencia.

—Sí. Probablemente tengas razón.

—Probablemente significa que pasarás a la historia como la que se me escapó.

Se me revuelve el estómago ante la posibilidad de que los dos nos estemos perdiendo algo que podría ser un final de cuento de hadas.

—Sin duda voy a ser la que se ha escapado. No se trata tan solo de una posibilidad. Buenas noches, Hunter Bain. —Me vuelvo hacia la ventana.

Me alegro muchísimo de que Katherine haya pasado un gran fin de semana. Se merece su «felices para siempre».

Pero si yo alguna vez consigo el mío, no será con Hunter.

19

Lucy

Siempre llevo una variante del mismo conjunto para ir al trabajo: vestido y chaqueta, zapatos de tacón medio, el pelo recogido y apartado de la cara. Es mi uniforme. Mi armadura. Desde la pandemia, el estilo *business casual* se ha convertido en la nueva normalidad, pero tras el confinamiento volví al trabajo vestida exactamente igual que el último día que estuve en la oficina: preparada. Me tomo mi trabajo muy en serio y quiero que la gente me tome en serio a mí. No quiero distraerme pensando en qué me voy a poner para ir a la oficina cada día. Siempre lo tengo claro. Porque siempre es lo mismo. La jefa de mi jefa, Sharon, se acerca a mí desde su despacho.

—Ah, Lucy, estás aquí. Gracias por el informe que me has enviado. ¿Podemos comentarlo?

Iba a ir al baño, pero estoy segura de que puedo aguantarme.

—Claro. —No sé por qué quiere hablar conmigo. Era un informe sencillo sobre el equipo de asistentes jurídicos que dirijo: en cuántos casos estamos trabajando, los casos en curso y el importe facturado. Era un informe estándar del sistema, pero añadí información sobre quién trabaja en cada caso y cuáles son sus tarifas.

Sigo a Sharon hasta su despacho y me siento frente a su escritorio. No llevo bloc de notas, pero saco el móvil del bolsillo de la chaqueta. Soy bastante estricta con el uso del móvil en la oficina. Ni siquiera lo cojo a menos que sea una emergencia. Cuando deslizo el dedo para abrirlo y acceder a mi aplicación de notas, veo que tengo un mensaje de mi hermana y otro de Hunter. Siento un cosquilleo en el estómago y tengo que luchar contra las ganas de abrir los mensajes y averiguar por qué Hunter se ha puesto en contacto

conmigo. Hunter y yo no nos hemos visto desde que compartimos un taxi de regreso a la ciudad desde LaGuardia, tras el viaje a Martha's Vineyard. Él me subió la maleta las tres plantas de mi piso sin ascensor en Brooklyn y nos despedimos con un abrazo, como viejos amigos. Durante unos días, quizá incluso unas semanas, me pregunté si iba a llamarme o a enviarme un mensaje. Me pregunté si debía llamarlo o enviarle un mensaje. Pero él no lo hizo y yo tampoco. Cada día me ha resultado un poco más fácil contenerme y no ponerme en contacto con él.

—¿Querías añadir algo al informe? —le pregunto—. La mayor parte de la información la puedo obtener fácilmente del sistema.

—No —responde, y se sienta detrás de su escritorio. Es una de las socias más jóvenes, así que su despacho no es grande, pero sigue siendo un despacho, y tiene ventana—. El informe estaba bien. Quería hablar contigo de otra cosa. —Se me encoge un poco el corazón. Siempre me meten en nuevos proyectos. Me consideran una apuesta segura, y eso me gusta, pero también significa que mi carga de trabajo puede dispararse un poco—. ¿Alguna vez has pensado en ser abogada? —me pregunta.

Es lo último que esperaba que me dijera. Nunca me habían hecho esa pregunta. La gente da por sentado que, si eres asistente jurídica, no eres lo bastante inteligente como para ser abogada.

Trago saliva, intentando ganar algo de tiempo para pensar en una respuesta convincente.

—Supongo que en algún momento lo pensé…

—Porque eres muy inteligente. He consultado tu expediente académico. Sacaste buenas notas en la universidad.

—Sí —respondo.

—¿Pero nunca te planteaste estudiar Derecho?

Sonrío, intentando mantener la compostura.

—Lo pensé. Pero ya tenía una buena deuda por los préstamos de estudios, y el mercado laboral para los licenciados en Derecho por aquel entonces no era muy bueno. Pude conseguir un trabajo como asistente jurídica enseguida, así que… al final ese proyecto no salió adelante.

—Eso les pasa a muchas mujeres —murmura ella, como si estuviera hablando en clave—. Creo que todo se reduce a que, a veces, las mujeres no creen en sí mismas tanto como los hombres.

Las palabras quedan flotando en el aire, a la espera de que alguien las recoja.

No hace falta que sepa nada de las conversaciones que tuve con mis padres sobre la facultad de Derecho. No hace falta que sepa que mi madre me dijo que sería muy caro, que la mayoría de la gente no aprueba el examen de acceso y que la mayoría de los que lo aprueban no consiguen trabajo y acaban en Starbucks. No hace falta que Sharon sepa que mi madre me sugirió que me hiciera asistente jurídica y que «viera cómo me sentía al respecto dentro de un par de años».

—¿Conoces nuestro programa de mentoría para las mujeres jóvenes de la empresa? Está orientado a que lleguen a ocupar puestos de responsabilidad —pregunta.

—Creía que era para las abogadas —respondo—. Para las asistentes jurídicas no.

—Puede ser… ¿Sabías que el cincuenta y dos por ciento de los licenciados en Derecho que se incorporan a nuestro bufete son mujeres, pero que solo el once por ciento de esas abogadas llegan a ser socias?

—Bueno, no he analizado las estadísticas, pero me parece bastante acertado. —No hace falta contar cabezas para darse cuenta de la discrepancia en este y en cualquier otro bufete de Nueva York.

Sharon sonríe.

—Sí, bueno, todas lo vemos, porque todas lo vivimos. Pero se necesitan estadísticas para convencer a algunos de los hombres de esta empresa de que hay un problema. En fin, estamos intentando abordar esta disparidad de diferentes maneras. Me gustaría ser tu mentora, si te interesa.

—¿Para ayudarme a… progresar? ¿A conseguir un aumento de sueldo? ¿Ese tipo de cosas?

—Lucy, lo has hecho muy bien en este bufete. Eres inteligente y organizada, y sabes tomar la iniciativa. Pero creo que eres capaz de más. De mucho más.

Siento un cosquilleo de emoción en el vientre.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Creo que te han subestimado. No sé muy bien por qué. Pero he pensado que podríamos trabajar juntas para ayudarte a desarrollar todo tu potencial. —Se me hace un nudo en la garganta. No recuerdo haberme sentido nunca como algo más que un número en el trabajo. Así son las cosas. Te pagan un sueldo y tienes que hacer un trabajo. Pero estamos hablando de potencial y de apoyo, y no recuerdo haber tenido antes una conversación como esta con nadie.

—Me gustaría mucho —consigo articular con voz ronca.

—Obviamente, no quiero empujarte hacia un camino con el que no te sientas cómoda —dice ella—. Pero mi antigua universidad tiene un programa nocturno en el que los estudiantes pueden cursar la carrera de Derecho a tiempo parcial. Es cierto que así se tarda más en terminarla, pero quizá te interese informarte sobre el programa.

—Ah, ¿en serio? ¿A qué universidad fuiste?

—A Fordham.

Se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Fordham? Bueno, es imposible que yo entre en un programa en Fordham.

—¿Por qué no? —pregunta.

—Bueno, porque… es una universidad de élite, y…

—He visto tus notas. He visto tus trabajos. Tendrías que presentarte a las pruebas de acceso a la facultad de Derecho, pero no la descartes tan rápido ni te des por vencida antes siquiera de haberlo intentado.

—Aunque, en algún mundo mágico de fantasía, lograra entrar en Fordham, nunca podría permitírmelo. No te ofendas, pero el sueldo me da para cubrir los gastos básicos y poco más. Desde luego, no es suficiente para hacerles frente a las tasas de la Facultad de Derecho de Fordham. Ni siquiera con un plan de pago de esas tasas.

Espero que esté de acuerdo conmigo y acepte que no soy la persona adecuada para ser su protegida. Que entiende que sería una pérdida de tiempo. Pero no lo hace.

—Como ya he dicho, el bufete ha creado este programa para que las mujeres puedan acceder a puestos de mayor responsabilidad. Contamos con los medios económicos para hacerlo. Tampoco estoy diciendo que podamos pagar la matrícula completa, pero, dependiendo de tu nota en el examen de acceso y de la facultad en la que entres, sin duda consideraríamos pagar una parte. Y, por supuesto, tendrías garantizado un puesto de trabajo aquí como abogada cuando te gradúes.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Me darías una beca o algo así?

—Depende de las circunstancias. Como ya he dicho, tu nota en el acceso y el programa en el que entres serán factores a tener en cuenta, pero lo consideraríamos. Yo mediaría en tu favor. Y, obviamente, podría ayudarte a conseguir otras ayudas económicas. Conozco a mucha gente en esta ciudad.

Me da la sensación de que debe de haber alguna trampa. Quizá me haya confundido con otra persona. Quizá mi expediente se haya mezclado con el de alguno de los otros asistentes jurídicos.

—¿Sabes que estudié en la pública de Massachussets? —le pregunto, por si acaso me ha confundido con otra persona.

—Sí, lo sé. Mi marido estudió allí. ¡Vamos, Beacons! — Levanto los puños en el aire como si estuviera agitando unos pompones—. Sé que no esperabas algo así, y quizá tengas otras prioridades, pero me gustaría que le dieras una vuelta.

—Tienes razón, es toda una sorpresa. Pero sin duda me gustaría estudiarlo.

—Hazlo. —Asiente—. Luego reserva un rato en mi agenda dentro de un par de semanas y lo hablamos. No hay ninguna presión, así que, si decides que estudiar Derecho no es lo tuyo, no pasa nada. Voy a seguir apoyándote en tu puesto actual, si eso es lo que quieres.

—Gracias. —Me dan ganas de darle un abrazo. Solo la idea de que ella se haya fijado en mí y haya pensado que merecía la pena reunirse conmigo para hablar de mi carrera es más de lo que jamás podría haber esperado. ¿Que quiera ser mi mentora y crea que tengo potencial? No recuerdo que nadie haya pensado nunca que

tuviera potencial. En el colegio me comparaban constantemente con Katherine, y siempre salía perdiendo. Con mis padres pasaba lo mismo. Estoy segura de que, en algún momento u otro, intentaron apoyarme y animarme, pero no lo recuerdo. Que Sharon me haya elegido entre mis compañeros me hace sentir un poco incómoda, como un vestido precioso que encuentras en las rebajas y que te queda un poco pequeño. Sabes que, si perdieras cinco kilos, te quedaría estupendo, pero ahora mismo, quiero ese vestido, sin importar los cinco kilos de más. Estoy emocionada y aterrorizada a la vez. Pero mi corazón está lleno de esperanza.

20

HUNTER

Son casi las seis y media y todavía no he tenido noticias de Lucy. ¿Me habrá bloqueado o algo así? Nos llevábamos bien la última vez que nos vimos. O eso creía yo. He estado hasta arriba de trabajo estas últimas semanas. Tampoco es que Lucy no se me haya pasado por la cabeza. Sí que se me ha pasado. Todos los días. Pero no he hecho nada al respecto. La situación no ha cambiado. No podemos empezar lo que no podemos terminar.

Mientras bajo por la escalera de incendios de mi edificio, el móvil empieza a vibrar en mi mano y aparece el nombre de Lucy. Menos mal.

—¡Lucy! Te he enviado un mensaje hace horas.

—Estoy en el trabajo. Tengo cosas de verdad que hacer aquí. No me paso el día jugando al *Candy Crush Saga,* como tú.

Dios, cómo he echado de menos a esta chica. No puedo quitarme la sonrisa de la cara.

—Me alegro de oír tu voz, Lucy.

—Bueno —dice ella, con un tono ligeramente nervioso—, acabo de recibir el mensaje de que Katherine y Ed están en la ciudad. ¿Lo sabías?

—Me he enterado al mismo tiempo que tú. Ya sabes que estamos en un chat de grupo.

—Espera, ¿eso es un chat de grupo?

Mi sonrisa no hace más que crecer ante su tono cada vez más histérico. Llego al final de las escaleras y abro la puerta para salir al calor de la tarde neoyorquina. Hay mucha luz y tengo que protegerme los ojos con la mano, como si fuera un topo que ve el sol por primera vez.

—Han decidido venir esta noche en avión para poder cenar con nosotros y tener mañana todo el día libre para… algo relacionado con la boda. Me desconecto en cuanto empieza a hablar de los preparativos de la boda.

—Necesitamos un plan —dice Lucy—. Deberíamos vernos antes. ¿A qué hora es?

Me doy la vuelta y miro hacia el edificio en el que Lucy me dijo que trabajaba cuando nos encontramos por casualidad en Stranger than Fiction.

—¿A qué hora sales del trabajo?

—Ahora mismo. Tenemos que quedar con ellos a las siete, ¿verdad?

—Y no querremos llegar tarde —murmuro—. Entonces, ¿qué tienes pensado, Lucy Jones? —En ese momento, la veo saliendo por la puerta giratoria del edificio que está al lado del mío. Me quedo mirándola mientras levanta la cara hacia el sol, como si esperara hacer la fotosíntesis o algo así—. Estás guapísima —le digo.

Gira la cabeza bruscamente y me ve al instante. No me desagrada comprobar que la sonrisa le ilumina todo el rostro cuando nuestras miradas se cruzan.

Se acerca y tengo tiempo de fijarme en su figura de reloj de arena y en cómo consigue que la ropa de oficina resulte tremendamente sexy.

—Hola, forastero. ¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera esperándome?

—Solo tres o cuatro horas.

Ella se ríe, y yo solo puedo quedarme ahí plantado, contemplándola. Es sencillamente preciosa.

—¿Y cuántas veces nos hemos visto estas últimas semanas? —pregunta. Por un momento me quedo sin saber qué responder, pero luego me doy cuenta de que quiere inventarse una excusa.

—He estado muy ocupado en el trabajo. Tú también has estado muy ocupada en el trabajo. Quizá hayamos quedado para comer un par de veces.

—Bien. Eso cuela. Katherine me ha preguntado un par de veces si te había visto. He sido bastante vaga, pero he mencionado lo de comer, así que eso cuadra.

Cogemos un taxi y, al cerrar de un portazo, me doy cuenta de lo pequeños que son estos coches. Lucy y yo no hemos estado tan cerca desde Martha's Vineyard. Se estira la falda del vestido.

—Bueno —dice—. ¿Qué tal todo?

Me echo a reír ante su intento de entablar una conversación trivial.

—Como te he dicho, muy liado en el trabajo. ¿Y tú?

—Igual que tú. Y…

—¿Y?

—No lo sé. Hoy me ha pasado algo raro. —No respondo, porque quiero que me lo cuente solo cuando esté preparada— . La jefa de mi jefa, una de las socias junior, me ha llamado a su despacho y me ha dicho que quería ser mi mentora.

Intento cruzar la mirada con ella, pero mira por la ventanilla, al conductor, a su falda… A cualquier sitio menos a mí.

—Suena genial —apruebo—. ¿No te parece?

Lucy suspira.

—Creo que sí. Me ha dicho que tengo mucho potencial. — Se echa a reír, aunque su risa no tiene la misma energía desenfrenada de siempre—. Incluso me ha hablado de que fuera a la facultad de Derecho, a tiempo parcial, por las tardes.

—¡Vaya! —exclamo.

—¿Verdad? —Por fin me mira—. Es una idea descabellada.

—¿Lo es? ¿Quieres estudiar Derecho?

Se muerde el interior de la mejilla.

—No lo sé. Es que hace mucho tiempo que no pienso en ello. Ahora soy mayor. Y está la deuda. Quizás… —Niega con la cabeza—. Pero tenemos que hablar de otras cosas. Ya sabes, cosas de pareja.

—Creo que eso es lo que estamos haciendo. —Me dedica esa mirada de «no me vaciles » que le queda tan bien, y no puedo evitar sonreírle. Me alegro de verla—. Quizá deberíamos quedar para comer de verdad en algún momento entre ahora y la boda. Así no tendremos que inventarnos nada: ya tendremos una lista.

Vuelve a morderse la mejilla.

—Tal vez. Pero necesitamos una coartada para ahora mismo antes de las diez próximas manzanas.

—Nos lo estamos tomando con calma. No nos hemos quedado a dormir en casa del otro; eso hace que sea más fácil que mentir y que no nos metamos en un lío. Hemos quedado para comer un par de veces en Stranger than Fiction y una vez para cenar.

—Es mejor que no hayamos conseguido quedar para cenar. Fijamos una hora, pero o bien tú trabajas hasta tarde, o bien lo hago yo, y tenemos que cancelarlo.

—Me parece bien —acepto—. ¿Eso te ha enfadado? —No sé por qué añado esa pregunta. Supongo que quiero saber si se enfadaría si cancelara la cena porque tengo que trabajar.

—¿Enfadada porque tuvieras que cancelar una cita por el trabajo? Ni hablar. Tienes tu propio negocio. Entiendo cómo funciona. Es una ocupación a tiempo completo, veinticuatro horas al día. Me gusta tu dedicación. —Busca algo a tientas en su bolso. Debe de notar que la estoy mirando, porque levanta la vista—. ¿Qué?

—¿De verdad piensas eso, o es parte de…?

—De verdad. La determinación y la ambición son cualidades atractivas, ¿sabes?

—Lo sé. ¿Qué opina Katherine de que vayas a la facultad de Derecho?

Saca un tubo de brillo de labios y se lo aplica con destreza en un par de pasadas.

—No lo sabe. No se lo he contado a nadie más que a ti. — Chasca los labios y vuelve a guardar el brillo en el bolso. El corazón me late con más fuerza en el pecho y me entran ganas de cogerle la mano entre las mías o de acariciarle las piernas. Quiero tocarla—. Ya hemos llegado —dice cuando el coche se detiene—. Recuerda, en caso de duda, cíñete lo más posible a la verdad.

—Entendido —respondo.

Katherine y Ed ya están sentados a la mesa, y los dos nos sonríen al vernos llegar. Katherine da un gritito al abrazar a su hermana.

—Habéis venido juntos. Es tan tan bonito salir en pareja. — Se me revuelve un poco el estómago. Odio mentirle a Ed. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero todo está cambiando. El

trabajo ha pasado a un segundo plano para él desde que se ha comprometido en serio con Katherine, y yo lo noto—. Acabo de pedir unos *bellinis* —anuncia Katherine—. Los que tomamos en Martha's Vineyard estaban increíbles. ¿A que nos lo pasamos de maravilla?

Pongo el brazo sobre el respaldo de la silla de Lucy. Fue un fin de semana estupendo.

—No me puedo creer lo grande que era esa lubina rayada —comenta Ed—. Era enorme.

Lucy se vuelve hacia mí.

—¿Pescaste algo? No me lo habías dicho. —No añade nada más, pero su expresión parece decir: «Pensaba que no te gustaba pescar».

—Pesaba unos dieciséis kilos —explica Ed antes de que yo pueda responder.

—¿Dieciséis kilos? —se sorprende Lucy—. ¡Era grande como un camión! Vaya bicho. —Se vuelve hacia mí—. ¿Lo llevaste bien? —Quiere saber si me mareé.

Asiento, y voy a contestar cuando Ed me interrumpe de nuevo.

—Ninguno de nosotros ha cogido nada ni de lejos del tamaño del de Hunter.

—Qué interesante —dice Lucy.

—Bueno, habladnos de vosotros dos. ¿Cómo os va?

—Estamos aquí para hablar de ti —replica Lucy—. ¿Qué hacéis aquí?

—Ah, hemos venido a la prueba del traje de Ed. Y hay una tienda de bodas por aquí que hace unos centros de mesa muy chulos. Tiene muchísima repercusión en Instagram. Phe pensado que, si lo acompañaba, podría echarle un vistazo.

—¿Y tú no tienes que trabajar? —le pregunto a Katherine. Sé que Ed tiene mucho que hacer. Pero Katherine también tiene trabajo.

—Desde Navidad estoy a tiempo parcial —suspira—. Me facilita mucho la vida. No sé cómo habría podido hacer frente a toda la organización de la boda si hubiera seguido a tiempo completo.

Se me tensa la mandíbula e intento que mi expresión no delate el estrés que me invade. Sé que no debería sentirme molesto por lo que ha dicho Katherine, pero así es. Aunque ella se esté encargando

más de los preparativos de la boda que Ed, que sintiera la necesidad de pasar a trabajar a tiempo parcial para poder compaginarlo dice mucho de sus prioridades… y de las de Ed.

Lucy se mueve en su silla y me apoya la mano en la pierna. Es algo inesperado, pero reconfortante. Su cálido contacto me tranquiliza. No sé si es por saber que ella entiende lo que estoy pensando, o por sentir que tengo a alguien de mi lado, pero me relaja; mi mandíbula se relaja.

—¿Ya está todo listo? —pregunta Lucy—. No puede quedar mucho más por hacer, ¿verdad?

Katherine se ríe.

—Ay, estoy deseando decirte lo mismo cuando te cases. No se acaba nunca. Creo que es porque vamos a tener cuatro días completos de cenas, comidas y todo eso. Es mucho.

—Sí, ¿por qué hacéis eso? —le pregunto.

—Viene un grupo de Oregón al que, de todas formas, tendríamos que atender. Así que hemos pensado que, si otras personas se van a desplazar, no podemos dejar de invitarlas también. ¡Y entonces decidimos que, ya que estábamos, mejor invitar a todo el mundo a todas las actividades! —Katherine sonríe de oreja a oreja. Parece que esto es justo lo que quiere. Pero es mucho.

—Es mi idea del infierno —murmura Lucy, y yo reprimo una sonrisa.

—¿Qué harías tú? —pregunta Katherine—. ¿Fugarte? A mamá le iba a dar algo.

—Por eso nunca me voy a casar —responde Lucy.

—¿Tu madre quería una boda por todo lo alto? —le pregunto a Katherine.

—Claro. Ella cree que es su boda. —Katherine se ríe, pero a mí no me hace gracia. Si todo este absurdo alboroto era lo que ellos querían, vale. Pero ¿y si todo esto es solo para complacer a la señora Jones? Entonces, no me parece bien.

—Siempre y cuando no tenga que casarme con tu madre… —bromea Ed.

—¿Quién eligió el lugar? —digo antes de darme cuenta de que no es asunto mío y de que no tengo por qué meterme.

—Mamá tiene muy buen gusto… —contesta Lucy.

—Y no hay tantos sitios en Boston… —apunta Katherine. Creo que ya tengo la respuesta. No entiendo por qué su madre tiene tanta influencia en sus vidas—. Pero a nosotros nos encanta, ¿verdad? —dice Katherine, mirando a Ed.

—Sí, a mí me parece bien.

Katherine le da un golpecito en broma en la pierna.

—Te parece estupendo. Dijiste que te gustaba.

—Sí —murmura Ed, rascándose la barbilla—. Está bien. Cualquiera de los sitios que vimos habría estado bien. Personalmente, habría preferido el hotel frente al mar.

—Pero no habríamos podido invitar a tanta gente como queríamos. Aun así, es genial estar en el Common.

—Y, como dije en su momento, me habría parecido bien una lista de invitados más reducida. El hotel que hemos elegido está bien, de verdad.

—¿Está bien? —dice Katherine, alzando la voz—. No quiero que te conformes con «bien».

—No quería decir que se conforma, ¿verdad, Ed? — pregunta Lucy, con aire un poco alarmado—. He visto las fotos. El salón de baile que habéis elegido es absolutamente precioso.

—Así es —dice Ed—. Pero no voy a fingir que mi primera opción no era el hotel de la costa. No voy a mentirte para que te sientas mejor por haber aceptado la opción de tu madre.

Hasta ahora, la relación entre Ed y Katherine siempre me había parecido perfecta, y todo esto me pilla de nuevas, aunque quizá no me sienta tan incómodo como Lucy. Aun así me resulta extraño ver a Ed y Katherine discutir. Son perfectos el uno para el otro, como diría Lucy.

—Voy al baño —anuncia Katherine.

Lucy le dedica a Ed una mirada que dice «soluciónalo», pero él la ignora y se vuelve a colocar la servilleta en el regazo.

—Ed… —protesta Lucy, exasperada, antes de ir tras Katherine.

—Lo siento. Ha sido culpa mía —digo—. No debería haber preguntado quién había elegido el lugar.

—No pasa nada —responde Ed—. Tampoco es como si ella no supiera que su madre es un problema.

Ya me había dado cuenta de la extraña dinámica que hay entre Lucy y su madre, pero no se me había ocurrido que Katherine pudiera tener la misma clase de relación con ella.

—Parece que tiene mucha influencia sobre las dos.

—Espero de verdad que no sea cierto lo que dicen de que las mujeres acaban pareciéndose a sus madres…

Suelto una risita.

—Estoy convencido de que no es cierto. No conozco bien a la madre, pero Katherine es encantadora. Es amable y te quiere de verdad. Es solo que su madre se mete en todo.

—Por fin he conseguido que Katherine acepte mudarse de Duxbury. Todavía no se lo ha dicho a su madre, pero espero que un poco de distancia entre ella y su familia nos ayude. Sobre todo cuando tengamos hijos. Si nos quedáramos en Duxbury, creo que me relegarían a ser el tercer padre, la verdad.

Hago una mueca.

—Lo siento, tío.

—Es que es demasiado. Y los dos estamos estresados con la boda. Intento mantenerme al día con el trabajo, pero Katherine quiere que le preste muchísima atención: quiere que vaya a esta reunión, a aquella cata y a otra reunión con la florista. Si no saco tiempo para eso, su madre se encargará de todo y la boda no se parecerá en nada a lo que yo había imaginado. Quiero que esta sea nuestra boda, y no la boda que ella haya organizado con su madre.

Parece muy estresado. Quizá que yo me haya centrado tanto en mi propio estrés en Portis ha hecho que no me haya parado a darme cuenta de que mi amigo y compañero también está sintiendo la presión. Me da pena. Es evidente que están pasando muchas cosas de las que no me he percatado. Tal vez solo haya estado intentando hacerlo lo mejor que ha podido.

Tira la servilleta sobre la mesa.

—Disculpa. Tengo que ir a arreglar esto.

—Por supuesto. —Mientras se dirige al baño, Lucy viene en dirección contraria. Intercambian unas breves palabras y, a

continuación, Lucy regresa a mi lado—. ¿Cómo está? — pregunto.

—Estresada. Mi madre lleva soñando con el día de la boda de Katherine desde que nació. Tiene elegidos los cubiertos desde que cumplió dieciséis años.

—He metido la pata. No hablemos más de la boda esta noche. Disfrutemos de la cena sin más. Es culpa mía. No debería haber mencionado a tu madre.

Me pasa la mano por la pierna. Bajo la vista y vuelvo a levantarla hacia Lucy.

—Lo siento —dice. Intenta apartar la mano, pero yo le pongo la mía encima para que la deje ahí.

—No te disculpes. —Lucy suspira y está a punto de añadir algo cuando nos interrumpen Katherine y Ed—. Creo que todos necesitamos más cócteles —propongo—. ¿Qué os parece una ronda de margaritas?

—Me parece genial —aprueba Ed.

Katherine ha recuperado su sonrisa habitual y me siento aliviado. Pedimos la comida y más bebidas, y todo vuelve a la normalidad. Menos mal.

—¿Os habéis visto mucho últimamente? —pregunta Katherine.

Las dos nos reímos, y no estoy muy seguro de por qué. ¿Porque nuestra mentira nos parece un terreno más seguro que la verdad de Ed y Katherine? Quizá.

—Hemos comido juntos unas cuantas veces —responde Lucy.

—No paramos de quedar para cenar, pero siempre acabamos cancelándolo —añado—. Uno de los dos siempre se queda atrapado en la oficina.

—Tenéis que sacar tiempo el uno para el otro —nos advierte Katherine.

—Es difícil —se lamenta Lucy—. He estado muy ocupada, y Hunter tiene… Bueno, ya sabes cómo es, Ed. Cuando tienes tu propio negocio, siempre va a ser una prioridad. —No sé si se lo está diciendo expresamente a Ed, pero eso es lo que yo entiendo. Le está contando lo comprometido que estoy con Portis.

—¿Te plantearías alguna vez trabajar a tiempo parcial? —le pregunta Katherine a Lucy.

Lucy frunce el ceño.

—No podría mantenerme si trabajara a tiempo parcial.

—No, pero imagina que tu relación con Hunter se volviera más seria. Sin presión, ¿eh? O que conocieras a otra persona. ¿Reducirías tu jornada?

Lucy me mira.

—Te encanta tu trabajo —respondo—. Y te va muy bien, ¿verdad?

Lucy asiente.

—Me encanta. —Levanta la vista hacia Katherine, vacilante—. Últimamente me han valorado mucho.

—Eso es estupendo —aprueba Katherine—. Pero…

—No voy a reducir mi jornada —interrumpe Lucy.

Este sería el momento perfecto para que Lucy le contara a Katherine lo que le ha pasado en el trabajo, pero no aprovecha la oportunidad.

—Lo único que te pido es que no te cierres a esa idea — insiste Katherine—. Nosotros nos sentimos mucho menos presionados desde Navidad. Eso nos quita parte del estrés.

Me pregunto si que Lucy y yo finjamos ser pareja es una mentira tan grande como lo que Katherine nos está contando ahora. Ella nos está mostrando una imagen perfecta, pero hace diez minutos estaban teniendo una discusión. Y las dos han reconocido sentirse presionadas, trabajando a tiempo parcial o a jornada completa.

—Me estoy centrando en el trabajo —dice Lucy, desviando la mirada hacia mí. No le ha contado a su hermana lo de su conversación con la socia del bufete y me pregunto por qué no se lo cuenta ahora. Debería estar orgullosa de sí misma, pero, en cambio, se lo está ocultando a Katherine. No es solo en lo que respecta a nuestra relación donde Lucy no está siendo sincera, y no puedo evitar preguntarme hasta dónde llegan esas mentiras.

21

HUNTER

Me subo al Uber y jadeo como si estuviera respirando por primera vez en horas.

—No ha sido nada divertido —se queja Lucy—. Cenar con Katherine siempre es estupendo, pero esta vez no lo ha sido.

—Sí, esta noche se respiraba un ambiente raro. Ed estaba muy tenso. Pero, sinceramente, me ha alegrado saber que le cuesta mantenerse al día con el trabajo. A veces me pregunto si se da cuenta de que ya no está tan comprometido como antes.

—Por favor, Dios, cuando celebremos nuestra boda falsa, que no sea una fiesta de cuatro días en el lugar que elija mi madre.

Me echo a reír.

—Podemos fugarnos.

—La verdad es que el fin de semana en Martha's Vineyard fue tan perfecto que me gustaría hacer algo así.

—Estoy convencido de que deberías pasar a trabajar a tiempo parcial antes de que te pida matrimonio. —Le sonrío, y ella me da un golpecito en el brazo con aire juguetón—. No le has contado a Katherine lo de la facultad de Derecho…

Se endereza en su asiento.

—No hay nada que contar —replica.

—¿Crees que no lo aprobaría?

—No lo sé. —Se lo piensa un momento—. No creo que a mi madre le gustara.

—¿Y eso importa?

Suspira.

—Sería más fácil si le pareciera bien. Así no tendría que aguantar que me diga que estoy demasiado centrada en mi carrera y que a

los hombres no les gustan las mujeres demasiado independientes.

—¿Crees que eso es lo que diría?

—Probablemente.

—Bueno, para que conste, a mí me chiflan las mujeres ambiciosas, decididas e independientes.

Lucy aprieta los labios para reprimir una sonrisa.

No puedo resistirme: alargo la mano para acariciarle la cara y me agacho para darle un beso en esos labios carnosos y suaves. Estamos en el asiento trasero de un coche y lo único que deseo ahora mismo es salir de aquí y tocarla. Cuanto más la conozco, más la deseo. De verdad. Me encanta cómo intenta proteger a Katherine. Es una hermana muy cariñosa, pero me duele el corazón al ver que no puede ser sincera con ella. Y quizá eso le impida ser sincera consigo misma.

El taxi pasa por un bache y la sacudida nos separa.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta ella—. ¿Por qué seguimos besándonos? Sabemos que esto no va a llevar a ninguna parte.

Tengo que rebuscar en lo más recóndito de mi mente para recordar por qué. Ah, sí, porque no queremos que la situación se vuelva incómoda cuando, inevitablemente, lo nuestro termine.

—Me gusta besarte —confieso, estirándome por encima del asiento para entrelazar mis dedos con los suyos.

—A mí también me gusta besarte. También me gustan los Hershey's Kisses, pero tengo que resistirme a comerlos o me pondré enferma.

—Besarme no te va a sentar mal.

Reprime la sonrisa una vez más y mira por la ventanilla, pero no me suelta la mano; me invade una sensación de alivio. No quiero que me suelte. No creo que vaya a querer jamás que me suelte. Me gusta que me toque. Me gusta besarla. Quiero más. Quiero conocerla mejor. Besarla más. Escuchar hasta el último de sus pensamientos.

Nos dirigimos hacia mi piso, que queda más o menos de camino a su apartamento en Brooklyn. He insistido en reservar el Uber con mi cuenta, así que ya está pagado. Pero ella no tiene por qué cruzar el puente. Podría quedarse en mi casa. Podríamos besarnos durante

horas. Podría sincerarse y hablarme de ella. Podríamos cogernos de la mano el resto de la noche.

—Eres consciente de que estamos mintiendo para proteger a tu hermana, ¿verdad? Y en realidad no estamos saliendo para proteger a tu hermana…

—Sí —dice ella con recelo, como si supiera que ahora va a venir alguna idea descabellada. No se equivoca.

—Bueno, he pensado que, dado que somos tan buenos mintiendo porque, al fin y al cabo, tenemos a Ed y a Katherine engañados, si fuéramos a… No sé, a cenar de verdad, y las cosas salieran mal, podríamos mentir al respecto fácilmente. Fingir que todo va bien. No tendrían por qué saber que nos odiamos. Solo tendríamos que cambiar una mentira por otra.

Ella entrecierra los ojos como si realmente estuviera intentando concentrarse en lo que le estoy diciendo.

—¿Crees que deberíamos salir juntos?

Hago una pausa de un segundo o dos, pero solo para darle un toque dramático. Las palabras las tengo ahí, en la punta de la lengua.

—Pienso en ti todo el tiempo —confieso—. Aunque lleve semanas sin verte. Y ahora que por fin nos hemos visto, me lo he pasado genial. Me caes bien. Me gusta pasar el rato contigo. Me gustaría hacerlo más a menudo.

Esboza una lenta sonrisa.

—Tienes que prometerme algo. —En este momento, podría hacer que le prometiera prácticamente cualquier cosa—. Que no habrá mentiras entre nosotros. Tienes que prometerme que siempre nos diremos toda la verdad. Siempre. Sin mentiras por omisión, sin ocultarme cosas porque creas que van a hacer que te odie, o porque no quieras complicar las celebraciones que hagamos juntos. Si me dices la verdad, siempre te respetaré, y si te respeto, no podré odiarte. Puede que no me caigas bien, pero no podré odiarte.

—Trato hecho. —Es la promesa más fácil que he hecho nunca. Ella me sonríe.

—Entonces, vale.

—Vale.

—¿Te apetece que pasemos más tiempo juntos esta noche? —pregunta.

—Por supuesto.

El Uber se detiene delante de mi edificio con una sincronización perfecta, y salimos del coche.

—Pero tendré que irme a mi casa antes del trabajo. No tengo ropa para cambiarme —dice, práctica como siempre.

—Dejemos eso para mañana.

—¿Ya lo pensaremos mañana? Vale. —Se ríe—. Me vuelves loca, Hunter Bain.

Le cojo las manos entre las mías y la empujo contra la pared de mi edificio.

—Ah, ¿sí? —Le doy un beso en el cuello. Huele tan bien… a rosas y, no sé por qué, a aire marino.

Me agarra por los hombros y yo hundo la cabeza en su cuello.

—Sí. —Me separo y la levanto en volandas para llevarla al interior de mi edificio—. Como si estuviéramos de luna de miel —ríe ella, echando la cabeza hacia atrás—. Menos mal que he decidido trabajar a tiempo parcial. —Su risa alegra el espacio que nos rodea. Cuando entramos en mi piso, la dejo en el suelo, pero ella no aparta la vista de mí. Esperaba que quisiera hacer un recorrido completo, que inspeccionara cada armario y cada cajón, pero tengo toda su atención. Es como si me estuviera inyectando testosterona pura gota a gota—. Bueno, ahora que ya estamos aquí, ¿qué planes tienes?

Dejo escapar un profundo gruñido que me sale del pecho. Ah, los planes que tengo para esta mujer.

La pego más a mí y la beso en los labios. Nuestras lenguas se entrelazan y siento como si hubiéramos traspasado una línea. Sí, ya nos hemos besado antes. Pero en todas las situaciones hasta ahora, hemos estado juntos porque alguien más exigía nuestra presencia. Aquí y ahora, ella está en mi piso porque yo quiero que esté aquí y ella quiere estar aquí.

Las cosas han cambiado. Los dos lo sabemos.

Intento acercarme aún más a ella. Intensifico el beso porque necesito más, y mi autocontrol se va desvaneciendo. Quiero desnudarla y lamerla de la cabeza a los pies, pero ya sé que me lo

voy a tomar con calma. Se merece todo mi respeto. Se merece el mejor sexo de su vida. Y algo me dice que yo tampoco he disfrutado nunca de una experiencia como la que voy a tener con Lucy Jones.

Le agarro el trasero y la estrecho contra mi cuerpo. Ya estoy empalmado y quiero que sepa lo mucho que la deseo. Ella desliza la mano entre nosotros. Cuando su palma toca mi erección, gimo contra su boca.

Siento cómo me laten las venas del cuello mientras me restriego contra su mano. No recuerdo haber deseado nunca a una mujer tanto como deseo a Lucy. La he deseado desde aquella vez en Martha's Vineyard. Si Ed no fuera tan importante para mí, no habría podido contenerme y reclamar lo que me corresponde.

Y ahora estoy tan perdido que ni siquiera recuerdo el nombre completo de Ed. Ella forcejea con los botones de mi camisa. En cuanto la abre, desliza las manos por mi pecho. Su suave calor lo invade todo, templándome a su paso.

Me suelta y se da media vuelta.

—La cremallera —dice; levanta las manos y se retira el pelo de la espalda. Tiro hacia abajo de la lengüeta metálica y ella va soltando la melena, como si persiguiera mis dedos.

—Me encanta tu pelo —le digo—. Me encanta tu espalda. —Le abro un poco más el vestido y le recorro la columna vertebral con los nudillos. Ella se estremece, y yo le bajo el vestido hasta que se amontona a sus pies. Se gira para mirarme, pero no son sus ojos lo que capta mi atención: estoy contemplando el encaje azul. Las curvas. Los zapatos de tacón negros de charol. Me deleito con la perfección absoluta de todo ello—. Eres preciosa.

—No paso tanto tiempo en el gimnasio como tú. —Señala con la cabeza en mi dirección.

—Tú. Eres. Perfecta.

—Ya te he enseñado lo mío. —Levanta la barbilla—
.Quítatelo todo. —Sonríe. Sabe que está siendo descarada y que a mí me gusta. Demasiado. Hago lo que me pide: me quito la camisa y me bajo los pantalones y los calzoncillos a la vez. Echa un vistazo a mi pene, hinchado y grueso contra mi vientre—. Espero que no sea solo para aparentar —dice ella, ladeando la cabeza.

—Dejaré que seas tú quien lo juzgue —respondo, acariciándome. Da un paso hacia mí, pero, cuando intenta alcanzarme, la agarro de la muñeca—. Creo que vamos a empezar así. —La hago girar, de modo que su trasero me roza los muslos.

El corazón me late tan fuerte que me pregunto si ella podrá notarlo contra su espalda. Me siento débil. Las piernas apenas me sostienen y mis rodillas podrían ceder en cualquier momento.

Me echo un poco hacia atrás y le recorro la columna vertebral con el dedo. Me detengo en el cierre del sujetador y lo desabrocho. Trago saliva, le bajo el encaje y se lo quito.

Menos mal que ahora mismo no estoy mirándola de frente. No creo que pudiera soportar ver sus pechos; eso podría ser mi perdición.

Deslizo las manos por su cintura y por su vientre. Subo poco a poco, y ella se echa hacia mí y apoya su suave espalda contra mi pecho. Me agacho y le voy dando un beso tras otro en el cuello. Sus manos se posan sobre las mías y me guían hasta sus pechos. Gemimos al unísono. Son pesados y firmes, y cuando mis dedos encuentran sus pezones, me dan ganas de gritar a voz en cuello lo bien que me siento al tenerlos entre mis dedos. Lo bien que encaja conmigo. Que esto es mejor de lo que jamás podría haber imaginado, y apenas hemos empezado.

Bajo una mano y acaricio el encaje de la parte superior de sus braguitas. Me lo estoy tomando con calma porque no quiero que se sienta decepcionada. Quiero que esté empapada, que me desee con locura. No sé muy bien cuándo empecé a desear tenerla así, entre mis brazos, pero sea cual sea el tiempo que haya pasado, ha sido demasiado. Si el sentimiento no es mutuo —si no la encuentro húmeda y ansiosa—, sé que me hará más daño de lo que debería.

Ella se retuerce contra mi mano, impaciente por sentir mi tacto. Deslizo los dedos bajo el encaje. Me da vueltas la cabeza al llegar a esa sedosa humedad. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro.

—Joder, estás empapada —jadeo—. Como si llevaras una eternidad esperándome…

Ella se contonea contra mis dedos como si quisiera más. Así que le doy lo que quiere. Paso por su clítoris y me adentro entre sus

pliegues.

—Hunter —gime ella. Se le doblan las rodillas y yo la rodeo con el brazo por la cintura para mantenerla en pie. Deslizo los dedos por sus pliegues, acariciando y describiendo círculos, con los dedos empapados de su deseo por mí. Nunca en mi vida me he sentido tan poderoso. Mi pene se aprieta contra su espalda en respuesta, duro, turgente y más que listo para ella—. Ah, Dios. —Lo dice como si nunca hubiera sentido nada parecido a mis dedos. Como si fuera algo nuevo y mágico y estuviera viviendo una realidad desconocida —. Ah, Dios, Hunter.

—Eres maravillosa, joder. Y te noto tan perfectamente húmeda entre mis dedos, eres tan perfectamente suave, estás tan perfectamente preparada…

Su respiración es entrecortada y su cuerpo, cálido y suave, se ciñe contra mí justo donde debe.

—Te deseo… —Gimo al oír su confesión. Sí, hemos compartido cosas que nunca pensé que compartiríamos. Hemos hablado, nos hemos besado, pero esto… esto parece ser algo para lo que hemos nacido. Como si fuera nuestro destino o algo así—. Por favor. Te deseo —repite.

No puedo más. No puedo contenerme. Damos unos pasos hacia delante y le apoyo las manos contra la pared.

—Me estoy volviendo loco. Necesito estar dentro de ti con todas mis fuerzas. Llevo tanto tiempo pensando en esto, imaginándome cómo sería estar dentro de ti, los sonidos que dejarías escapar cuando te penetrara… —le susurro al oído.

Le bajo las bragas de un tirón, cojo un condón, abro el envase de un tirón y me lo pongo en un tiempo récord.

La necesito ya mismo.

Llevamos preparándonos para este momento desde Martha's Vineyard, quizá incluso desde antes de eso. Y ahora, por fin, ha llegado.

Le separo las piernas con un empujoncito y pongo mi miembro contra su entrada. Ella gime como si fuera lo más maravilloso que haya sentido jamás, pero está desesperada por más. Tengo que tensar la mandíbula para evitar maldecir una y otra vez.

Apoyo una mano en su cadera y la otra en su hombro, y me deslizo dentro de ella.

Contengo la respiración y me hundo hasta el fondo, intentando no fijarme en su calor, en la presión, en cómo se le derrama la melena por la espalda.

Sus piernas se doblan y la agarro por las caderas.

—No, cariño. Tienes que ser fuerte. Porque ahora vamos a follar con fuerza. Y tienes que mantenerte en pie.

—Hunter. Por favor. —Su tono es dulce y suplicante. Sé que oiré su voz en mis sueños, suplicándome que follemos, durante el resto de mi vida.

Estoy oficialmente perdido.

Me retiro lentamente y luego me clavo en ella con fuerza, con los dedos hundidos en su piel, intentando mantenerla en su sitio.

Es tan perfecta, tan suave, tan cálida, tan increíble… Miro hacia abajo y contemplo la imagen perfecta de mi pene rodeado por su sexo húmedo. Aparto la vista. Es demasiado. La penetro una y otra vez. Parece como si estuviéramos en una burbuja de felicidad. Como si estuviéramos bajo un hechizo en el que todo se hace más intenso: los colores son más brillantes; los olores, más fuertes; sus gemidos, la nota perfecta.

La agarro del pelo y hago que eche la cabeza hacia atrás.

—Eres tan guapa… —le digo, empujando hacia delante—. Y tan estrecha, joder…

Su cabeza se ladea como si ya no tuviera fuerzas para mantenerla erguida.

—¡Hunter! —grita—. ¡Hunter! —Ah, Dios, oír mi nombre en sus labios me proporciona un nivel extra de placer que nunca antes había experimentado. Quizá sea porque sé lo difícil que es impresionar a esta mujer. Quizá sea porque sé que se esforzó mucho por odiarme. En cualquier caso, saber que está a unos dos minutos de correrse, de alcanzar el orgasmo gracias a lo que hacemos, es como si me hubieran dado las llaves de un reino. Es una sensación de euforia que nunca había experimentado— . ¡Hunter! —exclama—. No puedo…

Ahora está indefensa. Esta mujer es mía. Apenas puede hablar. Apenas puede mantenerse en pie.

—Estoy aquí. Puedes correrte. Te tengo. —Ella grita y se retuerce debajo de mí, y no puedo evitar pensar en cómo se está entregando en este momento. Ese pensamiento me empuja al borde del precipicio, la penetro con fuerza y, por fin, me corro. Con los brazos rodeándole la cintura, jadeo, intentando recuperar el aliento, intentando mantenernos a los dos en pie. Dios mío. Ella. Lo. Es. Todo. Tiro el condón, la cojo en brazos, la llevo a mi dormitorio y la tumbo en la cama—. ¿Quieres agua? —Le doy un beso en la frente; ella se sonroja y niega con la cabeza—. ¿Con lo que acabamos de hacer es un beso en la frente lo que te hace sonrojar? —Se encoge de hombros y extiende la mano hacia mí. Me acurruco a su lado y nos quedamos tumbados, abrazados, mientras recuperamos el aliento. Me dibuja círculos en el brazo con el dedo y mi pene empieza a ponerse duro. Esta mujer podría destripar peces en un barco de pesca con mal tiempo y eso me pondría a cien. No hay nada en ella que no me dé ganas de volver a follar. Ella mira mi erección como si fuera una niña en una tienda de golosinas. Luego, conmigo tumbado a su lado, abre las piernas. Me río entre dientes—. ¿Otra vez? ¿Tan pronto? ¿Estás preparada para no poder andar mañana?

—Estoy dispuesta a no volver a andar nunca más si eso significa que vamos a follar de nuevo.

Gimo y cojo otro condón.

Quiero disfrutar de su cuerpo, chuparlo, morderlo y jugar con él; ahora mismo no puedo ni pensar; solo necesito estar dentro de ella, follar con ella. Es como si estuviéramos recuperando el tiempo perdido o algo así. Debo tenerla.

Me arrodillo para ponerme el condón y ella se mueve en la cama. Levanto la vista y veo que sus dedos se deslizan hacia su sexo.

Gimo al verla tocarse. En otro momento me habría bastado con sentarme aquí y contemplarla. Pero ahora mismo lo que hago es agarrarle la muñeca y meterme sus dedos en la boca; los chupo y saboreo su deliciosa humedad.

—Quiero tener el derecho exclusivo de hacer que te corras esta noche —mascullo. Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—Sí, señor.

—Joder, Lucy —maldigo; la agarro por los muslos y tiro de ella hacia mí—. ¿Estás intentando que me corra antes incluso de que te haya penetrado?

Ella aprieta los labios formando una línea fina.

—¿Crees que podría…, señor?

Me acerco a ella y me echo sobre su cuerpo.

—Creo que podrías conseguirlo solo con mirarme.

—Entonces, ¿ya no soy una bruja demoníaca? —pregunta.

Vuelvo a penetrarla y sus uñas se clavan en mis hombros.

—Ojalá siempre seas una bruja demoníaca, Lucy Jones. No me verás quejándome.

—Si yo soy una bruja, tú eres el mismísimo diablo —dice entre risas.

—Pero soy tu diablo —respondo.

Nuestras miradas se cruzan. Nos estamos provocando, pero al mismo tiempo nos estamos diciendo algo profundo. La acepto tal y como es. La conozco. Y soy suyo.

En este momento, todo eso es verdad. Me siento completamente conectado a ella, completamente abierto a ella y completamente entregado a ella.

—Hunter —susurra, esta vez con tono reverente.

Acerco mis labios a los suyos, y nuestras lenguas se entrelazan como si estuviéramos sellando una promesa. Como si esto ya no se tratara tanto de un polvo urgente, de una necesidad física o de una liberación desesperada, sino más bien de una unión. Una unión de mentes, cuerpos y almas.

El placer va *in crescendo* como un coche que sube a la cima de una montaña rusa. Nuestros besos se vuelven descuidados y desenfrenados. Hay demasiado en lo que concentrarse, demasiado que sentir.

Ella abre más las piernas y yo la penetro más profundamente, deseando estar más cerca. Deseando formar parte de ella. Sus

dedos recorren mi espalda y su respiración se vuelve más agitada mientras su cuerpo se contonea debajo de mí.

—Hunter, estoy a punto.

—Yo también —susurro—. Déjame verte.

Su mirada se vuelve vidriosa y yo me clavo en ella, que llega al orgasmo de golpe. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Ella abre los ojos cuando vuelve a descender flotando, y ese contacto rompe el último lazo que me separaba del clímax. La penetro, sin apartar la vista de ella ni un instante.

Joder. Joder. Joder. ¿Qué ha sido esto?

Lucy pasa una pierna por encima de mis caderas y me recorre el brazo con la punta de los dedos, de arriba abajo. Lo único que puedo pensar es que no quiero que esto termine nunca, que quiero quedarme en mi cama con ella para siempre.

—¿Estás bien? —me pregunta. Murmuro una respuesta afirmativa y ella suelta una risita que no le había oído antes. Me doy cuenta de que quiero escuchar todas sus risas, ver cada sonrisa, cada lágrima. Lo quiero todo—. Para que conste, puedo confirmar que no era pura apariencia.

Le sonrío al oír su referencia a mi pene.

—Es bueno saberlo —digo.

Sus dedos deambulan por encima de mi hombro, por mi clavícula, bajan por mi pecho.

Todo esto es demasiado bueno y me hace sentir tan bien… Toda ella es excepcional.

Le toco los pechos. He estado tan absorto en el deseo que he pasado por alto los detalles. No tengo ni idea de cómo es posible, cuando tiene los pechos más perfectos que he visto en mi vida. Los aprieto uno contra el otro mientras yace de lado, y los pezones sobresalen, afilados y puntiagudos, rojos y sensuales.

Deslizo las manos por su suave piel, con el pulgar trazando círculos alrededor de su pezón, mientras ella me recorre con las manos el cuello, la mandíbula y los brazos.

Gime cuando le pellizco los pezones. Noto cómo se me vuelve a poner dura. No sé cómo es posible tan pronto.

Ella se da cuenta y desliza la mano por mis testículos y la sube por mi miembro. Todo cambia en un instante. En lugar de una exploración lenta y lánguida, todo se vuelve más urgente. Le amaso los pechos, la provoco y le doy golpecitos en los pezones. Su pierna sigue sobre mi cadera, y ella se arquea para acercar nuestros cuerpos.

—¿Más, cariño?

—Siempre más —responde. No hace falta que me lo repita. Alargo la mano para coger otro condón y ella me lo quita—. Está muy ceñido —dice mientras me lo pone—. Casi eres demasiado grande. —Sabe exactamente qué decir para ponerme duro como el acero.

Me agarra por el tallo y me mira. Suspira y cambia de postura. Los dos nos movemos, de modo que yo quedo tumbado de espaldas y ella a horcajadas sobre mí. Sigue sujetándome la erección y desliza el glande entre sus pliegues. Ojalá pudiera sentirla sin nada entre nosotros. Quiero estar más cerca. Desearla más, si es que eso es posible.

Coloca la punta de mi miembro en su entrada y me hunde lentamente en su interior.

Cierra los ojos, como si sentarse sobre mí fuera lo más maravilloso que le haya pasado nunca. De verdad espero que lo sea. Quiero regalarle hasta el último momento de felicidad de su puñetera vida. Quiero estar a su lado cuando le pase algo bueno para poder ver la felicidad en sus ojos.

Arquea la espalda y sus pechos se levantan, y yo los agarro. Su peso en mis manos es perfecto. Deslizo las manos hasta su cintura y ella empieza a moverse, balanceando las caderas hacia delante y hacia atrás, empujándome cada vez más y más dentro de ella.

Verla así, encima de mí, con el pelo sobre los hombros, ver sus pechos, su vientre, sus piernas a los lados de mi cuerpo… No puedo imaginar nada mejor. Por un fugaz segundo, me pregunto por qué no lo hicimos antes. ¿Por qué no nos acostamos juntos cuando estábamos en Martha’s Vineyard? Entonces me doy cuenta de que no habría sido posible. Si hubiéramos estado así toda la noche, no

habríamos querido parar nunca. Habríamos querido quedarnos desnudos, explorándonos el uno al otro durante todo el fin de semana. Estar con Lucy es adictivo, incluso sin el sexo. Cuanto más tiempo paso con ella, más quiero pasar con ella. Me pregunto si ese sentimiento desaparecerá alguna vez.

—Ay, Hunter —susurra Lucy. Su tono es vulnerable y sincero. Soy plenamente consciente de que no hay mucha gente que vea este lado de Lucy. No tiene tiempo para mostrarse vulnerable cuando está demasiado ocupada intentando hacernos felices a todos. Está tan preocupada por la felicidad de los demás que, con demasiada frecuencia, se olvida de quién es y de lo que quiere. Le rodeo el trasero y la pego más a mí, y la penetro más profundo y más fuerte. Ella jadea, se echa hacia delante y pone las palmas de las manos sobre mi pecho. Cuando levanta las caderas hago que descienda de nuevo sobre mi miembro. Su estrechez me tiene totalmente hechizado. Me provoca un cosquilleo que recorre mi cuerpo en zigzag, haciendo que la desee aún más—. ¡Ah, Dios! —exclama. No le falta mucho para correrse otra vez. Mi pecho se hincha y empujo hacia arriba para encontrarme con su estrecho sexo. Sí, va a correrse otra vez.

Me incorporo para estar más cerca de ella. Sus rodillas están a los lados de mi torso, apretándome, tensas. Sus pechos están pegados a mí y no deja de moverse, haciendo que me hunda e ella una y otra vez.

La rodeo con mis brazos y le doy besos en la clavícula. Es tan suave, tan buena, tan estrecha, tan perfecta… Todo en ella es absolutamente perfecto.

Me rodea el cuello con los brazos. Estamos tan cerca que sus movimientos son más limitados, pero todo es más intenso.

—Me encanta… Me encanta follar contigo —me susurra al oído.

—A mí también me encanta follar contigo —le respondo. Pero no es eso lo que quiero decir. Al menos, eso solo no. Hay más. Es solo que no encuentro las palabras adecuadas.

Pone su frente sobre la mía y nuestras respiraciones se entremezclan cuando alcanzamos el orgasmo; es como si estuviéramos compartiendo el mismo clímax. Sus gemidos

entrecortados prolongan los míos, me dan ganas de que este momento se alargue para siempre, que dure horas.

Se aferra a mí mientras su respiración vuelve a la normalidad. Me dejo caer sobre la cama, llevándola conmigo. Sigo abrazándola con fuerza porque quiero que estemos lo más cerca posible el mayor tiempo posible. No quiero que esta noche termine nunca. No quiero tener que dormir y perderme ni un solo momento con ella.

Quiero saborearla. Mantenerla a salvo. Que siga siendo mía.

22

LUCY

Me siento como si hubiera participado en una de esas competiciones Ironman de las que hablan los chicos del trabajo, solo que yo no me había preparado. Joder, aunque me hubiera entrenado, no creo que me hubiera ido mejor. Las cosas que hice con Hunter anoche deberían estar prohibidas. Deberían ponernos bajo arresto domiciliario.

Me he despedido de él esta mañana a regañadientes, pero ni de coña iba a ir al trabajo con la ropa del día anterior. Regresar a Brooklyn a las cinco de la mañana también nos permitió evitar un desayuno incómodo o cualquier conversación sobre que sería mejor dejarlo mientras estamos a tiempo, porque las cosas podrían complicarse con Ed y Katherine o porque él no está preparado para una relación exclusiva.

Porque no pienso compartirlo con nadie.

Prefiero no volver a verlo nunca más. Y esta última opción me parece aterradora en este momento.

Normalmente no saco el móvil del bolso hasta la hora de comer, pero lo he tenido conmigo toda la mañana en modo vibración. Tampoco es que espere que me envíe un mensaje, pero por si acaso se pusiera en contacto conmigo…

¿Quién soy? ¿En quién me he convertido?

Me he vuelto una adicta al sexo con él.

Adjunto a un correo una versión con anotaciones de un acuerdo de confidencialidad que he estado revisando esta mañana y lo envío. Doy un respingo en mi asiento cuando veo el nombre de Hunter en mi bandeja de entrada.

—¿Estás bien? —me pregunta la asistente jurídica que tengo enfrente.

—Sí, estoy bien. Es solo que… Sí, estoy bien. —Le dedico mi mejor sonrisa forzada.

Que sigue siendo horrible.

¿Qué demonios hace Hunter enviándome un correo al trabajo? Abro el correo.

12:30. Stranger than Fiction

Eso es todo lo que dice. Por un lado, me molesta un poco que me haya citado, dando por hecho que no tengo planes o que no estoy demasiado ocupada en el trabajo como para poder ir. Pero, por otro lado, estoy encantada.

Miro el reloj. Son las doce pasadas. Ni siquiera me ha avisado con antelación. Qué capullo tan arrogante. Borro el correo y cojo el móvil para enviarle un mensaje diciéndole que quizá llegue tarde.

Respondo a un par de correos y luego me voy corriendo al baño para comprobar que no parezco tan cansada como me siento. Seguro que necesito al menos un kilo de corrector de ojeras.

Siento un cosquilleo en el estómago mientras bajo en el ascensor hasta el vestíbulo. Me pongo las gafas de sol al salir por la puerta giratoria hacia la luz del sol. Fuera, me encuentro con Hunter, que sonríe con aire burlón, cruzado de brazos y esperándome frente a la puerta. Está increíblemente guapo bajo el sol del mediodía, con la piel más dorada de lo habitual y una sonrisa más amplia. ¿Será por mí? ¿O es que ahora lo miro con otros ojos?

—Hola —dice, levantando la barbilla.

—Hola —respondo, intentando reprimir una sonrisa. Da un paso hacia mí, me rodea la cintura con las manos y me besa en los labios —. Hola —repito cuando se aparta, y él se ríe, expresando con eso la misma alegría que siento en mi corazón.

—Vamos a comer. Creo que hemos quemado suficientes calorías como para pedir uno de cada.

Se me enrojecen las mejillas al oír cómo se refiere —¡en público! — a nuestra maratoniana sesión de sexo de anoche. No sé por qué. Estamos en Nueva York. A nadie le importa lo que hicimos anoche, y estoy segura de que nadie puede oírnos por encima del pitido de los cláxones, los gritos de los vendedores ambulantes y los auriculares de todo el mundo.

Me coge de la mano y yo le echo un vistazo como diciendo: «*¿De verdad me estás cogiendo de la mano?*». Él sonríe como para confirmarlo en silencio: *«Claro que sí. ¿Y qué vas a hacer al respecto?»*.

Suelto una carcajada que él acompaña con una propia y vamos hasta Stranger than Fiction.

—Creo que es mejor que, si estoy en el trabajo, me mandes un mensaje o un correo a mi cuenta personal —digo cuando nos ponemos a la cola.

—¿Qué? ¿Vs a acusarme de estar todo el día jugando al Candy Crush Saga? Ni hablar. Lucy Jones, tú no miras el móvil durante el horario laboral. Si quiero ir a comer contigo, ¿cómo hacerlo si no?

Niego con la cabeza, pero no puedo borrar la sonrisa de mi cara.

—¿Qué vas a pedir? —pregunto.

—Uno de cada —responde—. Ya te lo he dicho.

—No, de eso nada. Ni hablar.

—¿Me estás retando?

—No. Si te fuera a retar a hacer algo, no sería a pedir comida de más. Sería algo mucho más… emocionante. —Enarca las cejas como si por su cabeza solo pasaran los pensamientos más obscenos—. Y no tendría nada que ver con estar desnuda — añado, entrecerrando los ojos. Se lleva mi mano a la boca y me besa los nudillos. Es un gesto pequeño, pero me parece significativo. Como si todo ese tira y afloja que había entre nosotros antes se hubiera olvidado y ahora fuéramos dos personas completamente diferentes el uno para el otro.

Mi móvil vibra en el bolsillo y lo cojo con la mano libre.

—Es Katherine —explico—. Ya ha terminado con lo de la boda y van de camino a Boston.

Hunter suspira.

—¿Crees que esto supone el fin de las interminables reuniones y decisiones sobre la boda? Es que llevan muchísimo tiempo…

—Dudo que esto se quede ahí —respondo—. Pero solo faltan unas semanas. Entonces todo habrá terminado.

—Después vendrá la luna de miel. Luego, la mudanza. Y después se quedará embarazada.

—Así es la vida.

—Claro —dice Hunter. Su estado de ánimo ha cambiado. Ahora se le nota una tensión que no tenía hace unos minutos.

Llegamos al principio de la cola. Hunter insiste en pedirme el bocadillo y en pagarlo, y nos sentamos a una mesa de la placita que hay frente a la tienda.

Con mucho cariño, me desenvuelve mi sándwich de pollo «Asar a un ruiseñor» y me abre la lata de agua con gas.

—Eres muy mono. Gracias.

—Tú sí que eres mona —responde.

—Gracias.

Se echa hacia delante y me da un beso en los labios, con naturalidad, como si lo hiciera todo el tiempo. Tengo que contener una sonrisa.

—¿Podemos hacernos una foto y enviársela a Katherine? — le pregunto—. Anoche, mientras ibas a por las copas, me echó un buen sermón. Dice que tengo que dedicarte más tiempo, esforzarme más.

Hunter se ríe entre dientes.

—Claro.

—Levanto el móvil y me acerco un poco más a él.

—¡Sonríe!

Lo hace, pero en el último momento se gira y me da un beso en la mejilla. Me río y saco la foto. Ha quedado muy bien. Estoy radiante y Hunter tiene un aire melancólico y pensativo y… parece que le gusto un poco.

Se la envío a Katherine con un mensaje contándole que estamos comiendo juntos y, a continuación, pongo el móvil en silencio. Sé que va a montar un escándalo y no quiero discutir con ella. Solo quiero disfrutar de este momento.

—Es muy raro que trabajemos en edificios contiguos — comenta él.

—Muy raro —coincido.

—¿Siempre quisiste vivir en Nueva York? —pregunta.

Lo pienso un momento.

—No estoy segura. Solo sabía que tenía que irme de Boston. Quería ir a un sitio donde la gente no me conociera.

Entrecierra los ojos.

—¿Querías reinventarte?

—Supongo. Quiero mucho a mi hermana, es mi mejor amiga y es increíble. Pero solo quería irme a algún sitio donde pudiera ser yo misma en lugar de la hermana fracasada de Katherine.

Él se aparta.

—¿Qué? ¿En qué sentido eres una fracasada?

—Deberías haberme visto en el instituto. —Le sonrío, pero él no corresponde al gesto.

—¿Tenías problemas con las drogas? ¿Te metiste en líos con la policía? ¿Faltabas mucho a clase?

—¡No! Nunca falté a clase y no he consumido drogas en toda mi vida.

—Ah, entonces, ¿has estado en la cárcel? —Sabe perfectamente que no he estado en la cárcel.

Me echo a reír.

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué crees que eras una fracasada, Lucy Jones?

Gruño.

—Ya sabes. Comparada con Katherine, la mayoría de la gente es un desastre. Yo era un poco desorganizada. Mis notas no eran tan buenas como las suyas. No era tan popular. No tuve ningún novio en el instituto.

—Eso fue en el instituto. Esto es Nueva York. Una socia acaba de decirte que tienes mucho potencial y que quiere que te plantees estudiar Derecho. A mí no me pareces una fracasada.

He investigado un poco sobre la posibilidad de estudiar Derecho. Todo me parece muy intimidante. El examen de ingreso y, si es que consigo entrar en alguna facultad, años y años de estudio. Y luego el

examen de acceso al colegio de abogados de Nueva York, que dicen que es casi imposible. Me encojo de hombros.

—Probablemente sea solo algo que dicen para cumplir con una cuota o algo así. No creo que esperen que acepte.

Me coge de la barbilla y me hace girar la cabeza para que lo mire.

—Sabes que eso es una tontería, ¿verdad? La gente no pierde el tiempo con tonterías. Me da la impresión de que quizá te da miedo la carrera de Derecho.

Me suelta y yo pincho mi bocadillo con el tenedor.

—Sí, bueno, quizá un poco. A la facultad de Derecho van personas superinteligentes.

—Claro —dice.

—Y supone mucha presión intentar estar a la altura de gente así.

—Quizá tú seas gente así. ¿Alguna vez lo has pensado? — La verdad es que nunca me he considerado alguien que fuera a estudiar Derecho. Al menos desde la universidad. Dejé esas ideas en un segundo plano y seguí con mi vida como asistente jurídica—. Y, de todos modos —continúa Hunter—, tienes que presentar la solicitud. Tampoco es que dejen entrar a cualquiera. Haz el examen de ingreso para saberlo. Si no vas a poder seguir el ritmo, no conseguirás una plaza.

—Sí, así que probablemente no me admitirán.

—No lo sabrás hasta que lo intentes.

Parece que se lo toma muy en serio, y no sé muy bien por qué.

Suspiro.

—Pero no quiero pasar por todo el rollo de decírselo a mis padres y todo eso para luego no entrar.

—Pues no se lo digas.

Me río.

—¿Crees que debería tomar la decisión de estudiar Derecho y no decírselo a mis padres? Probablemente tengan que avalar mi solicitud.

—Lo dudo. Eres adulta. Y sí, puedes tomar la decisión sin decírselo a nadie. —Coge su bocadillo—. ¿Por qué no vas paso a paso? Empieza por estudiar para el examen de ingreso, hazlo y comprueba si tu nota es lo bastante alta. A partir de ahí, ya se verá.

Le doy un mordisco a mi bocadillo mientras dejo que su sugerencia cale en mi mente. Lo hace parecer tan fácil… Como si alguien como yo pudiera acabar estudiando Derecho y eso fuera lo más normal del mundo.

Me mira fijamente un instante y luego le da un mordisco a su bocadillo. Parece tan seguro de sí mismo… Aunque sé que tiene preocupaciones e inquietudes, ahora mismo no veo nada de eso en su expresión mientras habla de mí.

—Supongo que podría conseguir una guía de estudio. Ya sabes, para el examen. Podría pedir una y echarle un vistazo.

—Claro —dice—. De hecho, hay una tienda que las tiene a un par de manzanas, en la esquina de la 46 con la 5. Podríamos dar un paseo hasta ahí cuando terminemos aquí.

Le doy otro mordisco a mi bocadillo para ganar algo de tiempo. ¿De verdad quiero hacerlo? No he hablado de esto con Katherine ni con mi madre, ni siquiera lo he pensado detenidamente por mi cuenta. Pero solo voy a comprar un libro, ¿no? Tampoco es como si estuviera rellenando un formulario de solicitud para entrar en Fordham.

Hunter me mira como si estuviera esperando una respuesta. Como si pensara que es perfectamente normal que vayamos juntos a una librería a comprar un libro para preparar el examen. Al mirarle a sus ojos azules, empiezo a pensar también que quizá sea perfectamente normal.

—No he tenido tiempo de meditarlo bien —digo con un suspiro—. «Pero ¿por qué no aprovechar el placer de inmediato? ¡Con qué frecuencia destruyen la felicidad los preparativos, los insensatos preparativos!». Eso es lo que diría mi madre. Bueno, ella no lo diría. Lo diría Jane Austen en *Emma.*

Hunter niega con la cabeza, incrédulo.

—Nunca he leído nada de ella.

—¿En serio?

—No. Pero no le falta razón. A veces hay que lanzarse sin pensarlo demasiado. —Recoge la basura y la vuelve a meter en la bolsa en la que venían nuestros bocadillos—. Vamos a buscar ese libro. —Tira la basura al cubo y nos dirigimos hacia el este— . Esta

noche voy a trabajar hasta tarde. Pero ¿te apetece tomar algo más adelante esta semana? ¿O quizá este fin de semana?

—¿Para que podamos enviarle pruebas a Katherine? — pregunto, entusiasmada. A ella le encantaría que pasáramos más tiempo juntos.

Hunter pone los ojos en blanco.

—No, para que podamos pasar un rato juntos. Para charlar… Una sonrisa se dibuja en las comisuras de mis labios.

—¿Me estás invitando a salir?

—Supongo —dice, mientras observa el tráfico que se dirige hacia el norte y espera a que cambie el semáforo del paso de peatones.

—¿Una cita de verdad en vez de una falsa? —pregunto.

—Sí, Lucy. Una cita de verdad.

—Podemos hacerlo —acepto.

—Bien —responde él.

—Bien —repito en tono burlón.

El tráfico se detiene y él me coge de la mano mientras cruzamos la calle, de camino a comprarme el libro. No tengo claro cómo Hunter y yo hemos llegado hasta aquí. Está muy lejos de ser el hombre que conocí al principio, borracho en casa de mis padres. Es amable, me apoya y me anima a sacar a relucir una versión de mí misma que tiene potencial… No sé si alguna vez he sido tan feliz de estar al aire libre bajo el sol de Nueva York. De la mano de Hunter.

23

HUNTER

El sábado por la noche me ofrezco a ir a recoger a Lucy a Brooklyn, pero ella insiste en quedar conmigo en un bar del SoHo. Me habría encantado quedarme en casa, pedir pizza y ver Netflix, pero no quiero que piense que solo me interesa el sexo. Tampoco es que no me interese el sexo, claro que sí. Concretamente, el sexo con Lucy. Pero también me gusta pasar el rato con ella. Es divertida. Y es dulce y atenta. Me hace reír. Me hace pensar.

Entro en el bar y saco el móvil del bolsillo trasero. Todo el mundo va vestido como si fuera del siglo XIX. ¿Me he perdido algo? Echo un vistazo a la sala y encuentro a Lucy. El corazón se me dispara. Está impresionante. Incluso con vaqueros y camiseta parece una puta visión. Lleva el pelo suelto y ondulado sobre los hombros. Tiene las mejillas sonrosadas y sus ojos verde mar son deslumbrantes.

Me acerco con paso firme hasta donde está sentada en un taburete de bar, y su sonrisa se hace más amplia; cuando llego a su lado, hago lo único que puedo: le acaricio la cara y le doy un beso en los labios. Dios, ojalá estuviéramos aquí solos los dos y el resto de la gente de este bar desapareciera sin más.

Quiero estar solo con ella. Aquí, en público, siento que tengo que compartirla un poco.

—Oye —digo con un pequeño suspiro cuando me aparto—
. Estás guapísima.

—Hunter —responde, como si me hubiera vuelto loco—, estaba estudiando. Se me ha pasado la hora, así que esto es lo que he llevado puesto todo el día. Me he soltado el pelo y ya está.

—Creo que nunca has estado más guapa.

Sonríe, pero no es una sonrisa segura. Sonríe como si no acabara de creerse lo que le digo, y esa idea me encoge el corazón. De verdad que no entiendo por qué se menosprecia tanto. Sé que admira a Katherine, pero ella y Katherine son simplemente diferentes. Katherine es profesora y vive en las afueras de Boston. Lucy es asistente jurídica en Nueva York. Llevan unas vidas tan opuestas que es imposible compararlas, pero Lucy sigue pensando que no está a la altura de Katherine.

—Este sitio es una locura —comenta, cambiando de tema.

—Sí. He estado en bares clandestinos donde los camareros llevan disfraces, pero no en un… ¿qué? ¿Un local de estilo victoriano? —Levanto la vista—. ¿Por qué hay un lobo en el techo? —Me siento en el taburete junto a ella.

—Me estaba preguntando lo mismo —dice con total naturalidad—. He llegado a la conclusión de que debe de ser un sabueso.

Entorno los ojos, preguntándome si habré perdido la noción del tiempo en algún momento, lo que podría explicar mi confusión.

—¿Un sabueso?

—Como en Baskerville. El local se llama Baker Street, ¿verdad? Es un bar temático de Sherlock Holmes. Al menos eso creo. Los cócteles parecen inspirados en los libros de Sherlock Holmes. O algo así. Mi padre tenía los libros y solía leerlos los domingos después de comer. —Coge una carta que está colocada en posición vertical sobre la barra—. Cinco semillas de naranja. Eso era un relato, ¿verdad?

—En todo lo relacionado con Holmes, me fío de ti.

Deja la carta sobre la barra y me sonríe.

—¿Es raro que sepa estas cosas?

Niego con la cabeza.

—Me gusta que me las cuentes. Es… sexy.

Abre mucho los ojos.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—Sí. Eres una tía dura. No te dejas pisotear por nadie. Proteges a la gente que quieres. Sabes cosas sobre literatura victoriana. Todo eso es muy sexy.

Se echa hacia delante en su taburete. La camiseta se le tensa, dejando ver el contorno de sus pechos. Es solo una sencilla camiseta blanca, pero desde donde estoy sentado, su atuendo roza lo obsceno.

—Yo también creo que eres sexy. —Deslizo una mano temblorosa por su cintura y bajo por su muslo. Solo quiero estar más cerca de ella. Por muy cerca que esté, siempre quiero estar aún más cerca. Entrelaza sus dedos con los míos y miramos la oferta de cócteles—. Yo voy a pedir un Vampiro de Sussex.

—Suena sangriento. Yo me tomaré un Último Juramento —decido, nombrando otro cóctel que hace referencia a un relato de Conan Doyle.

—¿Quieres hacer una foto para enviársela a Katherine? —le pregunto cuando llegan nuestros cócteles.

Nuestras miradas se cruzan y, tras una breve pausa, ella niega con la cabeza.

—Creo que no. No, mejor no.

Le doy un sorbo a mi copa para evitar sonreír. Hace tiempo que dejamos de fingir, y los dos lo sabemos.

—¿Te van a salir colmillos? —le pregunto cuando toma un trago de su bebida roja, servida en una copa de martini coronada con espuma blanca.

—Ah, sería genial —replica, moviendo las cejas con picardía—. ¿Te gustaría que te mordiera?

Le recorro el cuerpo con la mirada. A mí sí que me gustaría morderla por todas partes.

—No es mi rollo —contesto—. Pero creo que eso ya lo sabes. Tú sabes todo lo que me gusta.

—¿De verdad? —pregunta ella—. Estoy segura de que hay un montón de cosas sobre ti que no sé.

Inspiro hondo.

—Pues yo no me siento así. —De hecho, siento todo lo contrario. Es como si ella lo supiera todo sin que yo tenga que decírselo. Me siento como si conociera a Lucy desde hace mucho más tiempo del que ha pasado en realidad, como si nuestra relación ya durara una década o algo así. Quizá sea porque al principio nos odiábamos y no

perdimos el tiempo intentando mostrar una versión cuidadosamente seleccionada de nosotros mismas. Quizá sea porque las personas más cercanas a nosotros se quieren. Quizá sea porque creo que ella me ve; que me ve de verdad.

—No hablas mucho de tus padres. ¿Tenéis una buena relación? —Me encojo de hombros.

—La teníamos —respondo.

—¿Y a tu padre le gustaba pescar?

—Sí. Todavía sale a pescar.

—Pero a ti no te gusta ¿Te gustaba cuando eras niño? Parece que se te da bastante bien, al menos por lo que dicen Ed y los chicos.

Me río entre dientes, pero con un toque cínico.

—Muchas cosas cambian a medida que te haces mayor. Tu forma de ver el mundo puede dar un vuelco completo.

—¿De verdad? —pregunta ella.

—Sí, como la mayoría de los chicos, idolatraba a mi padre. A él le encantaba pescar, así que a mí también me encantaba pescar. A él le gustaba cultivar verduras, así que yo intentaba cultivar las zanahorias más grandes y la mayor cantidad de patatas posible. —Mis mejores recuerdos de la infancia giran en torno a los momentos que pasé con mi padre—. Era mi héroe. Quería ser igual que él.

—¿Y cuándo dejó de ser tu héroe? —susurra.

Nunca hablo de Bain Insurance. Se lo conté a Ed antes de que nos asociáramos, pero ahí se acabó todo. Sin embargo, hay algo en Lucy que me hace querer contárselo. Quiero que lo sepa todo sobre mí. No quiero ocultarle nada.

—¿Te he contado que me hice cargo de su negocio? —Ella niega con la cabeza—. Fui a la universidad a estudiar finanzas para poder hacerme cargo de su negocio de seguros de vida. Como ya te he dicho, quería ser igual que él. Cuando terminé la universidad, trabajé en su empresa durante cuatro años antes de que él se jubilara y me dejara al mando.

—Vaya —se sorprende—. Eras muy joven cuando te hiciste cargo. ¿Era un negocio grande?

Asiento.

—Sí. Era una gran responsabilidad. Pero estaba preparado. Llevaba mucho tiempo preparándome. Me aseguré de trabajar en todos los aspectos del negocio antes de hacerme cargo de él. Creía que estaba listo. —Su expresión preocupada me llega al corazón—. Y lo habría estado. —Inspiro hondo—. Pero el negocio estaba al borde de la bancarrota. No generaba ningún beneficio: nuestros gastos eran demasiado elevados. El alquiler, las nóminas. Todo, en realidad. Estábamos a unas semanas de la quiebra cuando por fin comprendí el follón que mi padre me había dejado.

—Hunter… —dice ella y me aprieta la mano.

—Hice todo lo que pude por salvarlo. De verdad que sí. — La miro a los ojos, intentando averiguar si me cree. Me esforcé muchísimo: negocié con el casero, intenté recortar gastos, despedí a gente. Fue una época muy dura—. Quizá debería haberle dedicado más tiempo a hacer crecer el negocio. Si hubiera sido mejor en el desarrollo empresarial, quizá las cosas habrían ido de otra manera. Hay gente que solo quiere tratar con personas con más canas. Si mi padre siguiera al mando, entonces….

—Hunter —repite Lucy, esta vez con más firmeza—, te conozco. Sé que te esforzaste más que nadie para salvar ese negocio. Querías que saliera adelante.

—De verdad que sí —suspiro.

—Si empiezas con unos costes elevados y una montaña de deudas, estás librando una batalla perdida. ¿Qué dijo tu padre?

Cojo mi copa. Solo pretendía darle un sorbo, pero la apuro de un trago para intentar alejar la sensación de fracaso que me revuelve las tripas cada vez que recuerdo aquella época.

—Mi padre no dijo nada.

—¿Qué quieres decir? ¿No te avisó de las deudas?

—No, lo que quiero decir es que no dijo nada. Nada en absoluto sobre la situación financiera de la empresa. Por lo que a mí respectaba, cuando me hice cargo, era un negocio familiar que nos proporcionaba una vida cómoda. Tenía pensado ponerme manos a la obra y hacerlo crecer. Ofrecer productos diferentes. Centrarme en personas con un elevado patrimonio. Pero no pude hacer nada. Nada más llegar, me pasé el tiempo tapando agujeros. El mero

hecho de intentar evitar que el negocio se hundiera ya era un trabajo a tiempo completo.

—Y después de que se hundiera, ¿qué dijo él?

Sabía que me iba a hacer esa pregunta, pero eso no impide que sienta una punzada de dolor en las entrañas, porque admitir que mi padre no asumió su responsabilidad es como… Es como si ese día hubiera perdido a mi padre. Dejó de ser el hombre que se habría puesto delante de un autobús por mí. Dejó de ser el hombre al que acudir en busca de ayuda y consejo. Dejó de ser un hombre en el que pudiera confiar.

—Me dijo que no debía sentirme mal y que debía aprender de mis errores.

—Ay, Hunter… —No dice nada más, y tampoco hace falta. No busca excusas ni apunta que debió de tratarse de un malentendido, que son las racionalizaciones que yo mismo he intentado hacer a lo largo de los años—. Te abandonó cuando más lo necesitabas —deduce con sencillez. Se baja del taburete y me acaricia la mejilla. Es tan reconfortante, tan cálido… Es justo lo que me hacía falta. Sí, ya era adulto cuando me hice cargo de Bain Insurance, pero necesitaba que mi padre diera un paso al frente en ese momento. Aunque no me hubiera contado de antemano cómo estaban las cosas. Quizá se sintiera avergonzado o pensara que yo podía arreglarlo. Pero cuando todo acabó por derrumbarse, me habría venido bien que me dijera que no había sido yo quien había fallado, que dejara a un lado su ego, su orgullo o lo que quiera que fuese que le impedía comportarse como un padre en ese momento, y que diera un paso al frente como mi padre. Que asumiera su responsabilidad—. Creo que eres el hombre más valiente que conozco.

—No digas eso. No es verdad.

—Es cierto. Tu padre te echó la culpa de su falta de visión para los negocios y te dejó tirado. Y tú lo aceptaste y cargaste con ese peso sobre tus hombros. Luego volviste a empezar. Para eso hace falta valor.

Sus palabras son como amarras en un barco, que me sujetan a su orilla, que me mantienen a salvo.

—No, ese fue Ed. Si no hubiera sido por él, nunca habría fundado Portis. Estaría trabajando en algún banco.

Me mira como si no se lo pudiera creer del todo.

—Te recompusiste y te buscaste un trabajo. Yo me habría quedado tirada en el sofá con una botella de vino. Ed no pretendía hacerte un favor al pedirte que te asociaras con él.

Ed es un tío estupendo, pero no es tonto. De ninguna manera le habría sugerido asociarse a un inepto que abandonó los estudios y que hundía los negocios. Sabía que eras inteligente y de confianza, y que estabas muy motivado.

—Lo sé, pero él me dio una oportunidad —digo.

—Claro que lo hizo. Pero no fue por lástima ni por caridad. Lo hizo porque sabía que encajaríais bien el uno con el otro. ¿Y sabes qué? Te mereces todo el reconocimiento por haber dicho que sí. Porque si lo que te pasó a ti me hubiera pasado a mí, no creo que hubiera confiado lo suficiente en nadie como para que me preparara una Big Mac con patatas fritas, y mucho menos para montar un negocio conmigo. Enhorabuena por arriesgarte.

Sus palabras resuenan en mi interior y rellenan todos mis vacíos. Ella ha visto las cosas desde otro ángulo: siempre he considerado a Ed la persona que me salvó, pero Lucy tiene razón. He aprendido mucho sobre Ed desde que me asocié con él. No es un hombre que tome decisiones empresariales basándose en las emociones. Me parece que sí creía en mí. Quizá sabía que yo asumiría la responsabilidad cuando él decidiera dar un paso atrás.

—Me gusta tu forma de ver el mundo —le digo.

—Ay, no sé. Estaba dispuesta a descartarte la primera vez que te vi. Se me da muy bien sacar conclusiones precipitadas.

A pesar de todas las emociones que me recorren el cuerpo, me las arreglo para reírme.

—Estabas protegiendo la felicidad de tu hermana. Se te da muy bien eso.

Ella sonríe.

—Gracias. —Desliza las manos por mis muslos y el aire entre nosotros se carga de electricidad—. ¿Sabes en qué más se me da bien?

Si no estuviéramos en un bar lleno de gente, habría hecho que se diera la vuelta, le habría bajado los vaqueros de un tirón y me habría hundido en ella hasta el fondo antes de que tuviera tiempo de decírmelo.

—Vámonos de aquí —digo, sacando la cartera. —Gran idea.

24

Lucy

Cada minuto que paso con Hunter, me gusta más. No es el hombre que creía que era cuando nos presentaron. Ni siquiera es el hombre que creía que era antes de nuestra cita de esta noche. Es dulce y sensible, y se subestima a sí mismo. Y lo quiero todo para mí.

—No hemos cenado —comento cuando entramos a trompicones en su piso.

—Tienes razón —responde—. Voy a tener que darme un festín contigo. —Tiene una boca muy sucia, pero nunca se pasa de la raya. Siempre sabe qué decir y cuándo. Me agarra de la muñeca al pasar junto a su lado y me pega a él—. Quítate los vaqueros —susurra—. Ahora mismo. Quiero verte con nada más puesto que esa camiseta blanca que me ha estado volviendo loco toda la noche.

Bajo la mirada hacia mi sencilla camiseta blanca.

—¿Esto? —digo, tirando de ella. Sus ojos se iluminan, como si llevara braguitas con la entrepierna abierta y pezoneras. Me estremezco bajo su mirada y se me ocurre una idea. Si le gusta lo de la camiseta, le va a gustar mucho más si me quito los accesorios.

—Espérame en el dormitorio —le digo, ladeando la cabeza de una forma que parece decir: «Por favor, haré que merezca la pena». Él me sostiene la mirada, empieza a desabrocharse los botones de la camisa y luego retrocede hacia el dormitorio. Con rapidez, me bajo los vaqueros, me quito las bragas y el sujetador, pero me dejo la camiseta, que es bastante larga y, si llevara ropa interior, no se vería. Correteo por el salón y entro en la habitación de Hunter, que está en la cama, desnudo. Justo como lo quería—. Hola. —Me apoyo en el marco de la puerta, con la camiseta por las caderas. No estoy segura de si puede ver que no llevo bragas, pero está estirando el

cuello para averiguarlo. Ha dejado la ropa tirada por el suelo, ansioso por desnudarse lo antes posible. Le doy la espalda y, sin doblar las rodillas, me agacho para recoger su camiseta—. Cariño, se te ha caído algo. —El aire fresco que me acaricia entre las piernas me dice que ahora sí que lo ve todo.

—Joder, Lucy —espeta Hunter—. Esa camiseta debería ser ilegal.

Me enderezo y me vuelvo hacia él.

—¿Esto? —digo, acariciándome el pezón endurecido. Él gruñe y se agarra el pene—. No la uso muy a menudo porque se me ve todo.

—¡Joder! —Me agarra por la cintura y me tira sobre la cama. Va a ponerse encima de mí, pero yo me siento y le señalo con el dedo. Cuando se detiene, cojo los bordes de la parte delantera de mi camiseta y los ato con un nudo, con lo que se ciñe a mis pechos. Al instante, se echa encima de mí y se mete uno de mis pezones en la boca a través del algodón. La tela es una barrera entre Hunter y su lengua. En todo caso, debería reducir las sensaciones, pero, en cambio, se intensifican. Me roza los pezones endurecidos con los dientes y arqueo la espalda. Es abrumador sentir cuánto me desea. Mueve la boca, la lengua y los labios, y yo no puedo hacer otra cosa que pasarle las manos por su sedoso cabello. Estoy tan mojada que debo de estar chorreando sobre las sábanas. Nunca me he sentido tan sexy, tan desenfrenada, tan seductora… Siento crecer el orgasmo en lo más profundo de mi ser, pero no quiero correrme así. Quiero quedarme aquí un rato más.

Me muevo y Hunter se aparta. Con suavidad, lo empujo hasta que queda boca arriba y me siento a horcajadas sobre él. Él busca un condón en la mesilla y yo le quito el paquete, pero no lo abro enseguida; lo guardo debajo de la sábana. Por ahora, disfruto de la provocación, de los juegos preliminares.

Paso mi sexo empapado por su pene sin apartar la vista de él, que tiene la suya clavada en las dos manchas húmedas de la camiseta que se pegan a mis pezones erectos.

—Joder, Lucy. Nunca voy a olvidar esta imagen mientras viva. —Muevo las caderas hacia delante y hacia atrás, provocándolo. Podría correrme así; me tiembla el cuerpo entero y se me aguzan todos los

sentidos; mi necesidad es implacable; mi deseo, urgente—. Estás completamente mojada.

—¿Lo notas? —le pregunto, echando la cabeza hacia atrás—
. Creo que nunca he estado tan mojada. Incluso más que la última vez contigo.

Él gime debajo de mí. Nunca he sido muy habladora en la cama, pero él me hace sentir tan deseada que eso desata algo en mi interior, como si pudiera decir cualquier cosa que se me pase por la cabeza y eso solo fuera a conseguir que me deseara aún más.

—Soy yo quien consigue eso —gruñe.

Asiento.

—Sí. Tú. —Levanto la barbilla—. Nadie más. Nunca.

—Joder —maldice; me arranca el condón y lo abre de un tirón.

Estoy tan temblorosa que no creo que pudiera ponérselo por mucho que lo intentara. Cuando acaba, se agarra el pene por la base. Nuestras miradas se cruzan y se establece una conexión entre nosotros: esto es sexo. Es sexo del bueno. Pero también es algo más. Nunca me he sentido tan a gusto, tan conectada, tan completamente unida a otra persona.

Me echo hacia delante y él me penetra con la punta mientras me agarra un pecho con la otra mano. Cierro los ojos con un parpadeo perezoso. Me hace sentir tan bien, es tan grande… Encaja tan perfectamente dentro de mí… No quiero que esto termine nunca. Quiero que Hunter y yo follemos para siempre.

Sus manos se deslizan hasta mis caderas y, como si supiera que estoy sumida en una especie de neblina cargada de lujuria, empieza a moverse desde debajo de mí, empujando hacia arriba. Clavo los dedos en su pecho y él empuja hacia arriba, arriba, arriba, muy dentro de mí, estirándome, llenándome, poseyéndome.

Estoy flotando, con las extremidades débiles, el cuerpo en llamas. Lo único que puedo ver, pensar y sentir es a él. A Hunter. Me hace bajar las caderas hasta que quedan pegadas a las suyas, y gimo al sentir lo profundo que llega. Lo llena que estoy. Lo completamente en paz que estoy con él.

—Hunter —jadeo. Sus dedos se clavan en mi carne casi hasta hacerme daño.

—Eres tan sexy —jadea, empujando de nuevo—. Quiero follar contigo toda la noche. Todo el día. Para siempre.

Contoneo las caderas para corresponder aunque sea solo un poco a lo que él me está dando. Sus gemidos me provocan una oleada de satisfacción.

Se aferra a mis brazos y me los sujeta con fuerza contra el cuerpo para que no pueda moverlos, utilizándolos como ancla para poder penetrarme sin tregua. Una y otra vez, cada vez más hondo.

—¡Hunter! —grito. Es demasiado. Es demasiado bueno. Es como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Me derrumbo al alcanzar el orgasmo. Él sigue embistiéndome y lo único que puedo hacer es recibirlo mientras alcanzo el clímax, ciñéndome a su alrededor. Él suelta un rugido y empuja hacia arriba una última vez, y los dos llegamos al final al mismo tiempo.

Me desplomo hacia delante sobre su pecho. No sé qué latidos acelerados son los suyos y cuáles son los míos.

Siento su aliento entrecortado en mi oído, y me rodea con fuerza con sus brazos.

Nunca había llegado a un orgasmo así. Nunca me había sentido así. Nunca me habían adorado como lo hace Hunter.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando nos relajamos.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. No sé cómo voy a…. —Es como si mi vida hubiera cambiado un poco. La conexión física que tengo con Hunter es nueva y sorprendente, y ya me preocupa que, en algún momento, deje de tenerla.

Me siento vulnerable.

—Es muy intenso, ¿verdad?

Alzo la cabeza para ver la expresión de sus ojos. Su mirada azul brillante muestra preocupación.

—Sí.

Suspira lentamente.

—Vamos a…

—¿A qué? —Me aparto un poco de él para tumbarme a su lado, y él me pega a su costado.

—No lo sé, Lucy. Esto es territorio desconocido para mí.

—Dijimos que no nos involucraríamos porque acabaríamos odiándonos y tendríamos que ser cordiales durante las fiestas, y…

—Lo sé —me interrumpe—. Pero no creo que pudiera odiarte jamás.

—Lo intentaste con todas tus fuerzas cuando nos conocimos.

Se ríe entre dientes y me da un beso en la cabeza.

—No te conocía. No sabía lo jodidamente bien que te quedaba una camiseta blanca y nada más. —Juega con el nudo de mi camiseta hasta desatarlo y luego me la quita. ¿Para él esto es solo sexo? Porque para mí no lo es. No quiero admitirlo porque no quiero provocar un momento incómodo, pero él ve partes de mí que nadie más ha visto jamás. Para demostrarlo, me aparta el pelo de la cara y se agacha para darme un beso en los labios—. Y además de ser la chica más sexy que ha existido jamás, también eres inteligente, divertida, tenaz y tan amable que me vuelves loco. —Aprieto los labios para que no pueda verme sonreír—. Y cuando intentas no sonreír… —Desliza la mano por mis piernas hasta que sus dedos encuentran mis pliegues— . Me dan ganas de hacer esto. —Me mete dos dedos y me acaricia el clítoris con el pulgar, escudriñando mi rostro.

—Hunter —susurro.

—Quiero ver cómo te corres. —Muevo la mano para alcanzar su miembro, pero él se aparta, negando con la cabeza— . Déjame a mí. Quiero descubrir todas las formas en las que puedo tocarte para que te sientas bien. —Gimo ante sus palabras, sus dedos en mi interior y su pulgar—. ¿Te gusta? Me encanta explorar tu cuerpo, tu mente. Quizá incluso tu alma de vez en cuando. —Sus dedos empiezan a moverse con rapidez y yo me aferro a las sábanas. No sé si es porque está mirando mi cuerpo, expuesto ante él como si estuviera inspeccionando su última adquisición, o si son sus dedos o sus palabras, pero estoy tan excitada que ya noto cómo el clímax empieza a crecer de nuevo—. Pero no quiero que me guste demasiado. Todavía no. —Retira la mano y yo gimo al perder el contacto. Entonces coge los dos dedos que han estado dentro de mí

y se los lleva a la boca—. Delicioso. Quiero más. —Se pone entre mis muslos y yo doblo las piernas. Me las separa de golpe y quedo expuesta ante sus ojos—. Dios, qué bonito. Y qué mojada estás. Qué preparada para mí.

Gimo cuando su lengua entra en contacto con mi clítoris. Su aliento cálido, su lengua ágil y sus dientes se combinan para hacerme palpitar y estremecerme. Arqueo la espalda; estoy abrumada por cómo parece saber exactamente cuánta presión aplicar, cuál es el ritmo perfecto…

—¡Hunter! —grito.

Se aparta y noto el aire fresco en mi sexo.

—Joder. Tengo que estar dentro de ti. —Coge un condón de la mesilla y lo abre de un tirón—. Estoy a punto de correrme solo con saborearte. Solo con oír tus gemidos. —Se pone el condón y me penetra con rapidez—. No me canso de ti. —Sus brazos me envuelven mientras me penetra, y la sensación de plenitud despierta una parte diferente de mi clímax. Muevo mi cuerpo para que estemos sincronizados. El sudor brilla en su cuerpo, haciéndolo parecer más un dios que un hombre mientras se yergue sobre mí. Lo único en lo que puedo pensar es en que no quiero que esto se acabe —. Dime qué estás pensando —jadea, apenas capaz de articular palabras.

—Me haces sentir tan bien. Quiero follar así todos los días. —Mis palabras salen entrecortadas, pero no tengo más remedio que decírselo.

—Como si encajáramos. Como si fuéramos perfectos juntos. —Me estremezco ante esa idea; abrimos los ojos de par en par y nos sumergimos en el éxtasis exactamente al mismo tiempo. Se derrumba encima de mí, con su torso cubierto de sudor pegado al mío, jadeando, agotado, saciado. Su peso me hace sentir segura y arropada y, sí, como si fuera perfecto para mí. Lo rodeo con mis brazos y mis piernas—. Joder, Lucy. Si hubiera unas Olimpiadas del sexo, seguro que nos llevaríamos el oro. —Mi estómago hace un ruido gorgoteante y me echo a reír—. ¿Has sido tú?

—Nos hemos saltado la cena, ¿te acuerdas?

—Déjame coger el móvil. Podemos pedir algo.

Apoyo la cabeza en la mano y él busca su móvil.

Tiene un culo precioso. Una espalda preciosa. Un pene estupendo.

Debe de notar que lo estoy mirando, porque me echa un vistazo de reojo.

—¿Qué?

Me encojo de hombros.

—Solo te estoy contemplando.

—¿Quieres que follemos otra vez antes de que llegue la comida?

Aunque debería estar agotada y sin fuerzas, de alguna manera se vuelve a despertar el deseo en mi interior.

—Quizá…

—Por Dios. Pidamos ya, o vamos a ponernos a ello otra vez y te vas a morir de hambre antes de que llegue la comida.

—Me parece bien —acepto.

—A menos que quieras salir —propone, con una expresión que no acabo de entender—. Quiero decir, no quiero que pienses que esto es solo… Ya sabes, se suponía que íbamos a cenar, y solo hemos podido tomar una copa y…

—Sé que esto no es solo sexo —suelto sin pensar. Tenía que decirlo. Tenía que poner las cartas sobre la mesa, casi como si fuera un desafío.

—Claro que es más que eso. —Me da un beso en la cabeza—
. Pero el sexo es fenomenal.

—Claro —respondo—. El sexo es genial.

Me incorporo en la cama, con las piernas cruzadas para que pueda ver lo que hay entre mis piernas.

—Déjame pedir algo que tarde al menos cuarenta minutos. —Me recuesto, observándolo mientras teclea frenéticamente en su móvil, una y otra vez; cuando acaba lo lanza por encima de su hombro—. La comida está en camino. Mientras tanto…

Me agarra por un tobillo y me lleva hacia el borde de la cama.

Su pene se yergue ante mí, y yo estoy justo a la altura perfecta. Le cojo las manos y se las pongo sobre mi cabeza. Quiero que tome de mí lo que necesite.

Doy vueltas con la lengua por la base de su miembro y subo hasta la punta. Él gime y noto una nueva humedad entre las piernas al escuchar el sonido de su placer, de mi poder sobre él. Quiero más.

Me echo hacia atrás en la cama y me doy la vuelta para quedar boca arriba, con la cabeza echada hacia atrás sobre el borde del colchón. Levanto la vista hacia él y sus ojos brillan intensamente. Levanto las rodillas y las dejo caer a un lado antes de deslizar la mano entre mis muslos.

—No —espeta con voz atronadora—. Eso es mío. —Me agarra la muñeca y se mete mis dedos en la boca, chupando mi humedad. Es desenfrenado, obsceno y sexy. El sexo nunca había sido así con nadie, sin barreras ni vergüenza. Entre nosotros solo está aquello que nos hace sentir bien el uno al otro. Me lo llevo hasta el fondo de la garganta. Él se echa hacia delante sobre la cama y me toca. Sus dedos se deslizan entre mis pliegues mientras se introduce en mi boca, con suavidad pero sin tregua—. Joder, Lucy. Joder. Joder. Joder.

Sé lo que está pensando. Es demasiado. Es demasiado bueno. Y quiero más.

Mueve los dedos una y otra vez, y su pene entra y sale de mi boca. Llega tan profundo que no sé si podré aguantar mucho más, pero cuando se retira, quiero que vuelva inmediatamente.

Estoy enloquecida de deseo por este hombre. Como si fuera capaz de hacer cualquier cosa que él me pidiera. Contoneo las caderas a medida que el placer va aumentando, y sé que estoy perdiendo el control. Son demasiadas sensaciones para poder soportarlas; todo mi cuerpo responde al suyo.

Y es como si lo supiera, porque se aparta, se pone otro condón y vuelve a meterse entre mis piernas.

—Otra vez —dice. Asiento. No estoy segura de cuánto tiempo podré aguantar follando así.

Se desliza dentro de mí, y todo el ruido, toda esa sensación abrumadora, todo el caos desaparecen. Solo estamos Hunter y yo, juntos. Y me parece perfecto.

25

LUCY

Me he tomado toda la semana libre en el trabajo para volar a Boston y echar una mano con los preparativos de última hora, y para apoyar a Katherine en sus últimos días como mi hermana soltera. La gente está empezando a llegar a la ciudad para los cuatro días de celebraciones.

Si me caso, estoy segura de que mi madre no se tomará la molestia de organizar una fiesta de cuatro días. Y tampoco puedo decir que vaya a lamentarlo. Katherine parece más estresada de lo que debería, teniendo en cuenta que todo el mundo se va a reunir para celebrar su boda con Ed.

—¿Estás lista? —me pregunta Katherine al irrumpir en mi habitación—. Ya sabes que el coche estará aquí en cinco minutos.

—Sí, estoy lista. —Al menos eso creo. Normalmente me recojo el pelo para ir al trabajo y me lo dejo suelto y liso cuando salgo. Katherine ha heredado el gen del pelo brillante y, por mucho que lo intente, el mío nunca queda tan sedoso como el suyo. Pero esta noche he aceptado mis rizos. El otro día compré un producto para realzarlos y esta noche me lo he puesto y me he atrevido a ir así. Mi pelo no es muy rizado. Es una especie de ondulado intermedio que no es ni una cosa ni otra. Estoy acostumbrada a luchar contra su textura, pero hoy, por primera vez desde que descubrí las planchas para alisarlo, lo acepto tal y como es.

—Vaya, me encanta tu pelo —dice Katherine—. Es muy… —Se me hace un nudo en la garganta mientras se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas. ¿De verdad le cuesta tanto dar con un cumplido?—. ¡Shakira! En eso estaba pensando. Eres una Shakira de pelo oscuro. —Mejor Shakira que la cantante de una banda de rock

de los ochenta. Me levanto y Katherine se queda boquiabierta—. Estás preciosa. Diferente de lo habitual, pero sexy.

Echo un vistazo al vestido nuevo que me he comprado por capricho esta misma semana. Normalmente no es la clase de prenda que elegiría. Y, sinceramente, si se tratara de la cena de ensayo multigeneracional, esta noche no me lo pondría. Pero mis padres van a salir con los mayores mientras nosotros salimos con sus hijos. Mi vestido es de color *nude* y más ceñido de lo que suelo llevar, con tirantes finos y un dobladillo que, sin duda, me tapa el trasero, pero que no me llega a medio muslo.

—¿Demasiado sexy? —Levanto la vista hacia Katherine, que lleva unos pantalones blancos de lino y una bonita camisola.

—Para nada —responde ella—. Esta noche solo vamos a estar los amigos pasando el rato. Los jóvenes. —Parece emocionada. Como si, por primera vez en mucho tiempo, se hubiera librado de la presión—. ¿Tienes ganas de ver a Hunter?

Esa pregunta me hace sonrojarme. Ver a Hunter es en lo único en lo que he podido pensar en todo el día. Será la primera vez que estemos juntos desde que quedamos para comer antes de que yo volara a Massachusetts. Es el período más largo que he pasado sin él desde que nos convertimos en… algo.

—Claro —respondo, intentando parecer indiferente.

—¿Os veis los dos en algún otro momento aparte de a la hora de comer?

—Claro —repito. Tengo que obligarme a irme a casa cada dos noches en lugar de quedarme en su piso. Si estoy en su cama, no dormimos mucho y todavía tengo que rendir en el trabajo. Pero incluso cuando estamos en pisos diferentes, es como si nunca estuviéramos separados. Cuando no estamos juntos, mi cabeza está centrada en él. Mi cuerpo todavía puede sentirlo. Es como si siempre estuviera conmigo.

—¿Ya os habéis acostado?

—Claro —repito una vez más, y cojo el bolso de mano que he dejado encima de la cama de mi infancia. Referirme a ello como «sexo» no parece suficiente. He practicado sexo antes, pero no como el que Hunter y yo compartimos.

—Estás siendo muy reservada con todo —dice ella—. Normalmente me hablas de tus novios.

—O de la falta de ellos —replico cuando salimos de mi habitación.

—Y ahora que por fin tienes algo que contar, te quedas callada. —Katherine sube las escaleras antes que yo.

—No es que me lo calle, es solo que… los dos estamos muy ocupados y tampoco es que vivamos pegados el uno al otro. — Eso no es del todo cierto. Nos vemos para comer siempre que podemos. El jueves, Hunter estaba hasta arriba de trabajo, pero le compré un bocadillo y se lo llevé a su despacho. Le di un beso en la frente y él pegó a su lado mientras continuaba con su conferencia telefónica. Solo fue un minuto, o quizá dos, pero fue suficiente. Suficiente para aguantar hasta volver a verlo—. Y, de todos modos, esta semana se trata de ti, no de mí y de Hunter.

—Quizá pronto se trate de vosotros dos. Nunca se sabe. Ed jura que Hunter solo necesita encontrar a la mujer adecuada para equilibrarlo.

—¿Equilibrarlo?

—Sí, bueno, ya sabes que a veces puede ser un poco gruñón. —Katherine ladea la cabeza para mirar por la ventana—. Ya ha llegado el coche. ¡Adiós, mamá!

Mi madre aparece de la nada.

—No lleguéis demasiado tarde. Mañana tenemos que madrugar y… ¡Dios mío, Lucy! ¿Qué llevas puesto? —Me mira de arriba abajo —. ¡Y tu pelo! —Arruga la nariz como si fuera basura de una semana. Quizá debería cambiarme. Tengo más conjuntos…

—Está estupenda, mamá. Hasta luego. —Katherine abre la puerta de un tirón, me coge de la mano y me lleva a rastras hacia el coche.

—¿Estoy muy mal? —le pregunto cuando nos acomodamos en el asiento trasero.

—Estás muy sexy —me corrige Katherine.

—¿Quizá debería cambiarme? Tengo unos pantalones de lino azul marino como los tuyos que podría ponerme.

—No te lo voy a permitir. Estás increíble. No le hagas caso a mamá. —Me aprieta la mano—. Fisherman’s Quay, por favor —le

pide Katherine al conductor de Uber, que sabe perfectamente adónde vamos.

Hemos quedado en llegar un poco antes que los demás para poder comprobar la disposición de las mesas y colocar las tarjetas con los nombres en los sitios correctos. El restaurante que hemos elegido está a orillas del mar y tiene un club justo al lado, así que no tenemos que preocuparnos por los tacones para llegar a donde vamos a ir a bailar. Cuando llegamos, Ed y Hunter nos están esperando fuera del restaurante.

—¿Sabías que iban a venir? —le pregunto.

—No, pensaba que Ed iba a llegar tarde —responde ella, radiante.

Hunter abre mi puerta, me coge de la mano y me ayuda a salir. Sus ojos azules brillan cuando su mirada se posa primero en mi rostro y luego desciende hacia lo que llevo puesto.

Se limita a asentir, desliza la mano por mi cintura y mis caderas, y me pega a él para darme un beso.

—¿Estás intentando matarme con ese vestido? —me susurra al oído.

Quizá lo he elegido para asegurarme de tener toda la atención de Hunter. Hasta ahora, solo nos hemos visto para comer, tomar algo o cenar antes de irnos a su casa. Esta noche es la primera vez que tendré que compartir su atención, y no puedo decir que me haga mucha ilusión esa parte de la velada.

—¡Vaya! —exclama Katherine a nuestra espalda, al volverme, me encuentro con ella y con Ed, que nos están mirando—. Vosotros dos parecéis muy… —Frunce el ceño—. Muy pareja.

Hunter me coge de la mano y entramos todos en el restaurante.

—¿Ya os habéis registrado en el hotel? —le pregunto a Hunter cuando ocupamos los asientos que nos han asignado, uno al lado del otro.

—Lucy, ¿quieres sentarte a mi lado? —pregunta Katherine—
. Aquí no hay nadie. Puedo cambiarte de sitio sin problema.

—Me da igual. —Le estrecho la mano a Hunter. *Siempre que esté junto a Hunter.* Lo pienso, pero no lo digo.

—Hunter, ¿quieres sentarte al lado de Ed? O, como eres el padrino, quizá podrías sentarte a mi lado, y Lucy podría sentarse al

lado de Ed. Así estaríais uno frente al otro.

Quiero mucho a mi hermana y estoy muy agradecida de que haya conocido a alguien como Ed, que sé que siempre la cuidará y hará todo lo posible para asegurarse de que sea feliz. Pero, justo en este momento, la odio. Solo quiero sentarme codo con codo con Hunter. Disfrutar de ese aroma masculino y amaderado que desprende y saber que está haciendo todo lo posible por evitar deslizar su mano por debajo de mi vestido.

—No pasa nada —digo, esbozando mi mejor sonrisa falsa. Hunter se ríe entre dientes a mi lado, y sé que él sabe que estar sentada frente a él es cualquier cosa menos *«No pasa nada»*.

—¿Me reservas un baile más tarde? —me pregunta al levantarnos.

—Más te vale que no bailes con nadie más —le espeto. Nos separamos y nos sentamos de nuevo uno frente al otro.

—Creo que también voy a cambiar de sitio a Gary y a Melinda —dice Katherine—. Pueden ir al fondo. ¿No?

—No me importa dónde se sienten Gary y Melinda — respondo, mirando de reojo a Hunter, que no me ha quitado los ojos de encima desde que nos sentamos.

—¿No te importa? —pregunta Katherine, con la voz ligeramente más aguda de lo habitual.

—La verdad es que no. Todos se conocen de la fiesta de compromiso. Esta noche no vendrá nadie que se sienta desplazado. Todos lo pasarán genial siempre y cuando tú lo pases genial. —La sonrisa pícara de Hunter llena mi visión periférica—. Tomemos un cóctel.

—Vale, gracias, Buda —replica Katherine—. ¿Quién te ha nombrado Reina de la Tranquilidad?

Echo un vistazo a Hunter y los dos intentamos no echarnos a reír. ¿Estará pensando lo mismo que yo? Que un sexo tan bueno como el que disfrutamos los dos relajaría a cualquiera.

—Ya sabes que, si estoy relajada, no hay nada de qué preocuparse.

—Tienes razón. No hay nada de qué preocuparse.

26

LUCY

Katherine lleva de mal humor desde que entramos en el coche.

—Es que no sé por qué no puedo quedarme con mi prometido esta noche.

—Sí que puedes. ¿Quieres que le pida al conductor que dé la vuelta?

—Pero mamá se va a enfadar mucho. Dice que quiere ir a ver cómo están las flores a primera hora.

Suspiro; aún siento las manos de Hunter alrededor de mi cintura, su muslo entre mis piernas mientras bailábamos juntos. Aún escucho en mi mente las cosas que me ha susurrado al oído. Me ha dicho que quería subirme el vestido y empotrarme contra la pared. Ha pegado su erección contra mi cuerpo y me ha dicho lo mucho que le gusta estar dentro de mí.

—¡Lucy! —exclama Katherine, sacándome de mis pensamientos.

—Lo siento, sí, ya sé que quiere que vayamos a ver cómo van las flores.

—Y seguro que nos estará esperando despierta. Cuando entremos estará en la cocina, preparándose un chocolate caliente o algo así.

—Probablemente.

—Pero yo quiero quedarme con Ed.

—Lo sé. —Agradezco que Hunter no me haya pedido que me fuera con él. No creo que hubiera sido capaz de decir que no. Lo último que quiero es dormir en mi habitación de adolescente, mirando fijamente el nuevo papel pintado que mi madre ha puesto allí, que es una explosión de faros y conchas marinas. Es horroroso.

—¿Por qué nos esforzamos tanto para que mamá esté contenta? —pregunta.

—Porque sabemos que, si mamá no está contenta, la vida es un infierno —contesto, cogiendo la mano de Katherine entre las mías.

—Así que todos le seguimos el juego para asegurarnos de que la vida sea tal y como ella quiere.

Nunca lo había pensado, pero Katherine tiene razón. Todos cedemos ante ella. Incluso mi padre.

—Sí. Supongo que así es más fácil.

—Cuando me case, tendré que anteponer lo que Ed y yo queramos. ¿Crees que lo entenderá?

Me encojo de hombros. Sinceramente, no creo que el que Katherine se case vaya a cambiar las expectativas de nuestra madre de salirse con la suya.

—Creo que será mejor cuando te mudes. ¿Ya lo sabe?

Katherine niega con la cabeza.

—No, quiero dejarlo para después de la boda. No quiero arriesgarme a que haya una gran discusión antes. Creo que le daré algunas pistas mientras estemos de luna de miel. Quizá incluso le envíe algunos enlaces a sitios de la zona donde nos gustaría vivir. —Echa la cabeza hacia atrás sobre el reposacabezas y la gira para mirarme—. Hiciste bien en largarte a Nueva York. Te escapaste.

—No me siento como si me hubiera escapado. La verdad es que no. —Hay un momento de silencio entre nosotras.

—A la mierda —masculla Katherine—. Somos mujeres adultas. Si queremos llegar a las tres de la madrugada o incluso a las seis, eso es lo que haremos. Quiero irme a follar con mi prometido. Conductor, ¿puedes llevarnos al Harbor Inn?

27

Lucy

La cena de ensayo se celebra en el restaurante favorito de mi madre en Boston. Esta noche, mi pelo y mi ropa han vuelto a la «normalidad». Que mi madre haya entrado en mi habitación a primera hora de esta mañana para ver qué llevaba puesto y me haya preguntado, como dejándolo caer, cómo me iba a peinar no me ha hecho sentir mejor respecto a mi elección de vestuario de anoche. Pero que Hunter no pudiera quitarme las manos de encima sí que lo consiguió, sin duda.

—Bueno, Lucy, ¿cuándo vas a regresar a Boston? —pregunta Yvonne, la amiga más antigua de mi madre. Nos hemos encontrado todos en el pequeño bar del restaurante antes de sentarnos a la mesa. Hunter está al otro lado del local con los padres de Ed, y apenas lo he visto.

—¿Te refieres a después de la boda? —pregunto, desconcertada.

Se ríe tan fuerte que juraría que todo el restaurante se ha vuelto para mirarnos.

—No, tonta. Me refiero para siempre. Tienes que encontrar a tu marido y traerlo contigo a Massachusetts. Como tu hermana.

—Katherine nunca se fue de Massachusetts.

—Exacto. Antes de que te des cuenta, ya habrás cumplido los treinta. Nueva York no es para gente que ha pasado de los treinta.

De repente me doy cuenta de que todo el mundo espera que regrese a casa, que no solo mi madre confía en ello. Todos dan por hecho que eso es lo que va a pasar. La idea me sienta como un puñetazo en el estómago. No se me ocurre nada peor que irme de Nueva York. Es mi refugio.

—Me gusta Nueva York.

—Ay, me encanta ir a ver los espectáculos. No hay nada mejor que Broadway para los musicales. ¿Pero para vivir? —Se estremece al oír sus propias palabras—. Y el tráfico. ¿Y dónde hay zonas verdes?

—Tenemos Central Park.

Se ríe como si yo fuera Jerry Seinfeld en su mejor momento.

—Lo digo en serio. No querrás criar a tus hijos sin espacio para que jueguen.

—Bueno, de momento no tengo planes de tener hijos.

—Sí, cariño, pero algún día los querrás, y te apetecerá que estén cerca de sus abuelos, ¿no? Podrás pasar los fines de semana en Cape Cod. Solo necesitas al hombre adecuado para que eso sea posible.

¿Es eso lo que todo el mundo ha estado esperando? ¿Que entre en razón y regrese a Boston?

Mi padre anuncia que nuestra mesa está lista y que debemos sentarnos. Me dirijo al extremo opuesto al de mis padres, pero todos encuentran sitio antes que yo. Somos unos veinte y, al final, hallo un sitio en el medio. La silla de al lado está libre y miro a mi alrededor en busca de Hunter. Lo veo venir hacia mí, pero justo cuando le hago un gesto con la cabeza hacia el asiento vacío de al lado, el tío Ralph se deja caer en él.

Es muy frustrante tener a Hunter tan cerca y, sin embargo, no poder estar solos los dos. Se sienta frente a mí e intercambiamos lo que parece una sonrisa cómplice.

Todos ocupan sus sitios: los padres de Ed se sientan en las dos sillas de un extremo de la mesa y mis padres, en el otro. Quizá sea cosa mía, pero ¿no deberían estar Ed y Katherine en la cabecera de la mesa? ¿O tal vez sea porque son los padres quienes organizan esta cena? Me parece que el protagonismo debería recaer en la feliz pareja.

Mi padre se levanta y hace tintinear el tenedor contra su vaso de agua.

—Solo unas palabras antes de que llegue la comida. Ha sido un placer que Ed se haya convertido en parte de la familia durante estos últimos años. Katherine es una hija tan dulce y especial que

nunca pensé que hubiera un hombre digno de ella, pero lo ha encontrado en Ed. Enhorabuena al señor y la señora Franklin por haber criado al hijo perfecto para nuestra hija perfecta. Intento no poner los ojos en blanco ante la descripción que hace mi padre de su hija perfecta. Katherine es la perfecta. Yo soy la imperfecta. Así es como nos distingue a las dos. Alguien me da una patadita en el pie debajo de la mesa. Levanto la cabeza de golpe y veo a Hunter sonriéndome—. ¿Hay algo que quieras decir, cariño? —le propone mi padre a mi madre, que niega con la cabeza, pero se pone de pie de todos modos.

—Solo quería decirte, Katherine, que estamos muy felices por ti. Has encontrado a tu señor Bingley, cariño. Y con toda la razón. Eres una hija amable, cariñosa y entregada, y sé que serás una esposa maravillosa.

Todo el mundo aplaude. Me pregunto si soy la única que piensa que ese brindis ha sido… que algo no encajaba. Todo ha girado en torno a Katherine y a su papel como hija y esposa. No a quién es en el fondo. Katherine es amable y cariñosa. Pero no es solo una hija. Quizá estoy siendo demasiado sensible. Llevar estos últimos días bajo el mismo techo que mi madre me está volviendo loca poco a poco.

Por suerte, los padres de Ed se saltan los discursos y se sirven los aperitivos. Hunter está sentado junto a la mujer del tío Ralph, mi tía Maude. Es, literalmente, mi idea del infierno. Ralph está casi completamente sordo, y su mujer compensa con creces su silencio.

—He oído que eres amiga de Ed —comenta Maude.

Persigo una gamba por mi plato e intento mantener la cabeza gacha por si alguien me lleva de nuevo a una conversación sobre volver a Boston. Pero, obviamente, estoy escuchando la conversación de Hunter con Maude.

—Así es. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Eres la hermana de la señora Jones?

—Sí. Somos como dos gotas de agua. No como Katherine y la pobre Lucy. —Inspiro hondo y pincho una gamba con el tenedor. —Hunter se limita a asentir y le da un sorbo a su vino—. Mi hermana y yo lo hacíamos todo juntas. Incluso salimos con dos hermanos a la

vez una vez. Y teníamos los mismos intereses. La misma visión de la vida. Nunca ha habido dos hermanas más unidas.

—Pero Katherine y Lucy están unidas —replica Hunter.

Maude lo piensa un momento.

—Sí, supongo que sí. Pero son más como primas que como hermanas. Son muy distintas. Katherine es muy hogareña, una persona muy cariñosa. —La mirada de Hunter se desliza hacia mí, y finjo no haber oído nada. Pero lo he oído, y mis mejillas se sonrojan intensamente. Mastico mi gamba como si estuviera hecha de melaza.

—¿Está bueno? —le pregunto al tío Ralph, que parece haber elegido la opción vegetariana. Intento distraerme del veredicto demoledor de la tía Maude sobre mi carácter.

—Comida, sí, claro que es comida. ¿Acaso crees que iban a servir ladrillos? —espeta.

Suspiro y me vuelvo hacia mi izquierda. Es un miembro de la familia de Ed que parece absorto en una conversación con quienquiera que esté a su izquierda. Me quedo en medio, escuchando cómo la tía Maude le dice al chico con el que me acuesto que no soy cariñosa.

—Lucy nunca ha sido… Bueno, está claro que no es tan inteligente como Katherine —dice Maude mientras yo sigo encogiéndome en mi silla.

—Pero es asistente jurídica, ¿no? —pregunta Hunter con toda la delicadeza del mundo.

—Sí, pero, sinceramente, no tengo ni idea de qué hace. Creo que esa gente solo se dedica a triturar papel. ¿Te acuerdas de esas enormes papeleras trituradoras? Apuesto a que tritura un montón de papel. Nunca se le dio bien estudiar.

—Tía Maude, sabes que puedo oírte, ¿verdad? —pregunto.

—¿Qué pasa? —replica, indiferente—. Solo digo que nunca se te dio bien el colegio.

—Saqué un doce con nueve en Selectividad.

—¿En serio? —se sorprende—. Pero ¿qué nota sacó Katherine?

Suspiro.

—Trece con uno.

—Ahí lo tienes. Katherine era más estudiosa. Pero era de esperar. Es más organizada que tú. ¿Te acuerdas de aquella vez que te olvidaste de sacar al gato y destrozó las cortinas de tu madre?

—Tenía trece años.

—El gato hizo trizas esas cortinas. —Mi tía se echa hacia delante e intenta llamar la atención de mi madre, que está sentada a la cabecera de la mesa—. ¿Te acuerdas de cuando Lucy se olvidó de dejar salir al gato?

Mi madre da un gritito.

—Ay, Dios mío. Esas cortinas eran carísimas y ahora están destrozadas. —Niega con la cabeza—. Pero yo no debería haber confiado en Lucy. Fue culpa mía.

—Estoy haciendo una lista —interviene mi padre—. Tu marido recibirá una factura cuando por fin te cases con todas las cosas que has estropeado y todos los desastres que hemos tenido que arreglar. —Se ríe entre dientes, y mi madre se une a él.

Soy el hazmerreír de la familia.

—Siempre he dicho que ibas a dar un montón de problemas, Lucy. Lo supe desde que te di a luz.

Suspiro. No quiero que me cuenten que lloré nada más salir del útero. Ya basta. ¿Puedo levantarme de la mesa sin que la gente piense que estoy montando un escándalo? A veces me canso de ser el chiste de la familia, la más débil de la camada, la chica que nunca consigue salir adelante.

—Yo no veo a Lucy así en absoluto —interrumpe Hunter—
. Quizá sea porque no la conocí de pequeña. Pero como mujer, no es la persona que describes. En absoluto. —Se me alegra el corazón al ver cómo sale en mi defensa. Katherine me apoya, pero Hunter no tiene nada que ver en todo esto. No tiene por qué ponerse de mi lado de esta manera—. Es una persona muy respetada en su trabajo. Es amable y abnegada. Guapa. Positiva. Quiere que todos los que la rodean sean felices. Creo que es… maravillosa.

Hunter se vuelve hacia mí y me sonríe. Su sonrisa rebosa calidez y alegría, y me siento muy agradecida de que esté aquí, defendiéndome, de mi lado.

—Bueno, claro que ahora está mucho mejor —comenta mi madre —. Pero ella y Katherine siguen siendo como el día y la noche. ¿Has visto lo que se puso para salir el miércoles por la noche?

A Hunter se le iluminan los ojos y asiente. Le está respondiendo a mi madre, pero me está mirando fijamente igual que lo hizo el miércoles, con los ojos llenos de fuego y deseo.

—Katherine está preciosa —digo, rompiendo la mirada de Hunter —. Y estoy deseando verla de novia.

—Sí —dice mi padre—. Será la novia perfecta.

La conversación deriva hacia la boda. Veo la oportunidad de alejarme de la mesa unos minutos y recomponerme. Sabía que esta semana de la boda iba a estar llena de comparaciones entre Katherine y yo, comparaciones en las que, inevitablemente, salgo perdiendo. Me había preparado mentalmente. Pero a veces sigue siendo duro.

Salgo del del restaurante para poder contemplar el agua e inspirar hondo un par de veces. Antes de darme cuenta, Hunter está a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de su traje de lino.

—Conocer a tu familia es… Es. —Nos apoyamos contra el pequeño muro de ladrillo que hay frente al restaurante.

—¿Te estás dando cuenta de lo mucho mejor que es Katherine en todos los sentidos?

—Para nada. Pero empiezo a entender por qué eres tan dura contigo misma. ¿Cómo no ibas a serlo si tus padres son aún más duros contigo? ¿Todas las reuniones familiares son así?

—¿Te refieres a las bromas sobre lo desastrosa que soy? ¿A las comparaciones poco halagadoras entre mi hermana y yo? ¿A los desaires? ¿A los comentarios maliciosos? —Asiento—. Más o menos, sí.

—No me extraña que te mudaras a Nueva York. —Se agacha y me da un beso en la cabeza, y yo me reclino contra él.

—Sí. Pero ahora que Katherine se va a casar, todos esperan que vuelva a casa. La mejor amiga de mi madre me acaba de preguntar, literalmente, cuándo voy a regresar para quedarme.

—¿Como si estuvieras fingiendo tener una vida en Nueva York? El hecho de que eso sea lo que esperan no significa que sea lo que

debas hacer.

—Lo sé. Pero es otra cosa más contra la que tengo que pelear. Las comparaciones con Katherine. Las historias sobre cómo lo eché todo a perder y lo mal que me iba cuando era pequeña. Y ahora todos me dicen que es hora de mudarme a Boston.

—¿Quieres hacerlo? —pregunta él.

—¿Me estás tomando el pelo? Nueva York forma más parte de mí de lo que Boston jamás lo hizo. ¿Y por qué demonios me quieren aquí si soy un auténtico desastre con patas?

—Creo que solo es una historia fácil por la que se han dejado llevar.

—Creo que siguen creyéndoselo. Aunque organicé el fin de semana de despedida de soltera perfecto. Nada de eso importa. Solo ven lo malo.

Hunter me rodea la cintura con el brazo.

—¿Les has contado que tu jefa quiere que estudies Derecho?

—Ni hablar. Probablemente me preguntarían si lo había entendido mal, o pensarían que miento para impresionarlos. De todos modos, no es que pueda hacerlo de verdad. No puedo estudiar, trabajar y convertirme en abogada. —Me cruzo de brazos y levanto la cabeza del hombro de Hunter—. Quiero mucho a mi hermana, pero estoy deseando que termine esta boda.

—Te quitarás un peso de encima.

—Mis padres volverán a lo que fuera que estuvieran haciendo, y yo podré irme a Nueva York. Ed volverá a centrarse en el trabajo, y…

—Y entonces Katherine se quedará embarazada, y Ed estará distraído con el embarazo de Katherine y, al final, con el bebé; y luego vendrá el segundo bebé, la varicela, los distritos escolares y todo lo que se te pueda ocurrir.

Intento asimilar lo que dice Hunter. Le preocupa la continua distracción de Ed. No es solo la boda lo que le frustra, sino la idea en sí misma de lo que la vida matrimonial supondrá para su negocio.

—Pero a Portis le va bien, ¿no?

Hunter asiente.

—Sí. Sin duda. Pero la oficina de Boston es, en realidad, el feudo de Ed.

—¿Vuestras cuentas están separadas?

—No, pero no sé qué pasa allí en el día a día.

—¿Quieres decir que no conoces a los clientes de Boston?

—De los grandes me encargo yo. De la mayoría, de hecho. Pero a medida que crezcamos, no voy a poder seguir controlándolo todo como lo hago ahora. No voy a poder ocuparme de todo.

—¿Hay que vigilar a Ed? —pregunto.

—Sí, si va a bajar la guardia.

—No parece propio de Ed.

—No. Pero la gente cambia. ¿No es eso lo que te gustaría que viera tu familia? Tú has cambiado para mejor. Pero Ed… Se ha perdido una reunión con un cliente.

Su voz no denota resentimiento, sino preocupación. Pero ¿por qué? Ed es el hombre más de fiar del planeta. Entonces me doy cuenta de que su preocupación está muy arraigada. Se remonta a décadas atrás. Me vuelvo hacia él.

—Ed no es tu padre.

Frunce el ceño y da un paso atrás, casi como si le hubiera dado un puñetazo.

—Nunca he dicho que lo fuera. Pero no voy a cometer el error de volver a confiar ciegamente en alguien.

Sus palabras me hacen estremecer y siento un nudo en el estómago. Creer en tu padre y descubrir que era un mentiroso debe de ser la peor traición posible. Al menos mis padres siempre han sido coherentes en su decepción hacia mí.

—Puedes confiar en Ed —le señalo—. Y en mí.

Suspira.

—Ya veremos.

Por primera vez desde Martha’s Vineyard, siento que se abre una distancia entre Hunter y yo, en lugar de que el horizonte se cierre sobre nosotros.

—Deberíamos volver dentro —digo.

—Sí. —Se aparta de la pared—. No queremos que seas la hermana que desaparece durante la cena de ensayo.

—Sin duda, esa será la anécdota del Día de Acción de Gracias —digo con un suspiro. Hunter me coge la mano y me da un beso en

los nudillos; la frialdad que había entre nosotros se disipa como la niebla de la madrugada.

—Estoy aquí para ti, Lucy.

—Y puedes confiar en mí. —No estoy segura de que me haya oído, porque ya se está dirigiendo de nuevo al restaurante y me lleva a rastras tras de sí. Aunque me hubiera escuchado, no estoy segura de que me creyera. No estoy segura de que Hunter vuelva a confiar en alguien.

28

HUNTER

Las tareas de padrino no son tan pesadas como pensaba. He tenido que encargarme de los anillos, darle ánimos a Ed cuando se ha puesto más nervioso y bailar con su madre y su abuela. Incluso mi discurso ha tenido una acogida muy cálida y la gente se ha reído en los momentos adecuados. Aunque no he podido evitar fijarme en que Lucy se reía más fuerte que la mayoría. Hasta donde yo sé, la boda ha sido todo un éxito. Katherine estaba guapísima y, cuando se lo he dicho, no ha encontrado ninguna pelusa invisible que quitarme de la solapa. Nadie se ha equivocado al pronunciar sus votos ante el altar y no he oído a la señora Jones citar a Jane Austen ni una sola vez.

Todo parece tan perfecto como Lucy podría haber imaginado para su hermana. Eso me hace más feliz de lo que jamás voy a admitir ante Lucy.

—Eres el mejor amigo que un tío podría tener —dice Ed, arrastrando un poco las palabras. Creo que nunca había visto a Ed borracho.

Le doy una palmada en la espalda.

—Tú también, amigo mío.

—Lo digo en serio. Te quiero muchísimo.

Me río entre dientes. Ahora nos estamos declarando nuestro amor. Esto es nuevo.

—Me encanta nuestra amistad. Me encanta nuestro negocio.

—Y quiero que seas el padrino de nuestro primer hijo — balbucea.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Katherine está embarazada?

—Todavía no, pero cuando llegue el momento, ¿me dirás que sí?

Me mira como si me estuviera pidiendo matrimonio y lo aterrorizara que lo rechazara, porque ya ha comprado el anillo y se lo ha contado a su familia.

—Sí, claro que seré el padrino.

—Lucy será la madrina, por supuesto. Esto es perfecto. Todo está saliendo bien. Ahora solo tenéis que comprometeros.

Lucy y yo no nos hemos estado ignorando, pero tampoco nos hemos visto mucho hoy. Esta mañana estábamos todos ocupados en nuestras respectivas *suites* del hotel. Desde la ceremonia, cada vez que miro a mi alrededor, ella está hablando con otra tía o tío mayor, haciéndolos felices a todos. Supongo que así es como debe ser en una boda cuando ella es la dama de honor, pero está claro que esto es a lo que Lucy está acostumbrada. Ansía con desesperación ser la hija que sus padres desean. Y por mucho que lo intente, nunca estará a la altura de Katherine a sus ojos. Porque ella no es Katherine y ni siquiera debería tener que intentar serlo. Ella es suficiente, aunque no se dé cuenta.

—Bueno, eso no va a pasar en un futuro próximo. Quiero centrarme en el trabajo. Ya lo sabes —respondo.

—El negocio va genial, tío. No tienes por qué preocuparte tanto.

—Alguien tiene que hacerlo.

—De verdad que no. El negocio se lleva solo.

—No, Ed. No es así. Tenemos que asegurarnos de que ofrecemos a nuestros clientes lo que les prometimos. Tenemos que asegurarnos de que cumplimos con la nueva normativa que va a entrar en vigor, y nosotros…

—Tengo una propuesta para ti —me interrumpe Ed.

—Siento decírtelo, tío, pero ya estás casado.

Ed se ríe como si le hubiera contado el mejor chiste del mundo.

—No, pero en serio, creo que tenemos que contratar a alguien. Quizá a un par de personas. Una puede encargarse de la normativa y su cumplimiento. Y necesitamos un responsable de oficina muy bueno.

—Pero yo me encargo de los asuntos normativos y de su cumplimiento…

—Claro, y tú estás trabajando sin descanso. Sé que has cubierto mi ausencia durante los preparativos de la boda. Necesitamos más gente. Pero si contratamos a más personas, tendrás que estar dispuesto a soltar un poco las riendas.

¿Soltar un poco las riendas? ¿Eso era lo que hacía mi padre cuando empezó a perder el rumbo en su negocio? Probablemente llegó a un punto en el que pensó que el negocio se gestionaba solo y que podía relajarse un poco. No quiero caer en la misma trampa.

—Ya hablaremos de esto en otro momento. —Estoy seguro de que cuando Ed esté sobrio cambiará de opinión. Sabe que hay que dirigir los negocios con mano firme.

—Lo digo en serio, tío. Debes tener una vida. Los dos la necesitamos.

—No me importa trabajar duro —replico.

—A mí tampoco. Pero también quiero pasar tiempo con mi mujer, y pronto vamos a tener hijos. Quiero trabajar, pero también quiero poder disfrutar de vacaciones en familia y de las barbacoas de los domingos.

Esto era justo lo que me temía: las prioridades de Ed han cambiado. Ya no piensa en el trabajo ni en llevar un negocio. Solo piensa en las vacaciones y en no trabajar. Y eso que aún no tiene hijos. Quizá debería ofrecerme a comprarle su parte de Portis, pero no me lo puedo permitir y, además, fue idea suya desde el principio. Siento un hormigueo en la nuca y muevo la cabeza de un lado a otro, intentando liberar la tensión que se va acumulando, pero no sirve de nada.

—Seguro que quieres pasar más tiempo con Lucy —continúa Ed —. Ir a buscar antigüedades o lo que sea que hagáis vosotros dos cuando salís juntos.

—¿Ir a buscar antigüedades? —repito, preguntándome si me conoce en realidad. No soy de los que van a buscar antigüedades, joder.

—O quizá podrías volver a pescar —sugiere Ed—. Necesitamos equilibrio en nuestras vidas. Tenemos que disfrutar.

La idea de ir a pescar me provoca una opresión en el pecho y es como si la temperatura del salón de baile hubiera subido diez

grados; hasta me pregunto por qué no se han quitado más hombres el esmoquin. Lo último que me apetece es volver a pescar de nuevo.

—Ya comentaremos todo esto cuando regreses de la luna de miel. —Le doy una palmada en la espalda. Necesito tomar el aire.

Mientras me dirijo hacia la salida, veo que las chicas se han reunido para coger el ramo de Katherine. Lucy se ha hecho a un lado, a pesar de que Katherine le ha rogado que se ponga en el centro.

En algún momento me permití creer que todo iba a salir bien. Era solo un atisbo de esperanza, la más mínima pizca de optimismo de que no iba a ser un completo fracaso, y ahora pasa esto.

Que le den a esta gente. Que les den a las bodas. Que le den a la pesca. Que le den a todo.

Llego a la salida cuando estallan los vítores a mi espalda. Alguien ha atrapado el ramo.

Pero yo solo necesito respirar, salir de aquí, escapar.

Quiero posponer un poquito más la realidad de lo que Ed acaba de decir. Necesito poner en orden mis ideas. Quiero pensar en lo que Ed quiere decir en realidad… y en lo que no me ha dicho; en lo que está ocultando. ¿Quiere salir del negocio de todo? ¿O tal vez solo quiere ser un socio en la sombra? Estamos ganando mucho dinero, pero tampoco el suficiente para que él no vuelva a trabajar nunca más. Sobre todo si Katherine y él tienen pensado formar una familia. ¿Tiene otros planes? Quizá quiera trabajar para la competencia. O quizá no quiera ser su propio jefe y solo quiera trabajar de nueve a cinco.

Me acerco a trompicones al banco que hay debajo del manzano que tengo delante y me apoyo la cabeza en las manos. La música ha vuelto a sonar y me pregunto si podría irme al hotel. ¿Alguien se daría cuenta de que me he ido? Necesito tiempo para pensar. Siempre he sabido que Ed y yo somos diferentes. Él proviene de una familia adinerada de Boston. Mi familia es de una buena estirpe irlandesa de clase trabajadora. No somos tan refinados como Ed y esperamos tener que trabajar. Quizá Ed tenga alguna herencia de la que yo no sé nada. Mis pensamientos son un caos, y lo único que quiero es quitarme este estúpido esmoquin y respirar.

—Oye —dice alguien. Tengo la cabeza entre las manos y no levanto la vista. Sé que es Lucy. No necesito verla para saberlo. Se sienta a mi lado en el banco—. He cogido el ramo. Bueno, Katherine me lo ha pasado. No sé si cuenta. —Se detiene—. ¿Estás bien? Te he visto hablando con Ed. —Asiento, pero no encuentro las palabras oportunas para responderle. Me acaricia la espalda y, por fin, me relajo—. ¿Qué te ha dicho para que te hayas venido abajo?

—Necesito dar un paso atrás —suelto sin pensar.

—¿En el negocio?

Niego con la cabeza.

—En todo lo que no tenga que ver con el negocio.

Voy a tener que ser yo quien se encargue de todo esto. No puedo contar con Ed. No quiero incorporar a gente nueva. Si él va a dar un paso atrás en el negocio, yo tengo que dar un paso adelante. Tengo que trabajar más duro. Más duro de lo que ya lo estoy haciendo ahora mismo. Tengo que mantener las cosas en marcha. La miro de reojo y parece como si le hubiera dado un puñetazo. Me odio a mí mismo, pero no tengo otra opción. Tengo que volver a centrarme.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Lucy.

—Quiere distanciarse de Portis. Quiere que yo «suelte las riendas». —Mi mente va a mil por hora, intentando encontrar soluciones, dar con la fórmula mágica que resuelva este problema.

—Joder —suelta. Sabía que esto iba a pasar. ¿Por qué no estaba más preparada?—. Pero no te ha dicho que quiere dejarlo, ¿verdad? —pregunta ella.

Por lo que parece, sí.

—No —respondo—. Solo quiere llevar una vida más equilibrada. Hacer barbacoas los fines de semana y cosas así. No lo sé.

—¿Y eso no es lo que tú quieres? Tú trabajas muy duro, Hunter.

—La razón por la que tenemos un negocio próspero es porque yo trabajo muchísimo.

Ella suspira a mi lado.

—Si tú lo dices…

—¿Qué? —pregunto. Estoy absorto en mis propios pensamientos, pero tengo la sensación de que ella me está transmitiendo alguna sabiduría importante que no quiero perderme.

—Si crees que tienes éxito porque trabajas muchas horas, entonces tienes éxito porque trabajas muchas horas.

¿Está diciendo que mi éxito no se debe a lo mucho que me esfuerzo? Ella sabe a qué hora llego a la oficina y a qué hora me voy.

—Dirigir tu propio negocio te ocupa toda la vida. Así son las cosas.

—Si te lo crees, es verdad. —Se levanta y se estira el vestido, como si ya hubiera terminado.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, a menos que te des cuenta de que tu éxito es algo más que las horas que le dedicas, nunca vas a trabajar menos horas. —No tiene sentido responder. Lucy nunca ha trabajado por cuenta propia y no lo pilla. No entiende lo que supone ser responsable de pagar los sueldos y asegurarse de no incumplir el contrato de alquiler. Ella juguetea con una de las flores del ramo—. La cuestión es que, si eso fuera cierto, el éxito tendría un límite. No existirían Warren Buffett ni Steve Jobs. La gente tendría un límite en lo que podría lograr, porque el día solo tiene un número determinado de horas. —Intento entender lo que dice, pero es como si estuviera hablando de física cuántica. No consigo comprenderlo y ya tengo demasiadas cosas dando vueltas en la cabeza. No puedo asimilar nada más—. Te voy a dejar que des un paso atrás para apartarte de mí y me voy a disfrutar de la fiesta.

Esta es mi oportunidad. Podría decir que no era mi intención alejarme de ella, porque no quiero perderla, pero no tengo otra opción. Tengo que dejarla marchar.

Se da media vuelta y vuelve a entrar en la carpa. Una parte de mí quiere enterrar todo lo que siento tras mi conversación con Ed y seguirla. Quiero bailar, reír y abrazarla con fuerza. Quiero pasar la noche desnudo y en sus brazo, sintiendo su aliento en mi piel y sus dedos entre mi pelo.

Pero sé que ahora no es el momento de perder los nervios ni de ceder a la tentación. Estamos en un punto de inflexión. Ed ha dado un paso atrás y yo tengo que dar un paso adelante. Tengo que salvar este negocio.

Tengo que salvarnos.

29

LUCY

Me quito los zapatos en cuanto cruzo la puerta de casa. En la pared que tengo delante cuelga un espejo con marco dorado que mi madre me compró cuando me mudé a este piso. Nunca me ha gustado. Es anticuado, y no en ese sentido *vintage* tan chulo. No es tanto «estilo abuelita chic» como estilo «abuelita, no, gracias». Mi madre incluso eligió dónde colocarlo. Decía que siempre era bueno tener un espejo cerca de la puerta de entrada para poder mirarse antes de salir.

Pero lo odio, y cada vez que entro en mi piso me acuerdo de que lo odio. Sigue ahí, todos los días, a pesar de que lo aborrezco, aunque mi madre no haya vuelto a visitarme desde que vino cuando me mudé hace tres años. Dejo caer mi bolso al suelo y alargo la mano hacia el espejo. Se desengancha fácilmente y lo saco de la pared. Me alejo un poco para mirar el espacio vacío donde estaba. Parece un poco desolado, pero quizá podría encontrar un cuadro para ponerlo ahí en su lugar. Vuelvo a colgar el espejo en el gancho y me sirvo un vaso de agua.

Se me está acabando el plazo para inscribirme en el examen de acceso si quiero presentarme antes de que se cierren las inscripciones para la facultad de Derecho en septiembre. Además, tengo pendiente responder a un correo de Sharon en el que me pregunta si estoy interesada en que me proponga para una de las becas internas que se convocarán este año. En nuestro bufete de abogados existe una regla no escrita según la cual los correos de los socios nunca deben esperar más de una hora, y eso solo si estás en una reunión o en una llamada por otro asunto. El correo de Sharon lleva en mi bandeja de entrada desde las diez y cuarto de esta mañana, y todavía no le he respondido. Si quiero una beca para la

facultad de Derecho, tengo que contestarle antes de acostarme esta noche, o puedo olvidarme del tema.

Le doy un sorbo al agua. Pensaba que el trayecto a casa desde la oficina me aclararía las ideas y me permitiría pensar, que me ayudaría a tomar una decisión, pero no ha sido así. Tampoco lo hace el agua. Ni estar en casa.

Cojo el portátil y me siento en el sofá. Si le digo que quiero que me tengan en cuenta, eso no significa que vaya a conseguir automáticamente la beca, ¿verdad? Puede que no me admitan en la facultad de Derecho. Puede que ni siquiera saque una nota lo bastante alta en el examen.

El libro de preparación que Hunter y yo compramos —hace ya lo que parecen meses— está sobre la mesa de centro del salón. Dejo mi portátil a un lado, cojo el libro y voy pasando las páginas como si en alguna de ellas pudiera estar la respuesta al correo de Sharon.

He intentado resolver mentalmente algunas de las preguntas. No he puesto nada por escrito. Ni siquiera he reservado tiempo en mi agenda para estudiar. Aunque ahora tengo más tiempo libre, ya que Katherine y Ed están de luna de miel y Hunter ha dado un paso atrás.

Un paso atrás respecto a mí. Respecto a nosotros.

De la vida.

Quizá tenga razón. Desde luego, tengo más tiempo libre, ya que esta semana no he hecho las pausas para comer y me he pasado todas las noches en casa. Las horas que he recuperado en mi agenda podría dedicarlas por completo al examen. Es lo que haría Hunter, ¿no? Sin duda, en este mismo momento sigue en la oficina. Preocupándose. Estresándose. Cargando con el peso del mundo sobre sus hombros. No puedo culparlo. Teniendo en cuenta lo que pasó con su padre, es totalmente comprensible que no quiera que fracase otro negocio del que está a cargo, pero no parece darse cuenta de que, cuando se hizo cargo de la empresa de su padre, ya había quebrado. Por lo que he podido averiguar, Hunter fue un mero espectador en toda aquella situación. Nada de lo que hubiera hecho lo habría protegido de las consecuencias.

Y así sigue: protegiéndose de las consecuencias. Incluso ahora. Siempre está alerta, a la espera de que vuelva a suceder. Es lo único que tiene cabida en su mente. Me rompe el corazón no estar con él, pero también saber que está sufriendo y que no ve una salida.

Dejo a un lado el libro y vuelvo a ponerme el portátil en el regazo. Leo el correo de Sharon por décima vez. ¿Qué voy a decirle?

«¿Estás segura de que no me has confundido con otra persona?

Mi madre cree que no soy capaz ni de vestirme sola, y mucho menos de estudiar Derecho. ¿Cómo puedes estar tan segura de que sí lo soy?

Claro, me apuntaré a la beca, pero no te preocupes, nunca tendrás que pagar nada porque no van a admitirme ».

Mi teléfono vibra y me apresuro a sacar el móvil del bolso, que me había dejado en el pasillo.

Son fotos del chat de grupo que tenemos Ed, Katherine, Hunter y yo. Katherine con un bikini rojo, sosteniendo una concha. Katherine y Ed con unos cócteles en la mano. Ed con un tubo y unas gafas de buceo puestas. Parece que se lo están pasando en grande. Es bonito que quieran compartirlo con nosotros.

Hunter y yo no hemos roto oficialmente porque, en realidad, nunca estuvimos juntos oficialmente. No le he contado nada a Katherine porque no quiero que nada le estropee los buenos momentos que está pasando en su luna de miel. Y quizá una parte de mí espera que la conversación que tuve con Hunter quede en el olvido ahora que él ha tenido la oportunidad de asimilar lo que Ed quería decirle.

A Ed le encanta trabajar con Hunter y no quiere echarse atrás en ningún sentido significativo. Lo único que ocurre es que no quiere trabajar todo el tiempo. Por otra parte, no tiene la trayectoria que tiene Hunter.

Mientras voy pasando las fotos, recibo una videollamada de Katherine.

—Belice tiene un aspecto horrible —digo con tono dramático cuando Katherine aparece en la pantalla. Está en la habitación del hotel y Ed está detrás de ella.

—Es horrible. Te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí.

—Es nuestra luna de miel —murmura Ed a sus espaldas—. No puedes echar de menos a tu hermana durante la luna de miel.

—¿Me estás diciendo que no me echas de menos, Ed? —río.

Se vuelve hacia la pantalla y se acerca un poco más.

—¡Claro que no! Belice es increíble y se está de maravilla sin tener que organizar la boda ni preocuparse por… nada.

Se me inunda el corazón de alegría al verlos a los dos tan felices.

—¿Has visto mucho a Hunter desde la boda? —pregunta Katherine, esperanzada e ilusionada. Soy muy afortunada por tener a Katherine. Se alegra de verdad cuando yo estoy feliz. El sentimiento es totalmente mutuo.

La pregunta me provoca un dolor sordo y profundo en el interior.

—La verdad es que no —respondo con sinceridad—. Está muy ocupado. Y… preocupado por algunas cosas.

Ed cambia de sitio con Katherine, de modo que ahora él está sentado donde ella estaba y ella está en su regazo.

—¿Está muy estresado? —pregunta.

—Sí. Creo que sí.

—Recuerdo haberle dicho que teníamos que contratar a más gente para poder disfrutar de nuestras vidas. No le sentó nada bien. —Suspiro. No hay nada que pueda decir para arreglar esto. Entiendo por qué Hunter se lo ha tomado tan mal. Ojalá pudiera hacerle ver que Ed está intentando ayudarlos a los dos. No va a traicionar a Hunter. Lo sé pero lo único que ve Hunter es que la historia se repite —. ¿Puedes convencerlo de que no estoy intentando arruinar nuestro negocio? Los dos hemos trabajado demasiado duro como para permitir que eso ocurra.

—No creo que esté en condiciones de escucharlo, Ed. —En su mente no hay espacio para la esperanza ahora mismo.

—¿Eso también ha tensado las cosas entre vosotros dos? —pregunta Katherine.

—Un poco —respondo—. Pero yo también he estado muy ocupada en el trabajo. Tengo que responder a una de las socias para decirle si quiero que me tengan en cuenta para una beca que ofrece el bufete para asistir a la facultad de Derecho.

—¿Qué? —pregunta Katherine.

Me estremezco por dentro al darme cuenta de que he expresado en voz alta lo que pensaba para mis adentros.

—¿No te había dicho que una de las socias se había ofrecido a ser mi mentora? Me comentó que debería plantearme estudiar Derecho por las tardes. —Intento que mi tono suene natural, pero se me da fatal fingir.

Katherine frunce el ceño y se acerca a la cámara como si intentara leer una letra pequeña.

—¡No! —exclama Katherine—. No me habías contado nada. ¿Cuándo fue?

—No lo sé. En algún momento antes de la boda. Todo fue muy confuso.

—¿Y qué te dijo? ¿Quieres estudiar Derecho?

Ahora que se ha descubierto el secreto, más vale que lo confiese todo.

—Ella cree que tengo mucho potencial y que debería presentar la solicitud. Pero, por otra parte, soy una buena asistente jurídica. ¿De verdad quiero trabajar durante años sin saber siquiera si llegaré a ser abogada? Quizá no se me dé bien, o quizá ni siquiera me gradúe. Es una inversión de tiempo enorme, por no hablar de todo ese dinero. Podría echarlo todo a perder, y…

—Pero fue ella quien se puso en contacto contigo, Lucy. Cree que puedes hacerlo.

—Sí, pero es para ese nuevo programa que han puesto en marcha, destinado a animar a las mujeres de la empresa a desarrollar todo su potencial. Probablemente tengan que cumplir alguna cuota o algo así.

—Es increíble que hayan pensado en ti. ¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Me alegro muchísimo por ti!

—Es que quería que te centraras en la boda. Y ni siquiera estoy segura de si voy a seguir adelante con ello.

—Lo siento mucho, Lucy —se lamenta Katherine—. He estado tan liada con los preparativos de la boda… Pero vas a hacerlo, ¿verdad? Siempre me ha parecido una pena que no estudiaras Derecho.

—¿De verdad? —pregunto.

—Sí. ¿Por qué al final no fuiste a la facultad?

—Era demasiado caro. Demasiado arriesgado. Es una gran responsabilidad si te quedas a mitad de camino.

—No creo que sea un riesgo. Al menos para ti. Siempre has conseguido todo lo que te has propuesto. Eres la persona más decidida que conozco.

Ed asiente y no puedo evitar sonreír. A veces dudo de las palabras tranquilizadoras de Katherine, cuando me dice que lo que opina mi madre sobre mí no es cierto. No sé por qué. Ella siempre me ve de la misma manera.

—Pero es una locura, ¿verdad? En realidad no puedo hacerlo.

—¿Por qué es una locura? —pregunta Katherine.

—¿La facultad de Derecho? ¿Yo? Mamá diría que…

—Mamá es tonta —me interrumpe Katherine—. No permitas que te diga lo que puedes o no puedes hacer. Si quieres hacerlo, deberías hacerlo. —Katherine suelta un chillido y, por un instante, creo que se está riendo de mí. Que va a decir *«¡Es broma! Claro que no puedes estudiar Derecho. ¿Quién te crees que eres?»*— . ¿Todavía tienes ese cuenco en la mesita del salón? —Echo un vistazo al cuenco de cristal marrón que mi madre me compró como regalo de graduación—. Gira la cámara —ordena Katherine—. Apuesto a que todavía lo tienes.

—¡Era un regalo! —me defiendo.

—Es horroroso. ¿Lo has visto, Ed? —Ed niega con la cabeza—. Enséñaselo a Ed. Te morirás de la risa cuando veas lo feo que es. Te juro que fue un regalo de lo más raro. Sobre todo teniendo en cuenta que a mí me regalaron un collar de Tiffany cuando me gradué. —Esperaba recibir exactamente el mismo regalo que mis padres le habían hecho a Katherine cuando se graduó dos años antes: un collar de plata con un corazón colgando. Cuando desenvolví el cuenco de color lodo, me dije a mí misma que, para empezar, no debería haber esperado ningún regalo, y que, si no me gustaba el cuenco, iba a parecer una desagradecida—. ¿Habías pedido el cuenco? — pregunta Katherine.

—¿Acaso crees que pediría un cuenco marrón como regalo de graduación?

—Yo pedí el collar de Tiffany —dice Katherine.

La afirmación de Katherine me pilla por sorpresa. No se me había ocurrido.

—Habría dado igual. De todas formas me habrían regalado el cuenco. —Lo cojo de la mesa y lo levanto para que Ed lo vea.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué lo tienes ahí? —pregunta Katherine—. ¿Para torturarte?

Es una buena pregunta. Detesto ese cuenco. Siempre lo he aborrecido. Pero lo eligió mi madre. Tenía que dejarlo a la vista, ¿no?

—¿Y si mamá viene y no está ahí?

—¿Cuándo fue la última vez que fue a tu piso? Joder, ¿cuándo fue la última vez que fue a Nueva York?

Sé la fecha exacta.

—Cuando me mudé aquí.

—Ay, Dios, sí, y te llevó ese espantoso espejo que le había regalado la vecina de enfrente, que murió al día siguiente.

—¿Qué?

—¿Era Betty? ¿O Beverley? Ya sabes, la mujer de enfrente. Le regaló el espejo a mamá, y luego mamá te lo regaló a ti por la inauguración de la casa porque no lo quería. —Llevo tres años con ese horrible espejo en el pasillo porque pensaba que mi madre me lo había comprado con cariño y esmero, y porque quería que tuviera buen aspecto al salir de mi piso. Pero no se trataba de eso, sino de que estaba utilizando mi piso como centro de reciclaje—. ¡No me digas que todavía lo tienes ahí colgado! —exclama Katherine entre carcajadas.

Pero a mí no me hace ninguna gracia. El espejo. El cuenco. Son símbolos de cómo mi madre finge que le importo, de cómo finge mostrar cariño cuando lo que está haciendo es exactamente lo contrario.

—¿Qué os regalaron mamá y papá por la boda? —pregunto.

—Ah, solo algo de dinero —responde Katherine con naturalidad.

—Mucho dinero —la corrige Ed—. Demasiado.

—Pagaron la luna de miel. Y algo más —murmura Katherine. Se ha dado cuenta de que mi madre nos trata de forma diferente y sabe que ella sale ganando. Y no la culpo.

Resulta que sé que la luna de miel costó más de veinticinco mil dólares. También sé que mis padres han pagado al menos otro tanto para sufragar los gastos de la boda, a pesar de que Ed les dijera que ellos mismos se harían cargo. ¿Desde cuándo tienen mis padres tanto dinero? Estoy segura de que no tienen otros veinticinco mil ahorrados para cuando yo me case. Mi madre probablemente rebusque en el mercadillo local y me regale un zapato viejo o algo así.

No se trata del dinero, claro está. Se trata de que a Katherine la tratan de forma diferente. Como si yo fuera algo secundario. No me habría importado que mi madre me hubiera regalado una piedrecita de la playa por mi graduación si hubiera sido un detalle sincero. Pero el cuenco marrón no salió de su corazón, y tampoco el espejo del pasillo.

—¿Les has dicho que te vas a mudar? —Me planteo si eso cambiará la dinámica. Puede que mi madre le preste más atención a Katherine, pero sigue siendo controladora y autoritaria.

—Todavía no, pero nos han aceptado la oferta que hemos hecho por una casa —contesta Katherine.

—Qué bien. Entonces, ¿os mudaréis pronto?

—Con suerte, nos habremos instalado antes de las fiestas.

Es obvio, pero me llama la atención que Katherine vaya a pasar las fiestas casada por primera vez este año. Ahora tiene compromisos con Ed durante esas fechas. Por supuesto, puede que mi madre haga todo lo posible para que vayan a su casa, pero ya noto que la influencia que tiene sobre Katherine se ha debilitado.

Katherine tiene ahora su propia familia.

Y no sé en dónde me deja eso. No soporto la idea de pasar el Día de Acción de Gracias en Boston con una madre que, lo sé, preferiría tener a Katherine como invitada en lugar de a mí.

Me invaden unas ganas tremendas de mandarlo todo a paseo. Necesito despejar la mente para que las cosas positivas puedan nacer en mi interior.

—Tengo que irme —anuncio—. Sigue enviándome fotos. Te quiero. —Le lanzo un beso a la pantalla y, antes de que Katherine pueda decir nada, cuelgo. Me levanto de un salto, cojo mi regalo de

graduación del sofá y salgo furiosa del salón. Cojo las llaves y vuelvo a desenganchar el espejo de la pared. Prefiero tener una pared en blanco que un espejo de una vecina fallecida cuyo nombre ni siquiera recordamos. Me calzo los zapatos y bajo a la acera. El restaurante que está dos puertas más abajo está sacando la basura del día. No me lo pienso dos veces antes de tirar el cuenco y el espejo en el cubo de basura metálico.

Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

Ninguna de esas cosas significaba nada para mi madre. Y tampoco significan nada para mí. Nada bueno, al menos.

Vuelvo a mi piso, cojo mi portátil y pulso «Responder» en el correo de Sharon. No tengo nada que perder por decirle que me gustaría que me tuvieran en cuenta para esa beca. Vale, puede que no la consiga, pero mi madre nunca se enterará. Katherine ni siquiera tiene por qué saberlo. No tengo por qué decírselo a nadie.

Sharon responde de inmediato, diciendo que le alegra que haya tomado esa decisión y que se pondrá en contacto conmigo para darme más detalles.

Me siento bien. Creo que he tomado una decisión basada en lo que yo quiero en lugar de en lo que los demás piensan de mí. Vale, quizá no esté del todo segura de querer estudiar Derecho. De hecho, ni siquiera estoy del todo segura de presentarme al examen de acceso, pero de una cosa estoy segura: Sharon es inteligente. Quizá ella ve algo en mí que yo no veo. Estoy aprendiendo que no siempre puedo fiarme de lo que creo de mí misma, pero mientras lo voy descubriendo, puedo permitirme confiar en las personas que ven lo mejor de mí. Es lo que mi madre debería haber hecho toda mi vida, en lugar de compararme con Katherine y menospreciarme. No puedo cambiarla ni puedo cambiar el pasado, pero sí puedo empezar a construir un futuro basado en quién soy hoy en lugar de seguir creyéndome el desastre con patas que mi padre parece pensar que soy.

Cojo el libro de preparación para el examen y lo abro por el capítulo uno.

30

HUNTER

La elección entre el bocadillo de albóndigas Diez negritos y el de pavo Lo que el viento se llevó no debería ser difícil, pero ya me he puesto dos veces a la cola y luego he tenido que irme al final porque no consigo decidirme.

Es la primera vez que salgo a la calle a la luz del día desde… Ya he perdido la cuenta. ¿Una semana? Quizá más. No he estado durmiendo en la oficina, pero he estado trabajando más horas de lo habitual. He llegado a casa a la una de la madrugada y he vuelto a las cinco. Tampoco he hecho pausas para comer ni para ninguna clase de descanso. Ni siquiera he podido ir al gimnasio.

Estoy cansado. Muy cansado. Pero lo único que me ha hecho salir hoy es que mi asistente está de baja por enfermedad. Y quizá echo de menos ver la luz del día, aunque sea un poquito.

—Hola. —Sé que es Lucy antes incluso de volver la cabeza. El alivio me inunda como una lluvia cálida.

—Hola —le respondo—. Me alegro de verte. —Tampoco es que nos hayamos separado en malos términos, pero le dejé claro que mi prioridad después de la boda iba a ser el trabajo. Supongo que entendió que eso significaba que no iba a tener tiempo para ella.

—Pareces cansado —comenta. Su expresión se suaviza y me dan ganas de sumergirme en el reconfortante verde mar de sus ojos.

—Estoy bien. —Pero no estoy bien. Tengo hambre. Y estoy agotado.

—¿Qué vas a pedir? Yo creo que hoy voy a tomar el Persuasión.

—Normalmente te decides por el Gran Gatsby.

—Sí —acepta ella—. Pero las cosas cambian. Estoy probando cosas nuevas. —Se contiene para no decir nada más, y puedo ver

cómo le da vueltas en la cabeza a algo—. A ver, no todo son cosas nuevas, solo pequeños detalles como deshacerme de objetos de mi piso que no me gustan. Ya sabes…

—¿Y nuevas clases de bocadillos?

—Exacto. Ayer me compré uno… Creo que se llamaba Historia de dos ciudades.

—Vaya —digo, genuinamente sorprendido.

Ella se ríe.

—Lo sé. Tampoco es que sea muy revolucionario, pero creo que todos vivimos siguiendo ciertos patrones, creyendo en ciertas verdades, y a veces viene bien ir un poco más allá. Crear nuevos patrones y… No sé. Quizá se trate solo de… ver lo que tenemos delante. Ver las rutinas y las supuestas verdades y cuestionarlas un poco. —La miro a la cara, tratando de averiguar si lo que está diciendo va dirigido a mí. ¿Está intentando enviarme un mensaje? En su expresión no veo nada más que pura sinceridad. Pura franqueza. Porque así es Lucy—. He tirado un cuenco —dice, como si eso fuera a responder a todas las preguntas que tengo—. Y un espejo. Y unos pantalones horribles que, según mi madre, me quedaban bien. Si tuviera cincuenta y seis años, probablemente me quedarían bien, pero aún no he llegado a esa edad. También tiré unas flores artificiales que compré porque las vi en una revista y pensé que quedarían bien, pero la verdad es que nunca me gustaron. Así que fuera también. —Le hago un gesto con la cabeza, porque no estoy muy seguro de qué quiere que le diga y me gusta mirarla. Me gusta escuchar lo que tiene que decir. Me gusta estar cerca de ella—. La echo de menos—. Seguramente pensarás que estoy loca por guardar todas estas cosas que no me gustan, pero durante mucho tiempo, para mí tenía sentido. Y, de repente, he visto este patrón de comportamiento tan extraño y ya no puedo dejar de verlo, ¿sabes? —Señala con la cabeza hacia delante y me doy cuenta de que la cola ha avanzado y que ya estamos llegando al principio. Y no quiero que llegue nuestro turno, porque entonces ella tendrá que regresar a su oficina y yo a la mía—. ¿Te has decidido? Normalmente pides el Jane Eyre, ¿no?

Sí. Siempre pido el Jane Eyre de pastrami. No sé por qué he llegado dos veces al principio de la cola y sigo sin decidirme. La respuesta siempre es la misma.

—Quiero saber más sobre esas novedades —suelto de repente—. ¿Te puedes quedar? ¿Comer conmigo?

Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro, y es tan contagiosa que las comisuras de mi boca se levantan. Me duele un poco, como si mi boca no estuviera en forma.

—Si tienes tiempo, claro.

Pagamos los bocadillos e intentamos encontrar una mesa. Cuando veníamos antes a comer aquí siempre nos sentábamos a la sombra, pero la única mesa libre está al sol.

—¿Te parece bien que nos pongamos al sol? —le pregunto.

—Sí —suspira—. De verdad que sí. —Nos sentamos y desenvolvemos nuestros bocadillos en silencio. No me importa que el ambiente sea un poco incómodo, siempre y cuando ella esté cerca. Percibo un ligero aroma a rosas y siento cómo se me relajan los músculos de la mandíbula. Lucy es justo lo que necesitaba hoy. Es a quien he necesitado estas últimas semanas. Es alegre y radiante, y justo lo contrario de lo que pensaba que era cuando la conocí—. ¿Has visto las fotos de Ed y Katherine? —pregunta, rompiendo el silencio—. Parece que se lo están pasando de maravilla. —Cojo el móvil. Creo que no me he molestado en mirar las fotos—. Están en nuestro chat de grupo —explica, como si supiera que no las he visto.

Abro las fotos. Sol. Arena. Sonrisas.

—Tienes razón. Parecen felices.

En cuanto pronuncio esas palabras, me doy cuenta de lo infeliz que soy. No soy feliz en absoluto. Estas últimas semanas, solo he estado sobreviviendo. ¿Así es ahora mi vida? ¿Nada más? ¿Solo una comida a toda prisa cada pocas semanas con la mujer que ha significado más para mí que nadie que pueda recordar? ¿Unos pocos y preciosos momentos de sol antes de que las sombras de los edificios de alrededor me sumerjan de nuevo en la oscuridad? ¿Este es el precio que tengo que pagar para mantener a flote el negocio que Ed y yo hemos levantado?

—Este fin de semana me voy a Massachusetts. —Hace una pausa y me doy cuenta de que está esperando a que le diga si voy a ir.

—Ah, sí. Ed me invitó, pero no puedo ir. Es el cumpleaños de mi madre, así que voy a ir a Pensilvania.

—¿No te parece extraño que tú vinieras de un lado de Nueva York y yo del otro, y que hayamos acabado aquí?

—Nueva York nos acoge a todos —respondo—. Nos da a todos una segunda oportunidad. La oportunidad de reinventarnos.

Ella suspira.

—Vaya, me gusta eso. Una oportunidad para reinventarnos. Sí. —La observo mientras contempla la ciudad. La piel de sus mejillas parece tan suave que me muero de ganas de alargar la mano y deslizar los nudillos por su rostro. Se sube las gafas de sol y se las pone sobre la cabeza—. La primera vez fue así para mí, sin duda. Me mudé y, por primera vez en mi vida, dejé de estar a la sombra de Katherine. Vine aquí como asistente jurídica. Nadie en Boston habría imaginado jamás que acabaría siendo asistente jurídica. Katherine era la lista. La organizada. Pero ¿sabes qué?

Estoy fascinado. Quiero oírlo.

—¿Qué?

—Soy una asistente jurídica estupenda. ¿Y sabes qué más?

—Dímelo. —Me encanta cómo se le arruga un poco el puente de la nariz cuando habla con pasión. Es tan expresiva… Lleva el corazón en las manos y le muestra a todo el mundo quién es.

—Soy inteligente. Y organizada. Y soy una buena hermana. Una buena hija. No, no soy Katherine, y nunca voy a ser Katherine, y me parece genial.

—A mí también me parece genial —digo.

Ella se ríe.

—Probablemente no tenga mucho sentido lo que digo. Y no pretendo que estés de acuerdo…

—Pero sí que estoy de acuerdo. —La echo mucho de menos. Quiero hacer que se siente en mi regazo y hundir la cara en su cuello. Sé que abrazarla me hará sentir mejor—. Eres una buena persona, Lucy. Y, por supuesto, eres inteligente, organizada y todas esas otras cosas buenas. Nunca lo he dudado.

Nos miramos a los ojos y los dos esbozamos una sonrisa. No estoy seguro de por qué sonreímos. ¿Por el verano neoyorquino? ¿Por los bocadillos? ¿Por la felicidad que nos da estar juntos? Sé que, desde que me mudé a Nueva York, nunca he sido más feliz que cuando estoy con Lucy.

—¿Cómo estás? —me pregunta, con un tono de preocupación—. ¿Estás cuidando de ti mismo?

—Las cosas van bien —respondo, y le doy otro mordisco al sándwich para evitar entrar en detalles. No necesito que me digan que debería dormir más o cuidarme mejor. Lo importante es que el negocio va bien. Los clientes están contentos. Los empleados son productivos. Eso es lo que importa.

Tampoco significa que no la eche de menos.

Ella me sonríe.

—Cuéntamelo.

Trago la comida y Lucy parece contenta de esperar en silencio. Me mira como si supiera que estoy intentando evitar hablar y su expresión dice que no me va a dejar salirme con la mía. Me río entre dientes ante lo ridículo de la situación.

Al final, lo que parece una hora y media más tarde, trago saliva. Le doy un sorbo a mi bebida, pero Lucy ya está dándole otro bocado al bocadillo. No va a romper este silencio por mí.

Siempre ha sido la mujer más testaruda del mundo.

—El negocio va bien —explico—. Nuestros ingresos han subido un diez por ciento respecto al año pasado. Esta semana tengo una presentación para un nuevo cliente y estoy muy preparado y lo tengo todo controlado. Además, contamos con un historial que nos facilita las cosas.

—Qué bien —dice ella, rompiendo por fin el silencio—. Parece que no has echado de menos a Ed en absoluto. Siempre he creído en ti.

Sus palabras son como un peso sobre mis hombros, grave e inmóvil.

¿Siempre creyó en mí? Claro que sí. ¿Cómo pude dudarlo?

—He intentado no molestarle durante su luna de miel —le digo. La verdad es que no he tenido que molestarlo. Trabajamos en estrecha colaboración. Normalmente sé lo que pasa en su oficina y

viceversa. No ha habido sorpresas ni algo que haya aparecido de la nada y que yo no esperara. —Ella asiente, animándome a seguir hablando—. No ha ido tan mal… Es decir, las cosas no se han venido abajo cuando se fue.

Su sonrisa no transmite un «te lo dije». Es comprensiva. Cariñosa.

La echaba de menos.

—Quizá los dos estamos aprendiendo que el que algo fuera así no significa que siempre tenga que ser así —comenta.

Han pasado dos semanas. Tampoco es como si Ed se hubiera jubilado.

—Quizá. De todos modos, Ed vuelve el lunes.

—¿Te has enterado de que les han aceptado la oferta por una casa?

—Sí. Así que pronto tendrán que concentrarse en eso —respondo. Solo tengo que seguir como hasta ahora. Todos los platos están girando en el aire. Me he demostrado a mí mismo que, si me esfuerzo lo suficiente, puedo mantenerlos así. No quiero darles la oportunidad de que se caigan. No puedo permitirme apartar la vista.

—La vida sigue —suspira Lucy.

Para mí no. No lo creo. Me siento como si estuviera en una cinta de correr y tuviera que acelerar cada vez más solo para quedarme en el mismo sitio. La vida de Ed sigue adelante. La de Katherine, con él. Incluso la de Lucy sigue adelante. No podré verla florecer. Ahora que ha ganado un poco de confianza, nada la detendrá, pero yo no estaré allí para presenciarlo. Esa idea se me clava como un trozo de cristal roto. Todo el mundo sigue adelante. Pero yo sigo en este mismo sitio. Atrapado.

31

Lucy

La verdad es que me gustaría que hubiera más faros en el papel pintado de mi antigua habitación de la infancia. Como el estampado es repetitivo, solo hay tres versiones. Tres faros no son suficientes en una habitación de este tamaño. Es el camino hacia la locura. Lo odio.

Ahora mismo lo odio todo. Odio estar aquí, en casa de mis padres, pero, por primera vez en mi vida, también odio estar en Nueva York. Odio esa mezcla de esperanza y preocupación por si me encuentro con Hunter. Odio estar sin él. Odio echarlo de menos.

Normalmente deshago la maleta cuando llego porque mi madre insiste en ello, pero hoy no. Al fin y al cabo solo voy a pasar aquí una noche. Quiero ver a mi hermana y quedarme boquiabierta con las fotos de su luna de miel. Quiero darle un abrazo y estar a su lado cuando le diga a mi madre que ella y Ed se van a mudar. Mañana, después de comer, regresaré a Nueva York. Me he traído el libro para preparar el examen y repasar en el avión. Tengo que replantearme mis prioridades. Ponerme a mí misma en primer lugar. Quiero aprobar ese examen.

Se oye un tímido golpe en la puerta y sé que es Katherine. Entra con una amplia sonrisa y, sin decir nada, nos estrechamos en un fuerte abrazo. No hace mucho que nos hemos visto, pero me parece que ha pasado una eternidad.

—Estoy muy nerviosa —me susurra.

—Estás haciendo lo correcto. Es la mejor decisión para ti y para Ed.

—Mamá no lo va a ver así.

Asiento; eso es innegable. Katherine es la niña de oro y eso no va a cambiar, pero mi madre no se lo va a tomar bien.

—¿Se lo vas a decir enseguida? ¿O lo dejarás para cuando estés a punto de irte a casa?

Katherine se muerde el interior de la mejilla.

—No lo sé. Ed quiere acabar de una vez con esto. Acabamos de aceptar una oferta por nuestra casa. Ayer fue alguien a verla. Todavía teníamos las maletas apiladas en el lavadero, pero les encantó y quieren mudarse lo antes posible. Quieren cerrar la venta en treinta días.

Abro mucho los ojos.

—Vaya. ¿Estará lista para entonces la casa de Somerville?

—Sí. Estará lista en cuanto nosotros lo estemos.

—Estoy deseando que te mudes a esa parte de la ciudad. Ya sabes que me quedaré contigo cuando venga, así me alejaré de este papel pintado tan horrible.

Katherine se queda boquiabierta.

—¿No te encantan estos faros? Estaba pensando en poner exactamente el mismo papel pintado en la habitación de invitados.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Mentirosa.

—Puedes ayudarme a elegir todo lo que vaya a ir en la habitación de invitados. Quiero que tú y Hunter os sintáis muy a gusto allí.

Siento un pinchazo en el corazón cuando menciona a Hunter, pero no digo nada. Hunter y yo hemos acordado no anunciarles el fin de nuestra relación a Katherine y Ed. Espero que las cosas vayan un poco mejor cuando nuestra ruptura salga a la luz. Quizá sean las mentiras las que me oprimen el pecho y hacen que sienta el corazón apretado contra las costillas. Espero que entonces pueda dormir mejor y no pasarme el día preguntándome qué estará haciendo Hunter, cómo se sentirá o si estará pensando en mí.

—Porque vas a venir a ver a tus sobrinas y sobrinos cada dos fines de semana, ¿verdad? Cuento contigo para que los cuides. Mucho.

—Me encantaría ayudarte a decorar. Seguro que a mamá también le encantará. Cuando haya tenido oportunidad de acostumbrarse a la

idea de que te mudes.

Katherine suelta un gritito.

—Ni de coña voy a dejar que ella me ayude. Acabaré con un papel pintado como este.

—Venga —le digo, cogiéndola de la mano—. Ed tiene razón. Tienes que armarte de valor y acabar de una vez con esto.

Katherine inspira hondo y bajamos las escaleras.

—¿Por qué os estáis riendo como niñas tontas? —dice mi madre cuando entramos en la luminosa cocina.

—Mamá, no nos reímos como tontas. Y somos adultas hace mucho —replico.

—Claro que os estabais riendo así. Tu padre y Ed están fuera. Ayúdame a llevar esta bandeja, Lucy. Si hubieras venido esta mañana, habría preparado el almuerzo. De todas formas, hay algo para picar en el jardín.

—Esta mañana estaba ocupada —contesto.

—¡Ocupada! —exclama ella como si fuera lo más ridículo que haya oído jamás—. Ten hijos y ya me dirás lo que es estar ocupada.

—¡Pues tenemos noticias! —anuncia Ed cuando las tres salimos al patio—. ¿Verdad, Katherine?

—Claro. —Katherine coge su té helado y le da un sorbo.

A mi madre se le iluminan los ojos y me doy cuenta de que cree que Katherine les va a decir que está embarazada.

—¿Noticias?

Katherine mira nerviosa a Ed.

—Hemos vendido la casa —explica Ed.

Mi madre parece desconcertada.

—No sabía que estuviera en venta —interviene mi padre—
. ¿Buscáis una casa con más dormitorios?

—No solo eso… —responde Ed.

Mi madre no deja de mirar a Katherine. Baja la vista hacia su barriga y luego vuelve a Ed y, a continuación, a Katherine.

—¿A dónde vais a mudaros?

—Más cerca de la ciudad —contesta Katherine y traga saliva de forma audible.

—Quiero que el trayecto al trabajo sea más corto —comenta Ed—. Sobre todo si tenemos la suerte de tener hijos. Quiero poder acostarlos.

—¿Os vais a marchar de Duxbury? —espeta mi madre—. ¿Adónde os vais?

—A Somerville —responde Ed. Ed siempre es el más tranquilo de todos, pero incluso él parece un poco nervioso en este momento.

—¡¿A Somerville?! —exclama mi madre—. ¿Por qué demonios querríais mudaros allí? Está a una hora de aquí.

—Me queda mucho más cerca de la oficina. Podría ir andando al trabajo si quisiera. Y también estamos más cerca del aeropuerto. Tengo que ir mucho a Nueva York, como ya sabes. Tiene sentido para nosotros como familia.

Mi madre se lleva la mano al pecho de forma dramática, como si quisiera sujetarse el corazón dentro de su cuerpo.

—Pero no tiene sentido para nosotros como familia. ¿Cuándo voy a ver a mis nietos?

—No vas a estar lejos, mamá —protesta Katherine.

Ella resopla.

—Pero tampoco voy a estar a la vuelta de la esquina, ¿verdad? No voy a poder pasarme por tu casa cuando me apetezca. No podré ir con un pastel o con la compra cuando estéis demasiado agotados para hacer nada. Vais a necesitar ayuda. ¿Y qué pasará cuando tu padre y yo nos hagamos mayores?

—No vamos a estar tan lejos —repite Ed; mi padre le da una palmadita en la pierna a mi madre, intentando que se calme.

—¿Has oído eso, Jerry? Se van a mudar.

—Lo he oído —dice mi padre—. Tienen que hacer lo que les parezca mejor a ellos.

—Pero no tiene sentido criar a los niños tan cerca de la ciudad. Tendréis menos zonas verdes. Estaréis atrapados en todo ese tráfico.

—Te va a encantar el sitio —interviene Ed, cortando en seco las objeciones de mi madre—. Es una casa tradicional de Cape Cod con un gran jardín trasero. Es perfecta para los niños.

Mi madre se vuelve hacia Katherine.

—¿Es eso lo que tú quieres? ¿O es Ed quien te está presionando para que lo aceptes?

—¡Mamá! —protesto yo.

—Lo siento, mamá —responde Katherine—, pero eso es lo que queremos. Es una casa preciosa, y Ed trabaja muy duro. Quiere ser un padre presente, y eso es difícil con su trabajo. Esto lo hace más fácil.

Nosotros, nosotros, nosotros. Katherine ahora forma un «nosotros» con Ed. Ella y yo solíamos ser «nosotras», y quizá sigamos siéndolo. Pero no puedo evitar pensar que necesito a mi propia pareja para que sea la otra mitad de mi «nosotros». Y tengo la mente tan ocupada con Hunter que no puedo imaginar que sea con nadie más que con él.

—¿Así que esperas que atravesemos la ciudad en coche todos los días cuando tengáis hijos? —dice mi madre—. Eso es muy egoísta, Katherine. Eso es lo que es. Puro egoísmo. —Pero no es egoísta; lo único que ocurre es que no es lo que ella quiere. Es ella quien está siendo egoísta. Solo lo mira desde su punto de vista, pero no es su vida: es la vida de Katherine y Ed. Nunca había visto tan claramente el comportamiento egoísta de mi madre. Su amor depende solo de que Katherine y yo hagamos lo que ella quiere. Katherine siempre ha estado encantada de seguir sus exigencias: fue a la universidad a la que mi madre quería que fuera, se hizo profesora porque a mi madre le parecía una buena idea… Ahora, por primera vez en su vida, Katherine está haciendo algo que ella no aprueba. Nunca lo había visto con tanta claridad. Yo siempre he sido la oveja negra de la familia porque no seguía las sus reglas: me mudé a Nueva York, lejos de su intromisión, donde tenía menos poder sobre mí, y eso no le gustaba, así que me hacía sentir mal. Menos mal que me mudé, porque aun así seguía teniendo más control sobre mí del que debería. Siempre estaba ahí, incluso cuando no estaba. El espejo del pasillo, el cuenco de mi mesa de centro, la voz en mi cabeza que me decía que no era lo bastante buena. Ahora lo veo muy claro—. ¿Y tu trabajo? —pregunta con la voz temblorosa.

—Este semestre tendré que desplazarme mientras busco algo un poco más cerca de donde vivimos. Pero tampoco está tan lejos.

—Supongo que para entonces ya estarás embarazada y podrás dejarlo.

—No voy a dejarlo si me quedo embarazada. Quiero trabajar. Es otra de las razones por las que queremos irnos a la ciudad. Hay más oportunidades. Quiero que nuestros hijos estén en contacto con más cosas del mundo. Quiero que se despierten rodeados de posibilidades.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—Vas a regresar, escucha bien lo que te digo. Vas a necesitar nuestra ayuda y te mudarás de nuevo aquí.

Pero yo no creo que vaya a pasar. Katherine ya está casada y tiene una vida al margen de mis padres. Al margen de mi madre. Ha saboreado la libertad y ya no habrá vuelta atrás.

Siento una repentina oleada de energía en mi interior. Hace años que no vivo aquí, pero mi madre me ha acompañado allá donde voy. Me he sentido atrapada, preocupada por no ser lo bastante buena, ¿y todo para qué? ¿Para quién? Para una madre que intenta controlar a sus hijas negándoles su aprobación cuando estas quieren cosas diferentes a las que ella espera.

Es como si mil cuerdas se hubieran roto a la vez. Ahora que me doy cuenta, por fin soy libre. Por fin sé que solo conseguiré la aprobación de mi madre cuando haga lo que ella quiere.

Bueno, yo quiero cosas diferentes a las que ella quiere. Quiero más para mí de lo que ella cree que puedo tener.

—Me estoy preparando para el examen de acceso a la facultad de Derecho —anuncio. Quiero quitarle presión a Katherine. Ella no está tan acostumbrada a la desaprobación de mamá como yo. Yo puedo con ello. He tenido mucha práctica.

—¿Qué? —sisea mi madre.

—¡Qué bien! —exclama Ed, y Katherine me sonríe, radiante.

—Voy a presentarme al examen de acceso a la facultad de Derecho —repito—. Y si saco una buena nota, voy a matricularme. —Cojo una fresa del montón de fruta que hay en el medio de la mesa y le doy un mordisco. Es la fresa más dulce que he probado nunca.

—¿La facultad de Derecho? ¿De dónde vas a sacar el dinero para eso? —pregunta mi madre.

Calculo que le habrán dado a Katherine unos cincuenta mil dólares, si se tiene en cuenta la aportación para la boda y la luna de miel. Y no saben que mi bufete de abogados se ha ofrecido a patrocinarme.

—Ya me las arreglaré —respondo. Ya no tengo que darle explicaciones a mi madre. No tengo que justificarme. Si lo hubiera anunciado hace un par de meses, me habría sentido fatal por no contar con su apoyo. Pero ahora lo acepto. Y pienso hacer lo que me dé la gana.

—¿«Ya se te ocurrirá algo»? ¿Cómo crees que se te va a ocurrir algo sin más? Ni sueñes con que tu padre y yo vayamos a avalarte nada. Tenemos que pensar en nuestra jubilación.

—No espero de ti nada más que lo que suelo recibir, mamá. —Por fin me he dado cuenta de que da igual lo que haga o lo mucho que me esfuerce por ser mejor; para mi madre nunca va a ser suficiente. Nunca va a dejar de querer más de mí. Por lo que a mí respecta, nada va a hacerla feliz jamás.

—Bueno, ¿y eso qué significa? —pregunta con tono cortante.

—Significa que ya no espero nada de ti, mamá. Se acabó intentar portarme mejor para que seas más amable conmigo, para que dejes de criticarme y de menospreciarme. Ya lo entiendo. Siempre vas a pensar que no soy lo bastante buena.

—No digas tonterías. No sé a qué te refieres, yo…

—No tiene sentido fingir que eso no pasa, mamá. Y tú… ¿Sabes qué? Nunca vas a cambiar, y no pasa nada. Lo acepto. Pero a partir de ahora voy a hacer las cosas de otra manera. Voy a pensar en lo mejor para mí. Y quizá me quede con Katherine y Ed cuando venga a Boston. —Al menos eso significará que no tendré que aguantar ese estúpido papel pintado con faros— . Y, sinceramente, creo que esta noche me quedaré en el Harbor Inn.

—¿El Harbor Inn? —Su voz roza el volumen de un grito—
. ¿Qué demonios quieres decir con que te vas a quedar en el Harbor Inn?—Por un instante, creo que de verdad está disgustada ante la

idea de perderme. Y entonces añade—: Janine estará trabajando. ¿Qué va a pensar?

No me sorprende que a mi madre le preocupe más lo que piense su peluquera —que hace un par de turnos en recepción en el Harbor Inn— que el que su hija no quiera quedarse bajo su techo. Ojalá estuviera menos decepcionada. Quizá siempre haya una parte de mí que busque la aprobación de mi madre, pero nunca me ha quedado más claro que no la voy a conseguir. Subo a mi antigua habitación y cojo mi maleta. Al menos no he deshecho las maletas.

Se oye un suave golpecito en la puerta. Levanto la vista y mi padre asoma la cabeza.

—Venga… No hace falta que te vayas a ningún sitio.

Suspiro y apoyo la maleta sobre sus ruedas.

—La verdad, papá, creo que sí. Me siento fatal cuando estoy con ella.

—No es para tanto —responde él, con el ceño fruncido y la expresión triste.

—Quizá para ti no. Pero yo ya estoy harto de ser su saco de boxeo. ¿Qué madre reacciona así cuando su hija le dice que va a estudiar Derecho?

—Ya sabes que no le gustan los cambios. De eso se trata. Si le das tiempo para pensárselo, estoy seguro de que cambiará de opinión. Ya sabes cómo es: solo le preocupa el dinero.

Se me escapa una risita.

—No estaba tan preocupada como para no gastarse una fortuna en la boda de Katherine. Y en el regalo. —Mi padre tiene el buen criterio de parecer avergonzado—. Ya no estoy dispuesta a seguir con este baile de siempre, papá. Te quiero. Pero, sinceramente, llevas años viendo todo esto y nunca has dicho nada. Nunca me has defendido ni le has dicho que se moderara un poco. Y ya estoy harta.

Cojo mi bolso, le doy un beso en la mejilla y me voy.

32

HUNTER

Dejo mi bolsa de viaje al pie de las escaleras y voy a la cocina a despedirme de mi madre. La comida de cumpleaños de ayer, con mi tía, mi tío y dos de sus mejores amigas, fue bien. Mi padre y yo nos sentamos en extremos opuestos de la mesa y evitamos cualquier conversación que no fuera sobre mi madre. Así son las cosas ahora. Así ha sido desde que Bain Insurance quebró. Aun así, me alegro de haber hecho el viaje.

—Me voy —anuncio—. Tengo cosas que resolver en el trabajo. —Hoy no voy a ir a la oficina, pero quiero ponerme al día con los correos para asegurarme de que estará todo listo para empezar mañana temprano. Ed va a volver y tendré que dedicar un buen rato a informarlo de todo, y tengo que estar preparado.

—Gracias por venir, cariño —dice mi madre, volviéndose hacia mí. Me coge las manos entre las suyas—. Me ha encantado verte. Pero me preocupa que estés trabajando demasiado. Pareces cansado.

—Estoy bien, mamá…

—¿Lo estás? —insiste—. Parece… como si te estuvieras perdiendo algo. —Perderme algo. Es una forma interesante de describir lo que siento.

—Todo el mundo se pierde algo alguna vez —replico. Lo único en lo que puedo pensar es en Lucy. Sin duda, echo de menos verla. Echo de menos pasar las noches acurrucados, con los cuerpos entrelazados… Juntos—. Pero tener tu propio negocio requiere sacrificios. No hay nadie más para asegurarse de que todo funcione.

Me mira fijamente, y no sé muy bien si se está conteniendo para no decir algo o si está esperando a que yo lo añada.

—Ve a hablar con tu padre —me pide—. Está fuera, podando mis rosas. Después ven a y despedirte.

Salgo y bajo los escalones del porche trasero. Mi padre lleva una gorra de béisbol y los guantes de jardinería de mi madre, que le quedan pequeños.

—Hola, papá, me voy a la ciudad.

—¿Ya? —pregunta, concentrado en las rosas—. Pero este es el fin de semana del cumpleaños de tu madre.

—Vine ayer para la comida, papá. Su cumpleaños fue el jueves.

—Sí, y este es el fin de semana de su cumpleaños. —Tira unas rosas marchitas a la carretilla y vuelve a meterse entre los arbustos con las tijeras de podar. Si no le hubiera oído hablar, habría pensado que no se ha dado cuenta de que estoy justo a su lado.

—Tengo trabajo atrasado que poner al día. —No dice nada. Hace ya mucho tiempo que no saco a colación la desaparición de la empresa familiar. Han pasado años. Cada vez que he planteado el tema en el pasado, me he sentido peor después, porque él nunca asume ninguna responsabilidad. Así que no tiene sentido hacerlo. Pero hay algo en su tono que me irrita. Es como si desaprobara que trabaje tan duro. Quizá si él se hubiera esforzado un poco más, yo seguiría trabajando en el negocio familiar. No estaría compensando el fracaso que llegó tan pronto a mi vida—. Se necesita mucho esfuerzo para dirigir una empresa con éxito.

—No hace falta que me lo digas —responde con brusquedad—. Pero hay que darles prioridad a las cosas que importan.

—Como mantener el negocio a flote —replico—. Esa es mi prioridad.

—Y con razón. Pero tu madre solo cumple años una vez al año.

—Sí, y ayer estuve aquí para almorzar con ella. Ahora voy a regresar a la ciudad para asegurarme de que mi empresa no quiebre.

Sin decir ni una palabra, se desplaza unos pasos hacia su derecha, alejándose de mí, hasta el siguiente rosal.

Normalmente me habría dado media vuelta y me habría ido, pero que la charla con mi madre ha encendido una llama en mi interior.

Me estoy perdiendo algo.

Y es porque me muero de miedo: miedo a repetir los errores del pasado, miedo a confiar en Ed, miedo al fracaso…

—No quiero que me pase lo mismo que te pasó a ti. —En cuanto las palabras salen de mi boca, quiero recuperarlas y volver a guardármelas. El corazón me late a mil por hora y me quedo paralizado, preguntándome si reaccionará o si siquiera me habrá oído. Cuando insinúo la grave situación financiera en la que se encontraba el negocio cuando me hice cargo de él, siempre actúa como si no supiera de qué estoy hablando. Pero sí lo sabe. Tiene que saberlo. Durante años he intentado justificar su negación. He intentado entender por qué no ha asumido su responsabilidad.

Y se acabó.

—¿Qué quieres decir, hijo? —pregunta; se pone de pie por fin y se vuelve hacia mí.

—Quiero decir que no quiero que Portis quiebre como lo hizo Bain Insurance.

—Bueno, estoy seguro de que has aprendido la lección. Del fracaso se construye el éxito. Ya te lo he dicho más veces.

Sí que me lo ha dicho. Muchas veces. En cada ocasión que he intentado hablar con él sobre el fracaso de Bain Insurance. Pero es que estoy harto de llevar ese fracaso encima como si yo mismo hubiera tejido la tela y confeccionado el traje. Lo compré ya hecho.

—Tienes razón, papá. Aprendí mucho de aquella situación. Aprendí a no firmar un contrato de alquiler a largo plazo por demasiado dinero, como hiciste tú. Aprendí a no mantener en plantilla a empleados a los que se les pagaba de más y a los que no se les sacaba el máximo partido, como hiciste tú. Aprendí que, cuando se posponen las decisiones importantes, un negocio que antes tenía éxito puede ir de mal en peor, como le pasó a Bain Insurance. —Me mira fijamente y yo no me arredro. El corazón me late con fuerza contra el pecho, pero intento mantener la respiración tranquila. Esta es mi oportunidad. Si no suelto todo lo que tengo que decir ahora mismo, se me pasará el momento y nunca lo haré. Es ahora o nunca. No quiero arrepentirme de no haberle dicho que sé lo que pasó. Debería saber por qué nuestra relación se ha resquebrajado en estos últimos años. Se merece saberlo, aunque en

el fondo ya lo sepa. Y yo me merezco decírselo—. Aprendí que nunca le entregaría un negocio a mi hijo cuando este se encaminaba hacia el fracaso para que pensara que ese fracaso era culpa suya. —Aparta la vista y vuelve a concentrarse en las rosas—. Supongo que tu reputación como empresario de éxito te importaba más que la relación con tu hijo. Supongo que para ti era más importante sentirte un triunfador que evitar que yo me viera a mí mismo como un fracasado.

—No sé de qué estás hablando. Tú no eres un fracasado.

—Lo sé. —Y me parece que nunca lo había creído de verdad hasta este momento. Siempre hemos esquivado este tema, y eso me ha permitido dudar de las razones de la caída de Bain Insurance. Nunca lo he dicho abiertamente, que fracasó por su culpa, lo que me ha llevado a pensar que, en parte, fue culpa mía—. Hice todo lo posible por encontrar una forma de mantenerla a flote, papá, pero ya estaba acabada antes de que yo me hiciera cargo. —Mi padre inspira hondo, pero no me mira—. Perdía dinero cada mes —continúo—. El equipo de ventas no generaba ingresos suficientes para mantener la plantilla. La gente no renovaba sus suscripciones.

—El negocio tenía sus dificultades. Eso lo reconozco.

—¿Lo reconoces? Es un hecho. No estás reconociendo nada. El negocio estaba fracasando, y llevaba así algún tiempo, pero tú me lo cediste y dejaste que yo cargara con la culpa. — Murmura entre dientes y arroja más rosas marchitas a la carretilla que tiene detrás —. Voy a irme ya, porque cuando tenga un hijo, no quiero dejarle un negocio condenado al fracaso.

Él suspira y echa unas hojas secas y sus tijeras encima del montón que hay en la carretilla.

—Podrías haberle dado un vuelco al negocio.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste tú?

—La vida no es tan sencilla como tú la pintas —protesta—. En los negocios no hay garantías.

Suelto una risa burlona.

—Tienes razón. No hay garantías. Excepto que, si los gastos superan los ingresos, estás perdiendo dinero. Eso sí que es una garantía.

—¿Qué quieres de mí? Ya estás de vuelta en el ruedo. Ese pequeño fracaso te fue bien.

Asiento lentamente. De esta conversación no va a salir nada bueno. Él sabe lo que ha hecho, pero no quiere decirlo en voz alta. No quiere ser el monstruo que le dejaría a su hijo un negocio en quiebra y le haría cargar con la culpa. Nadie quiere creer que es un monstruo. Se ha inventado excusas para poder ser un héroe.

—Sé lo que hiciste, papá. Sé quién eres. Y ese no es el hombre en el que quiero convertirme. Asúmelo.

No espero una respuesta. Me marcho y entro a despedirme de mi madre. No miro atrás. Dejo mi pasado en el jardín, como las rosas marchitas apiladas en la carretilla. Ya estoy harto de esperar respuestas que nunca voy a obtener. Ya estoy harto de querer saber por qué mi padre me tendió una trampa para que fracasara.

Ya no voy a seguir viviendo mi vida a la sombra del fracaso de otra persona.

33

HUNTER

El último lugar en el que esperaba estar un lunes por la mañana era Boston. Pero aquí estoy. Tengo que estar aquí. Quiero ver a Ed con la nueva perspectiva con la que he podido contemplar el mundo desde que visité a mis padres y hablé con mi padre. Que él intentara restarle importancia a lo que me había pasado reescribió el final de todas y cada una de las historias que me había contado a mí mismo sobre que había sido la responsable del fracaso de nuestro negocio familiar. Aunque sabía que mi padre me había entregado un negocio que no podía sobrevivir, no podía echarle toda la culpa a él, y no lo vi hasta que intentó eludir tan descaradamente cualquier clases de responsabilidad.

—¿Hunter? —Ed se levanta al verme entrar en su despacho—. Estaba estaba a punto de llamarte. ¿Qué haces aquí?

Le sonrío a mi amigo y socio. Me alegro mucho de verlo.

—¿Qué puedo decir? ¡Te echaba de menos! —Le doy un abrazo—. Bonito bronceado, amigo.

—Belice, tío. Ha sido fantástico.

—¿Sí? Cuéntamelo todo. —Normalmente, me pondría manos a la obra enseguida, pero mi mejor amigo acaba de regresar de su luna de miel y quiero conocer todos los detalles.

—¿No quieres contarme lo que ha pasado en la oficina durante mi ausencia?

Me encojo de hombros.

—Eso puede esperar. Vamos a tomar un café y me cuentas lo de Belice.

Ed sonríe como si le acabara de dar una tarta de queso y un tenedor.

—Me vendría bien un café. Llevo aquí desde las cinco.

Me hace gracia que haya llegado tan temprano. ¿Cómo se me ocurrió preocuparme de que Ed fuera a holgazanear? Es tan adicto al trabajo como yo. Estamos cortados por el mismo patrón, y él ya lo sabía cuando me propuso montar un negocio juntos. Y yo, en el fondo, también, solo que no me fiaba de mi instinto. Las dudas sobre mí mismo me han nublado mi visión durante demasiado tiempo. Pero ahora soy libre. Libre para confiar en Ed. Libre para confiar en mí mismo. Libre para soltar un poco las riendas. Puede que me cueste, porque esas creencias que tenía desde hacía tiempo sobre mí mismo ya no están, pero todavía me tambaleo. Sin embargo, sé que cuanto más viva en esta nueva realidad, más fácil me resultará. La fantasía de mi padre de que yo sea el hijo que le ha fallado a su familia no es más que eso: una fantasía. Él es un padre que le ha fallado a su hijo.

No sé si alguna vez llegaré a aceptar lo que hizo, pero saberlo tiene más aspectos positivos que negativos. Me siento más optimista y con más energía que nunca respecto al futuro de mi relación con Ed y de nuestro negocio. Solo tengo que sincerarme y por eso estoy aquí.

Salimos a la fresca mañana de Boston en busca de un café.

—¿Qué tal la comida? —le pregunto.

—Increíble. Y las playas también. Estar dos semanas fuera es como… una cura o algo así. Me siento como nuevo. Estoy muy ilusionado con este trimestre. Y ahora, con la mudanza, voy a llegar antes. —Está lleno de fuerzas. Lleno de vida.

—Estaba pensando en tu idea de contratar a más personal —comento—. Y tienes razón, este trimestre volvemos a registrar un crecimiento enorme. Necesitamos más gente si queremos mantener el ritmo. Anticipémonos y no esperemos a que el sistema esté a punto de explotar para incorporar a alguien más.

—¡Exacto! —exclama Ed—. Eso pensaba. Contratemos con antelación y preparémonos para nuestra próxima fase de crecimiento. —Hace una pausa y luego me mira con atención antes de abrir la puerta de la cafetería—. ¿Estás bien? Pareces…

—Vamos a por un café. —Una vez allí, le sugiero que nos sentemos en lugar de regresar a la oficina—. Este fin de semana fui a ver a mis padres —le explico cuando nos acomodamos en una mesa.

—No vas mucho, ¿verdad?

—Hace ya mucho tiempo que la situación es incómoda. Siento mucho resentimiento hacia mi padre por lo que pasó con Bain, porque nunca hemos hablado de ello abiertamente. Ya sabes que nunca ha reconocido lo que pasó ni que el negocio se estaba yendo a pique cuando me lo cedió. —Una mirada de decepción se dibuja en el rostro de Ed. No hace mucho, habría interpretado su expresión como decepción hacia mí, pero ahora me doy cuenta de que está decepcionado por mí, porque tuve un padre capaz de hacerme eso —. Pero este fin de semana… algo cambió. No pude quedarme callado.

Ed arquea las cejas hasta casi la línea del pelo y se echa hacia delante en la silla.

—¿Te enfrentaste a él?

—Sí. —Asiento—. Le dije que sabía lo que había hecho.

—¿Qué te dijo? ¿Lo admitió?

Inspiro hondo.

—No. Se puso a la defensiva. Me dijo que el fracaso era «lo que me hacía ser quien soy». Pero no, no asumió la responsabilidad.

Ed niega con la cabeza.

—Dios, lo siento, tío.

—No te preocupes. Me siento como si hubiera estado cargando con un saco de piedras, y al contarle a mi padre lo que sabía y cómo lo veía… es como si hubiera dejado caer ese saco al suelo. Me siento más ligero, como si esto fuera un nuevo comienzo. Sé que no lo es, claro. Tenemos una relación de negocios y Portis no es precisamente una novedad, pero… me siento diferente. Quiero una oportunidad para empezar de nuevo.

—¿A qué te refieres con empezar de nuevo? No te vas a marchar, ¿verdad? —Veo un destello de pánico en los ojos de Ed.

Niego con la cabeza para tranquilizarlo.

—Por supuesto que no. Pero quiero hacer las cosas de otra manera. Me siento como si por fin pudiera hacer las cosas de otra manera. Y lo primero que quiero hacer es pedirte perdón.

—¿A mí? —se sorprende Ed—. No tienes nada por qué disculparte conmigo.

—Sí —respondo—. No he confiado en ti. He pensado lo peor de ti. Casi esperaba que cometieras un error o que me fallaras. Nunca me has dado motivos para dudar de ti, pero eso es lo que he hecho. He dudado de ti y no te lo merecías. —Al ponerlo en voz alta me doy cuenta de lo cierto que es: no he confiado en Ed. He estado esperando a que me fallara. Cuando tu propio padre te falla, esperas que el resto del mundo también lo haga.

—No sé qué decir —responde Ed.

—No hace falta que digas nada. Lo siento. Quiero decirte que confío en ti. Con mi vida.

—Eso es lo que siento por ti. —Asiente—. Por eso te pedí que te asociaras conmigo. Sabía que podía confiarte mi vida.

Le doy un sorbo al café para intentar deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Puedes confiar en mí. Quiero aprovechar al máximo nuestra colaboración. Confío en ella. Confío en nosotros. —Y tampoco es que confíe solo en Ed: después de esta semana, por fin confío también en mí mismo.

Nos sonreímos y Ed hace un gesto con la cabeza.

—Me alegro mucho de verte así. Katherine también se va a alegrar mucho.

Hago una mueca de incomodidad

—La verdad es que tengo un vuelo reservado para irme a Nueva York esta tarde. Tengo un par de cosas que hacer en la ciudad.

—¿Un par de cosas? Eso suena inquietante.

—Sí. Me estresé bastante cuando os fuisteis de luna de miel. —No me di cuenta de la causa real de mi estrés hasta la conversación con mi padre. No me di cuenta de que no era en Ed en quien no confiaba. Era en mí mismo—. Creo que no confiaba en poder llevar el negocio durante dos semanas sin ti, así que… me alejé de Lucy. —Me duele el corazón al pensar en que le he hecho daño a Lucy. He

descargado mis dudas sobre mí misma en las personas que más significan para mí: Ed, Lucy. Ninguno de los dos se merecía el trato que les di.

—Aaah —dice Ed con aire de sabelotodo.

—¿Ah?

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda. ¿Vas a intentar recuperarla?

—No sé si ella me aceptará.

—Las hermanas Jones son bastante testarudas —sonríe Ed.

Eso ya lo sé. Lucy es fuerte y resistente. Eso es parte de lo que hace que… la quiera.

Suspiro al darme cuenta de lo fuertes que son mis sentimientos en realidad.

—¿Cuánto tiempo llevabais saliendo Katherine y tú antes de que supieras que iba en serio? —le pregunto. Lucy y yo no hemos estado saliendo de verdad, pero sé que no puedo apartarme de ella. Quizá la idea de perderla fue lo que me dio el valor para hablar con mi padre. Sabía que, si seguía como hasta entonces, nunca podría estar con ella. Pensaba que tenía que dedicarme por completo al trabajo.

A Ed se le dibuja una sonrisa en la cara.

—Bastante pronto. Quizá incluso en nuestra primera cita. Sabía que no era solo una chica a la que quería llevarme a la cama una vez y no volver a verla nunca más. Era muy amable y la hostia de dulce. Podía imaginarme cómo iban a ser nuestras vidas. Tenía una visión muy clara de cómo iba a ser nuestro futuro.

Puedo imaginarme mi futuro con Lucy. Viviremos en Nueva York toda nuestra vida. No nos mudaremos a las afueras. Tomaremos el *brunch* todos los domingos y quedaremos para comer todos los días laborables. Ella lo hará genial en la facultad de Derecho y triunfará en un bufete de prestigio. Tendremos citas dobles cada vez que Ed y Katherine estén en la ciudad, y discutiremos sobre si Katherine es perfecta. Le diré que para mí siempre ha sido Lucy la perfecta. Ella me animará cuando dude de mí mismo, y yo intentaré hacer lo mismo por ella. Y, con el tiempo, estará preciosa embarazada, con un vestido blanco, de pie bajo el aire acondicionado, preguntándose si deberíamos mudarnos a Boston. Sabré que no lo dice en serio,

pero le diré que podemos mudarnos si eso es lo que quiere, porque la seguiría a cualquier parte.

—Sí —digo—. Yo también lo veo. —Solo espero que ella también lo vea.

34

HUNTER

Llevo esperando frente a Stranger than Fiction desde las once y cuarenta y cinco. Normalmente, Lucy sale a comer sobre las doce y media. Pero ya son casi las dos y está claro que aún no ha salido de su edificio. Tengo muchas ganas de comprarle algo para comer y llevárselo a su edificio, pero no quiero meterla en un lío. Eso es lo último que quiero hacer. Quiero que las cosas mejoren entre nosotros, no que empeoren.

Y entonces la veo. Se ha puesto ese vestido azul marino con el que la vi la última vez, pero lleva el pelo suelto. Nunca lleva el pelo suelto para ir a trabajar. Me quedo en el borde de la plaza, contemplándola mientras cruza la calle y se dirige hacia mí.

Cuando está a unos quince metros de distancia, me ve. Sonríe y luego frunce el ceño, como si no supiera por qué estoy ahí parado en medio de la calle, mirándola.

Tiene que parecerle un poco raro.

Tiene que pasar junto a mí para llegar a la tienda de bocadillos, así que no le quito los ojos de encima mientras se acerca. Su mirada va de mí a lo que sea que esté pasando a mi alrededor. Reduce el paso al acercarse.

—Hola —saludo—. Pareces… hambrienta. Iba a empezar con *«Estás preciosa»,* pero no quiero que esto le resulte confuso. Aunque decirle que parece hambrienta probablemente no haya sido el mejor comienzo.

—Sí, voy a comer algo.

Le muestro la bolsa de papel con el bocadillo dentro.

—Te he pedido la comida. Es el plato del día. Pensé que podríamos probarlo juntos. —Le echa un vistazo a la bolsa que le estoy

mostrando y luego a mi cara.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—Ah, me lo han dado hace solo quince minutos. —He llamado a mi asistente y le he pedido que fuera a por otro almuerzo para los dos. No quería apartar la vista del edificio de Lucy. No podía arriesgarme a perderla de vista. Mi asistente ha pensado que me había vuelto completamente loco. Normalmente, sacarme del edificio aunque solo fuera por diez minutos habría sido casi imposible y llevo dos horas aquí fuera. Pero ha valido la pena.

—Vale —dice Lucy con recelo—. Gracias. Creo.

—¿Quieres comer conmigo? —le pregunto. Se me ocurre que Lucy llega tarde a comer porque está ocupada y tendrá que regresar enseguida al trabajo. Si es así, tendré que esperar. Ella lo vale, aunque cada minuto sin ella se me antoje un mes.

Les echa un vistazo a las mesas.

—Claro. Intento que mi pausa para comer dure solo treinta minutos para poder dedicar los otros treinta a estudiar.

—¿Estudiar? —le pregunto—. ¿El examen de acceso? —Ella va hacia una mesa vacía.

—Sí —dice cuando toma asiento—. Al menos lo voy a intentar.

—Claro —le digo. —Tienes que intentarlo. Porque si no lo haces, nunca sabrás si podrías haberlo conseguido.

Frunce el ceño y me mira como si me hubiera vuelto loco.

Vuelco el contenido de la bolsa de papel sobre la mesa.

—«Soy mitad agonía, mitad esperanza» —murmuro para mis adentros.

—¿Qué has dicho? —pregunta con una sonrisa—. ¿Acabas de citar a Jane Austen?

—Puede ser —respondo—. Ayer vi un expositor enorme de Jane Austen en la librería del aeropuerto. Recuerdo que dijiste que *Persuasión* era tu favorita y la compré. En el avión a Nueva York no había conexión a Internet.

—¿Adónde fuiste?

—A Boston. De vuelta al principio.

—¿De vuelta al principio?

—Tenía que hablar con Ed —respondo—. Y era sobre algo que teníamos que tratar cara a cara. Le da un mordisco a su bocadillo y mastica, esperando más información—. Quería pedirle perdón. No he sido el mejor socio del mundo. —Lucy asiente, como si me diera la razón—. Es por lo que pasó entre mi padre y yo. —Me hace bien decirlo en voz alta. Es como si hacerlo diluyera los sentimientos.

Traga saliva.

—Te preocupaba que Ed te fuera a abandonar, a traicionar, como hizo tu padre.

Claro, ella siempre lo ha sabido. Lucy me conoce mejor que nadie.

—Hay una frase del libro que se me quedó grabada. Bueno, hay muchas que se me quedaron grabadas, pero cuando Anne habla con el capitán Harville…

—¿Cuándo Wentworth le escribe la carta a Anne?

—Sí, ella dice: «Si el cambio no se debe a circunstancias externas, debe proceder del interior ». Eso se me quedó grabado. No por lo que dice sobre Benwick, sino porque por fin me hizo darme cuenta de que mi padre nunca va a admitir lo que hizo. Solo tengo que aceptarlo y saber en mi interior lo que pasó. Confiar en mí mismo y en que conozco la verdad.

Esboza una amplia sonrisa.

—Esa es mi escena favorita de todas las novelas de Austen.

—Wentworth está desesperado y quiere saber si Anne se ha rendido con él —medito, preguntándome si Lucy me dará alguna señal—. Y ahí descubrimos lo que siempre habíamos sospechado: que él nunca dejó de amarla.

Nuestras miradas se cruzan y las palabras no pronunciadas flotan en el aire entre nosotros.

—Mi madre no se equivoca con respecto a Austen —dice, sacudiendo la cabeza—. Solo en casi todo lo demás.

—Los dos tenemos… —No puedo imaginar cómo Lucy acabó siendo como es, teniendo en cuenta a su madre—. Mucho que dejar atrás. Muchas cosas en nuestro interior que hemos tenido que transformar y cambiar.

—Creo que tienes razón, Hunter Bain.

—Me alejé de ti, y lo siento —suspiro—. Tenía miedo. No creía que pudiera tener un negocio próspero y… y a ti. A la mujer a la que amo. No creía que me lo mereciera.

Tiene el bocadillo en la boca, pero no le da un mordisco: lo baja y lo vuelve a dejar sobre el papel en el que estaba envuelto.

—¿Qué has dicho?

La miro a los ojos y trago saliva. Ya lo he dicho. No hay vuelta atrás.

—He dicho que te quiero. Siempre te he querido. Pero lo entenderé si no puedes perdonarme…

No sé cómo interpretar su expresión. No estoy seguro de si está a punto de reírse en mis narices o de lanzarse a mis brazos.

—Vaya —murmura, recostándose en la silla—. No es lo que tenía planeado para hoy.

Vale, pues quizá no se vaya a reír ni a lanzarse a mis brazos.

—Entiendo que esto sea un poco… inesperado, quizá…

—¿Por qué piensas eso? ¿Porque me llamaste bruja demoníaca cuando nos conocimos? ¿O quizá sea por lo de que me dejaste hace dos semanas, justo cuando me di cuenta de que te quería?

El metal de mi silla chirría al moverme para acercarme más a Lucy.

—Fui un capullo. Hui por miedo. Hui del fracaso, de mi padre, de mi futuro. Pero ya no voy a huir más. Quiero vivir el presente. Contigo. —Lucy aparta la vista y la baja hacia su regazo—. Si me quieres, Lucy, y yo te quiero, entonces…

—Entonces, lo que estaba en juego se ha vuelto importante —interrumpe ella—. Que te presentes en la plaza con un sándwich de pollo con pan integral no significa que vayamos a vivir felices para siempre. ¿Qué pasa si ocurre algo y quieres volver a alejarte? ¿Qué pasa si el negocio va mal durante un año o dos? No puedo empeñar así mi corazón. No sobreviviría. — Me mira a los ojos con tal fragilidad, tal vulnerabilidad, que el corazón se me acelera en el pecho. No quiero ser el hombre que le haga daño; quiero ser el hombre que la haga sentir mejor. Quiero ser su escudo contra las cosas malas de este mundo.

—No tendrás que sobrevivir a eso —musito—. Nunca voy a volver a huir de ti.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Ella niega con la cabeza como si mi idea fuera absurda y ya se hubiera rendido.

Pero no voy a dejar que se rinda.

—Te lo demostraré.

—Eso es imposible. ¿Cómo podrías demostrarme que nunca me vas a dejar? Te asustaste y saliste corriendo. Pero en algún momento las cosas se pondrán difíciles y volverás a asustarte. Y no quiero estar todo el tiempo preocupada por si vas a largarte.

—Tienes razón. Habrá momentos en los que las cosas se pongan difíciles. Pero lo que he aprendido desde que estamos separados es que no hay nada que desee más que a ti.

Su expresión está llena de esperanza y ternura.

—Esto no es un libro, Lucy. Esto es el mundo real. Toda mi vida cambió cuando apareciste en ella. He estado luchando con el fracaso de Bain Insurance desde que ocurrió. He estado deseando que mi padre asumiera la responsabilidad, que se disculpara… Algo. He querido que hiciera cualquier cosa, lo que fuera para convencerme que no fue culpa mía. ¿Y sabes qué? —Me mira fijamente a la cara —. Eso no va a pasar. He estado dando vueltas sobre la pista, en un bucle de espera, esperando a que alguien me dijera que aterrizara. Mientras tanto, me estoy quedando sin combustible. Estuve a cinco segundos de echarlo todo por la borda con Ed. Ya lo eché todo por la borda contigo. Y no sé si es por perder algo que sabía que era bueno… Porque lo que teníamos era tan tan bueno… Al final me he dado cuenta de que perdería todo lo bueno que hay en mi vida si no cambiaba por dentro. Miré a mi padre a los ojos y le dije que lo sabía; que sabía que me había dejado un negocio en quiebra. Que había hundido Bain Insurance y me había dejado a mí para que cargara con la culpa. Le dije que no quiero ser el padre que fue él. —Suspiro, recostándome en la silla—. Y eso fue todo lo que hizo falta para que algo cambiara en mi interior. He salido del círculo vicioso. He aterrizado. Tengo las ideas claras y sé lo que quiero. — Hago que levante la barbilla—. «No he amado a nadie más que a ti».

Desde el momento en que te vi y para siempre. Para mí no habrá nunca nadie más que tú.

Entrecerró los ojos.

—¿Desde el momento en que me viste? Estoy convencida de que eso no es cierto.

—Te equivocas. Es solo que al principio no me di cuenta. Pensaba que eras un grano en el culo, igual que pensaba que Ed estaba holgazaneando. Nada más lejos de la realidad, pero la lente a través de la que veía el mundo estaba empañada. Ya no es así. —Ella suspira y yo intento pensar qué más puedo decir para convencerla—. Las certezas no existen. La vida se basa en oportunidades. ¿Cómo era esa cita sobre los preparativos insensatos? —pregunto.

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—«¡Con qué frecuencia destruyen la felicidad los preparativos, los insensatos preparativos!».

—Eso. Quizá no hace falta que le des tantas vueltas.

Se queda sin aliento y luego suelta el aire temblorosamente.

—Solo llevábamos unas semanas juntos y…

—No sé tú, pero a mí me hizo muchísimo daño perderte tan solo unas semanas después de que empezáramos. Lo entiendo y siento exactamente lo mismo. Quiero que vuelvas y no voy a dejar que te vayas otra vez. ¿Cómo puedes estar segura de ello? Nada es seguro, nunca. Pero no lo sabrás si no te arriesgas.

—Me he comprometido con el programa de becas — replica—. Puede que no me la concedan, pero si me la dan, no podré rechazarla…

—No quiero que lo rechaces. ¿Qué puñetas, Lucy? Sería increíble que estudiaras Derecho. Te lo mereces. Te lo mereces muchísimo.

—Pero no me dejará mucho tiempo…

—¿Crees que yo voy a tener mucho tiempo? Ya te he dicho que no creo que Ed vaya a dejarme en la estacada, pero tampoco es que vaya a jubilarme. Siempre voy a trabajar duro. Así soy yo. Pero ahora lo que me impulsa es el deseo de triunfar en lugar del miedo al fracaso.

—¿Entonces no te enfadarías si me quedara en la cama, estudiando para el examen de acceso o el de colegiación o algo así?

—¿Enfadarme? No. Sobre todo si pones cara de profesora severa y seria. Y quizá podrías ponerte gafas.

Ella pone los ojos en blanco.

—Pervertido.

—No se puede tener todo en esta vida. No puedo prometerte que no vaya a querer desnudarte cada minuto del día. Y eso probablemente vaya a durar para siempre. Así que, si eso es un motivo de ruptura para ti, yo… Levanto las manos en señal de rendición, en broma.

—Tres días al mes soy insoportable. Es como si me convirtiera en un monstruo hormonal.

—¿Solo tres días al mes?

Ella sonríe.

—Lo digo en serio. Quizá sea demasiado para ti.

—Eres demasiado buena para mí, pero no demasiado. Eres la perfecta para mí.

Se contiene para no sonreír, pero parece nerviosa.

—Me he pasado toda la vida un poco destrozada. Mi madre me ha ido desgastando poco a poco, pero nunca me he sentido tan frágil como cuando dijiste que querías dar un paso atrás. No puedo volver a pasar por eso. —Extiende la mano hacia mí.

—Te prometo que no tendrás que hacerlo. —Le acaricio la cara y acerco mi frente a la suya—. Voy a protegerte durante el resto de nuestras vidas.

—¿Para siempre?

—Más tiempo, si es posible. —Le doy un breve beso en los labios.

—Wentworth siempre ha sido mi héroe favorito de Austen. —Suspira y la tensión abandona su cuerpo. Estamos unidos. Conectados. De nuevo juntos, para siempre.

35

LUCY

Que Hunter apareciera de repente y me declarara su amor eterno no era lo que esperaba en este soleado día de Nueva York. Pero era justo lo que necesitaba. Pensaba que los hombres guapos que hacían grandes declaraciones de amor eran algo que solo les pasaba a mujeres como mi hermana o en las novelas de Jane Austen. Hasta hace poco me sentía como un personaje secundario en la vida de los demás. Hoy Hunter me ha hecho sentir como la protagonista. Como la heroína de mi propia historia.

Las explicaciones de Hunter sobre cómo ha cambiado su percepción del mundo también me han parecido muy acertadas. Su sinceridad, su vulnerabilidad, el dolor que he visto reflejado en su expresión cuando me ha hablado de su padre… Hunter ya no huye. Y eso ha sido lo que me ha hecho creer que estaba siendo sincero y también lo que me ha hecho aceptar mis propios sentimientos hacia él. Lo único que sé es que Hunter ha derribado hoy todas y cada una de mis defensas, pero nunca me he sentido tan a salvo, tan querida…

Él cree en mí cuando yo no tengo suficiente fe en mí misma. Y sé que va a hacerlo genial incluso cuando dude de sí mismo. Entendemos y aceptamos los defectos del otro y somos mejores gracias a ellos.

Estamos muy lejos de ser perfectos, pero encajamos tan bien que parece que ninguno de los dos va a poder funcionar del todo sin el otro.

He conocido al amor de mi vida. Y él me quiere a mí también. No creo que haya nada mejor en la vida que esto. Es más de lo que jamás podría haber esperado para mí.

Lo que pasa con Nueva York es que, aunque te reconcilies con el amor de tu vida durante la hora del almuerzo, el capitalismo sigue llamándote. Cinco minutos después de que Hunter me haya dicho que quería estar conmigo para siempre, he vuelto al trabajo y él también. En edificios contiguos.

He intentado salir a la hora habitual, pero una moción de última hora en un juicio en directo me ha obligado a quedarme hasta tarde.

Por fin llamo al portero del bloque de Hunter, agotada tras lo que me ha parecido el día más largo de mi vida.

—No quiero vivir en Brooklyn —dice al abrir la puerta.

Una oleada de energía recorre mi cuerpo. Me alegro tanto de verlo, me alegro tanto de saber que estamos avanzando y no dando pasos atrás… Ahora empieza nuestra vida juntos. El camino hasta aquí ha sido difícil y traicionero. Pero, de alguna manera, al mirar a Hunter, sé que ahora todo va a ser un poco más fácil—. Quiero que te vengas a vivir conmigo.

—¿Mudarnos juntos? —digo, preguntándome si lo habré oído mal —. ¿Cuándo? —Supongo que se refiere a más adelante, cuando lleguemos a ese punto en nuestra relación. O quizá no. Quizá él también sienta lo mismo que yo: que por fin todo encaja, que todo funciona, que por fin todo está en su sitio.

—Podríamos ir ahora a tu casa a coger un par de cosas, si quieres.

—¿Te has vuelto loco? —río. Va a toda velocidad. Solo llevamos juntos desde la hora de comer, pero Hunter ya se está impacientando—. Son casi las nueve de la noche.

—Vale, esta noche no. Pero no tiene sentido posponerlo. ¿Por qué no íbamos a vivir juntos? Los dos tenemos trabajos muy exigentes. Deberíamos aprovechar al máximo el tiempo que no estamos en la oficina.

Le sonrío. Apenas he cruzado el umbral y él ya tiene un montón de ideas para nosotros dos. Lo entiendo. Sabemos lo que nos depara el futuro. ¿Para qué esperar? Cierro la puerta y él me envuelve entre sus brazos.

—Siguiendo esa lógica, vamos a casarnos el martes de la semana que viene.

—Por mí, vale —dice como si no fuera gran cosa. Quizá no lo sea. Hemos tomado decisiones importantes. Juntos estamos mejor que por separado. Nos querremos para siempre. Nos cuidaremos el uno al otro hasta el día de nuestra muerte. ¿Qué nos queda más que casarnos? Lo observo mientras habla con entusiasmo sobre qué partes del piso se podrían cambiar o reformar—. Quizá deberíamos mudarnos. Podríamos buscar algo un poco más cerca del trabajo. Y del parque. Portis ahora gana más dinero. Podríamos conseguir algo bonito. Más grande. —Me da un besito en los labios y yo le paso las manos por el pelo. Cierra los ojos lentamente y todo su cuerpo se relaja—. Mi mente está trabajando a toda máquina.

Me río.

—Ya lo veo.

—Me alegro de tenerte aquí. —Me da un beso en el cuello.

—Me alegro de estar aquí —respondo. Dondequiera que él esté, me siento como en casa. Mientras nos abrazamos, me doy cuenta de que nunca me había sentido así, tan en paz con alguien. Hunter es tan firme, tan cálido… Siempre ha sido como una roca. Y ahora siento que es mío—. Dios mío, te quiero de verdad.

Me sonríe.

—Lo dices como si te sorprendiera.

—Creo que un poco sí —contesto con sinceridad—. Creo que nunca he creído que fuera a conocer a alguien de quien estuviera tan segura. Es como si te hubiera estado esperando y ahora estuvieras aquí.

—Eso es porque ha habido demasiada gente en tu vida de la que deberías estar segura, pero no lo estabas. Pero eso ha cambiado. —Su sonrisa se hace más amplia—. Puedes estar segura de mí.

—Lo estoy. Y tú puedes estar seguro de mí.

Asiente despacio y una expresión de lujuria se dibuja en su rostro. Sus manos se deslizan por mi espalda y encuentran la parte superior de la cremallera. Me la baja y me quita el vestido hasta que queda tirado a mis pies. No llevo sujetador y no me importa. Sé que Hunter no está fijándose en mi ropa interior.

Llevo las manos a su cinturón y él me las aparta con un gruñido. Me levanta en brazos, me echa encima de su hombro y me lleva a

zancadas al dormitorio. Me lanza sobre la cama y se echa encima de mí. No puedo evitarlo, ya estoy mojada. Probablemente desde antes de llamar al timbre. Probablemente desde la hora de comer.

—Te he echado tanto de menos —dice, besándome entre los pechos—. Muchísimo. —Suspiro, contenta de dejar que me explore. Me encanta lo respetuoso que es con mi cuerpo. Cómo me trata como si fuera algo valiosísimo. Me hace sentir adorada. Y ser adorada por un hombre como Hunter me hace sentir mejor que cualquier cosa que pudiera imaginar. Le agarro la camiseta, desesperada por sentir su piel cálida contra la mía—. Qué impaciente.

—Sí. Te deseo. Te deseo con locura.

—Me tienes —susurra, se sienta sobre los talones y hace que me siente sobre él—. Y yo te tengo a ti. En cuerpo y alma. — Creo que se quedó con mi alma mucho antes de quedarse con mi cuerpo—. Y tú también tienes las dos cosas de mí — continúa, antes de que pueda confesarle que me pertenece por completo—. Y te las he entregado por voluntad propia. Y quiero estar contigo, casarme contigo y decirle al mundo lo que siento, pero es imposible que sienta más por ti de lo que siento en este preciso instante. —Me penetra con los dedos y yo jadeo. Había olvidado lo bien que me hace sentir, cómo sabe muy bien qué tiene que hacer para despertar mi éxtasis—. ¡Dios mío! — exclama él, conteniendo el aliento—. Siempre estás tan húmeda…

—Siempre estoy lista para ti.

—¿Incluso cuando estamos haciendo cola para comprar bocadillos?

—Siempre que estoy contigo. —Asiento.

Gruñe y curva los dedos dentro de mí. Arqueo la espalda y me aferro a las sábanas. Estoy a un suspiro de llegar al orgasmo, pero no estoy preparada, todavía no. Quiero sentir más a Hunter. Quiero sentirlo todo.

—Por favor, Hunter —le digo. Ya no necesito dar explicaciones. Abre un condón: sabe lo que necesito. Cuando consigo volver a concentrarme, está encima de mí, desnudo, mirándome a los ojos con amor puro. Abro las piernas todo lo que puedo. Lista para él.

Lista para siempre. La punta de su miembro acaricia mi entrada, y me gusta que juegue conmigo pero ahora no. Ahora solo quiero sentirlo. Y él lo sabe. Nuestras miradas se cruzan y él embiste con tanta fuerza que me empuja contra el cabecero de la cama.

Es justo lo que los dos necesitamos.

Apenas puedo respirar, estoy tan llena de él… No puedo moverme porque sé que el más mínimo movimiento me llevará al límite. Mi clítoris vibra de anticipación, pidiendo a gritos que lo toquen, pero sé que incluso una brisa podría hacer que me corriera ahora mismo.

—¿Estás bien? —me susurra al oído.

—Mejor que bien —respondo.

—Estás tan ceñida, joder, tanto… —Su voz suena tensa por el esfuerzo de no correrse. Los dos estamos muy tensos, muy conscientes de que este momento está cargado de significado porque es el comienzo de la eternidad.

—Te quiero —susurro.

Su pecho se hincha entre nosotros.

—Siempre te he querido —dice, y se retira despacio, con cuidado, como si estuviera hecha de cristal.

Sus ojos son lava fundida. Llenos de calor y fuerza. Soy yo quien le está provocando eso. Es mi cuerpo, mi sexo. Soy yo. Le rodeo el trasero con las manos y alcanzo el éxtasis cuando vuelve a penetrarme con fuerza, pero esta vez no se detiene para deleitarse conmigo. No se detiene por nada del mundo. Es como si hubiera accionado un interruptor y no pudiera detener lo que ha empezado. Pero yo no quiero que lo haga. Quiero más de él. Lo quiero todo.

Se me pone la piel de gallina y me empapo de sudor, y mis dedos se clavan en su carne. Los tendones de su cuello se tensan, y sé que está intentando no correrse, o simplemente no sentir nada de lo que hay entre nosotros, pero es imposible.

La presión de su cuerpo entre mis muslos es lo único en lo que puedo pensar. Todo mi cuerpo empieza a temblar y lanzo un grito, un profundo y gutural, un ruido que nunca me había oído. Hunter saca a relucir una faceta mía que no sabía que existía. Siempre ha sido así con él, y creo que siempre lo será. Él ve lo mejor de mí porque me ve tal y como soy. Y lo ama todo.

Levanto las caderas del colchón, deseando con todas mis fuerzas que se meta en mí lo más profundamente posible. Él gime mientras nuestros cuerpos chocan con fuerza. Lo siento dentro de mí y le oigo susurrar mi nombre como si no pudiera creer que esto sea real.

Pero es real y es para siempre. No tengo ninguna duda al respecto.

—Joder, Lucy. No voy a aguantar mucho más. —Mi mano se desliza por su pecho hasta acariciar su mandíbula. Él me mira y los dos alcanzamos el clímax como si fuéramos uno solo, elevándonos cada vez más alto y uniéndonos cada vez más fuerte. Nos abrazamos mientras el orgasmo remite, sabiendo que cada vez que nos unimos físicamente, eso nos acerca aún más—. Me haces sentir tan bien… —me susurra al oído.

—Creo que esto era justo lo necesitábamos —digo; se tumba a su lado y hace que me acerque a él.

—Siempre te necesito —dice, y no puedo evitar sonreír. No me puedo creer que el hombre con el que estoy ahora mismo en la cama sea el mismo al que metí en un Uber en la fiesta de compromiso de Ed y Katherine hace tantos meses. Ahora siento de verdad que forma parte de mí.

No me da ni un respiro antes de que sus dedos empiecen a trazar círculos sobre mi piel, haciendo que mis pezones se pongan erectos. Se agacha para chuparlos, rozándolos con los dientes, pasando de uno a otro. Quiero sentir sus dientes sobre mí, su boca. Quiero su pene dentro de mí. Estoy tan ávida de él… Lo quiero todo, de todas las formas posibles.

Va bajando por mi cuerpo hasta situarse entre mis piernas, lamiendo mi clítoris, como si lo estuviera calmando, preparándolo, dejándolo listo para explotar de nuevo. Me retuerzo sobre el colchón, deseando más, pero sin poder soportar ni la mitad de lo que me está dando.

Me agarra la parte superior de los muslos, sujetándome en mi sitio mientras me recorre con la lengua, una y otra y otra vez. Siento como si me estuviera sumergiendo en otro lugar, uno lleno de luz, calor y Hunter.

Lo único que siento es a Hunter. Su aliento cálido mientras su lengua se abre paso sin descanso entre mis pliegues es todo lo que necesito para que mi cuerpo se retuerza contra sus manos. Me pone una mano plana sobre el vientre, presionando, sujetándome en mi sitio hasta que ya no puedo más.

No estoy segura de si estoy articulando palabra alguna, aunque intento pronunciar su nombre con voz entrecortada. Me aferro a él, deseando tenerlo más cerca y escalo hasta la cima. Hundo mis manos en su pelo, su lengua se adentra en mí y me pierdo. Estoy cayendo, cayendo, cayendo, estallando una y otra y otra vez.

Cuando por fin consigo abrir los ojos, sigo teniendo las piernas bien abiertas y Hunter sigue tumbado entre ellas, con la mirada fija en mi sexo. No tengo fuerzas para sentir vergüenza.

—Eres preciosa. Y yo soy el tío más afortunado del mundo por tenerte así.

—Necesitas un psiquiatra —me burlo, poniéndome un brazo sobre la cara.

—Lo digo en serio. Y tu sexo es como una flor que se abre para mostrarme lo bonito que es.

Hunter me adora. Adora todo mi ser.

Lo sé.

—Tienes razón —comento—. Deberíamos mudarnos a la zona alta.

Se incorpora apoyándose en las manos para que yo lo mire directamente a los ojos.

—¿Estás intentando que se me ponga dura otra vez?

—¿Pretendes decirme que eso es difícil?

Sonríe.

—Entonces, ¿te vas a mudar conmigo?

—Por supuesto que sí —acepto—. Nos iremos a vivir juntos.

—Podremos ir andando juntos al trabajo.

—Y comer juntos.

—Y estar con los niños.

—¿Quieres que nuestros hijos vengan andando al trabajo con nosotros? —río.

—Claro —responde él—. La niñera puede acompañarnos al trabajo para que no nos perdamos nada. Aunque quizá tú todavía estés estudiando Derecho, así que tal vez podamos turnarnos: un día los niños te llevan a la facultad y otro día me llevan a mí al trabajo.

Le acaricio la mejilla. Él no da por hecho que tener hijos vaya a frenarme. Al contrario, ve nuestro futuro juntos de la forma más optimista posible.

—¿Crees que de verdad voy a entrar en la facultad de Derecho?

Me mira frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Si eso es lo que quieres hacer.

—Va a ser mucho… Tú trabajando tantas horas. Yo estudiando y trabajando también.

—Pero podremos con todo. Estamos acostumbrados.

Le sonrío. Es mi compañero y quiere para mí lo mismo que yo. Y cree que puedo conseguirlo. Yo siento lo mismo por él. No tengo ninguna duda de que él y Ed van a seguir haciendo crecer a Portis hasta convertirlo en una empresa muy influyente. Ahora que estamos juntos, las posibilidades son infinitas.

—¿Te traigo algo? —me pregunta.

—Me apetece un vaso de agua.

—Voy. —Se levanta de la cama y se dirige a la cocina. Cuando regresa, lleva en la mano mi refresco favorito, el que siempre pido.

—¿Has comprado mis refrescos? —le pregunto.

—Sí. Quiero que te sientas a gusto aquí.

—¿Y pensabas que no me iba a llegar contigo y que mejor comprabas también el refresco?

—Quería tenerlo todo bien atado. —Me sonríe, se sienta en la cama y me pone las piernas sobre su regazo—. ¿Empezamos ya a buscar piso? ¿Hay alguna zona que te guste más? Si no quieres, no pasa nada. De verdad que no. Lo entiendo. Quizá aún no confíes del todo en lo que siento.

Le cojo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

—No es que no confíe en lo nuestro. Es que… me preocupa lo de estudiar. —Echo un vistazo a mi alrededor. Su piso es pequeño. Y es

suyo—. Pero creo que estaría bien buscar algo un poco más grande. Y algo que haya sido nuestro desde el principio. Un nuevo comienzo.

Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—Un nuevo comienzo.

No estoy segura de si alguna vez me había planteado cómo sería esto, compartir mi vida con alguien. Pero él quiere que yo sea feliz. Quizá tanto como yo quiero que él lo sea. Esa igualdad me hace sentir segura. Me hace sentir querida.

—Estaría bien poder ir andando al trabajo. O, al menos, no tener que coger el metro. No me importa ir en autobús.

Me sonríe.

—¿El autobús? ¿En serio? ¿Con los tacones que llevas?

Le doy un sorbo a mi refresco y me dejo caer de nuevo sobre la almohada, y veo cómo me mira, con amabilidad y consideración.

—¿Tú has pensado dónde quieres vivir?

Se encoge de hombros.

—Yo soy feliz si tú lo eres.

—¿Desde cuándo nos llevamos tan bien?

Se ríe entre dientes.

—Quizá cuando nos conocimos nos convertimos en la mejor versión de nosotros mismos el uno para el otro. —Se echa sobre mí y me da un beso en los labios—. Quiero ser el hombre que te mereces.

—Lo eres —le digo, rodeándole el cuello con los brazos—. Ya lo eres.

36

LUCY

Nunca me había puesto nerviosa quedar con Katherine, pero últimamente he vivido muchas experiencias nuevas en mi vida.

—No hace falta que les contemos todo —digo.

—¿Qué es «todo»? ¿Lo dulce que sabes? —pregunta Hunter—. ¿Qué siempre estás cuando estás conmigo, o cómo te ciñes alrededor de mi…?

—Hunter —lo acallo, echando un vistazo a mi alrededor para ver si alguien está escuchando nuestra conversación mientras nos dirigimos hacia Madison y la 63.

—Esto es Nueva York —replica, desdeñoso—. A nadie le interesa nuestra vida sexual.

No tengo nada que objetar a eso. Todo el mundo en Nueva York ya tiene bastante con su propia vida como para ir chismorreando sobre unos completos desconocidos.

—Me refiero a la mudanza y todo eso —aclaro.

—¿No quieres que sepan que vamos a ir a vivir juntos? — Hunter se detiene en seco en la acera—. ¿Por qué?

Le escudriño el rostro. Parece genuinamente confundido y quizá un poco herido.

—Es solo que me preocupa que Katherine piense que es demasiado pronto.

—¿Y qué?

—Que no quiero tener que responder a sus preguntas. Ni que ella ponga en duda mi criterio. Luego se lo contará a mi madre y todo el mundo se meterá en mis asuntos. Antes de que me dé cuenta, me estaré mudando a un piso en el que no quiero vivir porque eso es lo que Katherine y mi madre creen que es lo correcto.

Niega con la cabeza.

—Bueno, también será mi piso, y no van a obligarme a vivir en ningún sitio en el que no quiera vivir. Y…

—¿Y qué? —digo. No estoy acostumbrada a que Hunter me oculte nada. No quiero que empiece a hacerlo ahora.

—Creo que esa es la mujer que eras. Pero las cosas han cambiado, Lucy. No estoy seguro de que ahora te dejaras mangonear tan fácilmente. No creo que ya quieras complacerlas por encima de ti misma. Ya no sientes la misma necesidad de caerle bien a tu madre. Quizá sea porque sabes lo mucho que me gustas. —Me da un suave beso en los labios y siento su sonrisa contra mi boca. Tiene razón. La antigua yo habría acabado recibiendo una reprimenda de mi madre. Habría acabado alquilando otro piso en Brooklyn porque era más barato y porque eso es lo que mi madre habría creído que era lo mejor. Pero ya le he dicho a Hunter que quiero vivir en el Upper West Side. En la parte baja. He sido bastante clara con él. Entonces, ¿por qué me preocupa tanto lo que vayan a decir mi madre y Katherine?—. Es un *déjà vu* —dice Hunter, como si me leyera el pensamiento—. No hace falta que te lo cuestiones. Te has pasado gran parte de tu vida intentando complacer a los demás. Ahora ya no tienes por qué hacerlo. Te costará un poco acostumbrarte. No te estreses.

—Entonces, ¿crees que deberíamos contárselo sin rodeos?

Hunter se encoge de hombros.

—No veo motivo para ocultarlo.

Enderezo los hombros. Tiene razón: no tengo ningún motivo para ocultarle nada de mi vida a nadie. Si la gente me quiere, se alegrará por mí. Si no, pues no. Es tan sencillo como lo pinta Hunter.

Katherine y Ed ya están sentados en el restaurante cuando llegamos. Es la primera vez que nos encontramos los cuatro desde la boda.

Nos abrazamos y nos sentamos. Katherine está radiante, como siempre. Hay algo diferente en la dinámica entre Hunter y Ed. Parecen más unidos de alguna manera. Como si se hubiera derribado una barrera que había entre ellos o algo así. Hunter me contó que había volado a Boston para arreglar las cosas con Ed después de la luna de miel, y está claro que ha funcionado.

—¿Qué tal va la nueva casa? —les pregunto—. Estoy deseando ir a visitaros.

—Tienes que venir pronto. —Katherine hace una pausa—. Bueno, demasiado pronto no, porque todo está hecho un desastre. Tenemos muchísimo que hacer.

—Hay que cambiarlo todo —dice Ed—. Pero va a ser nuestro hogar para siempre, así que no nos importa si nos lleva un tiempo.

—Pero que no sea demasiado tiempo —replica Katherine.

—¿Cómo lo lleva mamá? —pregunto.

Katherine hace una mueca.

—Bueno, la verdad es que no muy bien. Me está tratando como a ti. Se muestra brusca y suelta comentarios sarcásticos. —Ella y Ed se miran, y me doy cuenta de que mi hermana saca fuerzas del hombre al que ama. Fuerzas para afrontar la desaprobación de nuestra madre.

Asiento porque sé muy bien por lo que está pasando Katherine.

—Se acostumbrará… —Me detengo—. Bueno, puede que nunca se acostumbre, pero tú te acostumbrarás a su desaprobación.

—Ed dice que tengo que entrenarme para ignorarla.

Ed y Hunter se miran. Está claro que ya han hablado de esto: de nuestra madre y del poder que ejerce sobre nosotras. O, al menos, lo ejercía. Su poder se va desvaneciendo a medida que avanzamos en nuestras propias vidas.

—Tenemos noticias —digo, estrechando la mano de Hunter bajo la mesa—. Estamos buscando piso.

Katherine da un gritito.

—¿Os vais a vivir juntos?

No se trata solo de que nos vayamos a vivir juntos. Es algo más serio que eso, pero visto desde fuera, estamos dando el siguiente paso.

—Sí, de hecho estamos buscando por esta zona. Unas cuantas manzanas más al sur.

—Así podremos ir los dos andando al trabajo —añade Hunter—. Con el tiempo, la niñera acompañará a los niños con nosotros, para que podamos pasar todo el tiempo posible con ellos.

A Katherine se le iluminan los ojos.

—¿Estás embarazada?

Hunter se ríe.

—Todavía no. —Se vuelve hacia mí—. ¿No?

Ahora me toca reírme a mí, y niego con la cabeza.

—Desde luego que no estoy embarazada —confirmo.

—Claro —dice Hunter—. Pero más adelante. Cuando tengamos hijos.

—Así que esto va en serio —comenta Katherine.

Me encojo de hombros.

—Él es el indicado.

Hunter sonríe, se echa mí y me da un beso en la mejilla.

—Ella es más que suficiente para mí. —Se ríe, y yo le doy un codazo en las costillas—. En el mejor sentido posible. Es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Quiero que sea la madre de mis hijos y… sí, quiero que envejezcamos juntos.

Katherine se recuesta en su asiento.

—Bueno, esto no es lo que esperaba oír hoy. Pensaba que ibas a decirnos que habíais roto y que todo había sido de mutuo acuerdo, pero que eso era todo, o que solo habíais fingido estar juntos para hacerme feliz.

Hunter me aprieta el muslo, pero ninguno de los dos dice nada.

—Yo no pensaba eso —interviene Ed—. Cuando Hunter vino a Boston, supe que las cosas habían cambiado. Y que Lucy era el motivo de ese cambio.

—Tienes razón —dice Hunter—. Lucy me enseñó en qué tipo de hombre quiero convertirme.

Le echo un vistazo. ¿Cómo he tenido tanta suerte? Me siento como si me hubiera sacado de un huracán de desesperación. Desesperada por ser la buena hermana, la hija querida, la asistente jurídica competente. Y ahora soy… yo misma. Y no estoy desesperada por ser nada ni nadie más que quien soy.

—Tú siempre has sido ese hombre.

—Hasta que te conocí no —responde él.

—¡Por Dios! —exclama Katherine—. ¿Quiénes sois vosotros dos? ¿Qué habéis hecho con mi hermana luchadora y con el socio gruñón de mi marido?

Me encojo de hombros.

—Nos enamoramos, supongo.

Katherine me coge de la mano.

—Me alegro mucho por ti. Y también me alegro por nosotros, porque podremos salir en citas dobles, irnos de vacaciones juntos, disfrutar de la vida los cuatro…

—¿Te apetece mudarte a Nueva York? —sugiero.

—¿Te apetece venir a Boston? —pregunta Katherine.

—No está tan lejos —dice Hunter—. Deberíamos comprar una casa en la playa entre todos para pasar los veranos.

—En Martha's Vineyard —decimos Katherine y yo al unísono.

—Ahí es donde deberíamos casarnos —explica Hunter, con expresión expectante y esperanzada—. Deberíamos volver a alquilar esa casa y casarnos donde nos enamoramos.

—Qué romántico eres —suspiro. Entrecierro los ojos—. ¿Y acabas de pedirme matrimonio?

—Creía que ya lo había hecho —replica—. ¿Acaso tienes alguna duda de que no hay nadie más para mí que tú? —Niego con la cabeza e intento contener una sonrisa. Escuchar que me quiere sigue haciendo que sienta un nudo en el pecho. No estoy segura de que esa sensación de sorpresa y felicidad vaya a desaparecer alguna vez. Al menos, espero que no—. Yo tampoco. Me gustaría adoptar tu apellido, si te parece bien, y saber que estamos unidos tanto por la ley como por el amor. Quiero todo eso contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

La felicidad se extiende por mi cuerpo como un sol interior, dejándome con una sensación de calidez y plenitud, y le sonrío al hombre que tengo a mi lado, con el que voy a casarme. Así que así de buena puede llegar a ser la vida… La verdad es que no tenía ni idea. Lo miro fijamente, con las mejillas sonrosadas y el pelo deliciosamente revuelto. No hay mucho que pueda decir. Si quiere casarse conmigo, mi respuesta es sí. Por supuesto que sí.

—Me casaré contigo en Martha's Vineyard —acepto—. O en lo alto del Empire State Building, o en alta mar. Te seguiré allá donde me lleves.

Hunter me rodea la cara con las manos y me besa en los labios, y yo me dejo llevar por él, sin querer que haya ningún espacio entre nosotros. Dejamos de besarnos y apoya su frente en la mía.

—¿Podemos pedir una botella de champán? —le pregunta Ed a un camarero que pasa por allí—. Nuestros mejores amigos acaban de comprometerse.

Volvemos a centrarnos en la mesa, entrelazando nuestras manos.

—Seré la madrina, ¿verdad? —pregunta Katherine.

Hago un gesto de incomodidad.

—Bueno, sí, claro, no hay nadie más. Pero no quiero una boda grande y lujosa. —Me dirijo a Hunter—. ¿O tú sí?

Él niega con la cabeza.

—Con que seamos solo nosotros cuatro en la playa de Martha's Vineyard me vale.

No se me ocurre nada mejor. Yo, con un vestido blanco junto a Hunter, prometiéndole que lo amaré el resto de mi vida, con mi hermana y el mejor amigo de Hunter justo a nuestro lado. Es todo lo que necesito. No necesito ser la hija perfecta. La hermana perfecta. La empleada perfecta. Solo quiero ser la mujer que ama a Hunter, y la mujer a la que Hunter ama a su vez.

Epílogo

Hunter

Cuando Ed me dijo que no le había comprado un regalo de boda a Katherine, supe al instante cómo resolver su problema.

—¿Crees que les gustará? —Bajo los tres escalones del porche y me giro para mirar la propiedad que acabamos de visitar. Estamos en septiembre, pero dentro de la casa todavía se respira un ambiente veraniego. Quizá sea por el amplio cielo que está sobre nosotros o por el océano que se extiende ante nuestros ojos, pero se respira una atmósfera un tanto mágica.

—Creo que primero deberíamos enseñárselo a ellas — responde Ed—. No quiero hacer una inversión como esta sin hablarlo antes con mi mujer.

—Tienes toda la razón. Tienen que verlo antes de que lo compremos. De todos modos, va a estar a nombre de todos nosotros.

—Claro —aprueba Ed—. Pero por un momento he pensado que creías que deberíamos comprarlo para darles una sorpresa.

—Les tengo mucho cariño a mis pelotas —bromeo—. No voy a tomar decisiones económicas como esta sin hablar primero con Lucy. —Mi móvil empieza a sonar—. Y hablando de eso…

—Hola —saluda ella—. Hemos vuelto a casa y el coche no estaba. ¿Dónde estáis?

—Estamos a una milla más o menos de aquí. ¿Está Katherine contigo? —Le echo un vistazo a Ed, buscando su visto bueno para invitar a las chicas a acercarse. No hay mejor momento que el presente, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Quieres que te la pase? —pregunta ella.

—No, no es eso. Pero ¿podríais venir a donde estamos? Tenemos algo que enseñaros.

—Suena un poco inquietante.

—Para nada. Ya lo verás. —Le doy indicaciones, lo cual no lleva mucho tiempo porque estamos justo al final de la calle.

Ed me mira fijamente, como si estuviera a punto de decirle algo que no acaba de oír por teléfono.

—¿Qué les vamos a decir? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Podríamos hablar de que aquí empezó la historia de amor entre Lucy y yo. Que Martha's Vineyard fue la cuna de nuestro amor y que queremos que ese ambiente cálido, acogedor y seguro nos acompañe en nuestro viaje…

Me callo de golpe, en parte porque parece que a Ed le va a dar una hernia de tanto intentar no reírse, y en parte porque Lucy entra con el coche en el camino de acceso. Ella y Katherine agachan la cabeza para poder ver la casa a través del parabrisas. Se miran e intercambian unas palabras antes de salir.

—¿La compramos? —pregunta Lucy de inmediato, dejando mi romántico discurso sobre nuestro amor hecho trizas a sus espaldas —. ¿Está en venta?

—Vaya, está justo en la playa —comenta Katherine, contemplando el mar—. La ubicación es sencillamente perfecta.

Miro a Ed. ¿Por qué estaba tan nervioso pensando qué decir? No teníamos que decir nada en absoluto.

—He pensado que quizá podría ser mi regalo de boda —le dice Ed a Katherine.

—Pero para los cuatro —apunta Katherine sin perder el ritmo—. Quiero decir, los cuatro tenemos que comprarla juntos, ¿no?

Ed se ríe.

—Exacto. De hecho, hay terreno suficiente en esta parcela para ampliarla. Así que, más adelante, si quisiéramos construir una segunda vivienda o derribar esta y empezar de cero para hacer algo más grande…

—Pero es una monada. Al menos por fuera —interviene Lucy. El exterior de la vivienda necesita un pequeño retoque. Parte de la pintura se está descascarillando y hay que volver a barnizar la terraza. Si le gusta el exterior, el interior le va a encantar—.

¿Podemos entrar? —Se le ilumina la cara. Nunca me canso de verla feliz. Entramos todos y, como Lucy no dice nada, me doy cuenta de que está impresionada. Me coge de la mano y me la aprieta—. Mira estas encimeras —dice, fijándose en el mármol claro de la cocina—. Desde fuera, pensaba que sería una casa para reformar.

—La familia que vivía aquí estaba dando los últimos retoques cuando tuvieron que mudarse por motivos de trabajo. Todo está recién reformado, salvo el exterior.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Lucy—. ¿Con quién tiene que acostarse Ed para que nos consiga esta casa?

Me echo a reír mientras Ed nos mira, con la boca abierta y una expresión de horror.

—Ed dice que aún no ha encontrado el regalo de boda adecuado para Katherine, y yo también voy a tener que encontrar uno para ti. Así que… se nos ocurrió lo de la casa.

—Vamos a echar un vistazo —dice Lucy. Recorremos la casa mientras ella y Katherine no dejan de admirar las vistas y la distribución. Arriba, los cuatro dormitorios son preciosos: los dos principales tienen baño en *suite* y entre los otros dos hay un baño compartido.

Ed y yo estamos en el rellano cuando oímos la voz indignada de Lucy procedente de una de las habitaciones de invitados.

—No me lo puedo creer —protesta—. ¡Ya está bien! Ni de coña me voy a quedar en esta casa. —Entramos a trompicones en la estancia para ver dónde está el problema, esperando encontrarnos con un nido de víboras, un techo derrumbado o algo por el estilo.

Echo un vistazo a la habitación. No sé qué pasa. Katherine parece preocupada y Lucy, furiosa.

—¿Dónde está el problema? —le pregunto. Ed y yo hemos revisado a fondo los anuncios inmobiliarios durante los últimos meses para encontrar algo en la playa. Propiedades como esta no salen a la venta muy a menudo. Esta casa es perfecta, y además tiene espacio para crecer.

—En serio, Katherine. No puedes obligarme. No lo soporto.

—¿Qué? —pregunto, intentando entender qué está pasando.

—Lo desmontaremos todo antes de mudarnos —propone Katherine.

—¿Qué? —insisto, mirando a mi alrededor en busca de las tuberías de plomo o las baldosas de amianto. ¿Qué demonios habrá visto Lucy que Ed y yo no vimos en nuestra primera visita por aquí?

—Bueno, más vale. No voy a volver a poner un pie en esta casa mientras ese papel pintado siga aquí.

—¿No te gusta el papel pintado? —le pregunto, intentando atar cabos entre su reacción y el inocuo motivo playero de las paredes. Hay tres faros distribuidos a intervalos regulares en él. La verdad es que no sé qué pasa.

—Claro que no me gusta el papel pintado —replica Lucy, como si su reacción fuera totalmente racional. Echo un vistazo a las paredes, intentando averiguar qué es lo que le resulta tan desagradable.

Katherine y Lucy intercambian una mirada. Lucy se vuelve hacia mí. Katherine se vuelve hacia Ed.

—Es perfecto —dicen al unísono.

No tengo ni idea de qué demonios está pasando, pero siento un gran alivio y me echo a reír.

—Siempre me sorprendes, Lucy Jones. Pero me alegro de que te guste.

—Pero en serio, tenemos que cambiar ese papel pintado — dice Lucy.

—Si eso es lo que te hace feliz, pues eso es lo que haremos. —La felicidad de Lucy es ahora mi prioridad. Y yo soy su prioridad. Nos cuidamos el uno al otro. Somos el refugio seguro del otro. El timón del barco del otro. Nunca me he sentido tan seguro y convencido respecto a nada en mi vida.

—Pero hay una condición —dice Katherine—. Nadie puede usar la casa a menos que estemos aquí. No podemos dejar que nuestros padres estén aquí sin nosotros, o mi madre va a empapelar toda la casa con este papel pintado o algo peor.

—De acuerdo —decimos todos a la vez.

No sé si es solo porque paso más tiempo con ella o porque parece que ha cambiado un poco, pero Katherine me cae mejor ahora que cuando ella y Ed solo salían juntos o estaban comprometidos. Quizá

sea yo quien haya cambiado. Ahora ya no es la persona que impide que Ed esté encadenado a su escritorio las veinticuatro horas del día. Ahora es la mujer que hace feliz a mi mejor amigo y la hermana del amor de mi vida.

—Este es nuestro sitio —sonríe Lucy, rodeándome la cintura con los brazos—. Es donde empezó nuestra historia de amor. Es donde empecé a creer que podía querer a alguien y que esa persona podría corresponderme.

El corazón se me hincha en el pecho y la abrazo. Estar con Lucy me ha hecho ser más yo mismo. Una versión mejor de mí mismo. Una versión capaz y digna de la mujer que tengo entre mis brazos. Y voy a poder estar con ella para siempre. Creo que eso me convierte en el hombre más afortunado del mundo.

—Y es aquí donde pasaremos el resto de nuestras vidas, disfrutando de nuestra historia de amor.

Agradecimientos

Este es uno de mis libros favoritos de todos los que he escrito, y significa muchísimo para mí que lo leáis. ¡Gracias! Por cierto, y esto es solo mi opinión como autora, pero Wentworth es el héroe más atractivo de Jane Austen y está muy infravalorado. Igual que Hunter. ¡Por favor, contactad conmigo en las redes sociales para debatirlo conmigo por mensaje privado!

Kimberly, gracias por ser la mejor de las mejores. Deberíamos presionar para que se apruebe una ley que obligue a trabajar desde la cama.

Gracias, Lauren, por sacarme de mi bajón y proponer una idea que no solo resolvió un problema, sino que también mejoro el libro. Muchísimas gracias a Lauren, a Charlotte y a todo el equipo de Montlake por hacérmelo tan fácil.

Gracias, Autumn, por mantenerme cuerda y encargarte de todas esas cosas que son tan complicadas. No podría haberlo hecho sin ti. Scarlett: ¡manos a la obra, nena! Gracias a ti, ¡lo conseguimos!

Lenora, tu homónima consiguió a Wentworth al final, contra todo pronóstico. Recuerda: siempre encontrarás la manera.